El Gráfico

EDICIÓN HOMENAJE

DIEGO MARADONA

$4,90

OCTUBRE DE 2001 - Nº 205



La vida de un genio

LA APASIONANTE TRAYECTORIA DEL PRÓCER DEL FÚTBOL ARGENTINO, A 25 AÑOS DE SU DEBUT.

FOTOS ÚNICAS / TESTIMONIOS EXCLUSIVOS

CONTENIDO



EL PRÓCER DEL FÚTBOL

No cruzó los Andes para liberar países hermanos, ni creó la bandera color cielo, ni fue el padre de la educación, pero a Diego Armando Maradona nadie podrá negarle su estatura de prócer. Sanísima locura colectiva de los argentinos, el fútbol es la expresión popular más pasional de un país al que se le fueron extinguiendo todos los fuegos.

Argentina vive fútbol. Respira fútbol. Sueña fútbol. Y entonces no es casual que en su vientre se haya gestado el jugador más fantástico de toda la historia, el duende del talento incomparable, el genio que trascendió los tiempos con una zurda capaz de dibujar obras de arte.

A 25 años de su debut en Primera División, a días de su merecidísimo partido de reconocimiento, El Gráfico, atendiendo innumerables pedidos de sus lectores, reedita la extraordinaria historia de Diego Armando Maradona, el prócer del fútbol.

Fotos únicas y anécdotas entrañables permitirán revivir, a partir de la próxima página, momentos inolvidables que marcaron su propia historia y también la nuestra. Las hazañas de los Cebollitas, los asombros de Argentinos, la explosión de Boca, las sensaciones contradictorias de su tránsito por Barcelona, la epopeya napolitana y los regresos fugaces en Sevilla, Newell's y Boca desfilarán con tanta intensidad como los días dorados con la camiseta de la Selección, esa camiseta que lleva pintada en el alma.

Maradona, el prócer del fútbol, festeja sus bodas de plata. Y es una ocasión inmejorable para reencontrarnos con sus hazañas sin tiempo...

EQUIPO

Secretario General de Redacción
Carlos Poggi
Secretarios de Redacción
Juan Manuel Durruty, Claudio Martínez y Elías Perugino
Coordinador General
Osvaldo Orcasitas (O.R.O.)
Prosecretarios de Redacción
Diego Borinsky, Carlos Irusta, Carlos Stroker y Eduardo Verona
Jefes de Redacción
Daniel Balmaceda, Alberto Cantore, Guido Glait y Pablo Llonto

Redactores
Pablo Aro Geraldes, Rodolfo Cedeira, Lucas Favro, Germán Heidel, Roberto Glacksmann, Gabriela Macoretta, Martín Mazur, Christian Mellaria, Maximiliano Nóbili y María Ordás Carbonell
Colaboradores
Martín De Rose, Lucas Fallace, Hernán Gil, Diego Melconian, Héctor Collivadino, Claudio Cherep, Gisela Pérez Perpiñal, Eduardo Donadío, Miguel Pisano y Daniel Potenza

Correctores
Manuel Camino y Coralia Zuvilivia
Jefe de Diseño
Gabriel Podestá
Diseñadores Gráficos
Carlos Duarte, Melania Macchi, Daniel Do Majo y Francisco Pizzorno
Colaboradores de Diseño
Rodrigo Carreras, Mónica Núñez, Horacio Pérez, María Paula Raffaelli y Leticia Stivel
Editor de Fotografía
Eduardo Forte

Jefes de Fotografía
Alejandro Del Bosco y Alejandro Pagni
Fotógrafos
Maximiliano Didari, Gerardo Horovitz, Juan Mabromata, Hugo Ramos y Ezequiel Torres
Operador digital
Fernando Javier García
Jefe de Archivo
Juan Carlos Arcidiácono
Archivistas
Víctor Hugo Piemonte y María Elena Ybarra

GRUPO EDITORIAL

Director General
Diego G. Ávila
Gerente Editorial
Pablo Avelluto
Desarrollo Editorial
Raúl Burzaco
Publicidad
Oscar Alberto Repetto
Promotores
Diego Bonet y Pablo Colángelo
Marketing y Nuevos Negocios
Gastón Etchegaray
Responsable Administrativo
Miguel Maestre
Circulación
Osvaldo E. Castiñeiras

Responsable de Sistemas
Mauricio Uboqi
Asistentes
Ticiana Armocida, Lucas Besasso, Carlos Caputo, Pablo Cococcioni, Graciela Mazur y Ligia San Marco

El Gráfico fue fundado el 30 de mayo de 1919 y es publicado en Buenos Aires, Argentina, por Torneos y Competencias S.A. Av. Paseo Colón 505, 2º piso, 1063, Capital Federal. Tel.: (011) 4341-5100.
Precio del ejemplar en todo el país: $ 4.90.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 927133. Impreso en los Talleres Gráficos Donnelley-Cochrane S.A. Ruta Panamericana, Km. 36.700, 1619 Garín, provincia de Buenos Aires.

Adherida a la Asociación Argentina de Editores de Revistas, al Instituto Verificador de Circulaciones y a la SIP: Sociedad Interamericana de Prensa.
Distribuidor en Capital Federal y Gran Buenos Aires: Distrined S.R.L. Av. Belgrano 634 Capital. 4301-0075/9 Interior y Exterior: DGP, Alvarado 2118, Capital.
Printed in Argentina.
ISSN 0017-290X
Edición extra Nº 205 Octubre de 2001

El Gráfico

LA APARICIÓN

Momento histórico. Diego debuta en Primera y toca su primera pelota, un caño a Cabrera. Fue el 20 de octubre de 1976, en Argentinos 0-Talleres de Córdoba 1.



El llanto enérgico, un estremecimiento mágico, el milagro de la vida, una voz candorosa...

–La felicito, señora. Está sanito el nene, fuerte como un toro...

Amanecer del domingo 30 de octubre de 1960. Justo un domingo. Las agujas clavadas en las 7.05, las sábanas revueltas en el camastro tibio del Policlínico de Lanús, un rubor inédito en las mejillas de doña Tota, la sonrisa del noble Chitoro y una pompa renegrida que acercan los brazos de la enfermera para estrenar la caricia, para el primer beso.

–Pelusa... –le sale a la madre, la vista clavada en el pelito azabache, el brazo izquierdo anidando el fruto, la mano derecha apretada a la de Chitoro, el corazón cabalgando con la emoción del primer varón, el que cortó la racha de cuatro "chancletas", el que les abriría los ventanales de la vida soñada.

Ya era el Pelusa. Y parecía mentira. Porque un par de horas antes, apenas un par, los padres habían levantado una polvareda densa bailando en la pista del club, como cada sábado. Típica y jazz –media hora y media hora– para maquillar de alegría aquella rutina de sacrificios obesos e ingresos dietéticos. Había bailado con papá y mamá, el Pelusa. Y sólo al regreso, casi respetuosamente, "sin dar mucho trabajo", como reconoció la Tota, se le ocurrió salir a la cancha...

Al día siguiente lo anotaron en el Registro Nacional de las Personas: Diego Armando Maradona, hijo de don Diego Maradona y doña Dalma Salvadora Franco, motores de la familia que alborotaba la casita mínima de Azamor y Mario Bravo, ahí en Villa Fiorito, donde el límite entre la riqueza y la pobreza lo marcaba un plato de comida. Sólo uno.

Chitoro y la Tota no imaginaban que habían engendrado un mito. Que ese manojo de ternura, mofletudo y terminante, era un predestinado. Una bisagra de la historia.

En aquel Fiorito sin asfalto ni cloacas, sin luces de mercurio ni agua corriente, donde el único bien común era la carencia, le dieron hilo a un sueño de barrilete. A una pincelada de esperanza que venía de lejos, en el tiempo y en la distancia.

Una historia de amor

La historia de Chitoro y de la Tota arrancó en Esquina, un pequeño pueblito correntino anudado a la orilla del río Paraná, a unos 700 kilómetros de Buenos Aires. Vida tranquila. Bien de provincia.

Vivían a doscientos metros de distancia y se conocían de chiquitos porque Lucía, la mamá de don Diego, era la madrina de Dalma. Y se enamoraron rápido, a los 13 años.

Se casaron siete años después y fueron a vivir a una vivienda modesta. Don Diego era lanchero. Cargaba frutas y maderas en pequeñas embarcaciones que después desfilaban río abajo, hacia el monstruoso puerto de Buenos Aires. Un trabajo noble, digno y sacrificado, pero mal pago. Demasiado esfuerzo, demasiados dolores de espalda para que en el tamiz de la recompensa quedaran apenas unas migajas. El patrón pagaba lo que quería y cuando quería. Y con eso no alcanzaba...

Pronto lo bautizaron Chitoro. Un día se rompió tres costillas cargando una caja pesada. Y fue tan rápida y asombrosa la recuperación que sus compañeros de trabajo no dudaron en bendecirlo con el apodo. Chitoro,

una mezcla de "amigo" y "toro".

El tiempo libre no abundaba. Había que deslomarse para llevar el plato de comida a la casita que se fue poblando con la gracia de dos "chancles": Ana y Rita. Pero los domingos había una hendidura de liberación para los placeres sencillos: la pesca, un asadito y el fútbol.

Pateaba fuerte don Diego, el siete de El Porvenir de Esquina. "Como una mula", según el tío Cirilo Vallejo, arquero y celebridad futbolera de la familia, al que apodaban Tapón, por lo petiso. Toda una celebridad porque en 1952, jugando para San Martín, había ganado el campeonato de la Liga local con actuaciones memorables, como la tarde que le atajó dos penales a Central Goya. Todo un personaje, también, porque después de los partidos solía levantarse el buzo para mostrarle al público el pecho amoratado por los pelotazos.

Pero don Diego también tenía lo suyo: todavía se recuerda aquel golazo de media cancha que tomó al arquero manso y desprevenido, como un presagio de la génesis.



Ya pintaba para crack. Maradona jugaba en los Cebollitas y detonaba asombros a cada paso. Nadie podía creer la magia que regalaba desde su zurda incomparable.

Desembarco en Fiorito

Chitoro llegó a Villa Fiorito en 1955. Solita su alma. A ver qué onda. Allá, en Esquina, quedaron las nenas y la Tota, rezándole cada noche a la Virgen María, con esa devoción que le había inculcado su madre, Salvadora Cariolochi, una inmigrante del Sur italiano que también había probado el sabor de las privaciones.

Don Diego cambió las aguas turbias del Paraná por la ribera pestilente del Riachuelo. Y consiguió trabajo en la molienda Tritumol. Otro empleo opresor, en condiciones higiénicas deplorables, pero con una virtud insoslayable: aseguraba el peso, permitía enviar un mensaje esperanzado. El mensaje esperado: "Vengan, ya tengo trabajo".

Tota y las nenas se sumaron a la casita austera de Fiorito. Paredes de material, techo de chapa, alguna que otra silla para recibir a los amigos. Vinieron Elsa y María. Y tiempo después se sumaron amargas noticias de la casita de Esquina, que había quedado huérfana, a su suerte. Una colilla encendida lanzada por un agresor anónimo, el fuego incontrolable, las cenizas definitivas. Perdieron todo: pertenencias, recuerdos, fotografías irrepetibles.

Pero Diego, el Pelusa, fue la expresión divina de ese amor reencontrado. Un regalo de Dios para la segunda fundación de la familia. Que después sumaría a dos varones más -Raúl y Hugo- y a Claudia, la más chica. Todo un reto para Chitoro. Nueve bocas para alimentar, nueve corazones para quererlo.

Dieguito fue bautizado el 5 de enero de 1961. Mientras el agua bendita bañaba la pelusa del apodo, doña Tota musitó un deseo: "Que crezca sano y que sea buena persona". Y a los diez meses, el primer paso, el primer toque de zurda con esa gastada pelota número cinco que don Diego atesoraba en la pieza, acaso de sus tardes de wing derecho.

-¿Qué raro, no? Los chicos siempre agarran la pelota con la mano, pero el Pelusa la patea. Se nota que es hijo de un futbolista...-decía la Tota, sin saber lo que ya sabía.

Diego fue un chico feliz. Criado a cielo desnudo. Guiado por la humildad de su padre y por la rutina silenciosa de su madre, que pasaba noches en vela lavando guardapolvos, secándolos al calor del brasero para que sus chicos lucieran austeros pero impecables. Dignos.

Hubo una primera pelota, claro. Propia. Suya. Aquella número uno de cuero que le regaló su primo Beto Zárate. Redonda, linda, con aroma a nuevo. Pero suya. Fundamentalmente suya. ¡Si se le habrá acelerado el corazón cuando la vio! No quería dormir esa noche, no quería... Pero al fin se durmió. Tardísimo. Y muy abrazado a ella, como se abraza a un amor para toda la vida.

A Diego le encantaba estar con el Negro, su amiguito. Le prestaba el balero y también el trompo. Se contaban secretos. Volaban con la imaginación. Y se pasaban horas enteras construyendo barriletes. Al principio, para robarle el imperio al cielo. Después, para venderlos.

Pero la pasión era el fútbol. La locura era el fútbol. El llanto era el fútbol. Porque Diego quería jugar todo el día y había que ponerle un fre-

Cuando Maradona era chico no jugaba: la rompía. Y tenía muy desarrollado un sentido profesional aplicado al potrero: jugaba para el primero que lo viniera a buscar.

no. Por los deberes inconclusos, por las rodillas con cascarones eternos, por las zapatillas que cedían ante la explosión de los dedos...

Aclaración necesaria. A esa edad, a los siete, Dieguito no jugaba: la rompía. Y tenía un natural sentido profesional: jugaba para el primero que lo venía a buscar. Si había que llorar, lloraba. Porque a mamá y papá ya los tenía calados: cinco minutos de lágrimas y aflojaban.

El sacudón

Pocas cosas estremecieron más a Diego que debutar para Estrella Roja, el equipo que había armado Chitoro para que jugaran los pibes del barrio, ésos que la descosían hasta el crepúsculo en Las Siete Canchitas, los potreros de Fiorito.

Ahí jugaba con Gregorio Carrizo, el Goyo. Su compañero de grado en la escuela Remedios de Escalada de San Martín. Aquel pibe que merodeaba tímidamente por las inferiores de Argentinos. El chico que una tarde, después de las gambetas y las rabonas, le tiró una propuesta que le hizo temblar las piernas...

-Che, Pelusa, ¿no te animás a probarte en Argentinos?

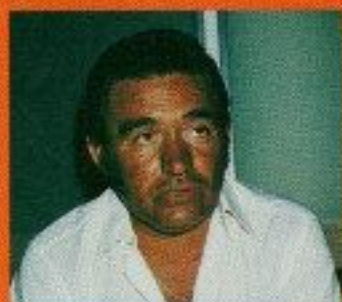
La pregunta lo descolocó. Diego y el Goyo estaban amarrados a la charla sin punta y sin ovillo. Y se lo descerrajó de una, para medirlo...

-¿Quién? ¿Yo? Eh... ¿A vos te parece?

A Goyo le parecía y a Diego también, sólo que soltaba la duda para disimular la excitación. ¿Cómo no le iba a gustar? Goyo la hizo corta. Como buen delantero, fue directo al grano. Y en la siguiente práctica encaró a Francis, el delegado.

Francis era Francisco Gervasio Cornejo, un empleado del Banco Hipotecario Nacional que, paralelamente, recorría los potreros recolectando talentos para Argentinos.

Junto a Yayo Trotta, su colabo-



Francis Cornejo fue el descubridor de Maradona. El hombre que lo modeló en las inferiores de Argentinos y que lo acompañó hasta que llegó a Primera.



Azamor sin número. La casa de Maradona en Villa Fiorito. Dos piecitas, un baño y una cocina. Paredes de material y techo de chapa, todo un lujo para ese barrio humilde.



El bautismo. Fue el 5 de enero de 1961. Mientras caía el agua bendita sobre su cabecita, doña Tota pidió un deseo: "Que crezca sanito y que sea una buena persona".



El pequeño Maradona y su visita a Sábados Circulares, el programa de Pipo Mancera. Diego hacía jueguito en las canchas y ya se había ganado una interesante porción de fama.



Diego, siempre primero. Ahí está, en la primera fila, cruzado de brazos, junto a sus compañeros de 3° C de la escuela Remedios de Escalada de San Martín, en Villa Fiorito.

Entre 1972 y 1974, los Cebollitas practicaron un fútbol fantástico por las canchas de todo el país. Conducidos por Maradona, tuvieron una racha de 140 partidos invictos.

rador, Cornejo había armado los Cebollitas, un equipo infantil de clase 1960 que aglutinaba a los pibes que por aquel entonces -mediados de 1969- no podían fichar para Argentinos por no contar con la edad mínima establecida por AFA: 14 años.

Al nombre no lo alumbró la casualidad. Los habían invitado para intervenir en una edición de los campeonatos Evita y, obviamente, no podían figurar como Argentinos.

Al final, la decisión fue del propio Francis: "Son todos chiquititos, así que les voy a decir Cebollitas". Y así se llamaron: Cebollitas. El partido bautismal fue contra los alumnos de un colegio que arrastraban la fama de invencibles. Cuando escucharon el nombre del rival ocasional, los chicos, pero sobre todo el técnico, se desarmaron de la risa. Creían que se trataba de un "equipucho" de barrio. Pero los Cebollitas dieron una exhibición y ganaron 14-0.

En ese equipo emblemático jugaba el Goyo. A ese deleite futbolero se iba a arrimar Diego.

Ese amigo del alma

-Tengo un amigo que es mejor que yo.

-¿Seguro? Mirá que me vienen como cien tipos por día con ese cuento.

-No, en serio. Es un fenómeno.

-Bueno, decile que venga. Pero no le prometas nada, ¿eh?

Descreía Cornejo. No de Goyo, sino de todos los que se le acercaban con "la posta" de un nuevo genio. Pero jamás decía que no a una prueba, impulsado por el instinto.

Aquel impreciso día de hace treinta y pico de años, Maradona caminó tímidamente al encuentro de Cornejo, con Goyo a su lado como un escudero. Llevaba "las zapatillas de jugar" debajo del brazo y el pelo revuelto por el ventolín que cruzaba un potrero pelado como sus rodillas. "Cambiate, pibe, que enseguida jugamos", le susurró el entrenador. Y dos minutos después estaba listo.

A la primera pelota que le llegó, la durmió de aire. Ahí nomás, aprovechando el almohadón del empeine, tiró un sombrero. Y cuando bajó la volvió a domesticar de zurda.

Cornejo se atragantó con su saliva. Tres pelotas después, ya no tenía dudas: ese chico era especial. Emanaba una química insólita con la pelota, que le obedecía hasta en las circunstancias más complejas.

-¿Tendrá 9 años ese pibe? Maneja la pelota como si fuera más grande... -le comentó a Trotta.

Y no bien terminó el picado, lo felicitó y le disparó el interrogante.

-Decime, Diego, ¿en qué año naciste?

-En el 60.

-¿Estás seguro?

-Sí, en el 60.

Descreía otra vez, Cornejo. Y más cuando Diego le dijo que no tenía los documentos. Se los había olvidado. Entonces Francis tomó por el atajo. Acompañó a los chicos a Fiorito, se presentó ante doña Tota y sólo después de cotejar los datos con la partida de nacimiento se convenció de sus próximos pasos: de allí en más, viviría para Diego. Haría lo imposible para que ese diamante en bruto se puliera en Argentinos.

Cornejo era más que un técnico. Casi un padre. Compraba gaseosas y alfajores, metía la mano en el bolsillo para pagar el pasaje de los que venían "secos", organizaba los cumpleaños, conseguía botines, se preocupaba... Y Diego era su delirio, su obsesión. Aquel hijo que no había podido tener. Es más: no era extraño que una vez a la semana se acercara hasta la casita de Fiorito para charlar con los padres, para saber si necesitaban algo. Francis sabía que, tarde o temprano, los delegados de los clubes grandes tratarían de soplárselo. Y él quería que los Maradona tuvieran la certeza de que en ningún otro lado su hijo estaría tan contenido como en La Paternal.



Llora Alberto Pacheco, un chico correntino que acaba de perder la final de un nacional infantil con los entrerrianos. Diego, su amigo, trata de consolarlo.

El fútbol fiesta

Con la savia vitamínica de Maradona a los Cebollitas les empezaron a crecer las ramas de la leyenda. Entre 1972 y 1974 practicaron el fútbol más fantástico de la historia infantil, eslabonaron un rosario de 140 partidos invictos.

Empezaron a recorrer la Capital, la provincia y el país en la caja del rastrojero de Yayo Trotta, sentaditos en el piso de chapa ondulada, bailando con los saltos que proponía una suspensión haragana.

Kilómetro a kilómetro, gol a gol, se fue edificando un mito individual y colectivo salpicado de anécdotas pueblerinas y hazañas inmortales.

Una vez, ante Racing, Cornejo mandó a Diego al banco porque era menor de 12 años, edad mínima permitida por el torneo. Pero la cosa pintaba fulera. Cero a cero el primer tiempo. Cero a cero a los diez minutos del segundo. Y entonces lo hizo entrar. La camiseta le llegaba a las

Dos momentos de un mismo partido, aquel que los Cebollitas le ganaron a Huracán (6-1) en el predio Las Malvinas. Arriba, una definición de derecha ante la impotencia del seis del Globito, que es Abelardo Carabeli, el mismo que un año después sería su compañero en Argentinos. El mismo que, en 1979, integraría el Juvenil que se consagraría campeón mundial en Japón. Abajo, otra postal de aquella mañana, plagada de jugadas asombrosas de ese chico que ya empezaba a hacer ruido grande.

rodillas, parecía disfrazado de Fofó o Miliki. Diego metió dos goles, descorchó mil malabares. Y al final, forzando el respeto, el iluso técnico de Racing se le acercó a Cornejo para indagarlo: "¿Cómo es posible que tengas a ese pibe en el banco?".

Otra tarde, en La Candela, repitieron la estrategia. Cornejo y los Cebollitas acordaron que Maradona se sentaría en el banco y firmaría con un apellido falso: Montanya. Pero la mano vino mal barajada: 3-0 abajo al final del primer tiempo. Se hizo el cambio, claro. A los diez minutos, "Montanya" metió un gol increíble, desparramando rivales y definiendo con esa categoría extraterrestre. Fue tan grande la excitación de los chicos por el golazo, que no se pudieron contener: "¡Grande, Diego!" ,"¡Buena, Diego!". Lógicamente, la historia se dio vuelta. Y el entrenador de Boca también caminó a paso firme hacia Cornejo: "Si ése es Montanya, yo soy chino...". Francis balbuceó, pero no pudo excarcelar ninguna palabra. "Nos pusiste a Maradona. Pero tranquilo –le dijo–, no hay drama. Por esta vez no te vamos a protestar el partido."

Era un guiño premonitorio de Boca. El primer flechazo de un romance que fortificaría el tiempo. La cara de una moneda que también había adivinado la ceca. River, claro. Que se lo quiso llevar y no pudo porque don Diego se negó a que lo separaran de Francis. Que lo tuvo enfrente y lo sufrió como pocos...

En la final del Campeonato Evita de 1973, por ejemplo, los Cebollitas le ganaron a River 5-4 con dos goles de Diego, uno tremendo, con siete rivales en el camino. En otra final, la de un cuadrangular que también jugaron Huracán yAll Boys, fue 3-2 con otro gol sobrenatural de Maradona. Y hasta hubo un 7-1 con un catálogo de caños, tacos y sombreros. "Me gusta jugar contra River, me trae suerte", decía Diego.



La bocha está por dormirse en su pecho. Otra toma del debut en Primera, producido diez días antes de que cumpliera los 16 años. Todo un récord.

El camino de los sueños

Don Diego se solazaba abrevando en la ilusión de Pelusa. Exhausto, salía disparado de la molienda de huesos para llegar lo más rápido posible al hogar de Fiorito. Dieguito calculaba el tiempo y solía esperarlo en la puerta.

Comían a las apuradas y allá iban, padre e hijo de la mano, hasta la parada del 28, "el verde", que los dejaba en Puente Alsina. Ahí tenían dos opciones. El 135, que los dejaba en la vieja canchita de La Paternal, o el 44, cuando el partido era en Tronador y Bauness, en el campo de deportes Las Malvinas.

A veces el regreso era tarde. Victorioso, pero tarde. Entonces el viaje de vuelta, que atravesaba la ciudad de lado a lado en dos horas, era un calvario para don Diego, que dormitaba de a ratos, bamboleando la cabeza, síntoma de rendición que sólo conocen los laburantes.

Amigo era una palabra que Diego sabía valorar y que acabaría de comprender al conocer al Rusito del apellido difícil, a Jorge Cyterszpiler.

Historia peculiar y sensible la del Rusito. Andaba siempre por el club, incluso antes de la llegada de Diego. Juan Eduardo, su hermano, jugaba en las inferiores y estaba a un suspiro de la Primera. Pero una enfermedad indomable le clausuró la vida a los 22 años. Jorge no lo soportó. Jugador frustrado por culpa de la renguera que le asestó una poliomielitis, había depositado la ilusión en el hermano, a quien seguía detrás del alambre, mirándolo como si se viera a sí mismo. Una parte de él se había ido con Juan Eduardo. Y ese ánimo desbordante, capaz de gambetear la discapacidad y arrimarlo a la Comisión de Prensa con apenas diez años, se desplomó sin preámbulos.

El chico de los rulos dorados se recluyó varias semanas en su habitación. Golpeado. Vencido. Y se venía desbarrancando, hasta que alguien le susurró la frase que destrabó el conflicto: "¿Por qué no te das una vuelta por el club, Jorge? Apareció un pibe que la rompe".

Fue un clic. Una persiana que se abrió levemente, lo suficiente para filtrar un haz de luz. Y al hijo del plomero, al renguito simpático de la calle San Blas, se le restauró el alma. Como si ese Diego fuera otro Juan Eduardo. Otro hermano.

Jorge pertenecía a una clase más acomodada. Siempre tenía un puñado de monedas y le gustaba compartirlas con los Cebollitas. Para una coca, para el paty, para un chori... Pelusa y el Rusito sintonizaron enseguida. Fue un flash mutuo, se volvieron inseparables.

Un viernes hubo una invitación: "Vení a dormir a casa, así te queda más cerca para ir al partido de mañana". Luego hubo muchos viernes.

Compartir, ése era el verbo: la pieza, un secreto, mil travesuras, la merienda, un partido de Scrabel... Y

"Mi sueño, mi sueño es jugar un Mundial... salir campeón del mundo con Argentina", dijo Maradona en la primera entrevista para televisión. Tenía menos de diez años.

el Rusito, ya recuperado, se animó a todo: a creer, a sonreír, a atajar en los picaditos de los Cebollitas. Todo gracias a la magia de Diego.

La conmoción

La onda expansiva de los Cebollitas ya era incontenible. El ambiente del fútbol hablaba de ellos. Se asombraba de ellos. Y Diego era la bandera, el símbolo indisoluble.

Una tarde de julio de 1970, en la cancha de Atlanta, jugaban Argentinos y Boca. Un primer tiempo malo. "Anodino", según dijeron las crónicas. Diego estaba allí con un objetivo circense: hacer "jueguito" en el entretiempo. Tictac, con el empeine. Tictac, con la cabeza. Tictac, con el hombro. Así los 15 minutos, sin que la pelota tocara el césped.

Cuando los jugadores volvieron para el segundo tiempo, Diego seguía con su tictac hipnótico. Y al público le brotó el veredicto: "¡Qué se queeeede, qué se queeeede...!".

Fue la primera ovación, aquella que le barrió el camino para una invitación a Sábados Circulares, el programa de Pipo Mancera. El trampolín para los reportajes, para que se le acercara una vieja cámara Super 8, inquieta y premonitoria. Allí mismo, en el potrero de Fiorito, donde el Pelusa hacía jueguito y soñaba despierto: "Mi sueño, mi sueño es jugar un Mundial... salir campeón del mundo con Argentina".

Ésa era la meta, el norte. Pero había que empezar por algo. Y los Cebollitas, después de ganar decenas de torneos y cuadrangulares, se quedaron con el Campeonato Argentino Infantil de 1973, en Córdoba, y se zambulleron de lleno en otra dimensión: la Novena.

Pasó lo que tenía que pasar: salieron campeones, apabullaron. Y Diego fue imparable, ya fortificado con las vitaminas que le suministra-

El primer gol. Se lo metió a San Lorenzo de Mar del Plata, el 14 de noviembre de 1976, por el torneo Nacional. Ganaron 5-2 y esa tarde convirtió dos.





El gol 100. Paradójicamente, también a San Lorenzo de Mar del Plata. Fue el 14 de septiembre de 1980, por el Nacional.



Así le pegaba Diego: suave e implacable. Los tiros libres fueron una especialidad, cultivada después de hora en las prácticas.

Cinco semanas antes del debut, Diego se dirigió irónicamente a un árbitro de Tercera y lo suspendieron por cinco partidos, hecho que postergó su aparición en Primera.

ba Cacho Paladino, el mismo tordo de los boxeadores, que era un amigo consecuente de Francis.

La aguja del velocímetro se elevaba vertiginosamente. El año siguiente deslumbró en Octava. Saltó a la Quinta después del verano, pero por cuatro partidos. Jugó tres más en Tercera y el embrujo irresistible de la fragancia esperada. El sol del gran día venía asomando...

Allá por mediados de 1976 a Diego le recorría el cuerpo un hormigueo constante. La zurda del asombro iba descorriendo los velos de las dificultades y la Primera estaba ahí, al alcance de ese pie enguantado que dibujaba gambetas irresistibles. Detrás del alambre, los directivos admiraban sus proezas anónimas e imaginaban una proyección inmediata. Juan Carlos Montes, el técnico de la Primera, también le había echado el ojo. Ya lo había convocado para algunas prácticas y estaba dispuesto a pedir su promoción. Sólo un hombre parecía oponerse: Francis Cornejo.

-Hay que llevarlo de a poco. Todavía no está para la Primera, debería quedarse un año más conmigo.

-Francis, tal vez usted tenga razón, pero al pibe lo necesitamos. Es un fenómeno, no se va a mancar.

-Presidente, yo...

Próspero Cónsoli lo cortó abruptamente. Estaba demasiado apremiado y no dudó en hacer valer sus galones.

-El presidente del club soy yo y acá se hace lo que yo digo. Maradona va a la Primera y se acabó.

Era cosa juzgada. Pero el destino atravesó un episodio anecdótico que adormeció la proyección de ese fenómeno de apenas 15 años.-

En un partido de Tercera contra Vélez, el árbitro de turno fue un desastre. No había dado pie con bola y el más perjudicado, por lejos, había sido Argentinos. Dieguito era talentoso, pero también tenía sangre en las venas y no le gustaba perder. Los infortunios injustos le activaban la ironía. Y ésa, precisamente, fue la sutileza que eligió para quejársele después del partido.

-Juez, usted es un fenómeno. Tendría que dirigir partidos internacionales.

¡Para qué! La avivada fue a parar al informe y le dieron cinco partidos de suspensión. Corría septiembre de 1976 y, sin saberlo, ese desliz postergaba el debut estelar. Cinco fechas, cinco semanas. Un poco de tiempo para que las súplicas de Cornejo ganaran la pulseada. Pero Francis tenía un solo brazo y había que torcer varios.



Doña Tota, su mamá, lo cuidaba con un cariño inconmensurable. El desayuno en la cama era un clásico de las primeras épocas. "Comé nene, que te hace bien..."

El gran debut

Llegó el día mágico: miércoles 20 de octubre de 1976. En la canchita de Juan Agustín García y Boyacá, Argentinos recibía a Talleres de Córdoba, la sensación del fútbol del interior. Aquel Talleres lujoso y señorial de Ludueña, Valencia, Oviedo, Galván, Bocanelli...

Dos días antes, después de la práctica, Montes se acercó a Diego y lo alertó: "Vas a ir al banco". La noche anterior no pegó un ojo. Dio una y mil vueltas, imaginó jugadas.

En el vestuario se cambió con timidez. Casi pidiendo permiso. Era linda la camiseta 16. Roja con una banda blanca. Como la de River, pero al revés. A su alrededor, se cambiaban los más grandes: Minutti, Gette, Fren, Ovelar...

La pasaron mal en el primer tiempo. El toque cordobés marcó los latidos del desarrollo y un gol de Ludueña, a los 27, clavó la diferencia parcial.

En el minuto final, cuando el árbitro Maino marcaba el adicional, Montes giró la cabeza hacia los suplentes para que se le refrescara una solución. Detuvo la mirada en Diego y el pibe le devolvió el vistazo. "¿Se anima?", le preguntó Montes. Y la respuesta fue un salto al césped para empezar el calentamiento.

No hubo demasiadas indicaciones previas para el 16, el reemplazante de Giacobetti: "Vaya, Diego, juegue como usted sabe. Y si puede, tire un caño...".

Como si las palabras de Montes hubieran adquirido la fortaleza de un mandato divino, la primera vez que se juntó con la esfera blanca le metió un caño a Juan Domingo Cabrera, el ocho de ellos. ¡Un caño en la primera que tocó!

El "oleee..." fue la melodía que acompañó ese movimiento virginal, esa credencial de genio que enarbolaba sin complejos en el primer arabesco.

Diego Armando Maradona, el Pelusa de Fiorito, ya era el jugador más joven que disputaba un encuentro de Primera División en la Argentina. Tenía 15 años, en diez días más cumpliría los 16...

El pibe cambió el partido. Tocó, gambeteó, mostró conejos y Argentinos pasó de dominado a dominador. Pero al equipo le faltó una pizca de pimienta para rubricar las fantasías que le fluían a Diego.

Sus compañeros de aquella tarde mitológica fueron Carlos Minutti; Roma, Pellerano, Gette, Humberto Minutti; Fren, Giacobetti, Di Donato; Jorge López, Carlos Álvarez y Ovelar.

Después del partido, Diego estaba sentado en el banco de madera más lejano, en el rincón oscuro del vestuario. Achicharrado y tímido, con una toalla cubriéndole las zonas pudendas, parecía un pollito mojado.

Siete u ocho cronistas se le acercaron para rescatar el testimonio imprescindible. Se lamentó por la derrota, habló con naturalidad de los nervios del debut y hasta pidió disculpas por atender así, en toalla.

Empezaba otra historia...

Primera Selección

En aquel Nacional 76, que ganó el Boca de Lorenzo, Maradona jugó 11 partidos, metió dos goles -ambos a San Lorenzo de Mar del Plata- y sacó un pasaporte de ida hacia la idolatría popular. El hincha de fútbol, el hincha de cualquier equipo, hablaba de Maradona, se proclamaba hincha de Maradona. Y ya lo quería en la Selección.

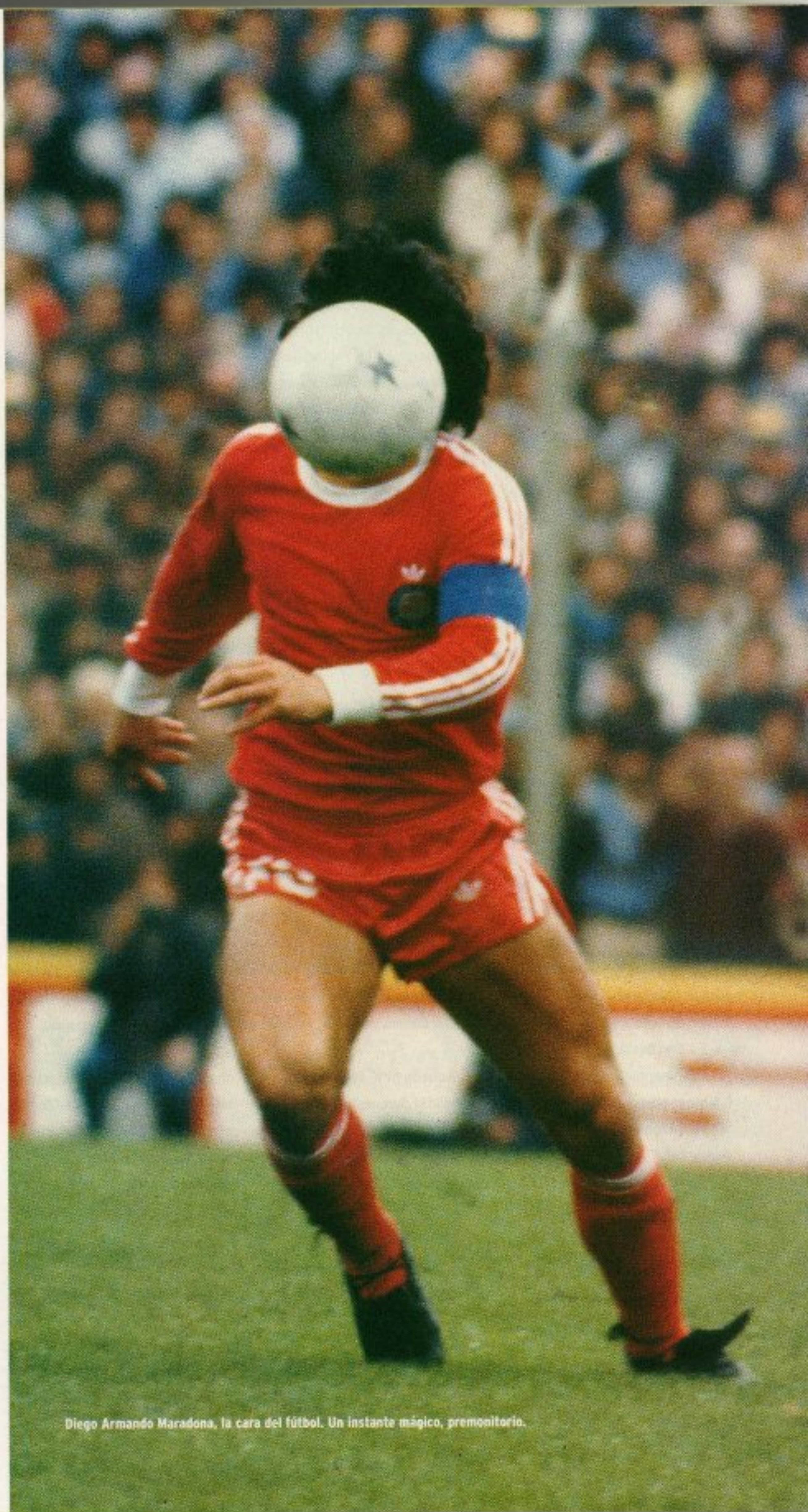
Se acercaba un amistoso con Hungría y los juveniles, que se preparaban para el Sudamericano de Venezuela, jugaron contra los mayores. Al final de la práctica, Menotti cedió ante el impulso: "Diego, cámbiese y vaya para nuestra concentración. Pero no se lo diga a nadie, ¿eh? No quiero que los periodistas lo empiecen a presionar".

Al Pelusa le explotaba el corazón. Se lo contó al Ruso Cyterszpiler, a sus padres, a sus hermanos... Y se durmió al lado de los monstruos que creía inalcanzables: Houseman, Bertoni, Luque...

A la mañana siguiente, Menotti volvió a hablarle: "Diego, mire que si vamos ganando sin problemas, usted va a jugar un rato".

El domingo 27 de febrero de 1977 se levantó lo más tarde que pudo, a las once. En realidad, la ansiedad lo había despertado mucho antes, pero se quedó quieto, boca arriba, para que las piernas se relajaran al máximo.

Nunca había visto tanta gente como esa tarde en la Bombonera. Gente contenta, exultante, bramando apellidos, clamando glorias insa-



Diego Armando Maradona, la cara del fútbol. Un instante mágico, premonitorio.

Con Claudia, su mujer, se puso de novio antes de la notoriedad. La conquistó en un baile del Club Parque, mientras sonaba "Yo te propongo", el tema de Roberto Carlos.

tisfechas. Entró al vestuario sin emitir palabra. Los titulares se cambiaron primero. Después, los suplentes, incluido él, con el 19. Y cuando se asomó a la cancha creyó que el tembladeral de la multitud resquebrajaría el piso.

¿Quiénes arrancaron para Argentina? Una banda de cracks: Gatti; Tarantini, Olguín, Daniel Killer, Carrascosa; Ardiles, Gallego, Villa; Houseman, Luque, Bertoni.

El trámite se encarriló como lo imaginaba el Flaco: uno, dos, tres goles, superioridad sin riendas. "Cada gol que hacían era como que me entraba una hormiga más en el cuerpo", confesaría luego.

Y a los 20 del segundo tiempo, Menotti lo llamó dos veces: "¡Maradona! ¡Maradona!". Se acercó rápido, eléctrico. "Va a entrar por Luque. Muévase por toda la cancha, pero tranquilo, ¿eh? Tranquilo..." Esa última frase le dio coraje.

La tocó enseguida. Gatti sacó para Gallego y el Tolo se la dio rápido para que tomara confianza. Le puso un gran pase a Houseman y se serenó del todo. La chapa definitiva fue 5-1. Con fiesta, olé y todo.

El primer abrazo, ése que le dio Gallego, no se lo olvidó nunca: "Buena, Diego. ¡Así te quiero ver siempre, así!".

En el desgranar de los años siguientes, esa camiseta blanca y celeste le teñiría la piel para siempre. Le ganaría el corazón como sólo lo hacen los amores incondicionales, a prueba de temporales. Porque pocas cosas más duras como el cachetazo que le estampó el propio Menotti, el 19 de mayo de 1978, cuando lo dejó afuera de la lista que jugaría el Mundial 78. Sin embargo, su amor por la Selección permaneció impermeable a la herida infectada.

Y entonces irrumpieron, casi por decantación, los capítulos dorados. Aquella gira por Europa, a mediados de 1979, cuando bordó una apilada memorable en Wembley, ante Inglaterra, y falló después de gambetear al arquero hacia la izquierda, en un jugadón que años más adelante, ante el mismo rival y en circunstancias más importantes, tendría una rúbrica diferente.

Parque. Del anonimato, a la exposición pública. De las apostillas a los titulares a seis columnas. De las páginas interiores a la tapa.

Al chico lo bañó una catarata de elogios, también los primeros tentáculos de la envidia: "Es un genio", "Diego es el dios del fútbol", "Se va a agrandar porque salió de la villa", "Pelé será un poroto al lado suyo", "Todo muy lindo, pero se compró el auto antes que la casa", "Maradona es el Pelé blanco".

En esencia, Diego seguiría sien-



El Maradona de Argentinos ya mostraba la hilacha de los grandes. Desequilibraba por todo: técnica, panorama, potencia, velocidad, picardía. Era incontrolable.

Aquella gira, también, que le extendió el cheque al portador para su primer gol en la Selección. Fue en Glasgow, ante Escocia, después de otra joya futbolera que engalanó el 3-1 definitivo. Era, claro, la antesala para su estelar presentación en el Campeonato Mundial de Japón, digno de un capítulo aparte.

La vida te da sorpresas

Está claro: su vida cambió. Giró 180 grados. De Fiorito a la vivienda alquilada por el club en Villa del

do el pibe de Fiorito. Pero en las turbulencias del breve trayecto de promesa a crack se mimetizó con el disturbio cautivante de la fama. Lejos de rechazarla, trató de asimilarla. De amoldarse a lo que sería, de allí en más, su existencia y la de los suyos: una vida pública hasta en las nimiedades más privadas.

Y también le llegó el amor. Un amor puro, de adolescentes, arropado por el beneplácito de la candidez. ¿Cuándo fue? El 28 de junio de 1977. Cuando él se mudó, Claudia Roxana Villafañe ya vivía en Villa del Parque. A Diego lo encandiló de entrada. Tanto, que averiguó qué hacía, si iba a bailar...

Iba, claro que iba. Al Club Social y Deportivo Parque, en Cuenca y Marcos Sastre. Y allí fue una noche, excitado y ganador, en un Fiat 125 rojo, su primer auto. La vio al ratito, nomás. Claudia estaba sentada y el Pelusa le hizo una seña justo cuando la voz de Roberto Carlos inauguraba los lentos con "Yo te propongo". Como siempre, había elegido la táctica perfecta.

El otro Diego

Allí, en la casa confortable de Lascano al 2200, creció de golpe el otro Diego. Era un Diego que se perfilaba para el éxito, aunque el Sudamericano Juvenil de Venezuela lo abrochara a un fracaso colectivo que le taladraría el alma. Un Diego que olía a potrero y a Paco Rabanne.

Cualquier acto suyo conllevaba la onda expansiva de una bomba. Edificaba las columnas del endiosamiento o del escándalo. Como aquella vez que lo expulsaron en Mendoza (primera roja de su carrera profesional) por un supuesto insulto al árbitro Rafael Bogdanowsky, en el partido con el Gimnasia local. Polémica nacional, suspensión, voces de un lado y del otro, auras maradonianas en estado puro...

Obvio: tampoco zafaban las aristas privadas. Y en su carácter de nuevo hombre del jet set, se le posaba la lupa intempestiva del chimenterío, pasando revista a todo. Por ejemplo, a su nueva quinta de Moreno, con los detalles incluidos: tranquera blanca, chalet de tejas,

un hogar para caseros, cancha de bochas y de fútbol, aros de básquet, tobogán, hamacas, una parrilla inmensa, 9.800 metros cuadrados para disfrutar con los amigos.

Adentro de la cancha, era una seda. Pero afuera se fastidiaba, el Diego. Y por ahí decía que basta, que lo vendieran, que en cualquier momento largaba el fútbol, que él daba todo y no le correspondían en nada, que tal técnico sabía, que tal técnico no pero igual lo bancaba, que a Argentinos lo llevaba en el alma, que también sería lindo ir a Boca, y por qué no afuera...

Un cuadro de situación diferente, difícil de manejar, al que se adosaban los negocios que el Ruso, ahora el señor Jorge Cyterszpiler, canalizaba con astucia admirable desde la flamante Maradona Producciones, donde demostraba que no en vano había engullido intragables libros de ciencias económicas.

En la cancha, Argentinos remontó su barrilete colorado. Quinto en el Metro 78. Segundo en la Sección A del Metro 79, con los mismos 23 puntos que había cosechado Vélez en los 18 partidos. ¿Entonces? Un desempate, pese que Argentinos tenía mejor diferencia de gol. Diego no lo juega por una suspensión y chau Bichos: 0-4.

El Metropolitano de 1980 dictaría lo mejor: subcampeón con 42 puntos, nueve menos que River. Y en el Nacional ganó la Zona B, clasificó para los cuartos y ahí lo eliminó el memorable Racing cordobés de Basile, que terminó subcampeón.

Pero Diego letal, imparable, goleador de un torneo por quintuplicado: Metro 78 (22 goles), Metro 79 (otros 22, junto a Fortunato), Nacional 79 (12), Metro 80 (25) y Nacional 80 (18), incluyendo el gol 100 a San Lorenzo de Mar del Plata.

Fantástico, verdaderamente.



El primero de la vendetta a Gatti, el 9 de noviembre de 1980. Suave y de penal. El Loco se compró el buzón del amague.



Tiro libre desde ángulo cerrado. Se durmieron todos, menos Maradona, que la puso llovidita por arriba. Era el segundo...



Otro tiro libre para sellar el cuarto de su cuenta personal. Gatti le dijo "gordito" y Diego le respondió a su modo, con clase.



La boca llena de gol. Cuando Maradona jugaba en Argentinos, las tribunas se colmaban de hinchas de diferentes equipos. Todos querían ver de cerca el talento de un jugador deslumbrante, que pintaba para escribir una historia dorada en el fútbol.



166	115	0
PARTIDOS	GOLES	TÍTULOS

Aunque a mediados de 1980, antes de que el Barcelona ensayara algunos approaches efervescentes, Diego no se sentía seguro con la pelota. Como si se le enredara en los pies. Una sensación que sólo percibía él, porque los demás... Y se fue a Luján. A pedirle a la Virgen. Con la Claudia y con Locura, que no era otro que el hoy popular Galíndez, utilero de aquel Argentinos, de allí en adelante un personaje muy vinculado a los afectos. Cosas de un chico que ya era un grande.

La venganza será terrible

-Acordate, Jorge, le meto cuatro...

Domingo al mediodía en el Torre Hotel. La frase de Diego, dolida y desafiante, detonó la carcajada de Cyterszpiler. Aquel 9 de noviembre de 1980 no era un domingo más. Argentinos debía jugar con Boca en la cancha de Vélez por una instancia clave del Nacional. Un choque con el sabor chispeante de lo especial.

El martes 22 de octubre, en el hotel Río Grande, de Santa Fe, el periodista Oscar Bergessio había reporteado al arquero de Boca, Hugo Gatti, para el diario El Litoral. La nota se publicó el viernes 31 y el vespertino La Razón la reprodujo en sus ediciones del sábado 8.

Allí, palabras más, palabras menos, el Loco decía que Maradona era el mejor jugador del momento, pero que lo estaban "inflando un poquito. Me preocupa su físico. Tengo la sensación de que en pocos años será un gordito".

Diego estaba revuelto en ira. Muchos sabían que Maradona jugaba mejor con el combustible de un enojo, con la usina del orgullo.

Pero ese domingo daba para dudar. Diego y Argentinos habían disputado un partido durísimo el miércoles. Perdieron 2-1 con un gol suyo, expuestos a un desgaste fenomenal después de padecer dos expulsiones. Y al día siguiente -sí, el jueves- se presentaron en San Justo, Santa Fe, por uno de esos benditos partidos amistosos que se jugaban para generar los recursos que permitían retenerlo en La Paternal. Ese jueves, antes de conocer las declaraciones del Loco, Diego corrió como si nada y metió tres goles. Así, exhausto, con el motor hiperexigido, después de dos partidos en dos días, encaraba ese domingo...

-Le voy a dar gordito a ése...

-¿Entonces hoy le hacés dos?

-Acordate, Jorge, hoy le meto cuatro.

Cuando Gatti le dijo "gordito", prometió hacerle cuatro goles. ¡Y se los hizo!

Y se fue a la cancha. Antes de arrancar, el Loco se le acercó. "¡Mirá que yo no dije nada de eso y que..." Indiferencia, pitazo inicial, arranque furibundo y...

Uno. Hizo una rabona y la pelota rebotó en el brazo de Hugo Alves. El penal lo ejecutó suave, a la derecha de un Gatti que se compró el buzón del otro sector.

Dos. Escaló por la derecha, Ruggeri lo tocó de atrás, los defensores y el arquero de Boca durmieron una siesta, Diego le pegó rápido y la pelota se coló arriba.

Tres. La llevó Pasculli como puntero izquierdo, Maradona le picó por el centro y "PPP" se la tiró justa al borde del área. La bajó con el pecho y a cobrar.

Cuatro. Tiró otra pared con Pasculli y Abel Alves lo bajó. Tiro libre. Diego le pegó al palo del arquero. Listo: vendetta consumada.

Argentinos lograba un 5-3 histórico. Y Maradona festejaba a dos puntas. Catapultaba al equipo y cicatrizaba el orgullo. Lo buscó, claro que lo buscó a Cyterszpiler...

-Te lo dije, Jorge. ¡Cuatro! ¡Cuatro! Cuando yo digo algo, lo cumplo, viejo. Soy un hombre de palabra.

Pero hubo más flechazos directos al corazón esa tarde idílica. Al final, Diego recibió el trofeo que había puesto en juego la Municipalidad. Lo levantó con deleite. Y escuchó la ovación cotidiana: "¡Maradoooo...!". Sólo que esta vez sonaba más fuerte que de costumbre.

Eran los hinchas de Boca, apiñados en una cabecera. Eran los hinchas de Boca, sin rencor por los cuatro goles.

Se estremeció, Pelusa. Quedó marcado. Otra historia de amor estaba por comenzar.

LA FANTASÍA



Vestuario del estadio Nacional de Tokio. Diego delira sobre el lomo de Seria. Argentina es campeón mundial juvenil.

Ese día era el día. Todos lo sabían. ¿Para qué engañarse? A más tardar, antes de que las sombras aprisionaran al campo deportivo de la Fundación Natalio Salvatori, en José C. Paz, César Luis Menotti daría los nombres de los tres jugadores que se quedarían afuera de la lista definitiva para el Mundial 78, el primero que se realizaría en la Argentina.

Rara, entonces, la práctica de la tarde nublada del 19 de mayo de 1978. Rara y tensa. Sin risotadas, vacía de euforia, respetuosa del dolor inminente.

"Vengan", dijo el Flaco. Así, seco. Tajante. Convocaba desde la mitad de la cancha. Con firmeza, claro. Pero también con la pesadez mortificante que ya le provocaba la situación.

No tardó mucho en desenfundar la decisión: "Van a quedar desafectados Bravo, Bottaniz y Maradona".

Diego no lo soportó. Sintió que una daga oxidada le partía el alma. Se fue rápido, mascullando la bronca intransferible, implorando por un regazo contenedor.

En el viaje lloró de impotencia. Lloró mucho. "Como cuando éramos chicos", graficaría tiempo después Cyterszpiler, acompañante de aquel regreso sepulcral.

Pero cuando abrió la puerta de su casa se inventó una coraza. Porque el panorama era desolador, casi un velorio.

La Tota lloraba desconsoladamente. Don Diego, el noble Chitoro, quería disimular la congoja y no podía. Los hermanitos y los sobrinos lo abrazaron fuerte, sin animarse a decirle nada.

Claudia le dio un beso tan sordo como las lágrimas que le resbalaban por las mejillas ruborizadas de ira. Pero la Tota no tenía consuelo...

-Hijo, hijo, ¿cómo te pueden haber hecho esto? ¿Por qué, hijo? Decime, ¿por qué?

-Tranquila, mamá, no llores más, te lo pido por favor... Tranquila que yo estoy bien... Mala suerte, ya está. Pero esto no va a quedar así. Ahora voy a jugar mejor que nunca, voy a meter muchos goles, voy a pasarles el trapo a todos, voy a salir campeón... Lo voy a hacer por mí, por ustedes, por Fiorito... Tranquila, mamá, tranquila...

La besó tiernamente, fingiendo la cicatrización de un alma ametrallada por la pena. Pero después, en la cama, se ahogó en litros de llanto. Entre lágrimas, exhausto de amargura, volvió a jurar su revancha. Esta vez a solas. A solas con Dios. Y si algo tenía el pibe, era palabra...

Sangre en el ojo

Aguijoneado por un impulso visceral, Maradona generó actuaciones impresionantes durante el resto de la temporada. Entre mayo y diciembre de 1978 convirtió 22 goles en partidos oficiales de Argentinos, potenciando el copyright de un sentimiento popular: Menotti había cometido una injusticia con Diego. Un clamor creciente, una bola de nieve que ni siquiera se atenuó con la conquista del Mundial.

"Maradona va a ser más grande que Pelé, pero Menotti le quitó la posibilidad de ganar su primer mundial", repetía la gente, hincha incondicional de Diego, fuera o no simpatizante de Argentinos.

Después de que el Flaco Menotti lo dejara afuera del Mundial 78, Maradona le hizo una promesa a su gente: "Voy a jugar mejor que nunca, voy a salir campeón...".



Zurda y a cobrar. El primer gol de Maradona a Indonesia, el tanto bautismal en las Copas del Mundo de cualquier categoría. Era el amanecer de una campaña genial, de la mano de César Luis Menotti, pero con el trabajo inicial del maestro Duchini.

El bálsamo de los días incluyó un acercamiento con el Flaco. Una charla distendida, enmarcada en cordialidades mutuas, que se desarrolló en la casa del entrenador. En cierto modo, las relaciones emergieron recompuestas de aquella cita. Pero a Diego -fiel a los códigos del Pelusa de Fiorito- siempre le quedó un poco de sangre en el ojo. Como si en la piel le hubieran aplicado el indeleble tatuaje de la traición.

En el último semestre del año, más precisamente en septiembre, fue el propio Menotti quien se puso al frente de una Selección juvenil integrada por talentos precoces

recolectados por la sabiduría perenne de un viejo y entrañable maestro del fútbol: el maestro Ernesto Duchini.

El gran objetivo estaba a un año y a miles de kilómetros de distancia: el Campeonato Mundial Juvenil de Japón 79.

El feeling de Diego y Menotti se lubricó cuando la pelota volvió a estar de por medio. Maradona no olvidaba, pero miraba para adelante. Encaraba los desafíos con la misma seguridad que martirizaba a sus rivales.

Pero ese 1978 le tenía reservado un puñal adicional: pese a ser el goleador del Metropolitano, no le dieron el Botín de Oro que atesoraron las manos de Beto Alonso porque se estableció un promedio entre los goles convertidos y los partidos jugados.

Diego llegó con ganas al último día del año... Con ganas de arrancar la hoja del almanaque, descuartizarla en mil pedazos y arrojarla a la basura...

Y una vez que lo hizo, le reiteró el juramento a doña Tota: "El año que viene voy a hacer lo imposible para quedarme con todo. Me lo prometí, mamá. Quiero obligarlos a que me den todo. Si hay de premio una pelota de plástico, me la van a tener que dar...".

Los que nunca pararon de jugar con una pelota de plástico fueron sus hermanitos en las playas orientales de Atlántida, mientras Diego y sus compañeros disputaban el Campeonato Sudamericano Juvenil, en Montevideo.

Ver a la familia en el pleno disfrute de sus primeras vacaciones en el mar, luego de tantos años de privaciones, puso a Maradona de un inmejorable humor.

Tal vez por eso -y no por otra cosa- se conformó con el subcam-



Diego y Juan Barbas en la habitación del Takanawa Prince Hotel, el búnker argentino en Tokio. Barbitas era su confidente.



Los rudimentarios polacos también padecieron el genio del Pelusa. Cayeron 4-1 en Omiya y Maradona los vacunó una vez. El equipo crecía vertiginosamente.



Uruguay fue un escollo durísimo en semifinales. Fue 2-0, con uno del Diez.



Antes de partir, El Gráfico juntó al grupo para una simpática producción con los tradicionales kimonos. Un buen augurio.

peonato que, de todas maneras, aseguraba la clasificación para el certamen de Japón.

En realidad, durante aquellos días montevideanos sólo lo había perturbado la actitud arrogante de dos periodistas uruguayos muy reputados.

Viendo televisión en la concentración del hotel Cottage casi parte la mesa del puñetazo que dio al escucharlos decir, muy sueltos de cuerpo, que apostaban "el coche y la casa a que Uruguay le gana a Argentina". Recordaría perfectamente esa frase y también la fecha: 22 de enero, el día del cumple de Claudia.

¿Qué pasó en la cancha? En la ronda inicial, Menotti dispuso una alineación light porque Argentina ya se había clasificado para la fase siguiente. Entonces nadie tomó muy en serio la victoria de Uruguay. Después, en el choque de la fase final -el que motivó la apuesta de los dos colegas- no se sacaron ventajas. Igualaron en un trámite de vuelo bajo, sin demasiados brotes de emoción. Y hasta hubo festejo por la clasificación, después de la victoria vital y motivante frente a Brasil, al grito de "borón bon bon/ borón bon bon/ somos campeones/ allá en Japón".

Pero a Diego igual le quedó clavada la espina en aquella jornada de Centenario repleto, pletórico e intimidante. Ya se sacaría la espina, el Pelusa. Ya se la sacaría...

Días de gloria

Antes del desembarco en Japón, el corazón de Diego se estremeció con dos escalas muy emotivas. Con dos experiencias que le ratificaron el pedigré en la azotea del fútbol mundial.



Terminó la durísima semifinal con los uruguayos. Diego Maradona y Ramón Díaz, las dos figuras indiscutibles del torneo, celebran en el estadio Nacional de Tokio.

La primera fue el 9 de abril, en Río de Janeiro, por una iniciativa de El Gráfico. Fue el día en que Maradona conoció a Pelé.

Un encuentro cálido, vitaminizado por la admiración mutua, iluminado por sonrisas permanentes. Un diálogo fluido y chispeante, desprovisto de timideces, con algunas palabras del Rey que la conciencia de Diego supo valorar y tamizar: "Nunca te creas el mejor, aunque lo seas. El día que te sientas el mejor, dejarás de serlo".

Ese mensaje, propalado desde la transparencia de la sinceridad, erizó la piel de un pibe que sonreía feliz, que abrió los ojos para captar la policromía del encuentro, que soltó carcajadas a borbotones cuando alguien acercó una guitarra para la producción fotográfica. Y hasta hubo un abrazo final con estatura de posta histórica, de traspaso divino. De un rey a otro. Del monarca saliente al heredero que se encargaría de izar a tope las banderas del fútbol...

El otro mojón se edificó el 25 de junio. Justo un año después de la conquista del primer título del mundo para el fútbol argentino. Sobre el mismo césped del Monumental, y a manera de festejo, la Selección enfrentó al combinado del Resto del Mundo.

Fue derrota 1-2, pero Diego -ahora titular para Menotti, ahora dueño legítimo de la camiseta diez- le convirtió al brasileño Leão uno de los goles más fantásticos de su carrera, ingresando en el área por la derecha y soltando el remate combado, al ángulo más lejano, después de un sensacional enganche para dejar pagando al italiano Cabrini, un lateral con cara de galán de cine.

Diego celebró a su manera: salto acrobático, latigazo de la mano derecha con el puño cerrado, la boca abierta de gol, el gesto sanguinario.

Y la instantánea de ese festejo se transformó en una postal emblemática de todo lo que Diego podía ser. De lo que sería...

Las imágenes de ese gol recorrieron el planeta. Y derivaron en una nueva explosión mediática.

A esa altura, la vida de Maradona era un carrusel sin pausa. Fútbol todos los días: hoy, mañana y pasado. Concentraciones. Viajes de ida. Viajes de vuelta. Hoteles. Hoteluchos. Llamadas telefónicas en idiomas incomprensibles. Compromisos comerciales. Más fútbol, más concentraciones, más viajes. Parecía la apoteosis, era un amanecer...

El imperio del fútbol naciente

Estaban molidos. Rendidos. Habían andado un día entero por el aire. ¡Un día entero! Nadie se quejó por el sacudón de las gomas al tomar contacto con la pista. Al contrario. Fue como una bendición. Una liberación.

El paisaje que se recortaba por las ventanillas ya era la pintura de otro mundo: un aeropuerto tan gigantesco como ordenado, auxiliares de pista desplazándose en ve-

Antes de ir a Japón, Diego conoció a Pelé en Río de Janeiro y recibió un consejo: "Nunca te creas el mejor, aunque lo seas. El día que te sientas el mejor, dejarás de serlo".

La final con la Unión Soviética arrancó complicada. No sólo porque ellos convirtieron un gol, sino porque Argentina no encontraba la medida de su fútbol. Pero en el tramo más difícil y caliente pasó lo que se ve en la foto superior. Maradona tomó la pelota y no se la pudieron sacar. De su mano florecieron los mejores pasajes del equipo, que terminó ganando 3-1. La rúbrica fue el estupendo tiro libre de Diego, el que se observa en la foto inferior. Era la rúbrica perfecta, el broche dorado.

"Muchachos, bajemos con el pie derecho, que de acá nos vamos campeones del mundo", fue el premonitorio consejo de Diego cuando la delegación llegó a tierras niponas.

hículos modernosos, limpieza infinita, las primeras brisas cibernéticas... Los pibes llegaban a Tokio, sonaba la diana del desafío...

Diego era el capitán y se asumía como tal. Como algo más que un jugador con una cinta ajustada al brazo. Y ese status de figura referencial, de espejo para el resto del grupo, lo habilitaba para sugerir, para convocar a los duendes de la premonición...

-Muchachos, bajemos todos con el pie derecho, que de acá nos vamos campeones del mundo...

Así lo hicieron. Uno a uno. Paso a paso. La zurda afirmada en la escalera y la derecha apoyándose por primera vez en el piso nipón, por si las moscas...

Y Rogelio Poncini, el ayudante de Menotti, también aportó una cuota de fe. En su valija, mezclada con las ropas, había una Virgen de Luján. La misma que les habían regalado antes del Mundial 78, aquella de la vuelta olímpica en River, la que alumbró a los pibes en el Sudamericano, la destinataria de los rezos en Japón...

Buenos muchachos

Entre Menotti y los pibes había sintonía fina. Un ida y vuelta mágico, especial. Ellos lo adoraban. Le admiraban la sencillez para manejarse con jugadores sin trascendencia a tan poco tiempo de haberse consagrado como el entrenador número uno del mundo.

Y a César le reconfortaba la naturalidad con que jugaban al fútbol que a él más lo seducía. El fútbol del toque y la gambeta como religión irrenunciable. Había encontrado los mejores músicos para su partitura. Ni más, ni menos...

Diego era el eje del grupo. El imán. El ojo de un huracán de frescura que brotaba en la vida interior y florecía después, en la cancha, ante cualquier rival...

El cuartel general era la habitación que compartía con Barbas. Una pieza chiquita, entallada por y para japoneses, que tenía el look de una zapatería: estaba inundada por las cajas de zapatillas que Puma le regalaba a Diego.

A Barbitas, justamente, el diez lo había bautizado "El Abuelo" por sus hábitos insobornables: se acostaba tempranísimo y se levantaba tempranísimo.

Los temas de Abba, Donna Summer y Rod Stewart musicalizaban la concentración, con el Pichi Escudero bailándolos en el centro de la ronda, al ritmo de las palmas y de los "mueva, mueva, mueva" del resto de la pandilla.

Pero los chicos no se olvidaban de las raíces. Bachino y Piaggio -guitarra en mano- solían imitar a Los Visconti y al Chango Nieto en las sobremesas de la cena. Y Diego y el propio Bachino arremetían con el tango, única melodía que se escuchaba en el micro. Por cábala, desde ya...

Maradona tenía contención adentro, pero también afuera. Don Diego, Cyterszpiler y sus amigos Fernando y Juan Miguel habían viajado para estar con él. Y la línea telefónica era un lazo indestructible con la Tota, con los hermanos, con Claudia, con todos...

Estaban listos. Preparados.



Maradona besa la Copa junto al tucumano Meza, que entró en la final y fue una pieza importante para cambiar el rumbo. Juntos formaron una sociedad letal.

Arranca la acción

Los tres partidos de la ronda inicial fueron en Omiya. Toque, dinámica, circulación veloz y precisa, toneles de fantasía y un mortífero tándem Maradona-Ramón Díaz matizaron el menú exquisito que conformó a todos los paladares. Indonesia (5-0), Yugoslavia (1-0) y Polonia (4-1) fueron víctimas sin defensa, partenaires impotentes para una primera fase rociada con el perfume ideal. Goles, lujos, asombros crecientes...

El país madrugaba para verlos. A Diego y a todos. Porque había sed de fútbol, avidez por prenderse a una química deliciosa y subyugante. Entonces el despertador sonaba a la hora señalada: cuatro y media, cinco, seis, siete y cuarto de la mañana...

La cadena de victorias le adosó varias cuentas al rosario de cábalas. Simón y Rossi rezaban tres padrenuestros antes de dejar la habitación. Claudia calculaba la hora en la que Diego estaría por partir hacia la cancha y lo llamaba para desearle suerte. Se respetaban "a morir" los lugares para cambiarse dentro del vestuario. Ni por asomo se alteraba el orden para los masajes, con Diego en el antepenúltimo. Menotti golpeaba las paredes del vestuario a ritmo de batucada antes de dar la charla técnica...

Y el respeto de los rivales también iba in crescendo.

-Che, Diego, ¿viste lo que están mirando todos éstos?

-Sí, ¿qué raro, no? ¿Por qué será?

"Todos éstos", como decía Barbitas, eran los pibes de las demás delegaciones. Estaban asombrados por el fútbol que practicaban Diego y su pandilla. En el hotel funcionaba una videoteca donde se podía elegir y ver cualquiera de

los partidos ya disputados. Y todos veían los de Argentina. Para admirar, para aprender, para estudiar...

Subía la apuesta general, también la del grupo.

-Si salimos campeones -le prometió Sergio García a Hugo Alves- te parto la boca de un beso...

-Y yo te parto la cara de una piña.

Subía la apuesta general, pero no decaía el ánimo del frente interno, inmune a las presiones.

La guerra de toallazos -un clásico que nació en la concentración de José C. Paz y viajó hasta Oriente- no sabía de treguas. Diego, Barbas y Carabelli iban al frente como locos, el Pichi Escudero y el Pelado Díaz huían descaradamente, los demás cobraban de lo lindo y el Flaco se reía de todo. Hasta del traductor asignado para la delegación. Un japonés simpático y servicial, a disposición las 24 horas, pero con algunas materias de castellano por rendir...

"¿Hace falta alguien?", preguntó la primera vez que subió al micro, en lugar de "¿falta alguien?". Lo reiteró en la segunda: "¿Hace falta alguien?" Y también en la tercera.

A Diego no se le iba a escapar semejante pelota picando: "Cuando suba el ponja, nos quedamos todos callados hasta que haga la pregunta". Y el japonesito subía, miraba para el fondo, veía un puñado de chicos con cara de nada y se lanzaba: "¿Hace falta alguien?" El último día -recién el último- se dignaron a explicarle por qué se le reían tanto en la cara...

La marcha de la bronca

Diego miró al costado y se quedó petrificado. Muerto en vida. Tenía que salir. Justo él. Nada menos que él. Es cierto: el partido con



Amor y gloria. Los Maradona, padre e hijo, y el abrazo interminable en las entrañas del estadio. El nene era campeón.



Soldados clase 60 y campeones del mundo: Simón, Calderón, Diego, Escudero, García y Barbas. De paso, pidieron la baja.

Argelia lo estaban ganando fácil, el pasaje a la semifinal era un tesoro seguro, pero... ¿por qué tenía que salir? ¿por qué?

Enfiló para el banco y se sentó. Serio, con la boca clausurada, muy caliente. Aguantó poco: dos, tres minutos. Se levantó como un resorte y se mandó para el vestuario. Lloró, pateó un banco, otro, siguió llorando debajo de la ducha...

El Flaco advirtió que el Diez estaba en ebullición no bien se fue del banco. Debía encararlo, necesiaba hacerlo. Y lo hizo...

-Venga, Diego, venga...

-Psé...

-Escúcheme, Diego. Yo sé que usted quiere jugar siempre. Eso es bueno. Pero en un Mundial también hay que manejarse con inteligencia. Le digo la verdad: ya pensé en sacarlo contra los polacos, pero ahí me contuve. Y esta vez lo hice porque no quería exponerlo innecesariamente a las patadas. ¿No se da cuenta? Yo lo quiero reservar, yo quiero cuidarlo para que usted pueda hacer todo lo que sabe en el momento más importante para el equipo...

Diego le dijo que sí, pero era no. La bronca se le incrementaba a cada minuto. Tanto, que estuvo a punto de no ir a cenar con el resto de sus compañeros.

-Andá vos, Barbitas, prefiero descansar en la cama...

-¿Estás seguro?

No, que iba a estar... "Soy el capitán, no les puedo fallar a mis compañeros", pensó. Y fue, entonces. A reírse de los chistes del Pichi Escudero. A revivir cada jugada de ese 5-0 que les otorgaba el pasaporte para la semifinal con Uruguay. A contar una y otra vez la anécdota del sorteo, porque durante todo el torneo, Diego siempre ganó los sorteos. Decía cara y salía cara. Decía ceca y salía ceca. Era un tranquilizador guiño del azar. Pero ese día...

-No sé qué me pasó, les juro que no sé... Yo gané. Salió cara y gané. Pero me equivoqué al elegir el arco. En vez de pedir el que le gustaba a Sergio señalé el otro. Fue sin querer, pero la pifié feo... Entonces veo que el capitán de ellos le hace una seña al arquero para cambiar de lado. Ahí caí. Recién ahí. Me puse como loco, le hice unas señas, armé un bardo bárbaro y al final conseguí que ellos aceptaran sacar y que Sergio fuera al arco que más le gustaba. Casi me muero, casi me muero...

La mufa le duró esa noche de domingo y todo el lunes. Aunque se venía la semifinal con los uruguayos seguía chinchudo.

Maradona quería estar siempre en la cancha. Jugar todos los minutos posibles. Y no le interesaba en lo más mínimo medir los riesgos. Por más que no lo expresara abiertamente, con su fútbol se sentía indestructible.

A las diez y media del martes lo despertó el teléfono. Era Claudia, que llamaba desde Buenos Aires para cumplir la cábala previa a los partidos. Pero Diego no pudo reprimir su genio indomable y le transfirió la amargura.

-Estoy mal. Por ahí el Flaco me sacó porque me vio mal...

-Vos estás loco. ¿Cómo te va a sacar porque jugaste mal? Si jugaste muy bien... Además, esa cinta de capitán te queda bárbara. Qué se yo, te hace el brazo más alto, más importante... Sos el gran capitán...

-Je, está bueno eso de El Gran Capitán... Pero estoy preocupado por el partido. Son bravos los uruguayos, ¿eh? Tienen buenos jugadores, no arrugan por nada.

-No, qué van a ser bravos. Si ellos no les pudieron ganar en Uruguay cuando tenían a toda la gente a favor, ¿cómo les van a ganar ahí donde no los apoya nadie?

El clásico esperado

Los uruguayos venían con veinte minutos más sobre el lomo, producto de un alargue en la fase preliminar.

"Tarde o temprano, ese esfuerzo lo tienen que sentir. Tratemos de hacerlos correr bastante durante el primer tiempo", había sugerido Menotti.

Así lo hicieron. Toque y circulación. Dos cortas y una larga. Mayor volumen de juego, mayor presencia ofensiva. Y un penal clarísimo a Maradona que el árbitro ignoró. Y decenas de patadas que impactaron en las pantorrillas indefensas. Sobre todo, un puntinazo de Revelez después del penal ignorado. Sintió un pinchazo terrible, casi le corta la respiración...

Después del desgaste, el mejor juego de Argentina y la lógica erosión física de los uruguayos encaminaron el partido hacia la victoria. Que llegó con un gol del Pelado

Para cuidarlo, a Menotti se le ocurrió sacarlo durante el partido con Argelia. ¡Para qué! Lloró, pateó un banco del vestuario... Diego no quería salir, nunca quería salir...

Díaz que Diego festejó de cara al banco uruguayo. Y que se cerró con otra jugada excepcional de Ramón, definida por Maradona conectando un cabezazo por el segundo palo.

-¡Gracias, mamá! -gritó el Pelusa en el festejo. Y después, de regreso a la mitad de la cancha, elevó su mirada al cielo y empezó a rezar un padrenuestro porque sabía que Claudia, allá en Buenos Aires, también lo estaba haciendo. Y cuando un periodista de Radio Rivadavia le dio micrófono para liberar su alegría no dudó en dedicárselo "a todos los argentinos y a aquellos que en Montevideo se jugaban el auto y la casa a favor de Uruguay".

¿Se acuerda de los dos periodistas? Bueno, Diego también se acordaba...

No bien llegó al hotel preguntó si alguien había visto a Raúl Betancor, el técnico del equipo uruguayo. Estaba cenando en una mesa del comedor y Diego pidió permiso para sentarse.

-Mire, le quiero aclarar que no me quise burlar de ustedes en el festejo. Estaba tan contento que salí corriendo y gritando para cualquier lado; no tomé conciencia de que ustedes estaban ahí. Les pido disculpas si mi gesto cayó mal, no fue la intención...

-No se haga problema, Diego, lo entendemos perfectamente. Esta aclaración no hacía falta. Quédese tranquilo y mucha suerte para la final...

Ya estaba en paz. Podía dormir el sueño de campeón...

En la cima del mundo

-¿Y, Cesar...? ¿Hoy no toca, hoy no hay recital?

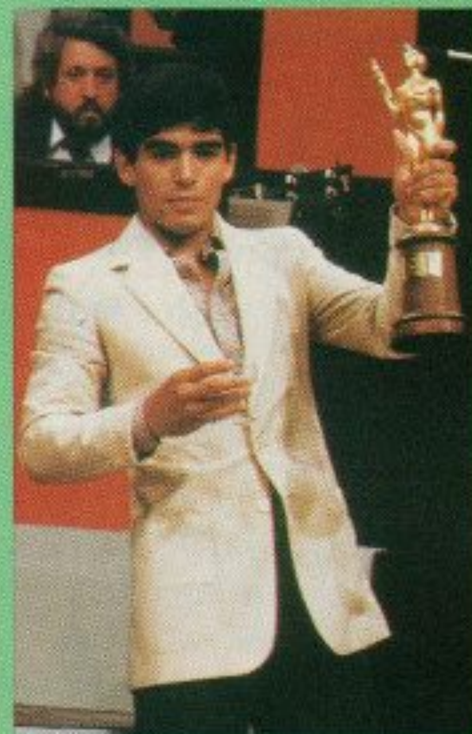
Diego andaba algo preocupado. Menotti estaba a segundos de



El primer gol de Diego Armando Maradona en la Selección mayor. Fue en Glasgow, ante Escocia, el 2 de junio de 1979.



A la izquierda, Diego el día de su debut en la Mayor, el 27 de febrero de 1977, ante Hungría. Entró un ratito y usó la camiseta 19.



A la derecha, uno de los primeros premios que recibió a lo largo de su espectacular trayectoria: el Olimpia de Oro 79.



A Diego siempre le produjo un placer especial derrotar a Brasil. Aquí, una escena del Mundialito 80, en el estadio Centenario.

arrancar la charla técnica para la final y todavía no había hecho su típica batucada en la pared del vestuario.

-Sí, cómo que no toco - le respondió el Flaco. Y entonces Diego se fue a la última ducha del vestuario a cumplir con su parte del rito: rezar, pedirle ayuda a Dios y a la Tota.

Cuando volvió, al técnico se le escaparon un puñado de palabras...

-Llegar hasta acá ya es muy importante. Pase lo que pase, la gente se va a acordar mucho tiempo de este equipo; así que jueguen tranquilos, respeten lo que sienten, siéntanse lo más libre posibles.

Ese 7 de septiembre de 1979, en el Estadio Nacional de Tokio y cina y volvió a encenderla. Todavía había esperanza...

El ingreso de Meza fue clave. El tucumano se afirmó desde la posesión de la pelota, restauró las rutas futboleras deterioradas y el crecimiento fue total: individual y colectivo.

A 14 minutos del final, la presión argentina provocó un penal. Huguito Alves, que ya había marcado los tres del torneo Sudamericano, incluyendo uno decisivo ante Brasil, tomó la pelota y fue hacia el punto. En el camino, Diego le salió al cruce.

-Dejámelo patear a mí...

-¡Ni loco! Le doy yo...

Parecía extraño, pero era así. El penal crucial lo ejecutaría el lateral izquierdo -que no era de los notti, desencajado como pocas veces. "Fue uno de los pocos goles que grité en toda mi carrera", confesaría años después, ya envuelto por los frondosos velos de la nostalgia.

Y después, la pincelada del genio. Un tiro libre acariciado por la zurda aterciopelada de Diego. Una sutileza hecha misil, viajando hasta el hueco que se adivinaba por el rabillo del ojo. El cielo estaba en las manos. Argentina 3-Unión Soviética 1. Argentina, campeón mundial...

Un festejo loco

Después del último pitazo, Maradona salió disparado hacia ninguna parte, hacia todas partes. Se cruzó con Calderón y se abrazaron fuerte, arrodillados sobre el césped húmedo. Después se le apare-

No pudo esperar el protocolo. Cuando Havelange se distrajo Diego manoteó la Copa y se fue a festejar con los compañeros.

ante la Unión Soviética, Diego y su pandilla querían acomodarse en la historia.

Pero arrancó dura la cosa, ¿eh? Muy complicada. La mecanización soviética enturbiaba los circuitos ofensivos. El equipo lucía partido, inconexo, desconocido. Para colmo, Ponomarev puso el 1-0 a los 12 minutos del segundo tiempo y el problema se amplificó. Argentina debía rendir a pleno y contrarreloj, como nunca antes en el campeonato.

En Buenos Aires, lágrimas desesperadas rodaban mejilla abajo por el rostro de Claudia. De repente, la asaltó una duda: "¡La vela!". Subió a la habitación de Diego y los ojos le gratificaron la intuición. Una corriente de aire había apagado la vela de la cábala. Bajó como un rayo, tomó los fósforos de la co- más dotados técnicamente- en lugar de ese chiquilín que se recortaba en el horizonte futbolero como el mejor jugador del mundo.

Parecía extraño, sobre todo porque pocos sabían que le pegaba Alves porque habitualmente ganaba los torneos de penales que se hacían en la concentración. Por encima de todos. Incluso por encima de Diego. Y con esa convicción estampó el empate que habilitó para la ilusión.

-Así, chicos, sigamos así. Tocando y tocando...

Eso dijo el Flaco Menotti después de la igualdad. Sólo eso. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Y el desenlance sobrevino sin preámbulos.

Primero, un golazo de Ramón Díaz. Una aparición electrizante que provocó el grito desaforado de Me- ció don Diego, atrás vino Cyterszpiler y todos los muchachos...

Se acordó de doña Tota y miró al cielo. "¡Es para vos, mamá!", gritaba el Pelusa, mientras trataba de adivinar por dónde debía pasar para encontrarse con la copa.

En medio del tumulto se topó con João Havelange. El presidente de la FIFA lo felicitó y le extendió la mano, pero Diego tenía la vista hipnotizada por el brillo plateado de la copa.

-¿Ya la puedo agarrar?

Havelange no le entendió o no lo escuchó. El asunto es que respondió con puntos suspensivos. Entonces Maradona, ya superado por la excitación, se desentendió del protocolo y manoteó la Copa. Dio un paso atrás, saludó con una reverencia que pretendió ser japonesa y retrocedió hasta fundirse



Golazo infernal al Resto del Mundo, durante la celebración del primer aniversario del título logrado en Argentina 78. Leão nunca llegó...





El grito y el salto de su gol al Resto del Mundo, en 1979, quedaron inmortalizados como un emblema. Aquella pirueta sobre el césped del estadio Monumental fue una marca registrada, un estigma de gloria. Ese puño volaría muchas veces más...

con sus compañeros, que lo esperaban al grito pelado de "¡Dale campeón! ¡Dale campeón!".

El grupo enfiló hacia Menotti y lo levantó en andas. Y cuando empezaban con la vuelta olímpica, las luces del estadio se apagaron por completo.

Un haz de luz que nacía desde lo alto, como un resplandor divino, los siguió durante todo el recorrido por la pista. Lloraron. Lloraron todos. Los chicos y los grandes. Los argentinos y los japoneses. Los que estaban en el estadio y los millones que lo seguían por las pantallas de televisión.

La fiesta duró toda la noche. Hubo carnaval en el vestuario, donde García aprovechó un descuido de Alves y le metió el "piquito" prometido. Y en el hotel los aguardaba un baño caliente y los trajes oficiales para asistir a la gala final. Diego hizo todo rápido. La alegría le explotaba los poros y quería vivir cada instante a mil, intensamente.

Lindo traje, buena camisa, mejores zapatos y una corbata con un nudo irregular que no sabía cómo arreglar. En realidad, nunca había hecho uno. Menotti le golpeó la puerta de la habitación en medio de ese bardo...

-Vamos, Diego, que se nos hace tarde... ¿Qué le pasa?

-Ya voy, César, ya voy. Estoy luchando con la corbata. ¿No me haría el nudo?

-A ver, venga...

Para el Flaco, lo del nudo era un trámite. Se calzó el pucho en un costado de la boca y con la comisura opuesta le batió la novedad, la otra gran noticia.

-¿Sabe una cosa, Diego? Recién me dijeron que lo eligieron como el mejor jugador del campeonato...

> **La cereza del postre: al Diez lo eligieron como el mejor jugador del campeonato.**

Era la noche soñada. Campeón del mundo, Balón de Oro y Botín de Plata, porque fue el segundo goleador, detrás de Ramón.

No le alcanzaban las manos para sostener los trofeos. Apenas comenzaba septiembre y el Pelusa estaba hecho. Había cumplido, al fin, con la promesa del 31 de diciembre, aquella tarde del almanaque despedazado y la motivación encendida...

Ya que estamos...

A la vuelta de Japón, los jugadores del Juvenil que estaban haciendo el servicio militar obligatorio tuvieron un encuentro con el general Roberto Viola, ya que el Ejército quería entregarles un reconocimiento.

Juan Simón, Gabriel Calderón, Osvaldo Escudero, Sergio García, Juan Barbas y Diego Maradona, vestidos impecablemente para la ocasión, se aprendieron de memoria el versito con el que debían saludar al general y marcharon hacia el agasajo con un solo objetivo: pedirle la baja.

El tema era cómo hacerlo, qué decirle para que no lo tomara a mal. En eso estaban, cuando Diego, como buen capitán -del equipo, claro...- tomó la responsabilidad que le correspondía: "Déjenme este asunto a mí".

Viola los fue saludando uno a uno. Y cuando llegó a Diego, escuchó la sutil diferencia.

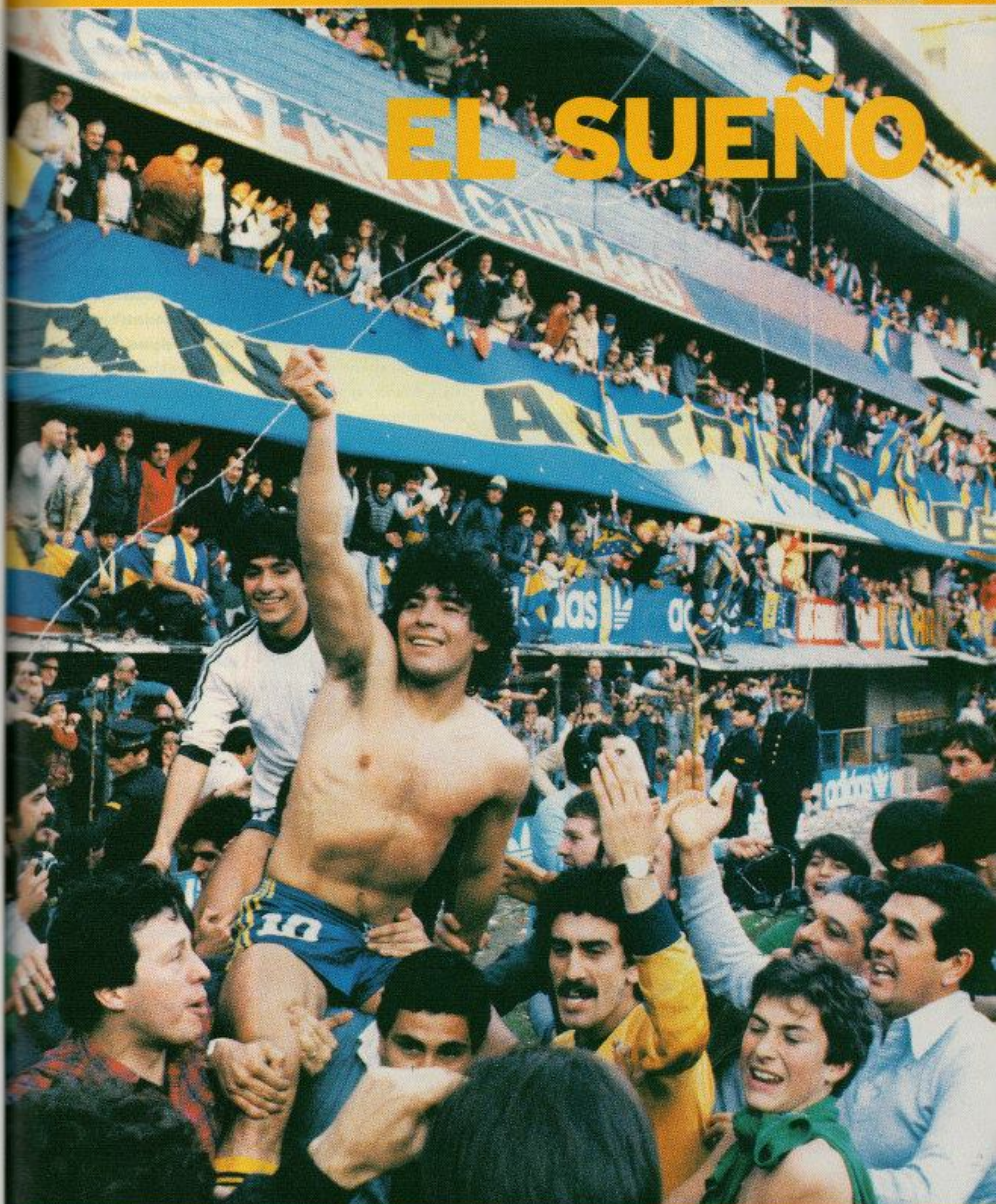
-No se olvide de nosotros, mi general...

"Su" general no dijo ni mu. Pero quince días después, cuando los festejos desenfrenados se habían aplacado, los famosos conscriptos de la clase 60 recibieron la baja.

La baja para quienes habían llegado tan alto... ■

CAPÍTULO 3

EL SUEÑO



Maradona y la vuelta olímpica en la Bombonera, en 1981. El deseo de la infancia se había hecho realidad.

Diequito, ¿sabés qué estuve pensando anoche?

-No, pa... ¿qué pensaste?

-Que algún día sería muy lindo verte jugar con la camiseta de Boca. ¿Te imaginás? Yo soy de Boca, tu madre también... Sería lindo...

Manda el viento en esa tarde otoñal de 1980. Diego y Chitoro caminan por una vereda angosta de La Paternal. Hablan de sus cosas. De la vida que están descubriendo, de las comodidades del dinero fluido. Y a don Diego, como al pasar, se le escapa el deseo en voz alta. Por primera vez, aunque lo llevaba adentro desde tiempo atrás...

-Qué lindo sería... La Bombonera, vos, nosotros gritando los goles, los parientes de Esquina también...

Al Pelusa le picó el bichito de esa frase. Le dejó una roncha.

A esa altura, la explosión de su talento había trascendido la frontera de Juan Agustín García y Boyacá. Asombrosas y picantes, las hazañas del cebollita de Fiorito ya reclamaban un packaging masivo, un envase popular que legitimara el mito.

Era un secreto a voces que el Barcelona y el Sheffield habían efectuado sondeos serios y persistentes. De Italia crecía el rumor que lo vinculaba con la Juventus. En las majestuosas oficinas de Maradona Producciones se recibían los llamados de cientos de representantes y managers europeos. De Japón, ni hablar. Y a Argentinos ya no le daba el cuero para cumplir con los acuerdos económicos preexistentes. Arrimaba sponsors, exprimía las piedras en busca de recursos, pero el margen de acción se le desinflaba inexorablemente. Diego lo tenía claro: sus días en Argentinos estaban contados.

River hace primera

El domingo 4 de mayo de 1980, el Pelusa dio un recital en el Monumental. Un recital de fútbol. Con dos goles suyos, Argentinos le ganó a River 2-0 después de redondear una expresión colectiva sensacional.

Antes de que se retiraran a sus hogares, el presidente de River, Rafael Aragón Cabrera, convocó a los miembros del bloque oficialista a una reunión extraordinaria.

-Ese chico Maradona tiene que jugar en River, es un talento. Quiero comprarlo ya. ¿Ustedes qué opinan?

No bien le arrimaron el consentimiento, Aragón pactó un encuentro con su par de Argentinos, Próspero Cónsoli. Esa misma noche estaban cenando en el restaurante Martín Fierro. A los postres, el pope de River soltó prenda.

-Mire, Cónsoli, nosotros queremos a Maradona. ¿Cuánto vale?

-Vale mucho, pero nosotros no estamos interesados en venderlo. Por ahora, no.

Cónsoli le mintió la respuesta. El sabía -mejor que nadie- que tenía la soga al cuello. Un par de días antes se había quitado la máscara frente a sus compañeros de comisión: "Me rindo. No tengo manera de retener a Diego. Las cuentas no cierran por ningún lado". Pero el approach de Aragón era providencial. Necesitaba tiempo para armar la estrategia que le permitiera agenciarse de la mejor tajada. Entonces le hizo morder el anzuelo al ingenuo de Aragón...

-Por ahora no lo vendemos, pero podemos conversar más adelante. Por ahí, quién le dice...

La próxima cita fue el 13 de enero de 1981, mientras Diego disfrutaba sus vacaciones en Esquina, después de jugar para la Selección el Mundialito de Uruguay. La iniciativa era de un Aragón más confiado y terminante, alertado del fango financiero que salpicaba a Argentinos.

-¿Cuánto quiere, Cónsoli?

-Trece millones de dólares.

-Me parece que se le va la mano.

-Trece limpios, Aragón. Si quiere, en una semana volvemos a charlar. Pero le aclaro una cosa: lo único que me sobran son las ofertas.

Una semana. Ése era el plaz[o]. Pero había un problema: contand[o] hasta las chirolas, en la tesorería d[e] River había menos de dos millones. Con suerte, uno ochocientos.

La contraoferta fue buena: se[is] millones y el pase definitivo de do[s] jugadores a elección de un grupo in[-]tegrado por Pedro González, Héctor López, Pablo Comelles, Leopoldo Luque, Luis Landaburu y Alfredo de los Santos. Y también incluía la pro[-]puesta para el jugador, aunque a Cy[-]terszpiler no se le movió ni un ru[lo]: "Maradona podría ganar lo mismo que Fillol, que es el jugador mejor pago de nuestro plantel".

Los días se escurren como agua entre los dedos. River promete l[o] que no tiene. Busca recursos y no los encuentra.

> **La primera ficha se la puso don Diego: "Qué lindo sería verte jugar con la camiseta de Boca. ¿Te imaginás? Yo soy de Boca, tu madre también... Sería muy lindo...".**



El primer gol oficial de Diego Maradona en Boca. Fue el 22 de febrero de 1981, en la Bombonera, ante Talleres de Córdoba, de penal. Al arco, el Negro Baley.

Aragón trata de ser discreto, p[ero] de silencios que casi nadie respeta. Y en Boca se enteran. Bah, pican. ¿Cuándo? Después de que Maradona, pícaro, les mintiera a los periodistas de Crónica diciendo que l[o] habían llamado de Boca. Ni ahí: lo dijo para ver si picaban. Y picaron. A Diego se le aceleró el corazón cuando Cyterszpiler le comentó que también lo habían llamado de Boca, aunque todavía no hubiera formalizado la oferta. Era lo que estaba esperando. El deseo que atesoraba desde aquella charla con Chitoro, por las vereditas de La Paternal...

Medio en broma, medio en serio, le dieron a entender que el mejor fusible para abortar el intento de River era él mismo. Y Diego dejó escapar ante la prensa, con cierto aire de desparpajo, que le gustaría jugar en Boca: "Mi familia es de Boca y los hinchas me llegaron al corazón el día que me ovacionaron, pese a que yo les había metido cuatro goles".

Con ese aval, en Boca empezaron a forzar la máquina. Y en River también... El sábado 30 de enero, mientras en el Monumental juegan Academia Tahuichi y Real Madrid por una de las semifinales del Campeonato Internacional Infantil, se concretó otra reunión entre Cónsoli y la plana millonaria. En River sabían que el partido era chivo. Que jugaban contrarreloj. Y sobre la mesa de negociaciones llegaron a desparramar un cronograma de amistosos, a razón de 200 mil dólares cada uno, que engordaban los números de la propuesta. Sólo faltaba la conformidad de Diego. Sólo eso. Nada menos que eso...

Cuestión de honor

-Claudia, ¿vamos a ver el partido al Monumental? Dale, vamos todos...

La novia se sorprendió. Ella, que lo conocía tanto, que sabía de sus deseos más inconfesables, que compartía los sueños y también los temores, se quedó balbuceando.

-Bue... Bueno, Diego, vamos.

Maradona quería ir al Monumental. En medio de las negociaciones y los rumores quería darse una vuelta por esa cancha que pronto podría ser su casa.

¿Qué pasaba? Inter y Academia Tahuichi jugaban la final del Infantil. Y a Diego se le entibiaba el alma cada vez que veía jugar a los chicos. Se veía a sí mismo, se retrotraía a la felicidad del potrero, a las hazañas doradas de los Cebollitas.



El típico ingreso de Diego a la cancha. Persignándose y pisando primero con el pie derecho.

Martes 3 de febrero. Un día que, a priori, no decía nada. Un día que, después, sería la explicación de todo. O de casi todo.

Problemas de entrada. Diego llega con un grupo importante de familiares y amigos, pero no los dejan pasar a todos al palco presidencial. Sólo pueden entrar él y su novia. El resto, a la platea. A Maradona le cayó como una trompada en el hígado, pero se aguantó. "Somos demasiados", pensó. Pero después...

Dos allegados a la conducción, indignados por las confesas inclinaciones xeneizes de Maradona, lo increpan duramente. Le gritan de atrás. Arrojan la piedra y esconden la mano. Hay un tumulto leve, ciertos forcejeos, amagues de trompadas que jamás llegarán a destino. O mejor: que jamás despegarán.

Diego y Claudia marchan hacia la platea, a reunirse con los suyos. Y él le descerraja una frase letal...

-¡A este club no vuelvo nunca más! Te lo juro: ¡nunca más!

Al otro día, Aragón llamó por teléfono a Cyterszpiler. Quería apurar la jugada, aunque se había enterado del incidente.

-Escúcheme, Aragón. Vamos a esperar unos días. Diego me dijo que no quiere ir a River.

Era la lápida. Y encima, en un cruce ocasional, Carlos Bello, dirigente de Boca, le clavó el puñal a un dirigente de River...

-Me parece que les voy a chorear a Maradona.

Telegrama, señor...

Boca abrió el fuego con un escueto telegrama colacionado.

"Solicitamos condiciones por transferencia jugador Diego Armando Maradona. Saludos. Club Atlético Boca Juniors."

Pero en el país estaba el empresario José María Minguella defendiendo los intereses del Barcelona, que pretendía imponer la validez de un precontrato firmado en mayo por Argentinos, Diego y don Diego, por el cual Maradona no podía pasar a otro club que no fuera el catalán. El reclamo vino acompañado por una propuesta global de seis millones de dólares, más dos para el jugador.

Tenía sus derechos, el Barcelona. Pero la pasión de Boca había engendrado una bola de nieve. Hervía la gente. Hervían los dirigentes. Bramaban los medios. Maradona a Boca. El Diego y Boca...

Entre el jueves 12 y el viernes 20 de febrero se sucedieron treinta horas de reuniones. A las más variadas horas, en distintas escenografías, avanzando y retrocediendo. Todas dignas de un thriller de acción y suspenso.

Las discusiones extenuantes se sucedían hasta por puntos insignificantes. Por ejemplo, si el vencimiento de uno de los documentos sería a cinco o a diez días de la firma del contrato. No avanzaban. Se resistían a conciliar. Y a las dos de la mañana del jueves 19 lo decidió una moneda de 100 pesos. Salió cara, Boca ganó el sorteo y el plazo de p... go se estiró a diez días...

No fue el único nudo de la m... deja, por supuesto. Que la cantid... de jugadores cedidos, que la opció... que un amistoso previo entre Boca... Argentinos, que...

A la 1.21 de la madrugada, el te... léfono sonó en la habitación 172 d... hotel Hermitage, en Mar del Pla... Minutos antes, el Círculo de Peri... distas Deportivos le había entrega... do la Pelota de Oro a Maradona... consagrado como el goleador de l... temporada. Diego miró el tubo, pe... ro la mano de Cyterszpiler lleg... primero. Extraño, pero el Ruso s... dio un gusto de pocos: anticipó a... Maradona. Del otro lado de la líne... la voz de Cónsoli decía lo que que... rían escuchar...

-Listo, Jorge, nos pusimos de acuer... do. Randazzo aceptó venir a Argent... nos, así que no hay más problemas. Los esperamos mañana, mandale u... saludo a Diego...

Mientras Cónsoli hablaba, Jorge... levantó el pulgar. Diego explotó.

-¡Vamos, carajo!

Antes de dormirse como un án... gel, llamó a casa para avisar. Imagi... nó las lágrimas de la Tota, también... la sonrisa sin palabras de Chitoro.

Sueño cumplido. Ése que apo... yaba la cabeza en la almohada era e... nuevo jugador de Boca.

El acuerdo milagroso

Maradona llegó a la Bombonera... el viernes 20, a las 13.19, en un Ford... Taunus. Había salido de su casa a... las 12.29, en un Mercedes-Benz... 450, pero una cuadra antes hizo e... trasbordo. No quería que a los hin... chas les chocara el exhibicionismo...



Silvio Marzolini fue el entrenador de aquel Boca del 81. Maradona no compartía demasiados códigos con él, pero supo adaptarse para tirar juntos del mismo carro.

River también lo pretendía, pero una tarde fue al Monumental a ver un partido infantil, los hinchas lo trataron mal y les hizo la cruz: "A este club no vuelvo nunca más".

Lo acompañaban Cyterszpiler y Quique Tebelé, un empleado de Maradona Producciones.

En la playa de estacionamiento lo aguardaban los integrantes del departamento físico: el doctor Agustín Quartino, Rubén Dodero, Oscar Plantanide y un miembro de la Asamblea de Representantes, Osvaldo Marchese. Por un acceso privado arribaría a la sala de presidencia, en el primer piso. Lo condujeron por un acceso a la tribuna del Sector H-K, pero después de trepar 204 escalones se dieron cuenta de que... no era el camino correcto. Parecía una conspiración.

Rectificaron la marcha y acertaron con la austera sala de la presidencia, donde Maradona firmó tres veces para Boca. Sí, tres veces. A las 14.24, a puertas cerradas, rubricó el contrato real. Pero antes suscribió uno simulado para las cámaras de Canal 13, con el que tenía exclusividad, y otro simbólico para el resto del periodismo. En el escrito que completó a máquina el directivo Juan Carlos Rinaldi se establecían las siguientes cláusulas:

- Boca abonaba 4.000.000 de dólares por el préstamo, que se extendería entre el 20 de febrero de 1981 y el 31 de junio de 1982.
- La opción de compra definitiva, con carácter de "irrevocable", quedaba establecida en otros 4.000.000 de dólares.
- Boca se comprometía a no utilizar a Maradona en los partidos que disputara contra Argentinos.
- Tomaba a su cargo los porcentajes de Diego y de las demás partes intervinientes en la operación.
- Boca cedía en forma definitiva los pases de Carlos Randazzo, Osvaldo Santos, Eduardo Rotondi y Carlos Salinas, más los préstamos por un año de Mario Nicasio Zanabria y Miguel Ángel Bordón.



Equipo debut. Arriba: Mouzo, H. Alves, Acevedo, Gatti, Brindisi, Córdoba. Abajo: Escudero, Diego, Perotti, Quiroz, Trobbiani.



Documento histórico. El momento en que Diego se pone la de Boca por primera vez: el viernes 20 de febrero de 1981.



En el amistoso de esa noche jugó un tiempo para Argentinos Juniors y otro para Boca convirtiendo este gol de penal.



Diego y la gente. Indivisibles. Una síntesis que no sólo podría aplicarse a su paso por Boca, sino a toda su trayectoria.

"Se lo quiero aclarar de entrada: Boca no es Argentinos, acá nadie tiene beneficios, todos están en igualdad de condiciones." No era la bienvenida que esperaba de Marzolini.

Todos contentos, todos felices. La próxima cita sería por la noche para el amistoso de presentación en el que jugaría un tiempo con cada camiseta.

Cambio de piel

No hubo palabras, sólo emoción. No hubo abrazos, sólo miradas. No hubo una multitud, sólo un puñado de testigos...

En las entrañas de la Bombonera, sobre la escalera huérfana de pintura del vestuario visitante, Diego se cambió la historia. Se quitó la piel de Argentinos y se envasó en la de Boca. Una película muda le desfiló por la mente: Fiorito, la prueba en los Cebollitas, las inferiores del Bicho, los tablones de la canchita de Boyacá, las bromas en la concentración del hotel Torre...

Todo eso se le iba con la camiseta blanca que, hecha un bollo, le entregó en mano al hombre que estaba a su lado, llorando. Era Francis Cornejo, su descubridor, aquel duende protector de las tardes de gambetas gordas y meriendas flacas. Era un reconocimiento. Ese "gracias" que tantas veces le había pronunciado, pero que ahora no le salía porque la garganta era un nudo de nostalgias.

Cruzó el pasillo húmedo, respiró hondo y a las 22.49, barnizado de flashes, persignándose y con el pie derecho, pisó la Bombonera para jugar el segundo tiempo como jugador de Boca. La secuencia fue rápida: un par de toques sin presión, un gol de penal... Muy light, claro. Tanto, que nadie advirtió lo que pocos sabían: Maradona estaba lesionado.

El prólogo del pase fue un catálogo de tensiones. Amenazas de muerte para los dirigentes de Argentinos, pintadas en el barrio, idas y vueltas en la negociación... La presión se le estacionó en las piernas y unos días antes, durante una práctica en el Club Teléfonos, sintió un tirón en el muslo derecho. Nada importante, todavía. Pero suficiente para mermarle la respuesta física. La noche de la presentación zafó con dignidad. ¿Podría hacerlo en el debut oficial? Ésa era la cuestión...

El sábado, en La Candela, le midió la temperatura a la gente de Boca. Con gritos y cánticos, un centenar de hinchas le inyectó el optimismo que le faltaba. Porque Diego se estaba mordiendo los labios. No podía correr, la pierna no le daba. Para colmo, la primera charla con Silvio Marzolini le cayó como un misil.

-Se lo quiero aclarar de entrada, Diego: Boca no es Argentinos. Yo sé que allá usted tenía algunos beneficios, pero acá es distinto. Está en igualdad de condiciones con el resto. Usted es figura, pero los demás también.

No era la bienvenida que soñaba del entrenador. El malestar se lo sacudió Yiyo Carniglia, el manager.

-Usted va a ser ídolo de Boca, pibe. Jueque como usted sabe y no se cargue de responsabilidades. No se sienta el salvador de nadie, haga lo suyo...

El gran debut

Era la primera fecha, pero el domingo 22 de febrero la Bombonera lucía como si se definiera el campeonato. Sol vertical, cuarenta grados de sensación térmica, gente apiñada en el cemento desde las diez de la mañana, toneladas de papelitos, disfraces, augurios de vuelta olímpica y un hit naciente, un himno...

"Lo quería el Barcelona/ lo quería River Plei/ Maradona es de Boca/ porque gallina no es."

Talleres de Córdoba era el rival. Sí, el mismo adversario del 20 de octubre de 1976, cuando el fútbol lo parió en Primera. Ansioso como pocas veces, escuchó los apellidos de Boca en la voz del estadio, del uno al once: "Gatti, Acevedo, Córdoba, Hugo Alves, Quiroz, Mouzo, Escudero, Trobbiani, Brindisi, Ma-ra-dooooo-na y Perotti". El sueño hecho realidad.

El cambio era brusco. Otra dimensión mediática, presiones de campeonato, tribunas de cemento, el empuje de la historia y un rol que, de movida, no le garantizaba el protagonismo. Para muestra basta la primera jugada. La tocaron hacia atrás, para la posición de Mouzo, y Diego se mostró libre. En Argentinos le hubieran dado la pelota enseguida, para que se arreglara como pudiera. Pero Mouzo miró el panorama y gatilló un pelotazo que pegó... ¡en la espalda de Diego!

La mochila del debut se la quitó a los 19 minutos. El Negro Baley le hizo penal y después le compró un engaño. Fue para allá y la pelota vino para acá. Gol bautismal. Uno a cero. Abracadabra para una producción colectiva de alto vuelo, con Miguelito Brindisi como socio y definidor de dos golazos. Tres a cero en el primer tiempo. Fiesta. Locura. Delirio. Y una frutilla más a cargo de Maradona: segundo penal, segundo engaño, segundo gol. Un debut ideal, a pesar del tirón...

El desgarro tan temido

Con Miguelito tuvo onda desde el vamos. Compartían la pieza y en la cancha se entendían con una mirada, como en el truco. Y también se enganchó con los más pibes, por una cuestión generacional. Al Pichi Escudero y a Huguito Alves los tenía del juvenil. Ruggeri, Ramoa y Abel, el hermano de Hugo, se sumaron a la banda. Y entre todos le hicieron más llevadero el dolor de la pierna, hasta que fueron a Mar del Plata para jugar uno de los benditos amistosos -recaudaban para pagar el pa-



El Flaco Cousillas no llega. Gol a San Lorenzo, de tiro libre. Fue el que clausuró una goleada espectacular en la Bombonera: 4-0. El genio la puso en la ratonera.

Arriba, el golazo de Maradona a Independiente, en Avellaneda. Fue el primero, a los 40 minutos. Después llegaría una palomita de Ruggeri para el 2-0 definitivo. Abajo, otra pincelada magistral que fue clave en aquel Metropolitano 81. El pase sutil, perfecto, filtrado en un espacio ínfimo, para que el Mono Perotti quedara mano a mano con el arquero de Ferro y metiera el gol de la victoria, el gol del 1-0 que dejó a Boca con medio campeonato en el bolsillo. Ese día, la Bombonera explotaba de gente.

se- con el San Lorenzo local, después de igualarle 2-2 a Instituto, con dos impactos del Diez, por la segunda fecha del Metro.

Cuando terminó el partido en Mardel se desplomó sobre la camilla del vestuario y se tocó el muslo. El pinchazo era agudo, intenso. Y el médico se lo había anticipado: era un tirón, pero en cualquier momento derivaba en desgarro.

-Esto no va más. Me paro. Contra Huracán no juego. Me duele un toco.

Diego parecía dispuesto a bajarle la persiana al fastidio. Pensaba en él por primera vez desde que estaba en Boca. Pero se venía Huracán. Y Miguelito Brindisi se jugaba un tute particular. Su adiós de Parque Patricios no había sido muy cordial que digamos. Y lo que menos deseaba era "hacer sapo" en el regreso con otra camiseta.

-¿En serio que no jugás? El debut de visitantes. Por ahí te conviene jugarlo y después sí, parás...

Accedió. Como casi siempre, accedió. Pero después del 2-0, con gol de Brindisi incluido, apagó la máquina. El equipo estaba en la rampa de formación. Rendía con altibajos, le costaba acomodarse. Y Diego no digería ciertos manejos del técnico y del preparador físico, Gustavo Habegger. Con el profe, justamente, discutió agriamente en la puerta del Hotel Dos Reyes, en Mar del Plata. Más que nada, Maradona y sus compañeros le censuraban algunas metodologías de trabajo, el escaso tiempo libre, las concentraciones exageradas. Ambas partes depusieron el orgullo. Modelaron nuevos caminos de convivencia.

Los tentáculos del miniconflicto



La desesperación de Diego lo dice todo. Acaba de tirar a las nubes el penal contra Central, el que le podía haber dado el título a Boca esa misma tarde, en Arroyito.

también rozaban el funcionamiento. "Los compañeros son egoístas, se la pasan poco, no quiere que se luzca", se lamentaban en la tribuna de socios. Y el temblor no era de cotillón, porque a varios compañeros les surgió la necesidad de salirle al cruce. Por ejemplo, al Tano Pernía.

-A Diego le damos la pelota cuando nos parece que le conviene a él y al equipo. Históricamente, Boca jamás jugó en función de un jugador. Y por ahí nos cuesta sacarnos el temor de darle la pelota a un compañero que está muy marcado. Es algo que nos viene de la época de Lorenzo.

Diego no se lo tomaba a pecho. Entendía que todos estaban en una etapa de aprendizaje. Y no le tenía miedo a las charlas abiertas, a cara limpia, que se hacían después de los partidos. Es más: tuvieron que hablar mucho después del arranque demoledor, hasta que se acomodaron las piezas del ajedrez. ¿De qué? Del funcionamiento, de los relevos, de la manera de explotar a Diego, del exceso de voracidad que se había apoderado de Miguelito después de la seguidilla de goles...

-Tenemos que juntarnos más y tocar, Miguel. No te obsesiones con el gol. Metiste muchos, pero no es tu obligación. No te generes esa carga.

Hablaba Maradona. Y, en cierto modo, era un acto reflejo de aquella charla inicial con el bueno de Carniglia. Había aprendido una lección.

Cada loco con su tema

Quedó dicho: Diego paró. Se sucedieron algunos partidos complicados, cerrados, de resolución trabajosa. Pero el grupo creció. Afuera y adentro. Gracias a muchas cosas, sobre todo a la convivencia, al feeling que germinó en La Candela.

Gestos, chistes, anécdotas... En fin, las pequeñas grandes cosas que agigantan a los grupos. Se fueron soltando, los muchachos. Crecieron las pequeñas sociedades -para jugar y para divertir-, las manías, los tics, las complicidades...

Y ahí andaban, entonces.

El doctor Luis Pintos y su millón de cábalas, empezando por la del dentífrico. En el arranque, cuando creían que el rival a vencer sería River, él y Marzolini se lavaban los dientes con Signal, una pasta blanca con líneas rojas. Y después, cuando se perfiló Ferro, la cambiaron por Muy Cerca, que era verde...

El Colorado Suárez y su sonambulismo incurable, que lo llevó a rodar escaleras abajo una noche que confundió la escalera, justamente, con la puerta del baño...

Diego y su romance con las sábanas, contrastando con el insomnio del Tano Pernía, compañero de la cuádruple que compartían con Sá y Miguelito...

El ritmo moroso de las sobremesas, con las guitarreadas de Pancho Sá y las anécdotas interminables de don Yiyo...

El respeto que inspiraba Mouzo, siempre calzado con un zapato de hierro para que un músculo crónicamente contraído se le distendiera durante los ratos libres...

La virginidad profesional de Krasouski, que abrió los ojos como un plato cuando vio que a los jugadores les suministraban suero glucosado para recuperarse, algo impensado para el medio oriental...

El Chino Benítez y su manía de las canilleras rellenas de algodón

Se venía el partido contra Huracán y la lesión lo tenía loco. Pero quiso jugar igual para bancar a Brindisi, que volvía a Parque Patricios hostigado por la hinchada del Globo.

que el utilero Cacho González le preparaba con dedicación medicinal...

En fin. Cada cual atendía su juego y se regodeaba con el de los otros. Y la aridez inicial devino en un lubricante ideal para encarar las aventuras mayores. Por ejemplo, los partidos cruciales...

El clásico soñado

-¿Sabe una cosa? Hasta ahora vi un solo clásico, cuando el Diego era chico. Ni sé cómo hice para llegar al Monumental. Me acuerdo de que estaba repleto, que lo vi apretado. Ganó River, ¿sabe? Y me fui muy triste...

En la platea del Sector E, junto a un periodista de El Gráfico, don Diego confesaba su estremecimiento. Noche muy lluviosa la del 12 de abril. Y allí, en la Bombonera, todo un acontecimiento: su hijo debutando en un clásico, dispuesto a abortar la escalada de aquel equipo de Fillol, de Passarella, de Tarantini, de Alonso, de Jota Jota, de Kempes, del inefable Angelito Labruna.

-Tengo una fe ciega, les vamos a ganar. No sé, últimamente noto al equipo enchufado. Nos dijimos algunas cosas y nos vamos entendiendo.

El vaticinio de Diego no se plasmó durante el primer tiempo. Trámite cortado, imprecisiones, llegadas ínfimas, nervios, agua, barro...

Pero en el segundo irrumpe el maestro Maradona. Un director de orquesta fenomenal, dueño de un talento angelizado. Inventa para dejarlo sólo a Miguel para el primero a los cinco. Brindisi remacha el segundo antes de los diez y después, bajo la lluvia que ya era bendición, la obra cumbre, la obra divina. El gol inmortal. Una corrida iluminada de Cacho Córdoba, limpiando el camino de rivales desde su quintita del "tres" hasta la del "siete", el centro justo, la aparición de Diego, el botín que amortigua, el movimiento sutil

La resignación de Fillol y el vuelo estéril de Tarantini. Gol de Maradona en su primer clásico, el 12 de abril de 1981, en la Bombonera. Aquel día, Boca goleó 3-0.



En la revancha volvió a meterle un gol a Fillol, esta vez de derecha, con la de palo. Esa vez empataron 1-1.





Por el Nacional 81, River y Boca empataron 2-2 en el Monumental. El primero fue este golazo de tiro libre, al ángulo más lejano del Pato.



El segundo, en el minuto final, para igualar y que la La Doce enloqueciera de felicidad, fue de penal.

En pleno campeonato, cuando los resultados flaqueaban, la barra apretó al plantel en La Candela y le pidió a Diego que le marcara quiénes no querían pasarle la pelota.

para desparramar a Fillol, el "que sea, que sea" de Víctor Hugo, el toque preciso, la volada inútil de Tarantini, la red, el gol, el triunfo, el certificado firmado por los siglos de los siglos: Diego Armando Maradona, ídolo a perpetuidad del Club Atlético Boca Juniors.

A Chitoro se le infló el pecho en el Sector E. Después, en un restaurante de la Costanera, Diego le dio uno de los besos más tiernos. Relató diez veces cada jugada de aquel tres a cero, firmó una parva de servilletas, con ritmo y guión autómata -"Con afecto, Maradona (10)"-, le regaló la camiseta del primer tiempo a Indio, su cuñado, e imploró para que la otra se la guardaran bajo siete llaves. La tenía prometida. Era para Kempes.

La apretada

Un bajón. Eso soportó el equipo en la mitad del río, después del arranque matador. Subidas y caídas de tensión. Hitos amargos que le exhalaban una reflexión. Derrotas con moraleja, como la de Vélez: "Que esto nos sirva de lección, viejo, no podemos dormirnos. Todos nos salen a jugar a muerte. Tenemos que estar despiertos". Empates para no despreciar, como el de Ferro: "Ojo, están bien trabajados, por algo pelean arriba". Derrotas incuestionables, como la de Unión: "Paremos la mano. Cambiamos o estamos listos". Alarmante. Complejo. Impensado. Un jeroglífico para resolver con carácter de urgencia, para determinar, al fin, si el equipo tenía o no tenía pasta de campeón. Pero...

Empate, empate, empate y empate. Cuatro al hilo. Contra Independiente, con gol de Diego, aprovechando un error de Goyén. Contra River, con otra aparición magistral de Maradona, incluido el desaire para la misma dupla de la primera rueda: Fillol y Tarantini. Contra Vélez, con un nuevo grito del Diez. Y contra Argentinos, con goles de Córdoba y Miguel.

Empate, empate, empate y empate. Cuatro al hilo, Ferro pegado, nuevas dudas, chau Pantera Rodríguez, hola Gatti, Estudiantes en la próxima, Ferro pegado...

Sabado 18 de julio. Dos minutos para las 20. El plantel acaba de terminar una práctica recreativa, livianita. Por el portón principal ingresan diez autos. Rauda, intempestivamente. Bajan unos sujetos indeseables, "los muchachos de la barra". Y ejecutan su mensaje.

-Muchachos, no lo tomen a mal, pero la hinchada está cabrera y nosotros venimos a avisarles. Si no ganan el campeonato, la bronca no se para con nada. Les vinimos a avisar, nada más.

Claro y conciso. Una apretada.

Pero habría más. Un comentario para Maradona.

-Mirá, Diego, en los diarios leímos que algunos de éstos no te quieren pasar la pelota, así que marcá a los que te tiran al bombo que nos encargamos.

El Pelusa tragó saliva, puso cara de indiferente, algo así como "¿de qué me están hablando?". Y le brotaron las palabras justas.

-Acá no pasa nada, muchachos. Vayan tranquilos que mañana ganamos. Boca va a salir campeón, seguro. El equipo va a aparecer.

Y apareció todo. El equipo, la garra, el temple, los duendes de Diego, la pasta de campeón...



Siete días después de errar el penal con Central, a Maradona se le presentó otro, contra Racing, en la fecha decisiva. Engañó a Vivalda y fue el gol del campeonato.

Un golazo de Perotti, con pase del Loco, que gambeteó hasta la mitad de la cancha, volteó a Estudiantes. Y la ilusión enfiló a Santa Fe. Se venía Colón. Un capítulo que bien vale empezar por el final, por aquel grito del domingo 26, a las 17.11...

-¡¡¡Goooooooooooolllllllll!!!

El alarido surca el vestuario visitante de la cancha sabalera. Los jugadores de Boca ya están en la ducha. Acaban de ganar un partido insólito, suspendido a los 78 minutos porque los jugadores de Colón, al quedar 0-2, se retiraron de la cancha en desacuerdo con el arbitraje de Juan Carlos Demaro.

Al repiqueteo del agua contra el suelo sólo se le oponía un sonido: el de la radio. Y la voz del relator, allá en Caballito, batió la justa. Bravo la paró con el pecho y sacó un derechazo que no sólo aniquilaba el récord de imbatibilidad de Barisio, sino que le quitaba a Ferro un punto de diamante. Ningún hincha de Talleres gritó el gol más fuerte que los jugadores de Boca, otra vez líder solitario.

El regreso a Buenos Aires fue en el vuelo 23 de Austral. Un avión que salió a full, poblado por Maradona y Cía., pasajeros comunes y un grupo de fanáticos muy entonados. Las azafatas temieron lo peor, pero el viaje fue manso y tranquilo hasta que el comandante avisó que iniciaba el descenso. Ahí sí, empezó el coro...

"Me parece que Ferro, no sale campeón./ Me parece que Ferro, no sale campeón/ sale Boca, sale Boca, si señor..."

Una de las azafatas quería dar las indicaciones de rigor, pero el coro de niños cantores se lo impedía. Debía hacer algo y lo hizo a su manera. Elevó el tono de los parlantes y despachó la estocada: "No sean mal educados y escuchen. Si no atienden un momentito va a salir campeón, Ferro...".

¡Mamita! Lo primero que se escuchó fue un abucheo, al que también se sumó Maradona. Y después arrancó un hit que no se detuvo hasta que las ruedas estuvieron en tierra firme: "¡Aerolíneas! ¡Aerolíneas! ¡Aerolíneas!".

Divertido, pero venía Ferro.



Brindisi, Maradona, Gatti y el barro. Fue una producción especial de El Gráfico tras la goleada a River en la Bombonera.





40 PARTIDOS **28** GOLES **1** TÍTULO

Diego y la locura de la vuelta olímpica en la Bombonera. El empate con Racing alcanzó para la consagración. Fue el primer y único título de Maradona a nivel local, ya que los restantes de su trayectoria los conseguiría jugando en el exterior.

La vuelta

Inédito: Marzolini decidió concentrar desde el miércoles.

-Vamos a entrenarnos en doble turno, así que no vale la pena que vayan a sus casas. Nos quedamos acá, que estamos fenómeno. Dormimos bien, nos alimentamos bien y listo.

Obvio: el partido era crucial. Determinante. La victoria era medio campeonato. La derrota...

-Mejor ni pensar en perder, muchachos. Nosotros tenemos que ganar sí o sí. Hay que acordarse de todo lo que sufrimos, de lo que nos costó armar el equipo, de las lesiones, de las enfermedades, de la hepatitis de Trobbiani. De todo. Porque a nosotros nadie nos regaló nada. Todo nos costó un h... ¿Y qué vamos a hacer, lo vamos a regalar? Nos vamos a matar en la cancha. Si dejamos la vida, ganamos seguro...

Flor de monólogo el del pibe. Como si tuviera la experiencia de Gatti, el temple de Pernía, el rodaje del Chino Benítez, la sabiduría de Miguel, el equilibrio de Mouzo... Pero lo dijo. En La Candela, adelante de todos, en medio de los partidos de billar-fútbol en el paño del chalet principal. Sin histeria, sin falso caudillismo. Y el sábado soltó la última recomendación.

-No se olviden de las cábalas.

El rival de turno era San Lorenzo y Silvio quería significar que debían presionarlos. "Los tenemos que pasar por arriba", dijo y apretó un vasito de plástico que circunstancialmente estaba allí. Tuvo la sensación de que los muchachos se habían impresionado. Hubo goleada con baile, así que no lo dudó: antes de cada

El título del Metro 81 fue el inicio de un romance eterno con los hinchas de Boca.

Se cumplieron todas, por supuesto. Hasta las de Marzolini, que parecía aplomado, pero tenía sus buenos sostenes esotéricos. Al principio usaba un pizarrón magnético, pero antes de jugar con Platense se le dio por usar la tiza arriba de la mesa de pingpong. Y como golearon, adiós pizarrón.

O la otra cábala, bien de Rambo. charla ponía cerca un vasito de plástico. ¿Antes de Ferro? Puso cuatro...

Terrible. Durísimo el partido, ¿eh? Pintaba para el cero, pero Diego dibujó un uno. Un pase-puñalada para el Mono Perotti, a diez del final, que murió en la red de Barisio. Gol. Golazo. Locura. Boca camp...

Pero no. No lo gritaron. Porque en Arroyito, con toda la expectativa de la vuelta olímpica a cuestas, con la popular hecha un mar de pasión, se dio vuelta la taba. Ganó Central y, para colmo, ocurrió lo que nunca: Diego erró un penal. Reventó el travesaño a catorce minutos del final. Toda la alegría de la semana previa se derrumbó con el zurdazo traicionero. Toda. ¿Si lloró? Claro, como un chico. Como aquel día en que Menotti lo dejó afuera del Mundial, como cuando les birlaron el invicto de 140 partidos a los Cebollitas. Lloró a solas. Durante una hora, encerrado en un baño del vestuario. Recién se animó a abrir la puerta cuando golpeó su amigo Carlitos Randazzo. Tenía ojeras, mejillas enrojecidas y una maldición a flor de labios.

Claudia lo contuvo. El grupo también. Y una semana después, en la Bombonera, volvió a patear. Primero "inventó" la falta de Vivalda. Y después, como rezaba Víctor Hugo, "la soltó como una lágrima". Mansa, tranquila, sedada. Esa bocha blanca, la que se hundía en el arco de Racing, era el colorín colorado de la historia. Su primer título de clubes. El inicio de un romance eterno con Boca.

Ahora sí, la locura. El estremecimiento de Chitoro, el placer maternal de la Tota, un beso de Claudia, la vuelta en los hombros anónimos, la dulzura de la afonía, el torso desnudo para la bendición, el mito enraizado en el pueblo, la noche descorchada de magia... Y el grito, la canción, el himno que cantaron todos, que cantó él...

"Lo quería Barcelona/ lo quería River Plei/ Maradona es de Boca/ porque gallina no es."

Estaba en paz con su sangre. Lo aguardaba el Olimpo de los dioses.



EL DESENCANTO

El adiós de Diego a España 82. Le pegó una patada a Batista y el árbitro mexicano Mario Rubio no lo dudó: roja y a otra cosa.

Les prometo una sola cosa: durante estos cuatro meses le voy a pegar únicamente de derecha. Todos los días de derecha: pin, pin, pin. No le voy a dar ventajas a nadie. A nadie. Tengo que ser tan derecho como zurdo. Todo el mundo me va a mirar y yo quiero romperla."

Fue el juramento de la despedida. El reto íntimo y personal. Antes del beso almibarado del adiós, Maradona se sentó a la mesa de la cocina y, mate amargo por medio, les habló a la Tota y a la Claudia a media voz, casi en tono de confidencia, resquebrajado por la emoción inédita. La madre y la novia lo entendieron muy rápido, decodificaron el mensaje y compartieron el mismo nudo en la garganta. La misma ambición.

Diego partía para concentrarse durante cuatro meses. Por delante tenía una zanahoria que lo empapaba de excitación: España 82, su primer Mundial de mayores. El torneo que podría sacudirle la amargura intransferible de cuatro años atrás, cuando el Flaco Menotti lo mandó a casa en la depuración definitiva del plantel. Como un eco maldito todavía retumbaba en sus oídos aquella frase amarga y cruel que le partió el alma.

-No te pongas mal, Diego. Vos todavía sos chico, tenés tiempo para jugar mundiales.

-Pero yo quiero jugar ahora, César.

-Todavía sos chico, no te pongas mal.

Cuatro años habían pasado. Cuatro años desde que llenó el bolsito de desilusión y se fue llorando de la concentración de José C. Paz. Cuatro años en los que el fútbol argentino había lustrado la chapa de capo mundial luego de la consagración indiscutible en el 78 y del tremendo suceso del Juvenil 79 en Tokio.

Una mixtura de ambos planteles, precisamente, viajaría a España para intentar el bicampeonato: el coraje de Passarella, la increíble elasticidad del Pato Fillol, la inteligencia táctica de Ardiles, la categoría de Olguín, los pulmones del Tolo Gallego, la personalidad de Tarantini, la magia asombrosa de Diego, la eficiencia de Barbas, el gol hecho relámpago en las corridas de Ramón Díaz...

Potencialmente, era un equipazo. Y esa sensación térmica, lejos de beneficiar, fue una condena inconsciente.

Igual que en Tokio, Diego compartió la habitación con su amigo Barbitas. Tipo sencillo como él. Tipo humilde como él.

Después de entrenarse durante varias semanas en el país, viajaron hacia España y el primer gran asombro fue el propio destino. Estaban en Villajoyosa, Alicante. Un paradisíaco rincón del Mediterráneo, donde cada pincelada del paisaje era una delicia para la vista y el espíritu.

Todo irreprochable: el mar, el cielo, la temperatura veraniega, el bronceado de las lindísimas señoritas que tomaban sol en las arenas de la vecindad.

Pero en la intimidad de la habitación, tímido como era, Barbas escuchó las dos grandes preocupaciones de Diego. Dos espinas que le quitaban el sueño.

Una tenía que ver con la preparación física.

-Para mí que el profesor Pizzarotti se está equivocando fiero, Beto. ¿Cómo nos va a matar a piques de cien, ciento cincuenta metros? ¿Vamos al mundial de fútbol o al mundial de atletismo? Qué sé yo, viejo... No me la doy de sabihondo, pero para mí que la está pifiando.

La otra era un dardo clavado en pleno corazón del orgullo.

-Estamos todos muy confiados. No me gusta nada, Juancito. ¡No me gusta nada! Parece que diéramos por descontado que le pasamos el trapo a todos y todavía no jugamos ni un minuto. ¡Ni un minuto!

Mientras se acercaba la hora del partido inaugural, el acuerdo de su transferencia al Barcelona era un rumor fuerte que los medios españoles manejaban como una certeza. Con esa confirmación, Diego aseguraba el futuro, pero empantanaba el presente.

En la radio y la televisión, en los bares y en las oficinas, en las mansiones y en las casas humildes, no se hablaba de otra cosa que no fuera Maradona. Le ponían una y mil fichas de plomo a ese pibe que ahora no sólo debía afrontar el Mundial con la carga de su

"Vamos a ver si puede hacer sus malabares en el Mundial, ya que este chaval es tan bueno como dicen", comentaban los españoles. Le tiraron toneladas de presión.



La pelota domesticada, el tranco elegante. Bélgica 1-Argentina 0. El debut de Maradona en los mundiales. Fue el 13 de junio de 1982. ¡Justo un día 13!

propio desafío personal, sino también para satisfacer el canibalismo dialéctico de los españoles: "Vamos a ver si puede hacer sus malabares en el Mundial, ya que este chaval es tan bueno como dicen". Presión, presión y más presión.

Para colmo, desde el propio riñón del campamento argentino -Menotti y sus colaboradores- se edificó una suerte de endiosamiento futbolero de las cualidades de Bélgica, el primer rival.

Se habló de su dinámica colectiva y de sus destellos individuales como si enfrente estuviera la reencarnación de Holanda del 74.

Consecuencia: se fermentó un cóctel fatídico entre el exceso de confianza de algunos -aquellos que creían que todos los rivales serían pan comido- y el desproporcionado respeto a los belgas de parte de otros. Un agrio cóctel de aburguesamiento y temor.

A Diego ya no le gustaba ni medio que el partido se jugara un 13 de junio.

-¿Justo tiene que ser un 13? Es yeta.

Y no bien se puso a rodar la pelota entendió que la cuesta sería muy difícil de remontar. Argentina lucía inconexo. Se enchufaba a ratos. Levantaba vuelo con alguna ráfaga de Diego, a quien le cometieron un penal evidente que el árbitro checo Vojtech Christov pasó por alto. Pero nada más.

Prácticos, los belgas mostraron un bloque compacto y solidario, monolítico para el ida y vuelta, para la progresión y el retroceso. Sin ser los cucos de los presagios, fueron superiores y clavaron la diferencia con el gol de Erwin Vandenbergh. Promediaba el complemento y no había reacción. Ni anímica, ni futbolística.

El cachetazo sirvió. Devolvió a la realidad a quienes se habían de-



17 de junio. Goleada a Hungría en un partidazo: 4-1. El primer gol de Maradona en un Mundial, de palomita.



El segundo ante los húngaros fue de afuera del área. El zurdazo envenenado se coló por el primer palo.

La descolorida victoria ante El Salvador, el 23 de junio, le dejó como regalo un rosario de moretones.



El árbitro Rainea fue un cómplice despreciable del atropello de Gentile a Maradona. Una amarilla fue todo su castigo para la cacería sistemática que Diego soportó estoicamente.

jado enredar por la telaraña dulzona del exitismo.

Hubo una descarnada reunión de autocrítica en la concentración. Habló largo y enérgico el Flaco Menotti. Dijeron lo suyo los más experimentados. Tuvieron voz y voto los más pibes. Y se generó un compromiso global y solidario luego de la arenga imprescindible del entrenador.

-Muchachos, es hora de jugar como los verdaderos campeones del mundo.

Cuatro días después, el 17 de junio, esperaba Hungría en el estadio José Rico Pérez, de Alicante. Había que ganar o ganar. Una derrota equivalía al pasaje de vuelta, al oprobio inadmisible.

A Diego le costó dormir esos días. Le martirizaba pensar en que tanto sacrificio pudiera desvanecerse así nomás, en menos de una semana.

Se entrenó con furia, le dio más duro que nunca a la derecha, descansó bien, se alimentó mejor, buscó pilas en las palabras amorosas de su gente y salió a la cancha herido como un león.

Ese día Argentina fue una fiesta de fútbol. Toque, circulación, equilibrio, audacia, gol. Todos los ingredientes que se le pueden reclamar a un equipo condimentaron un 4-1 exquisito, inolvidable. Que trajo de yapa los dos primeros goles de Maradona en la historia de los Mundiales. Uno de palomita, casi abajo del travesaño. El otro de afuera del área, de zurda.

-Ya lo voy a hacer de derecha, mami. Mientras entre me conformo aunque me pegue en la punta de la nariz. El asunto es ganar.

El partido del Diez fue un compendio de asombros. Los medios internacionales derramaron cataratas de elogios en sus crónicas. Imaginaron el nacimiento del nuevo rey del fútbol mundial. Diego se ilusionaba, chapaleaba en ansiedad, pero todavía no era tiempo de probarse la corona.

Los jugadores de El Salvador tomaron nota de lo ocurrido ante Hungría y lo transformaron en presa de su cacería en el partido del 23 de junio, otra vez en Alicante.

Argentina necesitaba la victoria para clasificar, algo que el ambiente futbolero descontaba luego de la exhibición frente a los magiares.

Ganó 2-0 y clasificó, pero retrocedió veinte casilleros en su rendimiento. Jugó un fútbol lento e impreciso, propio de un equipo encerrado en un interminable laberinto de desniveles.

¿Diego? Discreto. Fugaz. Impotente ante la violencia que el árbitro boliviano Luis Barrancos contempló con llamativa pasividad. Con una pasividad que luego se haría moneda corriente en lo que restaba del torneo.

Al final del día hubo que apelar a toneladas de hielo para apaciguar la decena de moretones que atosigaban las piernas de Maradona.

-Me molieron a patadas, Juancito. No doy más.

Eso dijo desparramado en la cama, mirado en silencio por Barbitas. Y lanzó el último quejido cuando se estiró para apagar el velador.



Con el Tolo Gallego siempre tuvo una buena relación, germinada en tantas horas compartidas en la Selección. Con Ramón Díaz (atrás) no tanto. Empezó bien, pero...

El final imprevisible

Ni el mejor organizador hubiera imaginado un triangular tan fuerte para una de las llaves de la segunda fase: Argentina, Brasil e Italia. Tres grandes de la historia del fútbol mundial para que sólo uno obtuviera el pasaporte a semifinales. Se venían batallas futboleras tremendas, harían falta una tonelada de fútbol y varias otras cosas para terminar en lo más alto.

El 29 de junio, en Barcelona, Claudio Gentile se transformó en su estampilla. Enzo Bearzot, el veterano técnico de aquella Italia desabrida y rudimentaria que luego treparía hasta lo más alto, había diseñado una estrategia sin resquicio para los rubores. La orden para el defensor azzurro era tan clara como abominable.

-Maradona no se tiene que dar vuelta. Hay que anticiparlo cada vez que los compañeros le den la pelota. Y si la recibe primero, hay que incomodarlo para que no gire, para que no haga lo que sabe. Porque si gira, se va y no lo alcanzamos más.

Incomodarlo, traducido al lenguaje práctico de la cancha, era pegarle. Lisa y llanamente pegarle. Y fue pegarle, nomás.

La obediencia fue total, absoluta. Cuando la pelota iba hacia él, Gentile le entraba con todo. Si ganaba, bien. Si no, le daba duro en los gemelos. Así todo el partido, sin respiro.

El árbitro Nicolae Rainea, de Rumania, fue un cómplice despreciable de semejante atropello. Una amarilla fue todo su castigo. Una

Arriba, la insolente marca de Claudio Gentile a Maradona, en Italia 2-Argentina 1. Aquel 29 de junio no perdió Argentina, perdió el fútbol. Abajo, una escena del capítulo final, cuando Brasil le dio el cachetazo tremendo a Argentina en España 82. Maradona dejó todo aquel 2 de julio, en el estadio Sarriá, de Barcelona, pero terminó acorralado por la impotencia. La cosa llegó a tanto que el epílogo fue un episodio impensado: se fue expulsado por pegarle una patada a Batista.

amarilla que no alcanzó para abortar la cacería sistemática que Diego soportó con estoicismo, pidiendo siempre la pelota, mordiéndose los labios para no reaccionar, mostrándose en cada salida, sin esconderse en ningún momento.

Italia ganó 2-1 porque fue mejor. Porque tuvo el espíritu solidario que le faltó a Argentina en varios pasajes del partido. Porque fue más certero en las dos áreas. Porque brindó una imagen colectiva más sólida. Pero aquel atentado al fútbol, aquella persecución vergonzosa, opacó la conquista. Le hizo una abolladura a la esencia del juego.

Después vino Brasil, el 2 de julio, también en el estadio Sarriá, de Barcelona. El Brasil de Sócrates, Falção, Junior, Toninho Cerezo, Eder, Zico... El Brasil de verdaderos monstruos del fútbol.

El 1-3 suena más lapidario de lo que fue el desarrollo. Siempre mejor el equipo de Telé Santana, pero Argentina también intentando y con chances de convertir. Una sensación futbolera que para la historia quedó relegada a un plano inferior por el minuto fatal de Maradona. Ese instante que aún hoy, casi veinte años después, quisiera volver atrás para evitarlo, para gambetearlo con la elegancia de su zurda incomparable.

Pecado de juventud

Partido definido. Cocinado. Diego estaba caliente. Muy caliente. El Mundial se le iba de las manos y no podía remediarlo. Para colmo, no le habían cobrado un penal claro, indudable. Tenía las venas del cuello muy hinchadas, a punto de estallar. Bramaba de bronca.



Alta en el cielo. Daniel Bertoni, Diego y la bandera argentina izada en el hotel El Montiboli, la concentración de la Selección Nacional en Alicante, durante el Mundial 82.

Desde las tribunas, teñidas íntegramente de verdeamarelho, bajaba el murmullo de ¡ole!, el rumor hiriente de la cargada.

Faltaba poco y los volantes brasileños se floreaban, guiados por el viejo zorro de Falção. Un estratega genial que también enarbolaba una pizca de picardía maliciosa.

Diego quedó circunstancialmente en el medio de la calesita, sin nadie que lo auxiliara en la presión, y sintió que lo estaban cargando. Que le tomaban el pelo. Que se le reían en la cara. Que no lo respetaban. Sobre todo Falção. Los volantes brasileños aprovechaban la superioridad numérica y no paraban de tocar: tac para acá, tac para allá; tac para acá, tac para allá; tác para acá, tac para allá.

Enceguecido, Diego tiró una patada injustificable y la ligó Batista. Era para Falção, para la insolencia de Falção, pero la ligó Batista, justo en el doloroso lugar que confirma la masculinidad. Esta vez no había discusión posible: era roja directa, sin anestesia.

Los cincuenta metros que lo condujeron hasta el vestuario fueron un calvario interminable. L
grimeó de impotencia, maldijo s
suerte, buscó un agujero en la ti
rra para meterse, y casi no sintió
palmada de consuelo del Cone
Tarantini, camino a la boca del t
nel, que parecía tener dientes pa
devorárselo.

Ya imaginaba lo que se le v
nía. Ya imaginaba los titulares
los diarios y el cacareo de quien
esperaban un paso en falso pa
masacrarlo.

Por eso tomó fuerzas e hizo
descargo público.

**-Yo no fracasé, hice lo que pude. U
jugador no gana y no pierde solo u
partido. Es todo un equipo. Pero te
go muy claro que yo fui el que m
perdió. Nadie arriesgaba más, nad
tenía más ganas de que las cosa
salieran bien, de que Argentina fue
campeón del mundo otra vez...**

También hizo una confesión e
privado, en su círculo íntimo.

**-La preparación física fue nefast
Yo venía de jugar un campeonat
durísimo y me mataron a piques d
150 metros. Eso me desgastó. A m
y a todos los muchachos. Para qu
no pensaran que me creía más qu
los demás yo me mataba, corría co
todo, dejaba el alma en cada prácti
ca. Y eso fue fatal. Llegué al Mun
dial cansado, sobreentrenad
muerto. Sin pique corto, sin chisp
para desequilibrar.**

Y después trazó una meta
Otra más.

**-Quiero borrar este Mundial de m
cabeza lo más rápido posible, aho
mismo, y comenzar a pensar en
del 86.**

Sin saberlo, empezaba a se
campeón mundial. ■

> **"La preparación física fue nefasta. Yo venía de jugar un campeonato durísimo y me mataron a piques. Llegué al Mundial sobreentrenado, sin chispa para desequilibrar."**

CAPÍTULO 5



La pelota dócil, la lengüita afuera, el dominio de la situación. Diego tuvo pinceladas geniales en Barcelona, pero fue jaqueado por las lesiones.

LA FRUSTRACIÓN

Trajiste la camiseta?

-Sí, desde ya.

El sol de la siesta hierve vertical, explota sobre las aguas del Mediterráneo. La bandera argentina languidece en lo alto del mástil que preside la entrada del hotel El Montíboli, bunker que la Selección montó en Alicante para el Mundial 82.

Maradona es un ramillete de ansiedad. Sobre todo a partir de las aguas turbulentas de los últimos meses. Más precisamente desde el 28 de agosto de 1981, 13 días después de la vuelta olímpica con Boca.

Pasó de todo. Alfredo Martínez de Hoz se alejó de la cartera económica y se desató una estampida cambiaria. Lorenzo Sigaut tomó la posta, dijo "el que apuesta al dólar, pierde" y fue todo lo contrario: la cotización aumentó un 240%. Floreció un dólar comercial, a 5.300 pesos argentinos por unidad, y otro financiero, a 7.550.

desenredar la confusa madeja de la negociación: la plata para Argentinos, la indemnización de Boca, la férrea postura del representante, los porcentajes para los empresarios, los derechos de imagen, la cuestión legal, otra vez la intransigencia del representante...

Desbordado, estrelló el puño derecho contra la mesa y lanzó una ocurrencia teñida de resignación.

-Así no va este rollo. Lo que tendríamos que hacer es contratar a Cyterszpiler. Si tenemos al representante tal vez consigamos a Maradona.

Hombre ambicioso y glacial, José Luis Núñez estaba dispuesto a todo. El equipo no conquistaba la Liga desde la temporada 1973/74 y el presidente del Barcelona, que soñaba con el bronce, puso lo que había que poner, que era mucha plata: 5.900.000 dólares para Argentinos, 2.300.000 dólares de indemnización para Boca por desestimar su juicio al club de La Paternal y 5.500.000 dólares para Maradona por un contrato de seis años. Era el pase récord de la historia.

Pero faltaba que Diego estampara la firma, cosa que estaba por ocurrir aquella tarde del sol hirviente sobre las olas del Mediterráneo, cuando la siesta se cortó con una pregunta.

-¿Trajiste la camiseta?

Guillermo Blanco la tenía ahí, a mano. Era uno de los enviados especiales de El Gráfico al Mundial y, previendo el desenlace, había incluido en su equipaje un trofeo de su colección personal: una camiseta del Barcelona utilizada por Rexach tres años atrás. Diego la extendió delante, sonrió, dejó una impresión -"Está buena, ¿eh?"-, se quitó la remera y se puso por primera vez la camiseta del Barcelona, a las 14 horas del 2 de junio de 1982.

Días después, Maradona viajó desde Alicante hasta Barcelona para firmar el contrato. En el primer piso de un aristocrático edificio, vestido con un señorial traje azul, lo recibió el sonriente José Luis Núñez. Un apretón de manos, un puñado de palabras que sonaron sentidas.

-Te quiero mucho, Diego. Tú no te irás más del Barcelona, ya lo verás.

Charlaron brevemente, Núñez le entregó una camiseta del Barça, pero Diego no se la puso, sólo la exhibió para las fotos. Y después, no bien lo ametrallaron con la primera pregunta, comprobó que era cierto aquello que intuía: no era una persona grata para el técnico Udo Lattek, que hubiera preferido la contratación del alemán Rummenigge. Desembarcaba en un club donde se dudaba de su talento. Y tuvo que apelar a la esgrima de las palabras para que nadie pensara que estaba apichonado.

-No le tengo miedo a la adaptación ni a la competencia ni a las patadas. **Sólo me interesa jugar bien y que la gente se sienta a gusto conmigo.**

De arranque, la prensa catalana dejó constancia de que no le tendría paciencia. Al primer contratiempo, aparecieron las críticas: "Maradona es un invento de los argentinos".

Y en esa brecha se alojó la disputa entre Boca y Argentinos, ya en litigio dialéctico por incumplimiento en el pago de las cuotas del pase. Boca quería, pero no podía.

Un solo milagro era poco para que zafara del coma financiero. Necesitaba dos. Que crecieran billetes en el césped de la Bombonera y que volviera a dormirse el Barcelona, con prioridad para quedarse con el pase de Maradona después de España 82. Pero ni una cosa, ni la otra.

-¿En serio trajiste la camiseta? -volvió a preguntar Diego.

Amor ficticio

El hombre perdió la paciencia. Un cuerpo de allegados trataba de



El 2 de junio de 1982, en los jardines del hotel El Montíbulo, Diego Maradona se probó la camiseta del Barcelona por primera vez, en plena disputa del Mundial 82.

Miel y vinagre

Después de la desilusión en España 82 los dardos de la crítica le impactaron en el pecho. Se sintió medido por una vara fraudulenta y cortó relaciones.

-Para Argentina no hablo más. ¿Qué se creen, que el único culpable soy yo?

Voló a Barcelona entallado en una obsesión.

-Voy a ser el mejor del mundo y les voy a tapar la boca.

Se encerró en la mansión que alquiló por 5.000 dólares mensuales en el barrio de Pedralbes.



Una postal que no es casual: Diego desequilibrando cerca de la raya. En el Barcelona marcó mucha diferencia jugando por afuera. Tal vez más que en los otros equipos que defendió.

Como tantas veces, la bronca era el combustible para alimentar su talento. Pero supo separar la hacienda. Nada tenían que ver sus nuevos compañeros con el mal humor que le aguijoneaba los sentimientos. Y fue lo más sociable que pudo ser. De movida, no se animó a manotear la camiseta diez: prefirió entrenar con la dieciséis. Elogió el afecto que le dispensaron sus compañeros, habló maravillas de Bernd Schuster, dijo tener referencias importantes de Lattek...

La prensa derramó toneladas de miel, transformó a Maradona y Barcelona en sinónimos de una máquina de jugar que debería quebrar rivales con cinco goles por partido.

Por eso fue drástico el desencanto de los cuatro amistosos veraniegos, en los que Maradona funcionó a un treinta por ciento.

El sábado 21 de agosto se puso la casaca blaugrana por primera vez.

El Barcelona le ganó 2-0 al Mallorca. El martes 24, por la Copa Joan Gamper, organizada por el club, igualó 0-0 con el Internacional de Porto Alegre, que se impuso 4-1 por penales. Diego convirtió el único del Barça. Al día siguiente, también en el Camp Nou, empataron 1-1 con el Colonia alemán, con otro tanto de Maradona, pero no pudieron evitar quedar en la última posición desde la instauración del trofeo, en 1966. Y el sábado 28, por la Copa Costa Verde, cayeron 1-0 con el Estrella Roja, con baile y todo. Cuatro partidos en una semana, exactamente lo mismo que faltaba para el debut en la Liga. Y la prensa local que cambia los ingredientes: vinagre por miel.

-Su compra fue un inmenso error.

-No tiene pasta de líder.

-Diego Armando Maradona es un bluff, un invento de los argentinos.

No era el clima ideal. Y menos después de la caída por 2-1 ante el Valencia de Kempes en el estreno oficial. Nada valió aquel domingo 5 de septiembre de 1982. Ni siquiera que Diego anotara el único gol del Barça. Recrudecieron las críticas.

Fuego cruzado

-Este tío no entiende, hay que reprenderlo porque no entiende...

Pocas cosas enervaban más a Núñez que un puñado de periodistas enrostrándole críticas por actitudes ajenas. Cinco meses después del debut, con Lattek ya tecleando, el Barça fue a París para jugar un amistoso con el París Saint Germain. Todo bien: 4-1 a favor, toques, lujos. Pero algo mal: harto de las críticas de dudosa intencionalidad, Maradona optó por no atender a la prensa. Entonces los periodistas catalanes se lo facturaron de una al presidente.

-Usted se llena la boca hablando de las bondades del Barcelona, pero las actitudes de Maradona no armonizan con ese perfil. ¿Qué explicación nos puede dar?

Un cross a la mandíbula de un boxeador que se creía invencible, que se defendió con una mano voleada.

-Maradona debe cuidar su imagen. Asimilar la línea de conducta que ha de seguir en Europa para mantener su lugar. Si no lo comprende, de nada sirve castigarle. Lo mejor es que abandone el club.

A Diego no le gustó ni medio. Es más: se quedó en París visitando a Osvaldo Ardiles. Y le respondió.

-Me quedé en París porque necesitaba descansar. No me afecta lo que dijeron. Si visito a los amigos, es asunto mío y no del club. Porque en la cancha yo doy todo. Prefiero creer que Núñez no me aconsejó el modo

"Si Núñez no me respeta, yo tampoco voy a respetarlo a él. Si viene a saludarme al vestuario, le voy a tirar con los botines", bramó Diego antes de la final de la Copa del Rey.

de comportarme. Yo no le programo la vida a nadie, y no quiero que me la programen.

Cinco meses, apenas. La bomba a punto de estallar, una reunión providencial que derrite asperezas, un Maradona brillante enmudeciendo al Bernabeu en su primer choque ante el Real –galera, bastón y 2-0–, jugadas bordadas a una velocidad y precisión impresionantes, ciertos brotes de admiración...

Había vuelto. Era el Pelusa de Fiorito, el Diego de La Paternal, el Dios de la Boca. Estaba en rodaje para el zarpazo definitivo, salvo que el destino le quitara el respaldo...

Un paseo por el infierno

–A ver, vení, tenés algo en los ojos.

–Dale, hermano, qué ojos ni ojos, yo vine por el tobillo...

Era jueves. Día de práctica de fútbol, de cara al partido con Las Palmas. Ochenta minutos intensos, con la zurda dibujando fantasías sin molde y un dolorcito molesto ahí, en el tobillo izquierdo. "Hombre, ve a la clínica –le dijeron– para que te hagan una sesión de láser. Quedarás como nuevo." Y fue. Pero al kinesiólogo se le dio por mirarlo a los ojos, como si fuera una novia.

–¿Qué pasa? ¿Qué tengo?

–No sé, pero vete a tu casa y métete en la cama.

–¿Cómo en la cama? Tengo que ir a una cena.

–A la cama, te digo.

Al rato, Diego estaba en la cama y el doctor Bestit, del Barcelona, le extraía sangre para una muestra. El resultado estaría al día siguiente.

Bestit volvió a las ocho y media. No sabía cómo decirlo.

–¿Y, doctor? ¿Qué tengo?

–Bueno, Diego...

–¿Qué tengo!?

–Hepatitis. Tienes hepatitis.

Se quería matar. Lloró. Le pegó piñas a la pared, a los muebles. Maldijo su suerte y entró al infierno.

Fueron dos meses y medio de calvario. Postrado, sin prender el televisor para ver ni un solo minuto de un partido de fútbol. Nunca en su vida había estado así, divorciado de su mundo mágico. Bastaron los dedos de una mano para contar las sonrisas de esos tiempos: cuando doña Tota lo visitó para las fiestas, el día que le permitieron levantarse y la tarde que lo visitó Núñez. No por su presencia, sino por el motivo.

–Diego, tengo que contratar a alguien para reemplazar a Lattek. ¿A ti qué te parece Menotti?

–Un fenómeno. Pero mire que el que lo dice es usted, ¿eh? Los periodistas me van a preguntar y voy a decir que estoy encantado. Pero usted me lo propuso a mí, no yo a usted. Si no van a pensar que pongo al técnico. Y no me dedico a eso.

–Pero claro, Diego, ¿a quién se le podría ocurrir esa barbaridad?

El sábado 12 de marzo, 115.000 personas atestaban el Camp Nou. César Luis Menotti debutaba como técnico del Barça y Maradona volvía tras la hepatitis.

Corrió, se ahogó, reguló "porque si no, no llegaba" y regaló un par de toques con su sello; se fue caliente por el 1-1 con el Betis.

–Esperé tres meses y medio para esto y todo salió mal. Me ahogué, los palos nos jugaron en contra, la gente se fastidió... Deberían entender que en el fútbol no hay milagros. César asumió hace cinco días, tienen que darnos un poco de tiempo.



Final de la Copa del Rey. Barcelona 2-Real Madrid 1, en Zaragoza. Diego deja en el camino a Bonet y Camacho. Fue el único título oficial que consiguió en el Barça.

Y el tiempo hizo lo suyo. Para bien y para mal. El equipo levantó, fue digno en la Liga y se clasificó para dirimir la Copa del Rey con el Real Madrid que dirigía Alfredo Di Stéfano. Pero el abismo entre Núñez y Maradona aumentaba.

Jaque mate

–Muchacho, confiamos mucho en usted y lo necesitamos. Toda Cataluña estará pendiente del partido...

Fue una jugada maestra de Núñez. A cuatro días de la final con el Real, sacó un as de la manga. Escudándose en una afinidad personal, le imploró al presidente de Cataluña, Jordi Pujol, que se diera una vuelta por la práctica para inyectarle ánimo al plantel. Para que le sacara las castañas del fuego.

Unilateralmente, Núñez había prohibido que Maradona y Schuster asistieran al homenaje que se le rendiría al alemán Paul Breitner, en Munich.

–¡Se quedan! El Real negó a Santillana, así que ellos tampoco van.

La dupla del Barça enfureció. Sobre todo Diego.

–Dejar colgado a un ídolo en el último partido, después de haber empeñado la palabra, es algo inconcebible. Si Núñez no me respeta, yo tampoco a él. Si viene a saludarme al vestuario, le tiro con los botines.

Núñez lo escuchó y se agarró la cabeza. Reavivar el conflicto era lo peor que podía suceder a esa altura. Necesitaba un bombero. Y Pujol manoteó una manguera. Después de la práctica matutina, los futbolistas se colocaron en fila para saludarlo.

–Toda Cataluña estará pendiente del partido, muchacho...

Maradona le extendió la mano y le devolvió la sonrisa, pero no emitió palabra. Y la prensa le cayó duro.

Encima, un grupo minoritario de hinchas se subió al carro del disconformismo, despidiéndolo del entrenamiento al grito de "¡pesetero!" La salida más elegante era trasladar al equipo hacia Zaragoza lo antes posible para frenar el conflicto. Y Menotti lo hizo. Ya en la ciudad el foco se desvió hacia la final propiamente dicha. Hacia los antagonismos: Ma-

drid-Barcelona, Di Stéfano-Menotti, Stielike-Maradona.

A las 22.09 del sábado 4 de junio, cuando el Barça se asomó por el túnel de La Romareda, se archivaron los odios. El orgullo del terruño goleó las fisuras intestinas. Y la tribuna fue un mar de banderas blaugranas.

Actitud. Ésa fue la diferencia. Barcelona arrancó enchufado, con Diego explotando las espaldas fértiles de Camacho. Real empezó distendido, sin ritmo ni presión, con un Stielike estático, entregado a la marca. El Di bufaba su enojo, César se fumaba la ansiedad. Y Diego dibujaba.

A los 32 descorchó una genialidad y la dejó muerta para el toque definitivo de Víctor. El 1-0 parecía definitivo, pero antes del cuarto de hora del complemento, el zaguero Gerardo le entregó cortó al arquero Urruti y el pillo de Santillana estampó el empate. ¿Podía ser? ¿Otra vez la mufa?

Bonet entró para encimar a Diego, el trámite se enredó y la prórroga parecía insalvable. Pero a diez segundos del final -sí, ¡diez!-, Marcos cabeceó un centro de Julio Alberto y la mandó a guardar. Gol. Locura.

Maradona campeón en España. Contra todo, contra todos.

Sin anestesia

Las burbujas de esa victoria champán extendieron su cosquilleo chispeante a los días siguientes. Era el aval necesario para un proceso que debía terminar, sí o sí, en la conquista de la Liga. Pero en Diego fermentaba el fastidio.

-Ya no me los banco más, Claudia. El otro día casi boxeo a un tipo. Estábamos con Jorge en un bar y uno por lo bajo nos decía sudacas. ¿Quién carajo se creen que son?

¿Calmarlo? Era inútil. Estaba sacado. Apenas lo reconfortaba que algunos compañeros de equipo se sin-





La terrible secuencia de la fractura. Andoni Goicoechea le entró de atrás, sin piedad, y Maradona terminó en una camilla, rumbo al sanatorio donde sería operado horas más tarde.





El doctor Oliva fue el responsable de la milagrosa recuperación de Maradona. Vivió las 24 horas para él y logró que regresara 106 días después de la lesión, pese al escepticismo de los directivos. Un milagro que el Diez le agradeció siempre.



Este amistoso contra el Paris Saint Germain, que terminó con lujos y goleada, fue el detonante de otra pelea con el presidente Núñez.





58	38	1
PARTIDOS	GOLES	TÍTULO

El tremendo final de su experiencia catalana. En medio de una batalla campal, Maradona recibe una patada asesina de parte de un jugador del Bilbao. Fue una de las mil agresiones que se registraron en aquella final de la Copa del Rey de 1984.

tieran sus amigos y fueran a visitarlo con la excusa de saborear las exquisiteces que preparaba Claudia.

-Se está formando una linda banda. Todavía podemos dar pelea, César -le confió a Menotti antes del partido con el Athletic de Bilbao, el sábado 24. Pero hubo otro pero. Siempre había un pero.

Minuto 58. El Barça le gana fácil a los vascos. Diego corre del centro hacia la izquierda. Quiere interceptar un despeje desprolijo de su defensa. La domina, gambetea a Andoni Goicoechea, le saca un metro y levanta la vista para direccionar el pase. Está afirmado, a punto de soltar la bola. Y llega el hachazo sobre el tobillo izquierdo.

Un grito sordo. El crash. Incertidumbre. Angustia. La corrida de Claudia, escaleras abajo. Los camilleros, los médicos, la manta que tapa el cuerpo conmovido, la sirena, una ambulancia, el traslado a la clínica Asepeyo y la frase que le dijo a Migueli, el primero que se agachó a ayudarlo.

-No lo vi, me rompió todo...

Para el traumatólogo del Barcelona, el diagnóstico estaba claro: arrancamiento del meléolo, rotura del ligamento lateral interno y luxación del tobillo izquierdo. Quirófano directo, lo antes posible.

Cyterszpiler dudaba, igual que los dirigentes. Temían el error, una cirugía inapropiada en el pie sabio. Duda que se acabó con la sugerencia del médico de la Selección, Raúl Madero: "La mejor salida es operar".

A esa altura, Diego era un manojo de ansiedad, pero nadie le decía nada. Iban, venían, entraban en la habitación 201, lo miraban, volvían a salir. Nadie abría la boca. Ni Cyterszpiler, ni Claudia, ni el médico.

En eso se quedó a solas y entró un empleado de limpieza.

-Quédate tranquilo, que son dos horas de operación, nada más...

-¿¡Qué!? ¡ Doctooooor...!

A las 2.30 de la madrugada Maradona ingresó en el quirófano. Salió dos horas después.

El regreso milagroso

Rápido. Querían que Diego volviera rápido. Romper con las leyes naturales, si fuera posible. Y de la recuperación se hizo un vale todo. A diez días de la operación, el doctor González Adrio hizo una sugerencia.

En el peor momento de la crisis en el Barça empezaron a llamar de Nápoles.

-Le quiero presentar a una recuperadora sueca, Diego. Emplea un tratamiento nuevo, acuático.

El Pelusa desconfió. Agradeció el interés y llamó al doctor Oliva.

-¡Qué no te toquen! Que no hagan experimentos con vos.

-Tranquilo, le juro que esa tipa no me agarra. Yo preferiría que viniera usted. ¿Se anima?

Oliva se animó. Le quitó el yeso antes de lo previsto y también las muletas. Los directivos del Barça lo tildaron de "loco" y le endosaron la responsabilidad. Pero a Oliva le sobraba seguridad. Vivía las 24 horas para Diego, edificando el milagro.

El domingo 8 de enero de 1984, apenas 106 días después de la patada criminal, el Camp Nou parecía un templo celestial, dispuesto a presenciar el increíble regreso de Maradona ante el Sevilla. Un Diego barbado se metió en el césped a paso lento. Trotó hacia una de las áreas, soltó la pelota y le pegó con la zurda, derecho a la red. La gente lo festejó como si fuera un gol de verdad... Se sintió, al fin, querido y respetado.

Y no defraudó. Metió dos goles en el 3-1 final. Después del último, se clavó en el césped con las manos hacia el cielo y se abrazó a sí mismo, como felicitándose por tanto temple.

Aquel partido fue un espejismo de amor. Devaluada la sensibilidad que despertaba Maradona encarnando a un león herido, la situación se reacomodó a la realidad. A un Núñez cerrado y omnipotente, a los "sudacas" pronunciados a traición, a la prensa encaprichada en buscarle pelos al huevo. El desgaste era tétrico. Pero aún faltaba un capítulo.

Otra final por la Copa del Rey, el 5 de mayo, ante el acérrimo enemigo: el Bilbao de Goicoechea.

No le fue bien. El Bilbao sacó ventajas, lo empezaron a cargar por lo bajo, lo empujaron en un tumulto, le hicieron un corte de manga y... La gresca fue tremenda. Todos contra todos. Trompadas, patadas...

A Diego ya no le interesaba nada. Para colmo, Menotti también anunciaba su retirada y ya habían sonado los teléfonos desde Nápoles. ■



El tremendo final de su experiencia catalana. En medio de una batalla campal, Maradona recibe una patada asesina de parte de un jugador del Bilbao. Fue una de las mil agresiones que se registraron en aquella final de la Copa del Rey de 1984.



58	38	1
PARTIDOS	GOLES	TÍTULO

tieran sus amigos y fueran a visitarlo con la excusa de saborear las exquisiteces que preparaba Claudia.

-Se está formando una linda banda. Todavía podemos dar pelea, César -le confió a Menotti antes del partido con el Athletic de Bilbao, el sábado 24. Pero hubo otro pero. Siempre había un pero.

Minuto 58. El Barça le gana fácil a los vascos. Diego corre del centro hacia la izquierda. Quiere interceptar un despeje desprolijo de su defensa. La domina, gambetea a Andoni Goicoechea, le saca un metro y levanta la vista para direccionar el pase. Está afirmado, a punto de soltar la bola. Y llega el hachazo sobre el tobillo izquierdo.

Un grito sordo. El crash. Incertidumbre. Angustia. La corrida de Claudia, escaleras abajo. Los camilleros, los médicos, la manta que tapa el cuerpo conmovido, la sirena, una ambulancia, el traslado a la clínica Asepeyo y la frase que le dijo a Migueli, el primero que se agachó a ayudarlo.

-No lo vi, me rompió todo...

Para el traumatólogo del Barcelona, el diagnóstico estaba claro: arrancamiento del meléolo, rotura del ligamento lateral interno y luxación del tobillo izquierdo. Quirófano directo, lo antes posible.

Cyterszpiler dudaba, igual que los dirigentes. Temían el error, una cirugía inapropiada en el pie sabio. Duda que se acabó con la sugerencia del médico de la Selección, Raúl Madero: "La mejor salida es operar".

A esa altura, Diego era un manojo de ansiedad, pero nadie le decía nada. Iban, venían, entraban en la habitación 201, lo miraban, volvían a salir. Nadie abría la boca. Ni Cyterszpiler, ni Claudia, ni el médico.

En eso se quedó a solas y entró un empleado de limpieza.

-Quédate tranquilo, que son dos horas de operación, nada más...

-¿iQué!? i Doctoooooor...!

A las 2.30 de la madrugada Maradona ingresó en el quirófano. Salió dos horas después.

El regreso milagroso

Rápido. Querían que Diego volviera rápido. Romper con las leyes naturales, si fuera posible. Y de la recuperación se hizo un vale todo. A diez días de la operación, el doctor González Adrio hizo una sugerencia.

En el peor momento de la crisis en el Barça empezaron a llamar de Nápoles.

-Le quiero presentar a una recuperadora sueca, Diego. Emplea un tratamiento nuevo, acuático.

El Pelusa desconfió. Agradeció el interés y llamó al doctor Oliva.

-iQué no te toquen! Que no hagan experimentos con vos.

-Tranquilo, le juro que esa tipa no me agarra. Yo preferiría que viniera usted. ¿Se anima?

Oliva se animó. Le quitó el yeso antes de lo previsto y también las muletas. Los directivos del Barça lo tildaron de "loco" y le endosaron la responsabilidad. Pero a Oliva le sobraba seguridad. Vivía las 24 horas para Diego, edificando el milagro.

El domingo 8 de enero de 1984, apenas 106 días después de la patada criminal, el Camp Nou parecía un templo celestial, dispuesto a presenciar el increíble regreso de Maradona ante el Sevilla. Un Diego barbado se metió en el césped a paso lento. Trotó hacia una de las áreas, soltó la pelota y le pegó con la zurda, derecho a la red. La gente lo festejó como si fuera un gol de verdad... Se sintió, al fin, querido y respetado.

Y no defraudó. Metió dos goles en el 3-1 final. Después del último, se clavó en el césped con las manos hacia el cielo y se abrazó a sí mismo, como felicitándose por tanto temple.

Aquel partido fue un espejismo de amor. Devaluada la sensibilidad que despertaba Maradona encarnando a un león herido, la situación se reacomodó a la realidad. A un Núñez cerrado y omnipotente, a los "sudacas" pronunciados a traición, a la prensa encaprichada en buscarle pelos al huevo. El desgaste era tétrico. Pero aún faltaba un capítulo.

Otra final por la Copa del Rey, el 5 de mayo, ante el acérrimo enemigo: el Bilbao de Goicoechea.

No le fue bien. El Bilbao sacó ventajas, lo empezaron a cargar por lo bajo, lo empujaron en un tumulto, le hicieron un corte de manga y... La gresca fue tremenda. Todos contra todos. Trompadas, patadas...

A Diego ya no le interesaba nada. Para colmo, Menotti también anunciaba su retirada y ya habían sonado los teléfonos desde Nápoles. ■

SAN DIEGO



El puño en alto para celebrar el segundo scudetto. Maradona le ganó terreno a San Genaro en la veneración de los napolitanos.

Dígame una cosa, Fuica, ¿no se podría hacer algo por Maradona?

El sacudón fue terrible. Es más: ni siquiera esperó la respuesta del interlocutor. Un tremendo pozo de aire conmovió el vuelo 359 de Alitalia, que había partido del aeropuerto catalán de El Prat, con destino a Milán, a las 11.30 de aquel 8 de mayo de 1984. Una jornada que se desdibujó en la nebulosa del tiempo, pero que alguien debería anotar en la historia como el día que Maradona empezó a ser jugador del Napoli.

El nudo en el estómago les quitó la respiración a todos los pasajeros, incluido el plantel del Barcelona, contratado para jugar un amistoso con el Udinese de Zico y Cía.

Lo quiso el destino, nadie más. Al lado del empresario futbolístico Ricardo Fuica -un correntino radicado en Valencia- se sentó un italiano que resultó ser amigo de un allegado a la directiva del Napoli. Palabra va, palabra viene, el italiano se empapó de la crítica relación entre el club catalán y Maradona. Y se apuró en llevar agua para su molino.

-Yo conozco al director deportivo del Napoli, Antonio Juliano.

-Yo también. Le digo más: tengo que llamarlo porque estoy tratando de cerrar el pase de Sócrates. Corinthians quiere venderlo.

-Y bueno, de paso pueden hablar de Diego...

El teléfono enrojeció al día siguiente. Fuica le pintó un panorama muy realista a Juliano.

-Maradona está harto de Núñez y de que le echen la culpa de cualquier problema. Está angustiado, quiere cambiar de aire...

-¿Usted me puede hacer un contacto con Núñez?

-Sí, pero lo mejor es hablar primero con el representante de Diego, con Cyterszpiler.

Dicho y hecho. No sólo hablaron, también se encontraron, con blooper incluido. ¿Por qué? Porque el 23 de mayo, no bien Juliano puso un pie en Barcelona, se alojó en el hotel Princesa Sofía, que pertenecía a Joan Gaspart, el vice del Barcelona...

-¡Váyase cuanto antes de acá que nos van a descubrir!, le espetó Cyterszpiler, no sin antes diagramar un encuentro para el día siguiente en la casa de Diego.

Después, sí, el contacto con Núñez. La propuesta fue un regalo del cielo para el atribulado presidente. Quería desembarazarse de Maradona. El viernes 25 convocó a una reunión ultrasecreta de la Directiva, apeló a toda su oratoria para seducirlos y logró que la votación fuera 15-5 a favor de la venta. Y al día siguiente, a las 11 de la mañana, hubo una reunión cumbre: Núñez y Gaspart, por el Barcelona; el presidente Corrado Ferlaino, Antonio Juliano y el consejero Antonio Tagliamento, por el Napoli. Y Cyterszpiler representando al jugador. Marchas, contramarchas y un preacuerdo que luego se sellaría como definitivo: 7.500.000 dólares por el pase, más 800.000 dólares de prima.

Núñez sonrió. Creyó que se sacaba un paquete de encima...

Un milagro de San Genaro

"¡San Genaro ha fattu u miracolo, ha fattu u miracolo!"

No, todavía no se había licuado la sangre del patrono de Nápoles. Cientos, miles de tifosi balloteaban frente a la catedral; se arrodillaban, agradecían al cielo, cantaban con deliciosa disfonía por el otro milagro, acaso el más esperado por una ciudad que vivió en vela durante una semana: el Barça había accedido a la venta de Diego apenas quince minutos antes del cierre definitivo de las fronteras italianas para los jugadores extranjeros hasta 1986. Pasional y tumultuosa, cómplice de las promiscuidades y la sencillez, la ciudad cabalgaba en éxtasis a la espera del nuevo mesías. Maradona preparaba las valijas en su residencia de Pedralbes. Pero no era ajeno a la fiesta. Sabía que en Nápoles pasaban cosas.

El Duomo había tenido una afluencia mayor a la habitual. Era la legión de tifosi que le agradecía a San Genaro la gracia recibida. En una semana se habían vendido 50.000 placas de un disco compuesto por Emilio Campase, un reconocido ultra napolitano. De un lado, el "Tango a Maradona", con la música de "El Choclo", y del otro, el "Himno a Maradona". Un verdadero boom en los barrios populares: Forcella, Vicaria...

Cuando la llegada de Diego era inminente en las elecciones comunales de Nápoles se escrutaron 25.000 votos para el inexistente candidato Maradona. Comenzaba la fiebre.

Las paredes de Posillipo, el barrio donde habitaría el astro, ya estaba pintadas con la imagen suya y una leyenda bien argentina: "Vamos Maradona, todavía".

En la céntrica Vía Soccavo decenas de chicos ya vendían un pupazzo de rulos y de tela, una suerte de muñeco maradoniano con la camiseta diez, que la multitud adquiría para llevarla como amuleto. Unos doscientos chicos, nacidos durante esa semana, fueron bautizados Diego Armando, soñando con el padrinazgo del verdadero Maradona.

En las últimas elecciones comunales ya se habían escrutado 25.000 votos para el inexistente



Diego y el técnico Ottavio Bianchi pasean por el césped del San Paolo. La relación entre ambos comenzó muy bien, pero luego sufrió una serie de cortocircuitos determinantes.

candidato Maradona.

Y todo eso pasaba mientras Diego hacía la valija...

El mandato divino

Doscientos policías. Ni uno más, ni uno menos. Serios, enjutos, ceremoniosos. Rodean el avión de Alitalia que acaba de posarse sobre la pista de Fiumicino como si fuera el cofre de un tesoro escondido. El sol martilla. Es mediodía y no hace falta controlar ningún pasaporte. Ese señor es Maradona y punto. Que se suba al Range Rover y que enfile por la autopista A2 nomás, que Nápoles lo espera. Directo al San Paolo, para la revisión médica. Directo al San Paolo, para estaquearse sobre el césped y quedarse pensativo durante algunos minutos, como escudriñando el terreno para futuras hazañas. Y de ahí al puerto a tomar un alíscafo hacia la isla de Capri, donde dormirá el sueño que al día siguiente, el 5 de julio de 1984, se hará realidad...

Inundaron el estadio con la prepotencia de la pasión. Ochenta mil almas apiñadas, sudorosas, rugientes. Ansiosas por el mínimo espectáculo posible: verlo, contarlo entre ellos, sentirlo real. Proclamaron su amor en banderas: "Maradona, ere –sin ese– el Carlos Gardel de la pelota". Aprendieron de memoria las cuartetas del Himno, convencidos de que ese dios terrenal los llevará a conseguir el primer scudetto de la historia, a consagrar la victoria del Sur empobrecido ante la opulencia opresiva del Norte enriquecido...

"Maradona ocupate vos/ si no sucede ahora, no sucederá más/ la Argentina tuya está aquí/ no podemos esperar más."

Ochenta mil almas y ningún partido. Ochenta mil almas y un hombrecito que, a las 18.25, pisó la gramilla con sencillez, como pidiendo permiso para transitar una tierra que



Jueves 5 de julio de 1984. Maradona saluda a las 80 mil personas que se juntaron en el San Paolo sólo para verlo caminar...

"El Napoli necesita una transformación general. No de nombres, sino de mentalidad. Hace falta personalidad para jugar igual en todas las canchas", diagnosticó el Diez.

ya le pertenecía. El San Paolo se pareció al Vesubio en erupción. Desde la tribuna llovían cohetes, papeles multicolores, claveles celestes y blancos, globos. Los hermanaba un alarido: "¡Diecó! ¡Diecó!"

Sonriente, conmovido y con una bufanda napolitana al cuello, Maradona inició una caminata serena. Una vuelta olímpica matizada por saludos tímidos y besos a las tribunas. Cuando completó el giro avanzó hasta la mitad de la cancha, donde reposaba una bandera gigantesca, una alfombra con dedicatoria: "Gracias, Ferlaino. Gracias, Napoli". Allí tomó un micrófono y pronunció un discurso memorizado en italiano: "Buona sera, napolitani. Sono felice di essere con voi. Forza, Napoli".

Entonces le acercaron una pelota y así como estaba -jeans, remera y zapatillas- hizo "jueguito" dieciséis veces, igualito que cuando era atracción en los entretiempos de Argentinos, y le pegó fortísimo, de volea, como una ofrenda hacia las tribunas.

El San Paolo rugió. Y en el alarido iba implícita la entronización.

Maradona no necesitó jugar para ser el rey de Nápoles.

Un pacto de amor

-¿Y, Diego, cómo la llevás?

-Me duelen hasta las pestañas.

Daniel Bertoni no pudo contener la carcajada. La habitación 33 del hotel Imperio, en el pequeño poblado de Casteldepiano, le brindaba la privacidad suficiente para despacharse a gusto, sin que Diego se sintiera ridiculizado frente a sus compañeros.

En las montañas de la Toscana, a 1.800 metros sobre el nivel del mar, Maradona y el Napoli iniciaban una pretemporada devastadora, que se extendería desde el 24 de julio hasta mediados de agosto.

Los ejercicios eran dignos de la preparación de un batallón de comandos, pero a Diego no le importaba. Le dolían los músculos, pero el alma estaba tibia, reconfortada.

Alquimia. Eso se había generado entre él y los tifosi. Un pacto tácito, natural: ellos lo amaban y él les brindaba todo. Tanto lo amaban, que hasta hicieron la pretemporada. Porque todos los días, de mañana o de tarde, con sol o sin él, dos mil hinchas se apretujaban en las graderías rudimentarias del estadio local. A verlo, a vivarlo, a cuidarlo. Igual que aquella primera tarde, la del protocolo de la presentación.

Una operación matemática sirve para dimensionar el fenómeno: 1.700 por 20.000. Lo explicamos: 20.000 napolitanos recorrieron los 1.700 kilómetros que separan a su ciudad de Pistoia para ver un entrenamiento semiformal, con el Pistoiese. El primero en el que Diego se calzó la camiseta celeste.

Paradojas del destino: el debut en el San Paolo fue ante River, que andaba de gira. Entradas agotadas con una semana de anterioridad, 85.000 feligreses y una puesta digna de la Bombonera: una bandera xeneize flameando en el sector del Comando Ultra y una gallina suelta para saludar el ingreso de River...

Todo en función de Diego. Para que se sintiera como en casa.

Pero el partido fue chiquito, sin emociones. El Tolo Gallego le hizo hombre en campo de River, le comió los tobillos, trató de entorpecerle los movimientos. Y Diego zafó con talento y categoría, pese a evidenciar la dureza de la pretemporada. Le anularon un gol con la mano -¡qué costumbre!- y lo despidieron con aplausos tibios y respetuosos, depositando la ilusión en un plazo fijo que, de todos modos, no parecía rentable. Aquel equipo de Rino Marchesi tenía la fantasía de Diego y la pólvora de Bertoni, pero poco más. Celestine, Dal Fiume y Casale, los tres escuderos maradonianos de la mitad de la cancha, jugaban a otra cosa. No sintonizaban la onda. En el tamiz de las proyecciones sólo quedaba el buen ánimo de Diego, su felicidad creciente. Lo dijo él mismo, asumiendo riesgos, sin ningún complejo...

-El fútbol es mi modo de expresión. Cuando me siento bien soy capaz de hacer feliz a la gente. Y en Nápoles me siento bien. No soy el Jesucristo del fútbol. Pero si Dios me dio el don de saber jugar, me tengo que sentir orgulloso y compartirlo. Con todos los napolitanos y también con los argentinos, que son tan sufridos como ustedes. Sé que nos falta, pero el scudetto es posible. Yo me animo a ganarlo.



Desde el vestuario, acompañado por sus hermanitos, llamó a Buenos Aires para compartir la alegría del primer scudetto. Del otro lado, don Diego y la Tota.

¿El sitio equivocado?

Diciembre de 1984. Frío en Nápoles, calentura en el Napoli. No con Diego, sí con el equipo, con el técnico Marchesi, con la actitud general. Vale la reflexión de Gennaro Buciogrossi, un taxista, que orienta a un periodista argentino...

-Maradona es un buen muchacho, pero está en el sitio equivocado.

-¿Por qué lo dice?

-Haberlo traído a jugar a este Napoli es como hacerlo cantar a Pavarotti en el teatro de batacián.

Pruebas al canto. La semana anterior, Napoli le estaba ganando 1-0 al Inter, en Milan. Pero se aferró al amarretismo y terminó como debía: 2-1 abajo. Más que un técnico, el equipo necesitaba un psicoanalista. Su personalidad era un tembladeral. Y a la gente le encantó la autocrítica descarnada de Maradona.

-El Napoli necesita una transformación. No me refiero a los nombres, sino a la mentalidad. Hace falta personalidad para jugar igual en todas

las canchas. No estamos a la altura de lo que quiere el club. Y yo me anoto primero en la lista. Tienen razón los que silban.

Ferlaino sabía que Maradona tenía razón, pero creyó que se había extralimitado. Así se lo hizo saber el técnico Marchesi.

-No me gustó lo que dijo, presidente. Tendría que haberlo dicho dentro del plantel.

-Puede ser, Rino, pero hay que entenderlo. El viene del Barcelona, recién se está amoldando.

Distinta fue la reacción de los tifosi. Dijo lo que querían escuchar. Tocó una cuerda emblemática: los pobres también pueden ganar, sólo deben proponérselo...

Sergio Troise, un periodista del diario Il Mattino, le acercó su diagnóstico a Ferlaino.

-¿Sabe qué necesita el Napoli? Un caudillo. Maradona no quiere serlo, pero el vacío es tan grande que lo va a ocupar, aun contra su voluntad. Pero usted lo tiene que cuidar. ¿Cómo puede ser que todavía lo tenga viviendo en el hotel Royal?

Pequeño detalle: el Diez estaba saturado del acoso del hall. En una casa confortable adquiriría un bálsamo de privacidad. Y la encontró cuando se aceleraron los papeles y se zambulló en un departamento de tres dormitorios en la Via Scipione Capecce 3 B, con la postal del golfo pintada en los ventanales.

Por delante había un desafío superior que el pibe de 24 años no pensaba gambetear. En la Scala o en el bataclán, Pavarotti tenía que cantar...

Raza napolitana

Fue una metamorfosis inexorable. Edificada por un arquitecto genial que no renegaba del overol, se arremangaba como cualquier obrero y conservaba los anillos.

Era la bandera del Sur pobre y



Los partidos contra el Verona de aquellos tiempos siempre fueron muy duros para el Napoli. Sin embargo, el talento de Maradona encontraba la llave para abrir la victoria.



Maradona en acción y con un objetivo claro: ganarle la Copa de Italia al Atalanta. Fue otro momento de gloria para los napolitanos, locos de la vida por enrostrarles su superioridad al resto de la Italia futbolera.

Para muchos, el gol más importante de la carrera de Maradona en el Napoli. Fue el 3 de noviembre de 1985 y sirvió para ganarle 1-0 a la Juve. Pecci se la tocó y el diez la colgó de un ángulo. Hasta Platini lo aplaudió.




Concilio
DIVAL



Un Diego inusual. En las prácticas le gustaba ir al arco. Y más cuando iban de pretemporada a los paradisíacos pueblitos de los Alpes.

postergado, pero se plantaba en la fertilidad del Norte y les mojaba la oreja. Tal cual como lo describió Il Mattino: "Maradona une a Nápoles y la divide del resto de Italia".

Duro, durísimo el primer campeonato. Quedó dicho: una diferencia abismal entre las luces de Diego y la oscuridad del resto. Pero la cortina de la temporada se bajó con la serenidad del deber cumplido: octavo puesto, afuera del diccionario la palabra descenso, la sensación intransferible de un proceso en marcha.

Una ráfaga. Suficiente para delimitar los presagios. Once goles en los meses iniciales de 1985, una muestra devastadora, impregnada de un preciosismo impropio para el medio. De una belleza que bien envidiaban los opulentos del Norte.

El plantel también entró en el cambio. Se alejó Marchesi y se calzó el buzo de allenatore el estricto Ottavio Bianchi. Un pragmático que enarbolaba un denominador común con Maradona: sed de gloria. Se fueron jugadores de una indudable segunda línea y el grupo se enriqueció con la irrupción de valores de otra categoría: Giordano, Ferrara, Bagni, De Napoli, después Careca...

En la temporada 1985/86, Napoli y Diego estuvieron más cerca. Por fútbol, por protagonismo, por prepotencia futbolera y por el imperio irrefutable de la matemática: terminaron terceros. Y con varias frutillitas para el postre: triunfo ante la Juve, victorias frente al Inter y al Milan. A Ferlaino lo consumía la excitación.

-¿Cómo estamos para el próximo Diego? ¿Qué falta?

-Un poco de suerte. Los que le dije están asustados. Tienen a Platini, a



Tres grandes protagonistas del boom argentino en Italia durante los ochenta: Bertoni, Passarella y Maradona. Bertoni jugó con el Kaiser en Fiorentina y con Diego en Napoli.

un montón de fenómenos, pero nos tienen miedo. Déjelos que cuelguen banderas. Que hablen pavadas, nomás, que nosotros jugamos.

Banderas... ¿Qué banderas? Las que pendían cuando el Napoli y sus ultras desplegaban las alas de su circo candoroso en el norte del país: "Bienvenidos a Italia". Pavadas... ¿Qué pavadas? Gritarles "terrones", algo así como "cabecitas negras".

-Justo a mí me quieren correr con eso. Yo nací cabecita negra, y a mucha honra...

Por eso le gustaba Nápoles, también. Por el tinte marginal, por la vehemencia de lo popular, por los pibes que se ganaban las monedas trabajando duramente, pero con alegría, como los pibes de Fiorito.

Eso lo tenía adherido a la piel. No lo modificaba nada: ni el éxito inminente, ni la chequera borracha de ceros, ni nada. Diego había adoptado la ciudadanía napolitana, era uno más, se mezclaba en sus humores, en sus furias, en sus pesares.

Días de gloria

No hay rosas sin espinas. Y en la rampa ascendente sufrió lastimaduras leves. Se le acotó la privacidad, finalizó la relación laboral con Jorge Cyterszpiler, sufrió los vaivenes de un proceso clasificatorio complicadísimo con la Selección, bancó lesiones musculares, defendió posiciones a capa y espada, sumó adeptos, polarizó opiniones, le aparecieron odios...

Pero junio de 1986 marcó una bisagra inmortal. Campeón mundial en México, la coronación unánime como el mejor jugador del planeta, el cielo en un puño y la mano abierta para capturar más gloria.

-Soy el hombre más feliz del mundo, presidente. No le puedo exigir más a Dios. Pero la otra noche me animé y le pedí un último favor: salir campeón con el Napoli. Y yo sé que me escuchó. Prepárese, presidente, que este año la cosa es como dice la canción: ahora o nunca.

-Si vos lo decís, yo pongo las manos en el fuego.

Ahora. Fue ahora, apenas unos días después del nacimiento de su primogénita, Dalma Nerea.

Un Maradona excepcional en la conducción, único en la rúbrica.

Un pueblo detrás, un equipo edificado como tal, la personalidad tantas veces reclamada, victorias en el Sur, triunfazos en el Norte, pata ancha en Roma, armaduras para la envidia, paso firme e incorruptible, goles y golazos, aquel partido decisivo contra la Fiorentina (1-1), el 10 de mayo de 1987, lágrimas, mares de lágrimas, carnaval ciudadano...

Napoli campeón. Por primera vez en su historia de enjundias y reveses, después de sacrificios proletarios y ambiciones recortadas...

Napoli campeón. Fiesta de pueblo y de camorra, rezos agradecidos y sollozantes, gloria de conventillo y mansión borbónica, alaridos y desahogos, milagro... Milagro de Maradona, el nuevo santo del golfo: San Diego de Nápoles.

A la epopeya de ese 1987 le faltaba el toque de gracia. La rúbrica dorada. El mojón prioritario era el scudetto. Pero también estaba la Co

"¿Justo a mí me quieren correr diciéndome cabecita negra? Yo nací cabecita negra, y a mucha honra", se reía Maradona cuando lo insultaban los italianos del Norte.

pa de Italia. Segundo torneo en la jerarquía local, pero siempre tentador para un club habituado a las poltronas de retaguardia. Y... La cautela gobernó en las batallas del comienzo. Una victoria, otra, el pase de ronda, un optimismo discrecional.

Pero el periodismo desnudó un dato que activó los resortes motivacionales de Diego. Sólo dos equipos ostentaban la cucarda de haber conquistado ambos títulos en un mismo año. El Torino (1942/43) y la Juventus (1960/61). Dos exponentes del Norte, nada menos. A Maradona le picó el gustito de la vendetta regional y lo plasmó en cada cada frase desatada como al pasar.

-Sería lindo ganar la Copa de Italia. Parece difícil, pero la explicación tal vez pase porque los postulantes eran siempre del Norte. Los del Sur no somos de desaprovechar chances. Ni en el fútbol, ni en la vida.

Y fue un andar mortífero, una cadena de victorias que lo catapultó a la final con un rendimiento ideal: diez jugados, diez ganados, 24 goles a favor, 5 en contra. El hueso a roer era el Atalanta. Un adversario que se debatía en olas contradictorias: finalista en la Copa, pero condenado al descenso en la Liga.

Pero ese Napoli de 1987 no cultivaba la misericordia. En un San Paolo desbordado y desbordante, ganó 3-0 con una demostración de altísima calidad futbolera. Quedaba una sola estación: Bérgamo. Una cancha pequeña, una hinchada herida, un bastión de la descarnada ira norteña.

Conciliar el sueño fue difícil la noche anterior, en la mansedumbre traicionera del hotel Excelsior San Marco. Barullo callejero, teléfonos aullando en medio de la madrugada, ruidos impropios en los pasillos. Piedras, obstáculos de malicia...

Y en el atolladero de la cancha hubo que poner más entereza que



¿Hay alguna duda sobre quién es el gran ídolo napolitano? Las banderas de Maradona se multiplicaban por cientos.



El puño en alto para celebrar el segundo scudetto, ya consagrado como monarca indiscutido de un pueblo que lo eligió suyo para siempre.



Otro momento sublime fue la conquista de la Copa UEFA, tras superar al Stuttgart alemán (2-1 y 3-3 en la serie). El fútbol de Maradona y el estigma del Napoli trasponían la frontera italiana para adueñarse del continente. El título llegó dos días después del nacimiento de su segunda hija, Gianinna: el 18 de mayo de 1989.



La Supercopa de Italia fue otra de sus ofrendas para el pueblo napolitano. Llegó de la mano de una goleada lujosa e inolvidable: ¡5-1 a la Juventus!



Las calles se vistieron de fiesta para agasajar a Diego y a sus compañeros del Napoli. Fueron épocas doradas, irrepetibles.

Cuando Ferlaino se enteró de que el Milan de Berlusconi quería llevarse a Maradona le ofreció un contrato irresistible: un millón y medio de dólares anuales y premios dobles.

fútbol. Querían bajarlos a lo guapo. Y la cosa pintaba de gris hasta que la zurda aterciopelada apuró un tiro libre y dejó a Giordano libre para convertir el gol de la victoria.

Cuatro mil napolitanos evitan los proyectiles de los ultras adversarios y alcanzan a verlo a Diego allá arriba, sobre los hombros de sus compañeros, con la camiseta blanca, el brazalete de capitán y la Copa en lo alto, cortando la oscuridad del cielo. Los jugadores se parapetaron en racimo para salir. Los carabineros apelaron a sus escudos de acrílico y, por fin, apareció la puerta del vestuario. En el umbral estaba Ferlaino. Diego le extendió la Copa de inmediato.

-Lo prometido es deuda.

-Gracias, Diego. Gracias por regalarme el año más hermoso de mi vida.

Mediados de 1987. El idilio perfecto, sin terceros en discordia...

La manzana de la tentación

-Mire, voy directo al grano: quiero a Maradona en el Milan cuando termine su contrato con el Napoli.

Silvio Berlusconi, el magnate de los billetes todopoderosos, le clavó el aguijón sin anestesia a Guillermo Cóppola, "el talentoso ministro de finanzas de Maradona", según la definición de la prensa napolitana. El amigo y nuevo timonel de los destinos maradonianos.

Por los ventanales podía apreciarse la magnificencia de Milano 5, su residencia de las afueras de la ciudad: parque, campo de golf...

-Mejoro la oferta del Napoli. Cueste lo que cueste.

El contrato de Maradona vencía dentro de 18 meses, en junio de 1989. Pero Berlusconi anticipaba la jugada. Ya estaba aburrido de pagar el café en los torneos de Liga.

Alguien dejó correr el rumor. El asunto es que Special, el semanario deportivo orientado por Gianni Minà -un periodista muy amigo de Diego-, difundió el encuentro.

El estremecimiento enfrascó a Nápoles. Exaltados, los tifosi peregrinaron hasta la casa de Diego para pedir explicaciones cara a cara, de vereda a balcón.

El presidente Ferlaino intuyó un movimiento macabro del entorno de Diego para precipitar un arreglo. Tejió conjeturas erróneas que le hicieron brotar una desconfianza injustificada. Pero actuó con celeridad. Convocó a Cóppola y Maradona a una cita imprevista y sobre la mesa les tiró un precontrato irresistible, con vigencia hasta junio del 2003: 1.500.000 dólares anuales, premios dobles para los partidos de visitante, un 25% de las ganancias producidas por los amistosos.

Apagó el incendio, pero archivó el episodio en un casillero de malicia. No lo hacía por capricho...

Un grito, una traición

-¿Me parece a mí o Diego está hecho un avión?

-No te parece: está hecho un avión.

Fernando Signorini, el preparador físico personal de Maradona, lo sacó inmediatamente de la duda a Guillermo Cóppola.

Cuánta razón tenía. Después de beberse la gloria de una temporada angelical, el mejor jugador del mundo usó el derecho de admisión y le negó el acceso al aburguesamiento. Lejos de dormitar en los laureles inéditos, se autoexigió.

Aprovechó un paréntesis en la competencia y se internó en una clínica de Merano para desintoxicarse. Respetó una dieta estricta, adquirió una cultura alimentaria que desconocía, armonizó el metabolismo y se estacionó en los 70 kilos, unos gramos por encima del peso que tenía cuando desembarcó en el Barcelona.

Signorini lucía orgulloso. Cóppola, ni hablar...

-Está en un nivel parecido al del Mundial de México.

-¿No estás exagerando?

-No, para nada. Lleva una vida más ordenada, administra los esfuerzos por la madurez que le da tanta competencia, lo serenaron los títulos... Está para más.

¿Más todavía? Claro, más. Napoli se disfrazó de potencia por derecho propio. Por portación legítima de Maradona. Eran tiempos de la "Fórmula Má-Gi-Ca": Maradona, Giordano y Careca. Una trilogía con licencia para aniquilar.

Una pizca. Sólo eso faltó en los dos scudettos siguientes. Fueron dos subcampeonatos que supieron a poco, acostumbrados como estaban a mimetizarse con la trascendencia.

Pero el 18 de mayo de 1989, dos días después del nacimiento de su segunda, Gianinna Dinorah, el Napoli asentaría su estrella en el cielo internacional. Por primera vez en su historia, por obra y gracia del bendito San Diego de Nápoles, conquistaba la Copa UEFA, ante el Stuttgart (2-1 y 3-3). Un título continental que instalaba al club en una cúspide inédita.

Hubo brindis. Copas en alto, burbujas de champán, coros endiosados... Pero un observador avezado hubiera advertido cierta carencia de plenitud. Un crash tácito entre Maradona y Ferlaino, que se remontaba a una semana atrás, cuando el Diez, martirizado por un crónico dolor lumbar, faltó al partido con Bologna casi contra su voluntad.

-Ojo, Guille, yo quiero ir. No fui con



Locura en el vestuario napolitano, con Maradona como epicentro de la gran fiesta. El Sur, tantas veces subestimado, gritaba su victoria histórica gracias a Diego.



El paisaje subyugante del golfo de Nápoles fue una compañía deliciosa para Maradona y su gente durante aquellos años dorados. Bendecido por ese sol tibio y acariciado por las aguas mediterráneas, el genio frotó la lámpara y le hizo vivir un sueño a una ciudad que no conocía el sabor del triunfo.

el grupo para reposar lo máximo posible, pero juego.

-No, Ferlaino dice que te quedes. Ya canceló tu reserva en el hotel.

Diego intuyó lo que después Ferlaino se encargaría de difundir bajo cuerda, desde el andar viperino de los rumores internos: "Ya no es el Diego de antes, está en la cómoda".

-¿Cómo puede ser tan turro? ¿Cómo va a dudar de mí después de cinco años?

Maradona también archivó el dardo envenenado. Culpable indirecto, además, de un cuadro insólito. El 18 de junio, cuando Diego abandonó el San Paolo en un partido con el Pisa, parte de la hinchada lo silbó, a él y a su familia. Era un grupo aislado, minúsculo, que había comprado la telaraña del discurso de Ferlaino.

El contraataque vendría después del olvidable paso argentino por la Copa América 89, en Goiania, coincidiendo con dos hechos puntuales: un tibio interés del Olympique de Marsella y la asunción de Albertino Bigon en reemplazo de Ottavio Bianchi, derrocado tras divergencias con Diego y el resto del plantel.

Era tiempo de vacaciones. Y Maradona decidió, en virtud de las ofensas gratuitas, que le asistía el derecho de finalizarlas cuando creyera conveniente, y no cuando lo dispusiera el cuerpo técnico.

Pasaron 48 días, nada menos. Un tiempo plagado de discusiones y amenazas por vía de terceros, con enviados especiales cruzando el Atlántico sin conseguir una mísera declaración de un Maradona que sólo encontraba un resuello enredado en las caricias de sus hijas.

Pero volvió. Como siempre: la frente alta, la voz clara para admitir la culpabilidad de retraso.

La gente le ratificó la idolatría. Sólo los muchachos de la Curva B le insinuaron ciertas incógnitas...

-¿Vas a jugar o no, Diego?

La relación entre Diego y el presidente empeoró después de la Copa América 89.

-Claro que voy a jugar, salvo que ustedes no me quieran más.

De boca de los compañeros no partió un solo reproche. Y el técnico Bigon le cayó bien desde el primer saludo en el campo de Soccavo.

-Bienvenido, Diego. A mí no tiene que darme ninguna explicación. Haga de cuenta de que empieza hoy.

Con Ferlaino también se reunió. A solas. Cara a cara. En Soccavo y con los teléfonos desconectados.

-Vos sos un grande, Diego, pero debes dar el ejemplo. Cometiste un error, tus derechos profesionales son iguales que los del resto.

-Puede ser, pero usted dudó de mí. Y eso no se lo voy a perdonar.

Después, frente a los periodistas, ambos minimizaron el entuerto. Sobre todo Diego.

-Aclaramos todo. Si el club me quiere aplicar alguna sanción monetaria, la voy a aceptar. A la gente le digo gracias por creerme. Gracias por quererme como siempre. Yo quiero ser el número uno. Y ahora ando con ganas de salir campeón otra vez. Así quiero pagarles tanta gratitud: con otro scudetto.

Aplanadora, ésa podría ser la palabra. La temporada 1989/90 empezó a los tumbos: Diego con vueltas

menos, técnico nuevo, sistemas tácticos en proceso de gestación y un Milan avasallante, majestuoso, aquel de Van Basten, Gullit, Baresi...

Pero Maradona tenía la motivación encendida. Sus nenas, la buena onda del entrenador, el feeling con Careca y Alemao, la emoción que le provocaba la entrega de Ferrara y los resortes del orgullo, conformaron una zanahoria muy tentadora para su alma de conejo. Y descontó las vueltas que le llevaban a su modo. Entrenándose a la medianoche, después de jugar en Lisboa, exprimiéndose en el gimnasio...

Se puso a punto. Y fue como si un día hubiera dicho: "Bueno, basta, ahora empiezo a jugar yo". Y la descosió. El Milan era muy poderoso, claro. De hecho había punteado la mayoría de esas 33 fechas en las que el Napoli sólo exhibió el ropaje de líder en seis. Y lo había vapuleado por 3-0 en el choque entre ambos, el 11 de febrero. Pero en la recta final, con Diego iluminado, el Napoli encarnó esa palabra: aplanadora.

Diez mil napolitanos lo testificaron en Bolonia, con un Maradona supremo. Fue un 4-2 a ritmo de sinfonía, mientras las radios acercaban otra música dulzona: Milan tropezaba con el Verona, Napoli quedaba dos puntos arriba y la semana próxima recibía a una versión devaluada de la Lazio. Con un punto aseguraría el segundo scudetto desde la canonización de San Diego de Nápoles.

Domingo 29 de abril. Primer milagro maradoniano: las tres familias mafiosas que se disputan Forcella, el barrio pesado, pactan una tregua para plegarse a la celebración.

El San Paolo estalla: 85.000 almas. Los vendedores se llenan los bolsillos vendiendo frasquitos con supuestas lágrimas de Berlusconi, a 60 dólares cada uno. En la Vía Forcella lo están "velando". A Berlusconi, por supuesto. Los tifosi pasan, hacen como que sufren y lloran de risa por la leyenda que acompaña a sus fotos: "Pax, morte tua, vita mía".

Las bengalas y el humo colorido decoran la delicia del volcán con forma de estadio y la muchedumbre ruge su canción predilecta: "Ho visto Maradona/ innamorato sto".

El partido es un trámite liquidado con devastadora sencillez. Un cabezazo de Baroni, a los 7 minutos, clava la diferencia. Y la zurda de Maradona se encarga del resto.

Después de la vuelta no parecía el gladiador inmenso que acababa de anotarse otro poroto en la gloria. Lucía tranquilo, sereno, pisando con placidez sobre los cinco centímetros de agua que tapizaban todo el vestuario, que era un carnaval motorizado por Alemao y Ferrara.

¿Qué más se le podía pedir a ese pequeño gigante, si ya lo había hecho todo? O casi todo, porque el sábado 1º de septiembre, después de la conmoción provocada en Italia por la eliminación de la selección azurra en el Mundial 90 por las travesuras de los Maradona Boys, se despachó con la última ofrenda. En el San Paolo, el



Un auténtico Diego de Nápoles. La pelota domesticada y la estampa impecable.

259	115	5
PARTIDOS	GOLES	TÍTULOS

Napoli ganó la Supercopa de Ita
apabullando a la Juventus por 5
Aquella Juve de Baggio, Hassler
Schillaci. Un Diego magistral en
bró los cinco tantos, despertó ad
ración, levantó otra copa.

Triste, solitario y final

La Supercopa fue el último ac
de amor. De allí en más, sus días n
politanos serían insoportables. La
heridas del conflicto con Ferlaino
más habían cicatrizado.

Desde el entorno del presiden
le tiraron con munición gruesa. Cr
caron sus amistades, potenciaron
conjeturas insidiosas de la prensa
quisieron divorciarlo del sentimien
de la gente. Y Diego bajó la guard
Italia lo odiaba después del maza
del Mundial, ya dudaban algunos n
politanos... Tenía poco que hacer al
Y se terminó de convencer cuando
saltó un sospechoso doping en e
control del partido con el Bari, el
de marzo. Denunció un complot qu
el tiempo se encargaría de certifica
Pero no quisieron oírlo. Le bajaron e
martillo a una suspensión de 15 me
ses, lo obligaron a decidirse.

El 1º de abril de 1991, a mediano
che, un locutor de la RAI leyó u
flash informativo: "Maradona está e
Fiumicino, listo para embarcarse h
cia Buenos Aires. Deja Italia defini
vamente".

El 1º de abril es un día especia
en Italia, algo así como el Día de lo
Inocentes. La mayoría pensó que s
trataba de otra broma pesada. Per
no era chiste... ■

Cuando el Napoli ganó el segundo scudetto, en los alrededores del estadio San Paolo se vendieron frascos con "lágrimas" de Berlusconi a sesenta dólares cada uno.

LA GLORIA



Una mano lleva la Copa, la otra parece tocar el cielo. Maradona y la vuelta en el Azteca. Argentina campeón mundial.

A Diego le pareció raro. Estaba trotando solo, al tranquito, con la vista perdida en la espesura de los bosques de Ezeiza, cuando Bilardo enfiló hacia él cortando camino por el interior de la cancha, medio apurado.

A Diego le pareció raro. Si tenía que decirle algo, podría haberle gritado de lejos. O quedarse piola en su lugar hasta que él pasara inexorablemente a su lado.

A Diego le pareció raro. Pero bueno, todavía no lo tenía muy registrado al Narigón, del que tanto había escuchado hablar durante los últimos tiempos. Comenzaba el proceso, se venían las Eliminatorias y a él no le sobraban ganas para andar analizando. Gracias que le peleaba duro a las secuelas de la hepatitis...

-Diego, vení, acercate que te quiero hacer una pregunta... ¿Sabés quién va a ser el capitán de la Selección?

-No, qué se yo... Passarella no estaría mal, sería justo...

-Sí, sí, pero no... Yo quiero que el capitán seas vos. Quiero que seas el dueño de la Selección. ¿Qué te parece?

Aceptó, claro. Y le puso el pecho a todos los dardos, envenenados o asépticos, fueran para él o para otro.

Desde aquel día, cultivó un suntuoso sentimiento corporativista. Si ésa era su Selección, debían dolerle cada llaga, la máxima estocada, la mínima indiferencia. Porque para eso sería el símbolo de esa etapa.

Piedras en el camino

El tránsito hacia México fue muy sinuoso. Un partido bien, otro mal, la mayoría regular. Un proceso eliminatorio doloroso como las brusquedades impunes del peruano Luis Reyna en Lima, como el triunfo angustiante y apretado frente a los venezolanos, como la clasificación abrochada en el minuto 81 del partido decisivo con Perú en el Monumental, tras aquella corajeada mítica de Passarella, que empujó sobre la línea el Flaco Gareca, que empujamos todos...

Se abrazó fuerte con el Narigón Bilardo aquel 30 de junio de 1985, frío y gris. Como si se abrazara con su padre.

-¡Buena, carajo! Ahora va a ser distinto, Carlos. Ahora vamos a estar más tranquilos...

-No, Diego, qué tranquilos... Nos van a seguir matando, ya vas a ver. Pero no importa, ya estoy acostumbrado. Yo nací para sufrir...

Dicho y hecho. La clasificación no sedó las críticas. Tampoco limó las asperezas de la desconfianza general. Bilardo permanecía en el epicentro del conflicto. Se le reclamaba el escaso vuelo futbolístico del equipo y la impermeabilidad para convocar a jugadores que rendían satisfactoriamente en Europa, pero que en la Selección no tenían chapa: el Pelado Díaz, Márcico, Fillol... El Narigón esgrimía una sola respuesta.

-El grupo sabe por qué.

-Pero Carlos, la gente también quiere conocer lo que usted pien...

-El grupo sabe por qué.

Diego también estaba fastidiado. Intuía que algunos de sus compañeros predilectos, como Barbas y Gareca, podían quedarse al margen de la lista definitiva.

-Los va a acostar, Claudia. Y eso me revienta. Dieron mucho para que nos clasificáramos. Y merecen ir al Mundial más que nadie, más que yo.

En Nápoles también le pusieron fichas a su calentura. Primero, por las quejas de los dirigentes por una frase que le pronunció a un enviado de El Gráfico.

-Se enoje quien se enoje, en este momento me importa más el Mundial de México que el Napoli.

Y esa misma semana, casi se agarra a piñas con su compañero Eraldo Pecci. Muy suelto de cuerpo, ante la inminencia de un viaje de Diego para jugar unos amistosos con la Selección, el italiano le metió la frase matadora con un tonito medio zumbón, que le hizo explotar el hígado de un solo golpe.

-Decime una cosa, Diego ¿no tienen miedo de pasar vergüenza con los franceses?

-¿Qué vergüenza ni vergüenza, viejo? Platini y Tigana son unos fenómenos, pero no le tenemos miedo a nadie. No te confundas, ¿eh?

Desde algunos sectores del gobierno pretendieron echar a Carlos Bilardo antes del Mundial. Pero Diego se puso inmediatamente de su lado: "Si se va usted, me voy yo."

La propuesta lo conmovió. No esperaba ese gesto. De veras que no lo esperaba. Un aval tan drástico que, en cierto modo, circulaba a contramano de la lógica. Porque a Passarella le sobraban méritos para mantener la cinta: personalidad, experiencia, categoría internacional, un título del mundo...

Una frase se le enredó en los rulos y le dio mil vueltas por la cabezota, como un eco eterno, interminable: "Quiero que seas el dueño de la Selección... Quiero que seas el dueño de la Selección..."



Una postal histórica de la carrera de Diego. La irreverente marcación del peruano Luis Reyna en el partido eliminatorio disputado en el estadio Nacional de Lima.

Andaba cruzado, el Diego. Con esa cara de malo que siempre le dibuja la barba, esta vez florecida para darle un gusto a su hermana Lili, que quería verlo así "porque te hace más macho, más lindo..."

Algo de razón tenía Pecci. Francia ganó 2-0. Después vinieron los triunfos por 2-1 ante el Napoli y por 1-0 sobre el Grasshoppers suizo, en Zurich. Rendimiento de menor a mayor, ráfagas de fútbol, críticas y otra frase de Diego: "Estamos solos, somos una Selección perseguida".

Premonitorio, verdaderamente. Porque unos días después...



Maradona, Passarella y una producción bien mexicana organizada por El Gráfico. Parecen muy amigos, pero ya estaban distanciados.

El complot

-Me quieren voltear.

-Pará, Carlos, dejate de joder. Si faltan dos meses para el Mundial...

-Te digo que sí, Pacha. Me quieren voltear.

Bilardo era la metáfora de un trapo de piso. Por más que quisiera, Carlos Pachamé, su ayudante, no podía exprimirle la angustia. Al Narigón le habían pasado el dato. Y era posta, nomás. El domingo anterior, en una reunión informal, opinando como lo haría un hincha común, Raúl Alfonsín descerrajó su parecer.

-A mí no me gusta nada cómo juega esta Selección.

El presidente de la Nación tenía dos interlocutores: el secretario de Deportes, Rodolfo O'Reilly y el subsecretario, Osvaldo Otero. Tres días después, O'Reilly lucía más alfonsinista que Alfonsín en un reportaje del matutino Tiempo Argentino, propiedad de un empresario vinculado al partido gobernante...

-Para mí, la Selección no anda para atrás ni para adelante. No me gusta nada cómo juega. Creo que tiene muy buenos jugadores, pero hasta ahora no ha demostrado ser un equipo en todo el sentido de la palabra.

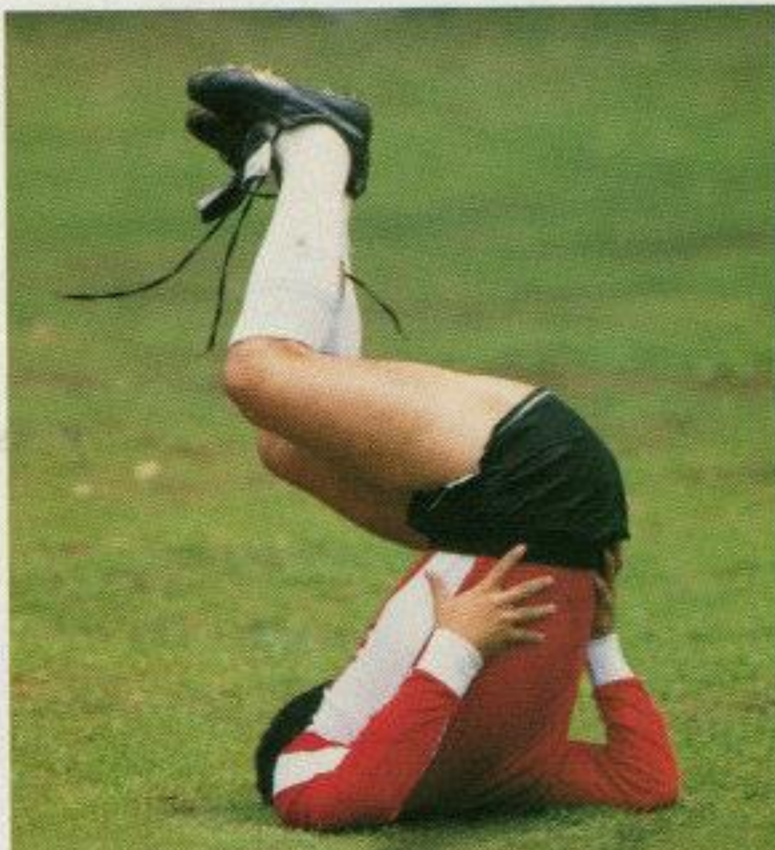
-¿Usted tiene atribuciones para hacer un cambio de técnico?

-Yo no tengo jurisdicción ni competencia sobre el tema de la Selección. Sólo es mi opinión.

Menos mal... Ese mismo día, O'Reilly y Otero discaron el número de Julio Grondona, que estaba en una reunión de la FIFA en Zurich.

-Julio, ¿usted cómo ve un posible reemplazo de Bilardo? Porque las co...

El presidente de la AFA no los dejó terminar.



Maradona estuvo hecho un violín en México 86. Se entrenó como nunca, tuvo muy afilado ese pique corto devastador, capaz de desarticular a la mejor defensa.

-Es una barbaridad inaceptable desde todo punto de vista. Bilardo sigue hasta el final, pase lo que pase.

En Nápoles, Maradona juntaba lava como para llenar el Vesubio. No le entraba en la cabeza que los gobernantes de turno condimentaran el caldo del complot. No se bancaba que pisaran fuerte tipos que eran sapos de otro pozo. Y no dudó en llamar.

-Quédese tranquilo, Carlos. Si le quieren tocar un pelo, yo voy a saltar por usted. Si se va usted me voy yo.

El viernes 11 de abril, con línea abierta a Zurich, hubo una reunión cumbre en la AFA. Pastor Magdalena, Eduardo Deluca, Julián Pascual, Jorge Propato y Humberto Carlés, en diálogo con Grondona, acordaron la supervivencia del proyecto. Le ratificaron la confianza a un Bilardo que diagramaba la gira previa con todos los recaudos posibles.

-Nos vamos y no volvemos, Pacha. Hacemos Oslo, Tel Aviv y derechito a México. A ver si volvemos y nos cortan el chorro...

El virus colectivo

-Muchachos, en la valija pongan un traje y una sábana. El traje lo usamos cuando bajemos del avión con la Copa del Mundo.

-¿Y la sábana?

-Por si perdemos y tenemos que irnos a vivir a Arabia, porque acá no vamos a poder vivir más.

Al mal tiempo, buena cara. O la cara que se tenga. Ésa parecía ser la filosofía de Bilardo antes de la partida definitiva.

Diego se unió al grupo en Oslo. Lo saludó con un beso y se quedó amarrado, como para que a ningún fotógrafo se le escapara esa foto. La foto símbolo de su respaldo incondicional. Quería que todos supieran que lo bancaba a muerte, dijeran lo que dijeran y dijera quién lo dijera.

Mejor acordarse poco del partido con Noruega: 0-1, gotitas de fútbol, olas de imprecisión, océanos de confusión. Maradona hizo un "toco y me voy". En realidad, lo suyo fue un rally propio de un extraterrestre. Veamos la hoja de ruta...

Domingo, partido contra el Avellino por la liga italiana. Lunes, partido a beneficio de UNICEF. Martes, viaje de Nápoles a Oslo. Miércoles, partido con Noruega. Jueves, partido homenaje a Osvaldo Ardiles en Londres. Viernes, viaje hasta Tel Aviv. Domingo, actuación decisiva en Argentina 7-Israel 2. Cinco partidos en ocho días. Quedaba claro: para Diego, cualquier sacrificio valía la pena por la Selección.

No fueron días fáciles para el grupo. Dicen que la distancia es el olvido, pero aquellos muchachos no estaban para escuchar boleros. Cada llamada a Buenos Aires, cada contacto con los familiares aceleraba los latidos, estrujaba el corazón...

-¿Qué dicen allá? ¿Siguen con la idea de rajar a Bilardo o se calmaron?

Era una preocupación inevitable. Un virus colectivo.

Maradona estaba más tranquilo. Advirtió una punta. Una señal. Y se lo confesó a Guillermo Cóppola, caminando por la playas de Tel Aviv.

-No me parece que la cosa esté tan fulera. Te digo más, Guille, así como estamos, podemos pelear el tercer puesto. Y si trabajamos duro en México, me animo a todo. Yo le tengo una fe ciega a ese mes...

Antes de salir, Bilardo dio un consejo: "Lleven un traje y una sábana. El traje, por si venimos con la Copa. La sábana, por si perdemos y tenemos que irnos a vivir a Arabia".

El juramento

-¿Yo voy con Pedrito?

-Sí, creo que sí...

El lunes 5 de mayo, la delegación se instaló en el complejo deportivo del club América. Cuatro hectáreas y 1.300 metros de construcción, a cuarenta minutos del centro del caótico Distrito Federal y apenas a cinco del majestuoso estadio Azteca, sede de la final.

A Diego le tocó compartir la habitación 6 con "PPP": Pedro Pablo Pasculli. Linda, sencilla, sin lujos innecesarios: paredes sin revoque y pintadas de blanco, veladores de acrílico, camas sin respaldo, colchas naranjas, baños austeros pero bien acondicionados... Aunque eso lo verían después, claro... Porque al llegar se durmieron como angelitos. Y al día siguiente, sorpresa. Dijo Bilardo...

-Hoy tienen franco, arrancamos mañana. En serio, no se rían... ¿Qué se piensan? Yo también doy francos.

Pero a los muchachos se les liberó el instinto. A la tardecita, después del café con leche y las tostadas de la merienda, fueron hasta la cancha de entrenamiento y se mandaron un picado infernal, a muerte, como una final del mundo.

¿Bilardo? Encantado. Sonrió al estilo Gioconda, como cuando era pibe y los gomías del barrio le batían "Sonrisa", un apodo que patinó en el olvido. Era el espíritu que quería para galvanizar el grupo.

Demoledor el arranque de los entrenamientos, ¿eh? Con razón el Narigón había dado un día de franco.

-Profe, estoy fusilado. Se me cierra el pecho, me ahogo.

-Vos seguí que yo te paro un minuto antes de que te mueras. Confía en mí, Diego, que la altura todavía no liquidó a nadie.

¿Quién no iba a confiar en el profe Ricardo Echevarría? Un pan de Dios. Un padre. Cuciuffo no podía



Asado en la concentración del América, un clásico para fortalecer la convivencia grupal y deleitar el estómago.



Empleados del complejo y algunos vecinos gozaron viendo entrenar a Diego y su pandilla durante los primeros días.



Además de los asados, la espera de los días previos estuvo matizada por visitas especiales. Por ejemplo, mariachis.



La altura del Distrito Federal fue motivo de cuidado. El doctor Raúl Madero los controlaba en medio de los entrenamientos.

"En Barranquilla sentí que estamos muy bien, demasiado bien. Sentí que podemos ser campeones del mundo", le dijo Diego a Guillermo Cóppola antes del debut con Corea.

creer la inmensidad de su cariño...

-Nunca vi nada igual, Diego. Yo tengo 25 años, ya soy un zonzo grandote, y el tipo me despierta con un beso en la frente como si fuera su hijo...

El hermetismo de la concentración bien valía el bautismo de La Isla, como le puso Marcelo Trobbiani. En esa burbuja rodeada de smog fermentó la mística. La religión grupal. El estigma mosquetero que sería fundamental para escribir la historia con la mejor caligrafía.

Hablaron, hablaron mucho. Pedía una reunión Diego, otra Passarella, alguna Valdano. Y se decían todo y de todo. De frente, sin chicanas, con esa lealtad descubierta el día que se sintieron una cáscara de nuez naufragando en la incredulidad.

Muchas fueron importantes, ninguna como la del hotel La Fontana, en el calor pegajoso de Barranquilla, el día anterior a empatar 0-0 ante el Junior un partido con sensación térmica de 7-0. Ellos solos, los veintidós. Nadie más. Ni el profe Echevarría, ni Bilardo, ni Pachamé, ni Galíndez. Sólo ellos. Dos horas en las que Diego capitaneó el juramento...

-Ahora nos tenemos que olvidar de todo: de nuestros clubes, de la familia, de la guita, de los problemas... Tenemos que pensar solamente en nosotros. No importa quién es titular o quién es suplente. Hay que tirar del carro, hacerse carne y uña, romperse el alma para ayudar al compañero. Muchos esperan que perdamos para terminar de despedazarnos. Y no les tenemos que dar el gusto...

A Bilardo sólo lo llamaron para hacerle una sugerencia, cuando la charla estaba en la recta final.

-Mire, Carlos, nosotros no queremos jugar otro amistoso. Preferimos volver a México y matarnos entrenando en la altura. No vale la pena arriesgarnos acá, en el llano. Todos nos juegan a muerte y es muy peligroso. A ver si lastiman a uno y se queda sin Mundial. Sería un garrón. Mejor nos quedamos en la concentración...

El viernes 16 el grupo volvió a La Isla para el encierro definitivo. Y Diego, como en aquella caminata por las arenas de Tel Aviv, se confesó con Cóppola, ahora sobre el césped de una de las canchitas del complejo...

-¿Te acordás cuando te dije que estábamos para pelear el tercer puesto?

-Sí, claro...

-Bueno, en Barranquilla sentí algo más. Sentí que estamos muy bien, demasiado bien. Sentí que podemos ser campeones del mundo...

La isla de la fantasía

Puertas adentro, La Isla irradiaba una onda contagiosa. A la hora de trabajar, la rutina era implacable: práctica al mediodía, almuerzo a las dos, siesta obligatoria y otro entrenamiento a las cinco. Pero las bromas eran el envoltorio de la rutina. Nadie se lo propuso, brotó solo. Como esas flores silvestres que terminan deslumbrando por su belleza.

Sólo dos personas ajenas a la delegación pernoctaban en el complejo, ambas vinculadas a Diego: Fernando Signorini, su preparador físico personal, y Salvatore Carmando, el masajista enviado por el Napoli para afinar los músculos del Diez antes y después de cada práctica.

Pero había una legión de visitantes permanentes, con licencia para alegrar, que fortificaban la convivencia. El Zurdo López -un colaborador inestimable de la causa-, don Diego, su consuegro Coco Villafañe, Daniel Romeo, Jorge Bilardo, Hugo Poletti, el padre de Passarella y un personaje cortado con la tijera de lo irrepetible: Eduardo Cremasco.

Ex compañero de Bilardo en Estudiantes, el Cabezón estaba radicado en México, al frente del restaurante Mi Viejo, reducto obligado de la legión argentina y, a la vez, proveedor de los alimentos que Julio Onieva cocinaba para el plantel.

El sueño grande aún era pequeño. Pero se nutría de simplezas, de episodios que recolectaban carcajadas en cada rincón de La Isla.

-Che, ¿ya los aflojaron?

-Sí, Diego, ya está.

Lorenzo Di Lorenzi, alias Galíndez, compartía una habitación cuádruple con Fernando Signorini, Salvatore Carmando y Roberto Mariani, uno de los colaboradores de Bilardo. Como decía Diego, "duermen tan apretados que sueñan lo mismo".

El pobre Galíndez terminaba su jornada a las dos de la mañana. Lógico: masajeaba a todo el plantel antes de dormir. Después se duchaba y dejaba caer sus huesos en un catre.

Claro que una noche... los muchachos le aflojaron los tornillos y lo espiaron desde la ventana. Galíndez salió del baño, apagó el velador y... El estruendo conmovió a toda la concentración.

-¡Rajemos que nos mata! -gritó el Checho Batista, y todos corrieron como corren los pibes después de tocarle el timbre al vecino más cascarrabias. ¡Qué los iba a matar Galíndez...! Lanzó la carcajada, armó la cama en el piso y se acostó.

Y pasaron más cosas, muchas más. Todas lindas, fuertes, intensas. El Negro Enrique jugando a asustar con una careta -"Dejate de embromar, Negro, que vos nos asustás más a cara lavada"-; el festival del corte de pelo a cargo de Javier Leiva, un coiffeur amigo de Zelada; la lectura colectiva de la carta enviada por Miguel Ángel Russo, uno que se quedó afuera, pero se sentía adentro; la bola de nieve de las cábalas...

¿Salidas? Pocas antes del debut. Apenas dos. La primera, a una tienda de ropa llamada Sanborns. ¿Maradona? Ausente con aviso.

-Me duele un poquito la rodilla derecha, Carlos. Y tengo miedo que la gente se me tire encima y me la joda más todavía. Prefiero quedarme.

Sabias palabras: el paseo fue un descontrol. Apretujamientos a gra-



El plantel completo. Una foto que se tomó antes de la competencia, cuando eran muy pocos los que creían: los 22 jugadores y el cuerpo técnico. Ninguno más.



¿Quién dijo que los coreanos son cariñosos? A Maradona no lo trataron muy bien que digamos...

nel, mucha pasión por conseguir un autógrafo de los argentinos.

Y la segunda salida, a la casa de Jimmy Goldsmith, un polaco tan enorme como los insoportables habanos que fumaba, amigo inseparable del Cabezón Cremasco y fana de la Argentina, que invitó a su residencia para celebrar su cumpleaños como si fuera el de un pibe de ocho años: Coca-Cola, sandwiches de jamón y queso, pizzas, globos, serpentinas, masas y velitas.

Se armaba la fiesta, nomás...

El dolor de Daniel

-¿Sabés por qué me gusta esta foto? Porque en 1975 cuando fuimos al Torneo Esperanzas, de Toulon, con el Flaco Menotti, me hice una igual con un sombrero mexicano y salimos campeones. Por ahí, quién te dice que se repite la historia...

A ver... Decían Passarella y Maradona que estaban peleados, que no se podían ni ver... Pero antes del debut, El Gráfico los convocó para una foto metafórica, con sombreros típicos, y no hubo drama. Se prestaron lo más panchos, dijeron sí y hasta eligieron los colores...

-Yo voy con el mostaza, Daniel. Vos ponete el bordó. Éste me gusta porque es más parecido a los colores de Boca, ése tiene algo de River...

La historia era añeja, rancia para algunos. Bilardo había destituido a Daniel de la capitanía histórica, acaso por ser bandera indisoluble de la etapa menottiana. Quería el divorcio de los ocho años anteriores y ése era un buen modo. Diego la heredó y la defendió con la espada indestructible del orgullo. Y en ese juego de ambiciones entendibles se forjaron los resquemores, las miradas sin brillo, el respeto sin calidez.

En el fondo, Diego lo estimaba, le tenía cariño. Pasculli puede dar fe. Se lo dijo una noche, antes de apagar el velador...

-La verdad que Daniel es un fenómeno. Tiene más de treinta, un título del mundo adentro y se entrena con las ganas de un pibe. No perdió el hambre de gloria. ¿Sabés lo que vale eso?

Pero había un distanciamiento real, recrudecido tras una reunión interna en la concentración. Para colmo, Daniel cayó en desgracia.

El jueves 22 de mayo amaneció con una severa enterocolitis. Tan intensa que ni siquiera pudo entrenarse. Reposo, dieta y un medicamento fue la orden del doctor Madero.

Objetivo cumplido, aunque el refuerzo en la medicación, pugnando por eliminar supuestos residuos, resultó fatal. No había tales residuos. Y el medicamento le provocó una sensación de repulsión hacia la comida.

-Hay que darle leche de magnesia para limpiarle el organismo -fue la nueva orden. Pero eso derivó en una diarrea.

Daniel perdía kilos. Maradona sufría por él. Pasaba por la habitación, le jugaba un partido al tute para distraerlo.

-Vamos, fiera, ponete bien que te necesitamos.

Pero no hubo caso. El debut con Corea del Sur era inminente, también la desesperación. Hasta que Daniel se reunió con Bilardo, el mismísimo 2 de junio.



El acoso de la prensa mundial fue aumentando día a día. Y Diego los atendía así, del otro lado del alambre, para evitar algún apretujamiento inconveniente.

Fue sincero, leal con el grupo, como habían quedado en aquellos cónclaves secretos...

-Estoy muerto, no puedo levantar las piernas, Carlos. Mejor que juegue otro, porque no quiero fallarle a nadie.

Faltaba poco para la charla técnica. Diez, quince minutos, no más. Y justo Bilardo se cruzó con el Tata Brown, que se había entrenado a conciencia, pese a que ni siquiera era titular en su club, Deportivo Español.

-Brown, jugás vos.

Sin más. Directo al grano. Y al rato le habló Passarella. Dolido, pero con ganas de sumar.

-Jugá tranquilo, Tata. Cuando toquen los himnos no vas a escuchar nada, sólo los clics de las cámaras fotográficas. Y jugá bien la primera pelota, apoyala...

Ya estaban camino a la cancha, rumbo a la hora señalada...

A paso redoblado

-¡Cómo pegan los coreanos! ¡Jueeeez!

Inútil. El español Sánchez Arminio no le llevaba el apunte a Diego. Ni bola que le daba.

-¿Pero será posible? Parecen hijos de Gentile...

Ojalá... En el Mundial 82, el italiano se le colgó de mochila durante todo el partido y le pegó alguna murra que otra. Pero los coreanitos... Once patadas alevosas, incluyendo la que le provocó un corte en la rodilla izquierda. Una colección de moretones para que se entretuvieran las manos aceitosas de Salvatore Carmando. Pero el final marcó el desahogo de un 3-1 claro, merecido, salpimentado con los primeros gramos de magia. Un gol del Cabezón Ruggeri, dos de Valdano y el arranque de la ilusión.

A la noche se inauguró otra cábala: cena multitudinaria en el restaurante del Cabezón Cremasco. El Zurdo López tarareó algunos tangazos, Galíndez contracturó abdominales de la risa con sus imitaciones impresentables, se arrimaron unos mariachis y le dieron cuerda al infaltable "Cielito lindo".

Cerca del final, primero bajito y entre pocos, después más fuerte y entre varios, y al final todos y a grito pelado, atronó un himno...

Cuando Passarella estaba descompuesto, Maradona sufría por él. Pasaba por la habitación, le jugaba alguna partida al tute y le daba ánimo: "Dale fiera, que te necesitamos".





El golazo a Italia, segundo escalón en la carrera hacia el título. Una definición exquisita que no pudieron impedir ni el cierre de Scirea ni las manos morosas de Galli.



El partido con Bulgaria fue sencillo. Argentina impuso una gran diferencia de jerarquía colectiva e individual. Lo resolvió con la categoría de los grandes.



Uruguay fue diferente. Un partido chivo, complicado, que se abrió con un gol de Pedro Pasculli y que tuvo un final cargado de sufrimiento por obra de Rubén Paz.

Las cábalas se contaban por cientos. Las había individuales, grupales, por dúos, con participación de periodistas, parientes o amigos. Cada día se sumaba una nueva.

-¡Qué vamo' a salir campeones...! ¡Qué vamos a salir campeones...!

Otro paso clave

Italia en Puebla, la segunda cita. Un comienzo decepcionante, mano leve de Jorge Burruchaga, penal muy protestado por Diego al holandés Jan Keizer -"Tomatelá, referí botón"-, gol de Altobelli a los 7 minutos, cuesta arriba, un mensaje de Diego para Burru...

-Vamos a manejar un poco la pelota. Pero tranqui, no nos volvamos locos.

Empezaron: tictac, tictac. Y Argentina impuso el ritmo, forzó las situaciones. Sólo faltaba el gol y llegó a los 33, con una sutileza de Diego para ridiculizar el cruce de Scirea. Era el 1-1 definitivo, avaro en relación con la voracidad expuesta por Argentina, suficiente para habilitar otra cena en lo del Cabezón, ahí donde Diego se regodeó revelando la trastienda del gol...

-Cuando venía la pelota en el aire pensé que Scirea la iba cortar de una, pero dudó un poco. Quiso anticiparme o cerrarme el ángulo con el cuerpo. Pero para eso tuvo que girar. Y en ése segundo yo no sólo le pegué sino que salí festejando... No sé qué le pasó, pero mejor para nosotros.

La clasificación estaba a una caricia. Pero la salud de Passarella caía por un barranco. El miércoles 4, horas antes de viajar a Puebla y con los parásitos indómitos en pleno festín, Madero decidió internarlo en el hospital Humanas. Dos gastroenterólogos lo examinaron durante cuatro horas. Bilardo, preocupado, lo palpitaba desde el teléfono. Y Diego estaba a su lado, pendiente de todo.

-¿Y, Carlos? ¿Qué dice?

-Le pusieron suero intravenoso, está recuperando peso...

En realidad, preocupaba más su salud que la celeridad con la que pudiera incorporarse al equipo.

Lo de Brown había sido magnífico en esos dos partidos iniciales. Timing, determinación, personalidad. Diego era una máquina de elogiarlo, incluso delante de Bilardo.

-Un monstruo, el Tata. Anda hecho un violín porque siempre se entrenó para jugar. No pintaba para titular, pero igual le dio, como hacen los profesionales.

Pero también lo vacunaba de lo lindo con las bromas, también delante de toda la banda.

-Dejate de joder, Tata. ¿Cómo te vas a hacer ese corte de pelo? ¿A quién querés conquistar? Te la querés dar de péndex y pronto vas a ser abuelo.

El reino de la cábalas

-¡Ayyyy...!

Grito, dolor, puñalada del destino. Doce menos cuarto del mediodía. Domingo 8 de junio, picado informal. Un cuerpo herido, con los músculos vapuleados, traba una pelota como tantas, sin riesgo aparente, y se desploma del pinchazo. El gemelo izquierdo de Passarella dijo basta, el diagnóstico era adivinable: desgarro. Madero y su padre llegan antes que nadie y lo remolcan hasta la enfermería. Serán los únicos testigos de un llanto lacerante y desalmado. El llanto del adiós...

El grupo lo sintió, pero absorbió el golpe con esa madurez que ya los sorprendía hasta a ellos mismos. Y contra Bulgaria ocurrió un episodio peculiar, casi gracioso, con Diego como protagonista estelar.

Estaban en el túnel del estadio Olímpico de México esperando la orden de los organizadores para salir. El Pelusa quedó al lado de Brown y desempolvó la suficiencia, algo extraño en él.

-Ya está, Tata. Ganamos.

-¿Cómo que ganamos, Diego? Si todavía no tocamos la pelota...

-Pero miralos, Tata. Con lo que hicimos recién se c... todos.

¿Qué habían hecho? Un poco de teatro, cierto ejercicio místico... Ya en el túnel se hablaron a los gritos, se dieron fuerzas, se golpearon los pechos y los brazos; algunos -por ejemplo, Maradona- se treparon a caballito de Brown, emitiendo sonidos guturales, más apropiados para un animal que para un ser humano... En fin, una pantomima de salvajismo que pareció apichonar a los búlgaros.

A juzgar por lo que sucedió después, algo hubo. Porque la Selección ganó 2-0 fácil, sin despeinarse, con un gol de Burruchaga, otro de Valdano y una sensación de superioridad pocas veces vista. Aseguró la clasificación para los octavos de final, le agregó más ladrillos a la pared de la confianza y se ganó otro vale para cenar en lo de Cremasco...

Las cábalas ya se contaban por cientos. Individuales, grupales, por dúos, con participación de periodistas, parientes o amigos. Cada día se sumaba una nueva.

La del Perisur cobró importancia. Tenían que darse una vuelta por el centro de compras pero, media hora antes del regreso a la concentración, uno o dos del plantel debían comer salchichas en el mismo boliche y someterse mansamente a la fotografía que los dueños les solicitaban. Nada tortuoso, si no fuera porque antes del flash había que colocarse un gorro que bien se podría definir como ridículo. Diego aprovechaba para aguijonearlo a Madero.

-¿Y, tordo? ¿No era que teníamos que cuidarnos en las comidas? Esas salchichas parecen palos de amasar.



Un testimonio fotográfico irrefutable de la famosa "mano de Dios". La cámara captó lo que el ojo humano no pudo advertir. Una picardía típica del potrero.



Ya está. La "mano de Dios" burló la salida de Shilton y la pelota viaja hacia la red. Fue el primero ante Inglaterra.



La rúbrica del gol más extraordinario del fútbol mundial. El toque final de Maradona, luego de una carrera de sesenta metros dejando rivales por el camino. Im-pre-sio-nan-te.


Gillett



La hazaña ante Inglaterra ya está consumada. Y Diego besa la camiseta del alma en un Azteca imponente.

-Sí, pero mirá si no las comemos y perdemos. Dejá, que una no le hace mal a nadie.

Otra es de Ripley. Andaban caminando por la galería y a Maradona se le ocurrió una maldad.

-¿Saben qué voy a hacer? Pienso llamar a esas dos chicas, así Bilardo nos ve y se calienta como loco.

-Pará, Diego, que se va a desquitar con los videos.

-No, che, es una joda.

Diego las llamó, las saludó y punto. Pero como el asunto marchó fenómeno, Bilardo lo convocó para charlar.

-Diego, te quería decir algo con respecto a esas chicas del shopping...

-Era una broma, Carlos, para que usted se enchinchara. No se chive.

-Está bien, pero... ¿Sabés qué? La próxima vez que vayamos saluden a otras dos, porque nos trajo suerte. ¿Me entendés?

La batalla rioplatense

Pintó Uruguay en los octavos. Un partido potenciado por la rivalidad rioplatense y, también, por los diferentes caminos que ambos habían transitado para llegar hasta allí.

Argentina sólida, segura, de menor a mayor, avalada por el talento de Maradona y por otro ramillete de individualidades que insinuaban un crecimiento firme y trascendente. Uruguay de casualidad, casi que por la ventana, penando en los números y en la envergadura futbolística.

Diego se encargó de desparramar su presagio.

-No hay que confiarse. Ellos tienen buenos jugadores, se van a matar para bajarnos. Tenemos que entrar metidos, muy concentrados.



Frente a los ingleses, Maradona tuvo tiempo para todo. Incluso para acomodar el banderín del córner... Fue un partido consagratorio. Para Diego y para Argentina.

Fue así. Y hasta se puso 1-0 cuando Pasculli aprovechó un error de Acevedo. Pero el trámite se oscureció con la aparición de una tormenta y con el ingreso de Rubén Paz, que casi deriva en el empate. Creció la garra charrúa, hubo sofocones, surgieron dudas inéditas en algunas líneas...

Pero igual se ganó. Sufriendo más de lo previsto, pero se ganó. Y en lo de Cremasco hubo galletitas surtidas: autocrítica, celebraciones, bromas, augurios.

Diego no se despojaba de las enredaderas del asombro.

-¿Saben lo que me dijo Bossio antes de empezar? "Jugá tranquilo, Diego, que a vos no te vamos a pegar" ¡Menos mal! Me c... a patadas, si los únicos que movían un poquito la bocha eran Francescoli y Ruben Paz. El resto lustraba tobillos que daba calambre.

Por cábala, la rutina de Galíndez era la misma. Y también el modo en que todos se revolcaban de la risa. Pero al rito se le había adosado un entretenimiento adicional.

A la noche, cuando tenían permitido ver televisión, les había causado mucha gracia la desmedida adjetivación de un periodista local sobre la mayoría de los equipos europeos. Para el peculiar cronista azteca, Dinamarca era un tren imparable, Francia un avión a chorro... Pero los supuestos fenómenos iban quedando en el camino y los muchachos, motorizados por el ingenio de Diego, gozaban de lo lindo...

-Parte el tren danés...

-Sale Air France...

-Ahí va Alitalia...

Reían, claro. Soñaban. Palpitaban la tersura de la gloria. Y entre todos armaron una frase, una arenga, un latiguillo irrenunciable.

-Fuimos los primeros en llegar a México, vamos a ser los últimos en irnos.

La mano de Dios

Insomnio. Excitación. La perfección asistiendo a la concreción de las cábalas. Ningún cabo suelto. Una fuerza interior que recorre las venas, que penetra en el alma, que amplifica el compromiso, que suelta los resortes del nacionalismo.

Inglaterra y los duendes de la historia futbolera, que hablan de Rattin y de la alfombra, de frustración e injusticias. Inglaterra y los fantasmas crueles de Malvinas, con su lastre insoslayable, lúgubre...

-¿Sabés una cosa, Pedrito? No puedo sacarme de la cabeza los pibes de Malvinas. Me imagino el partido y se me representan ellos. Quisiera ganar por ellos...

-A mí me pasa lo mismo. Anoche di mil vueltas en la cama, no podía dormir pensando en eso.

Diego y Pasculli compartían las sensaciones de la previa. Inconscientemente, ambos le transferían el compromiso bélico de cuatro años antes a los jugadores adversarios. En cada gambeta, en cada cruce de la mitad de la cancha, verían a un estandarte de ese nudo de amargura que les asfixiaba la garganta. Era

"¿Sabés una cosa, Pedrito? No puedo sacarme de la cabeza a los pibes de Malvinas, quisiera ganar por ellos", le comentó Maradona a Pasculli antes de jugar con Inglaterra.

En otro Inglaterra-Argentina, jugado en Wembley, Diego casi mete un gol igual al segundo del Azteca. Falló en el último toque, pero no tropezó dos veces con la misma piedra...

inetivable pensarlo de ese modo.

Clima tenso. Hooligans, barrabravas, hinchas honorables, la lupa del mundo, el peso de la historia.

Partido chivo en el Azteca. Duro desde el silbato inaugural. Pero con un Diego angelizado, como predestinado para aquel 22 de junio.

¿Sería por la jugada del minuto 51? Tal vez... Diego intenta una pared con Valdano, pero anticipa Fenwick y, cuando va a rechazar, le queda alta y prefiere pasarla atrás. Ahí va Diego, con la misma polenta con que lo contó en la cena...

-Yo intuía que se la pasaba a Shilton, pero mientras corría sabía que no llegaba. Me tiré con todo. Ni yo sé cómo hice para saltar tanto. Metí la cabeza y no alcanzó, pero la mano sí... Estuve medio gil, porque salí festejando con el puño cerrado. ¡Mirá si el árbitro se agarraba de eso y sospechaba! Por suerte, ni se enteró. Es más: Hoddle tampoco se dio cuenta, recién reaccionó cuando se lo dijo Fenwick.

Años después, con esa picardía ya elevada a la categoría de mito, Maradona enfrentó los micrófonos de la cadena inglesa BBC y no pudo reprimir la ironía: "Fue un gol totalmente legítimo por la sencilla razón de que lo convalidó el árbitro. Y yo no soy quién para dudar de la honestidad del árbitro."

Ese día también recordó la locura incontenible del festejo: "Cuando vi que el juez de línea y el árbitro encaraban para la mitad de la cancha enfilé para la platea en la que estaban mi viejo y mi suegro. Quería gritárselo a ellos. Mi viejo estaba con medio cuerpo afuera del palco, convencido de que lo había metido con la cabeza. Pero yo le mostraba el puño y le decía, por lo bajo, 'les robé la billetera a los ingleses, pa', les robé la billetera'. Que me disculpen los hinchas ingleses, pero para mí y para todos los argentinos ése fue un momento glorioso."

En la cancha, Diego se redimió rápido de ese pecado. Apenas cuatro minutos después. Recibió de Enrique en campo propio e inició un slalom de sesenta metros, fletando rivales como si fueran muñecos y definiendo tras la gambeta al arquero para señalar el gol más extraordinario de toda la historia del fútbol mundial, aquel que se le había negado, en una apilada semejante, en Wembley...

¿Cuándo fue eso? El 13 de mayo de 1981, durante una gira de la Selección por Europa. En aquella versión de Inglaterra-Argentina, Maradona bordó una jugada muy similar, pero con una decisión diferente en la puntada final. Esa tarde, el Diez optó por tocarla a un costado cuando le salió el arquero. La tocó a un costado y se fue a festejar, pero la pelota, traviesa e indomable, se fue pegadita a un palo. Un rato después, el Turco, uno de sus hermanos, que apenas tenía siete años, lo llamó por teléfono y le pegó un reto inolvidable.

-¡Tarado! No tendrías que haberla tocado, si el arquero ya estaba tirado en el piso. Le hubieras amagado.

-Qué piola sos vos, ¿eh? Es muy fácil decir lo que hay que hacer cuando lo estás mirando por televisión. El asunto es en la cancha, pibe...

-Pero no, Pelu, si vos le amagabas, enganchabas para afuera y definías con la derecha. ¿Me entendés?

Diego no sólo lo entendió, sino que lo recordó cinco años después.

El mundo pareció detenerse en ese instante sublime. Desde las tribunas descendían alaridos de admiración. Los fotógrafos, violando todas las normas de la FIFA, lo persiguieron durante el festejo, una suerte de media vuelta olímpica en la que Diego ofrendaba su obra a una concurrencia extasiada, atónita, hipnotizada, sabedora de que había sido testigo de un episodio irrepetible, de la entronización del nuevo Rey del Fútbol Mundial.

Hubo lágrimas. Mares de lágrimas. En el banco argentino, en las tribunas, en los ojos de circunspectos periodistas que jamás se habían derretido por la emoción...

En la cena lo contó como mil veces, tantas como las que el Negro Enrique repitió su chiste: "¡Qué pase, papá! Te dejé solo...".

En la cena lo contó mil veces, como una jugada más, con la misma pasión con que hubiera recordado un gol de los Cebollitas, una apilada en la canchita de Boyacá, un jugadón en la Bombonera...

-¿Qué pensé en ese momento? En nada, sólo en definir la jugada. Al principio me parecía mejor descargarla para Valdano, que me había acompañado cortinando rivales. Pero al final me la jugué solo... Qué lindo, por favor...

Afuera Inglaterra, pese al descuento de Lineker. "Parte el torpedo inglés", se escuchó por ahí. Era el turno de Bélgica, la última valla para saltar hasta la final.



Diego y los cordones, un clásico de cada entrenamiento. Como siempre, el Diez trotó con ellos desatados y después, con el correr de la práctica, se los anudó.

La gloria

Cayó en un día emblemático: 25 de junio, aniversario de aquella conquista de 1978. Los belgas llegaban sin presiones, con poco para perder. Argentina encarnaba la antítesis, pero con un sustento adicional: la silueta bien definida de un equipo tan sólido como lujoso.

Maradona se sintió incómodo en la previa. Notaba demasiada seguridad, un exceso de fortaleza en todo el grupo. Y a él nunca le gustó el clima de suficiencia. Siempre prefirió encarar los partidos con una alta valoración de cualquier rival, como para garantizarse el acelerador a fondo

Los dos "maragolazos" ante Bélgica. Arriba, el primero. Un toque sutil con la cara externa del obediente botín zurdo. Abajo, el segundo. Otra apilada terrorífica -aunque con menos recorrido que el gol ante Inglaterra- que el Diez culminó con un remate cruzado, casi girando sobre sí mismo, que le hizo perder la vertical. Fue la última gran joya de Maradona en el certamen. Dos golazos tremendos, dignos de un genio, apenas opacados por aquella obra maestra ante los ingleses.





No fue penal. Diego vio que Schumacher llegaba primero y voló para ver si se lo cobraban. La final ya estaba 3-2 y por ahí tenía la chance de hacer su golcito, pero...



El llanto de Bilardo, el abrazo cálido de Diego, la locura del resto. Argentina era campeón del mundo. Contra todo y contra todos. El grupo lo celebró sin rencor.

en cada jugada, como para evitar que la displicencia le jugara una mala pasada. Por eso se la pasó bajando línea a cada rato.

-Vamos a salir bien enchufados, ¿eh? Miren que estos belgas no son ningunos giles. Por algo llegaron hasta las semifinales. Tenemos que comerles el hígado desde el primer minuto. Si creemos que ya les ganamos, éstos te la mandan a guardar.

Difícil el comienzo. Argentina deja constancia de su superioridad potencial, pero no encuentra circuitos fluidos de tres cuartos en adelante. No acierta el último pase, no genera situaciones de acuerdo a los porcentajes de posesión de pelota.

Hasta que aparece un concierto inolvidable de Diego para engalanar el complemento. Dos goles de extraterrestre, brillo, glamour.

El primero fue un toque billarístico, con la cara externa del botín zurdo, ingresando en diagonal de izquierda a derecha. El segundo resultó una delicia individual, eludiendo rivales por el medio y definiendo ante la salida del arquero en el punto del penal. Un golazo que, de no haber existido el segundo ante Inglaterra, probablemente hubiera sido considerado como el mejor del torneo.

El 2-0 significó el pasaporte para la final, aunque el Narigón renegara contra los que se le acercaban para felicitarlo.

-No, salí de acá... No quiero festejar ni que me feliciten, eso sería darse por satisfecho. Ahora quiero el título...

La gloria total

¿Los días previos a la final? Como si nada... Comieron un asadito, se entrenaron fuerte, descansaron bien, soñaron con Briegel y con Matthäus, escucharon la voz del monarca en la penúltima reunión...

-Hicimos mucho, pero no va a servir de nada si no ganamos. El segundo puesto no existe. Pensemos en todo, muchachos: en nuestra familia, en los amigos, en los que están esperando que nos vaya mal para crucificarnos.

Por la cabeza de Diego también revoloteaba una idea. Antes de que empezara el torneo, don Diego le dio su vaticinio: "¿Sabés qué equipo veo para campeón? Alemania. Son buenos los gringos, tienen juego y sangre, como a mí me gusta."

"Alemania", dijo don Diego. Y Alemania era el rival de la final. Cabulero como era, al nuevo rey del fútbol le olía mal. Lo único que faltaba era que su viejo tuviera razón...

La charla técnica no fue abrumadora. Bilardo dijo lo básico: cómo tomar a Rummenigge, qué movimientos colectivos podrían propiciarle espacios a Diego, las marcas en las pelotas detenidas y poco más.

A Maradona lo iba a marcar el jugador que más respeto le inspiraba: Lothar Matthäus.

-No es un stopper común y corriente. Por lo general los que hacen hombre a hombre son tipos torpes, fáciles de engañar. Pero éste no. Éste sabe jugar como pocos. Anticipa, corta y con el mismo toque apoya a un compañero.

Camino a la cancha, mientras esperaban para entrar, hicieron las payasadas habituales. Todo el circo de los gritos envalentonados y los golpes en el pecho, que tantos resultados había dado en ocasiones anteriores. Pero los alemanes permanecieron gélidos, impávidos. Maradona volvió a hablarle por lo bajo al Tata.

-Con éstos no hay caso. Éstos son tanques, no se asustan de nada.

El Azteca lucía hostil para los argentinos. Nada de unidad latinoamericana: los mexicanos -mayoría en-

Antes de la final, Diego tenía una preocupación: previo al Mundial, su padre había pronosticado que el campeón sería Alemania...



La locura siguió en el balcón de la Casa Rosada. La gente, loca de la vida, copó la Plaza de Mayo para aclamarlos.

tre los 120.000 espectadores- estaban a muerte con Alemania.

La complejidad del entorno no enturbió el desarrollo. Argentina y la pelota. Argentina y el fútbol. Argentina y el gol del Tata Brown, cabeceando a la red un tiro libre de Burruchaga que vulneró los sentidos del arquero Schumacher.

A Diego lo encimó Matthäus primero, Förster después. Pero a genio maniatado, talento suelto. Y Burru se agenció de la batuta. Cuando Valdano clavó el segundo de contraataque, a los 11 del complemento, los muchachos enloquecieron con el festejo. Todos. Sin excepción. Perdón: con una excepción. Bilardo, desde el costado, se desgañitaba gritándole a Diego, hasta que lo escuchó.

-Dejate de joder y tirate al medio, que todavía falta mucho...

Ni que hubiera sabido... Relajamiento, reacción alemana agobio argentino, cabezazo de Rummenigge, frentazo de Vöeller y 2-2 a nueve del final, con el Azteca hirviendo...

Maradona tomó la pelota y casi la revienta cuando la apoyó en el círculo para reanudar. Volaba de la calentura. Lo miró a Burru y le dijo un par de palabras...

-Dale que están muertos, ya no pueden correr. Vamos a mover la pelotita que los liquidamos antes del alargue...

Era cierto. Los alemanes sentían el esfuerzo. Estaban sofocados. Sobre todo Briegel, que ya no daba más. Sus piernas parecían dos garrotes. Y a seis del final, Diego metió un estiletazo letal, Burru corrió apareado a Briegel, la tocó justa ante la salida de Schumacher y...

"No creo que lo mío sea para tanto. Yo apenas gané un Mundial."

Cuando le puso el pase, Diego imaginó el gol. "¡Gol, es gol!", pensaba mientras Burru corría y corría. Y explotó como un pibe. Loco. Desbocado. Feliz. Miró hacia arriba, hacia la platea donde estaba don Diego, su suegro, su cuñado. Levantó el puño, sonrió, sacó los últimos conejos...

Ya estaba, ya estaba. ¿Qué podía pasar en los seis minutos siguientes, si los alemanes arrastraban el alma por el césped? Pero Bilardo no quería más sorpresas. Si ni siquiera festejó el gol de Burru, preocupado como estaba en alertar a Diego y a Valdano.

-¡Basta, viejo! ¡Déjense de joder! ¡Vayan a marcar!

Con el silbato póstumo le nació una descarga. Despotricó, quería dedicarle la consagración a todo el estadio, a los mexicamos que habían celebrado el empate alemán como propio. Pero se frenó y empezó el festejo genuino. Por la consagración argentina, por su propia estrella...

Después vino la locura, la vuelta caótica, el delirio del vestuario, la dedicatoria para "los panqueques", para aquellos que se dieron vuelta a la hora de compartir la miel.

En medio del más controlado de los descontroles, Maradona buscó a Bilardo, al hombre que un día se había jugado por él para ungirlo capitán, para proclamarlo titular inamovible, contra todo y pese a todo.

-Vamos, Carlos, descárguese, diga lo que siente, no se quede con nada adentro, que ya sufrió demasiado...

-Dejá... Esto lo quería desde hace mucho y no es contra nadie, es para todos. ¿Sabés qué? Estoy pensando en una sola persona, en Zubeldía...

Mientras Bilardo se acordaba de su maestro, Maradona quedó encandilado por la postal tibia del vestuario: el piso de césped sintético, los armarios y los bancos blancos, el sol que se filtraba por la ventana y aquella imagen de la Virgen de Luján que no dejaba de besar, al igual que Galíndez.

En el predio del América hubo una ceremonia íntima, casi litúrgica. Se juntaron todos, se abrazaron fuerte, y dieron la vuelta olímpica en esa canchita en la que se habían entrenado durante dos meses, ahí donde se asustaron con los primeros ahogos, donde se esfumó la ilusión de Passarella, donde crecieron otras...

En el avión del regreso no durmió nadie. Fue un vuelo a pura fiesta. Ni el doctor Storani, enviado especialmente en representación del presidente Raúl Alfonsín, pudo pegar un ojo. Cuando veían que cabeceaba, los muchachos se le acercaban y le cantaban la Marcha Peronista.

No había límite para la fiesta, verdaderamente. Valía todo.

Maradona y Pasculli, por ejemplo, inauguraron un latiguillo. Cada vez que se cruzaban -y se cruzaron como mil-, se decían: "¿Qué hacés, guacho campeón del mundo?". Y se desvanecían a carcajadas.

La penúltima postal fue en el balcón de la Casa Rosada. El equipo y la gente. Diego y la gloria.

-Me sentí presidente -bromeó.

Fue una aproximación, apenas. El mandato que había comenzado no era tan perecedero. Era un reinado eterno, aunque Diego lo minimizara.

-No creo que sea para tanto. Yo apenas gané un Mundial. ■

CAPÍTULO 8

EL DESPOJO



Las lágrimas de Maradona, con la insulsa medalla de plata colgando de su cuello. Sintió que le arrancaron el alma.

Dios mío, qué pequeños somos frente a tanto dolor...

El frío de diciembre amorataba la piel. Intimidaba. Los aprestos navideños apenas si alcanzaban para entibiar las callecitas serpenteantes de Cagliari, hasta donde habían llegado Maradona y los integrantes de la Selección, convocados por el último amistoso de 1989. Un insulso empate en cero con Italia.

El grupo y Diego se reencontraban tras el sinsabor de la Copa América. Los históricos, los nuevos, los miti y miti, todos... Y en esa recorrida por el Hospital Regional Microcisténico se sintieron más humanos. Más juntos. Allí, ante sus ojos incrédulos, permanecían internados 40 niños enfermos de cáncer y leucemia. Y otro centenar se atendía de diferentes afecciones extremas.

Días antes, Gianni Sernagiotto, uno de los responsables del instituto, había charlado largamente con el doctor Raúl Madero. "Necesitamos que las autoridades sanitarias se sensibilicen frente a este problema dramático. Nosotros hacemos mucho, pero podríamos hacer más si nos respaldaran."

El médico de la Selección le propuso una visita del plantel para reconfortar a los chicos y, de paso, canalizar la explosión mediática. Y fueron, nomás.

Diego ya palpitaba el service general que se haría en el instituto romano del profesor Antonio Dal Monte, igual que en la etapa previa al Mundial mexicano. Y hasta se había sacudido el malestar por ciertas vacilaciones en el sorteo de Italia 90.

-No es que sea busca roña, viejo, pero yo quiero que me expliquen bien clarito. Antes del sorteo dijeron que para evitar que Colombia y Uruguay cayeran en las zonas de Argentina y Brasil, que son cabezas de serie, el primer europeo le tocaba a Argentina y el primer sudamericano a Italia. ¿Me siguen? Bueno, salió Checoslovaquia y, en vez de caer con nosotros, terminó con los tanos. Y a Argentina le enchufaron a la Unión Soviética. Me gustaría que me expliquen...

Esas cavilaciones se archivaron no bien bajó del micro. Primero se entretuvo con los pibes que llegaban para cumplimentar sus tratamientos de quimioterapia.

Y después fue al quinto piso, donde permanecían internados los chiquitos para quienes la vida era una llamita débil, azotada por un ventarrón inevitable. Imposible excarcelar palabra después de la visita, pero Diego pudo, apenas...

-Dios mío, qué pequeños somos frente a tanto dolor...

Y, sin querer, usó un puñado de palabras que tendrían demasiada relación con lo que les esperaba en Italia 90: Dios, dolor...

Mala pata

-Tordo, hagamos algo, a ver si todavía me pierdo el Mundial.

Danger. Maradona dolorido, angustiado, al borde de un ataque de nervios. Madero no le dijo ni "a". ¿Para qué?

A una semana del debut contra Camerún, en la concentración de Trigoria no se hablaba de otra cosa que no fuera del dedo gordo del pie derecho de Maradona.

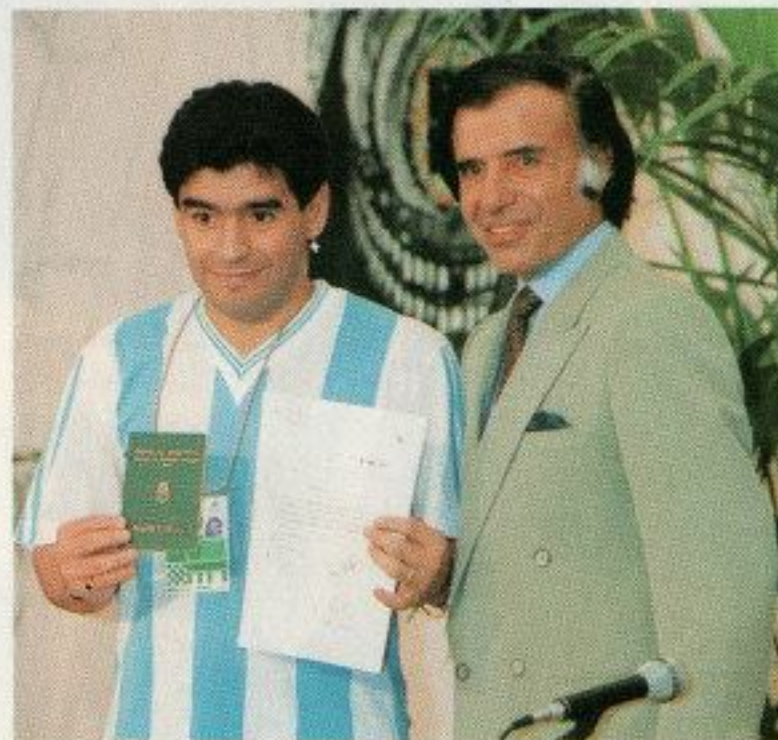
A una semana del debut con Camerún, al Pelusa ya no le hacía la más mínima gracia que le susurraran alguna cargada del tipo, "qué rica empanada tenés ahí".

A una semana del debut con Camerún, los ánimos no admitían bromas ligeras y las trasnoches de Bilardo eran un agudo martirio, tanto que durante el día se la pasaba bostezando.

-¿Y qué querés, si con este asunto de Diego no puedo dormir?

El asunto de Diego era tan sencillo como dramático: abuso de pisotones, producto de una temporada europea durísima y del malambo que le bailaron los israelíes en el último amistoso premundial.

-Estoy desesperado, tordo. Nada me calma el dolor de la uña, no puedo entrenarme como quiero... El invento del botín más grande no sirve pa-



Antes del debut con Camerún, el presidente Carlos Menem lo designó embajador deportivo itinerante. Un honor que Maradona aceptó con gran emoción.

Una muestra de la delicadeza con que los cameruneses marcaron a Maradona. Fue una cacería.



ra nada, me duele igual, me mata...**

Al otro día hubo una nueva erupción volcánica. Quince minutos de fútbol, apenas. Un par de buenos encuentros con Burruchaga, un golazo para gastar al Goyco y la salida en medias, con los botines en la mano y un grito pelado en la punta de la lengua, para aventar el nubarrón de periodistas...

-¡No se arrimen! ¡Por favor, no me toquen! ¡Si alguno me roza un pie, los mato! ¡Hago un desastre!

La tarde siguiente se sostuvo diez minutos en el campo. Apenas diez. Quiso quedarse más, pero el cuero no le daba. Le dolía como si le clavaran una aguja.

-Lo mejor es probar con una férula -sugirieron. Y probaron. En la clínica de Dal Monte, junto a su preparador Fernando Signorini, se calzó la dichosa férula en el dedo.

Era un caparazón de fibra de carbono -material duro y liviano, generalmente empleado en aeronáutica- de unos seis centímetros en la parte superior. La región inferior presentó un inconveniente en la práctica contra los pibes de Renato Cesarini: se movió levemente, provocando una molestia.

-No te preocupes, Diego. Para el debut le vamos a poner un material plástico buenísimo. Después de cinco minutos de fricción se adhiere automáticamente a la piel. No vas a tener problemas.

-Crucemos los dedos. Los de la mano, digo...

La levadura del humor fue crucial en la recta final. Amainó el dolor y creció el micromundo que a Diego le hacía feliz: compartir largas charlas en la pieza con el Checho Batista, escuchar el casete de lambada que le había regalado su amigo Careca, encender el motor de las dos Ferrari que le permitieron estacionar en las entrañas de Trigoria, degustar los asados de don Diego y el Coco...

No demasiado, pero suficiente para olvidar la exclusión dolorosa de Jorge Valdano en la lista definitiva de veintidós -"Crucé el océano y me ahogué en la orilla"- y un pronóstico cada vez más certero: Claudio Caniggia no arrancaría el Mundial como titular.

El jueves 7 viajaron a Milán. Todo un desafío para el muchacho que encarnaba al superhéroe del Sur. Un Sur pobre de bolsillo, pero millonario de fútbol.

-¿Qué me pueden hacer, Checho? Más que putearme...

En la sala de conferencias lo aguardaba el presidente de la Nación, Carlos Saúl Menem, para entregarle el pasaporte que lo acreditaba como embajador deportivo itinerante.

Fue como iría a todos los actos durante el desarrollo del Mundial: enfundado en la camiseta argentina número diez. Orgulloso de lucirla a cualquier hora, en cualquier parte, en cualquier circunstancia.

-Diego, ¿ahora hay que decirte "su excelencia"?

-No, si yo siempre fui el mismo. Sigo siendo Diego, nomás.

El mazazo

Maradona presintió la tragedia.

Media hora antes del partido, mientras el público disfrutaba la magnífica ceremonia inaugural, percibió un silencio mortuorio dentro de la bóveda de lujo que era el vestuario del Giuseppe Meazza.



El gesto de Diego lo dice todo. El agua calma el esfuerzo y se transforma en desahogo tras una ajustada clasificación. Rumania había sido un hueso duro.

Apenas se escuchaban los paso[s] de Tito Benrós, atareado con los pe[-]sados quehaceres de la utilería. Frunció el ceño, preocupado, y reco[-]rrió los rostros para preocuparse aú[n] más. Estaban pálidos, congelados, impasibles, como agobiados por e[l] miedo escénico. Entonces gritó des[de] las vísceras, desde su espíritu d[e] capitán incandescente.

-¡Vamos, arribaaa...! ¡Vamos, carajo! Que esto es un Mundial y nosotro[s] somos los campeones del mundo...

Tenue efecto. Casi imperceptible.

Ya en la cancha, cuando la hosti[-]lidad milanista era un abucheo dens[o] e hiriente, recurrió a los mismos gri[-]tos, a los ojos inyectados, al puñ[o] enarbolado, a la voz estentórea par[a] cantar el Himno...

No hubo caso. Camerún fue u[n] verdadero león indomable. Una fier[a] vitaminizada por el aliento de los ita[-]lianos. Diego estuvo, dijo present[e,] plantó bandera. Pero Massing lo tri[-]turó con las patadas que el árbitr[o] Vautrot sólo castigó rigurosament[e] en el complemento.

La esperanza de resurreción flo[-]reció tras la expulsión de Kana Biyi[k,] pero se esfumó cuando Omán Biyi[k] saltó con soltura y embocó ese cabe[-]zazo que se escurrió entre los dedo[s] de Pumpido.

Ahí se derrumbaron todos. Has[-]ta el propio Diego, que no podí[a] creerlo. Se le estrujaba el alma d[e] sólo pensar que perderían ese part[i-]do, ante ese rival, de ese modo, e[n] esa ciudad, en ese Mundial. Y lo pe[r-]dieron, nomás.

Pasó rápidamente por el contr[ol] antidoping y fue a poner la mejilla e[n] la conferencia de prensa. Con la fre[nte]

El tobillo izquierdo y el dedo gordo del pie derecho eran un martirio para Diego, que no podía entrenarse a la par de sus compañeros y sólo se calmaba con las infiltraciones.

e alta y la camiseta argentina arropándole el pecho. Se permitió una ironía, incluso.

-El único placer de esta tarde fue descubrir que, gracias a mí, los italianos de Milán dejaron de ser racistas. Al fin toleraron a los africanos.

Los compañeros vestían el luto en el micro que los trasladaría al aeropuerto. No dijeron ni una palabra. Y el martirio se completó con un inconveniente de cabotaje.

El avión de Alitalia no podía salir en hora porque antes debían partir dos jets privados con los mandatarios invitados especialmente para el encuentro inaugural. El colmo de los colmos, aunque la jugada no salió del todo mal...

En el aeropuerto también estaban Claudia y las nenas, dispuestas a abordar un vuelo directo a Nápoles, donde se refugiarían en su hogar a la espera de lo que se venía.

Maradona compartió con ellas veinte minutos a solas, cargó las baterías, prometió una revancha, reactivó la motivación... Y cuando se reencontró con el grupo era otro, era el Diego de siempre, el reivindicador que sacaría a aquel barco aguas afuera.

La resurreción comenzó esa misma noche. Llegaron a Trigoria a la hora de las brujas. Cansados, heridos, moribundos...

La cena terminó a las tres de la mañana y el postre fue un desahogo compartido: una sábana para cubrirse la cara hasta el otro día.

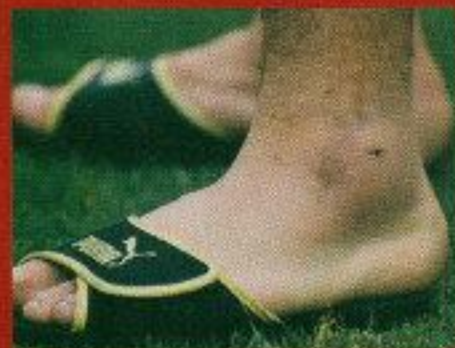
¡Qué día, señor! Charlas grupales, mea culpas individuales, crueles autocríticas...

Bilardo fue conciso.

-Muchachos, en el fútbol pueden ocurrir muchas cosas: un triunfo de suerte, una derrota injusta. Pero es inaceptable que hayamos perdido así, entregando el partido, cometiendo todos los errores posibles, sin cumplir nada



Unión Soviética fue una estación difícil. Duraba el coletazo anímico de Camerún y la angustia por la lesión de Pumpido.





El tobillo izquierdo fue un martirio permanente, sólo atenuado por las infiltraciones previas a los partidos. El dedo gordo del pie derecho no se quedó atrás. Diego probó de todo, pero no hubo vuelta que darle: dolía cada vez más...



El toquecito sutil e inesperado de Maradona no prospera. Las manos del arquero rumano obstruyen el camino hacia la red.



El partido es historia y Diego festeja la victoria, a punto de envasarse en una camiseta brasileña.

de lo que hablamos durante tanto tiempo... Así no se puede aceptar.

Sintieron el mazazo. ¡Cómo no sentirlo! Y se largaron a hablar. Más vehementes unos, tibiamente otros, de alguna forma todos...

A la tarde había un hueco reservado para la prensa. Aparecieron Ruggeri y Burruchaga, también Balbo y Sensini, más atrás el Pepe Basualdo y una confesión sincera y descarnada...

-Me pesó el debut. Ni siquiera podía hacer un pase de dos metros. Duele decirlo, pero es la verdad.

El domingo practicaron a puertas cerradas y el lunes abrieron la boca para devorar el impresionante asado preparado por Coco Villafañe y don Diego.

-Tenemos para unos cuantos más, porque del frigorífico Yaguané, allá en González Catán, mandaron como 1.250 kilos de carne. Materia prima no nos va a faltar.

Era la ruta de la resurrección, aunque abundaban los escollos. Se contaban chistes huérfanos de risas, faltaba ánimo para celebrar las bromas del Tata y del profe Echevarría, acechaba la presión del partido con los rusos. Y encima pululaban los allegados sabihondos.

-Pensar que Havelange se la había cantado a Grondona.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que un día lo agarró y le dijo: "Mirá, Julio, yo tengo 74 años y cinco mundiales, así que te hablo con conocimiento de causa. No repitas el entrenador, por más exitoso que sea. Siempre hay que oxigenar a los equipos..." La tenía clara, Joao.

Diego le agradeció a Dios que el partido fuera en Nápoles. Confiaba en la lealtad de su gente, de su pueblo, de esos tipos pasionales y queribles que le hacían la vida posible, e imposible también.

-Bueno, llegamos a casa -dijo n

"Si mañana vienen todos los napolitanos a alentarme, me verán feliz. Pero ya me lo han dado todo, no tengo derecho a exigirles nada", dijo Maradona al llegar a Nápoles.

bien cruzaron el cartel de bienvenida, con ese extraño look que le imprimía la vinchita rosa y negra sobre el pelo bien cortado, y la cruz dorada pendiendo de una oreja.

Ninguna duda: estaban en Nápoles. El tránsito fatigoso, el coro de bocinazos, un "iDie-có!" por acá, un "iAr-yen-tina!" por allá, el desembarco caótico en el San Paolo, la efervescencia general, el sentimentalismo de las palabras de Maradona después del reconocimiento.

-Si mañana vienen todos los napolitanos a alentarme, a gritar por mi Argentina, me verán realmente feliz. Pero quiero decirles que ya me han dado todo, no tengo derecho a exigirles nada de nada.

Cenizas del paraíso

Del infierno milanés al paraíso napolitano. El San Paolo de fiesta para agasajar a su hijo adoptivo, al gladiador que peleó y conquistó dos scudettos en cuatro años, provocando un estallido inédito en la historia. Nápoles y su equipo eran súbditos congratulados e incondicionales del reino de Maradona. Amaban todo lo que Diego amaba. Y eso incluía a Argentina.

Entonces no extrañó el gesto cariñoso, el respaldo amplio para un equipo que se jugaba el pellejo contra los rusos y que remontaría el barrilete rústico de una fractura...

Doce minutos. La pelota en profundidad para Shalimov, el cierre desesperado del Vasco Olarticoechea, la salida urgida de Pumpido, el choque inevitable, el grito, la pierna que flamea, el dolor inconsolable, el peor de los presagios, la dureza de la confirmación...

Afuera Nery, con la tibia y el peroné derechos doblegados por el encontronazo con el Vasco. Adentro otro Vasco, Sergio Javier Goycochea, iluminado por el aura de una estrella, aunque eso se sabría con el paso del tiempo.

Diego ya creía en una maldición. No había modo de sacárselo de la cabeza.

-¿Será posible? Mis dedos, Camerún, lo de Nery...

Pumpido lo supo varias horas después, pero en el trayecto entre el San Paolo y la Clínica del Sol -unos quince minutos-, Pedrito Troglio hizo el primero, Maradona salvó un gol con la mano sin que el árbitro lo advirtiera -"Fue la otra mano de Dios"- y el equipo pareció más sereno y aplomado.

Un rato después, Burruchaga aseguró el resultado cuando el doctor Ugalde supervisaba la reducción de la fractura.

-¿Cómo salieron los muchachos?

-Ganamos, Nery, quedate tranquilo que ganamos.

El Tata Brown y su señora lo cuidaron toda la noche al pie de la cama, igual que el doctor Madero. Y los compañeros fueron cayendo después del mediodía, atajados por la ocurrencia del Tata, una suerte de "inflador psicológico" del grupo tras su desafectación.

-Lo logré, muchachos. Me costó una barbaridad, pero lo logré. Al final no lo sacrifican... Los tanos ya tenían el bufoso en la mano para matarlo, pero lo discutí a muerte y gané. Y claro, cuando los tipos se enteraron de que había un "Camello" -apodo de Nery dentro del grupo- con la pata quebrada, lo querían pasar a mejor vida, como si fuera un caballo...

El tránsito hacia Rumania resultó tan pesado como el clima de Nápoles. No era novedad que Diego estaba en inferioridad física, pero sí que empeoraba cada minuto. Acelerada, desesperadamente.

Parecía una confabulación del destino. Cuando amagaba un repunte, sucedía un infortunio. Como en el entrenamiento previo al partido, cuando volvió a golpearse la rodilla izquierda.

Maltrecho, perforado por los dolores. Así llegaba Diego, así naufragó durante un primer tiempo signado por la hibridez de un equipo que no definía su identidad.

Dicen que hubo un pequeño incidente en el entretiempo. A alguien se le ocurrió sacarlo. Por su bien, pensando en prevenir un mal mayor, pero se le ocurrió sacarlo...

-Carlos, lo mejor es reemplazarlo. La rodilla no está bien y ahora sumó otro golpe tremendo en el tobillo izquierdo. Si sigue, corremos el riesgo de perderlo para el resto del Mundial. Y eso no sería prudente.

A la distancia, Diego escuchó la charla a media voz entre el técnico y el médico. Y saltó como si estuviera sano.

-¡¿Qué?! Ni muerto me sacan de la cancha. Yo sigo. ¿Entendieron? ¡Si-go!

Siguió. Y ejecutó el córner que Monzón cabeceó al gol. Era la diferencia mínima que colmaba la ambición máxima. Primeros en el grupo, después del terremoto Camerún. Pero el espejismo duró menos que un suspiro.

Dos cabezazos en el área, incluyendo el certero de Balint, y el empate insolente que obligaba a hacer las cuentas como cuando estaban en la escuela. Adentro, sí, pero por la ventana, como mejor tercero. A jugarse la vida en Turín contra los brasileños, después de tan decepcionante labor.

-Estoy que exploto, tengo una bronca bárbara. Mejor no hablo, porque va a ser peor -alcanzó a decirle Maradona al profe Echevarría, antes de sentarse en el cordón interno del playón del San Paolo don-



Un instante inmortal de la historia argentina en los mundiales. La puñalada quirúrgica con la que Diego habilita a Caniggia para que convierta el gol a Brasil.

de lo aguardaba, alborotada e impaciente, el núcleo de su familia, tan angustiada como él.

Serio. Callado. Con cara de malo. Sin declararle ni una palabra a la prensa, porque, si algo caracteriza a Diego, eso es la sinceridad. Y ser sincero, bajo esas circunstancias, equivalía a arrasar con la autoestima de los compañeros. Mejor archivar la lengua, entonces. Y juntar fuerzas para lo que se venía...

Samba de mi esperanza

Brasil, nomás. El peor rival para el peor momento. Repasemos: un equipo que no daba pie con bola, otro pie -el de Diego- completamente a la miseria, el adiós obligado a la calidez de Nápoles, la agresividad probable de Turín... Todo mal, aunque había gente que tenía fe.

Maradona, por ejemplo.

-Yo creo en Dios y en los milagros. Y un milagro es lo que necesitamos para salir de esta situación y ganarles a los brasileños.

Bilardo, por ejemplo.

-Escúcheme, ¿usted es el encargado de cuidar la puerta, no?

-Sí.

-Bueno, hágame caso: desde mañana acá no pasa nadie. Ni los periodistas, ni los allegados, ni los familiares, ni nadie. Y si aparece el Papa, tampoco pasa. Necesito a los muchachos enchufados porque se viene una brava. Si alguno le pregunta por ellos, usted dígale que están muertos. Se murieron ayer y por ahí resucitan después del partido.

Clima nuboso, el interno. Pariente directo de la inseguridad.

Checho Batista se imaginaba out por bajo rendimiento, el Tata Brown y su alegría indispensable se veían viajando rumbo a Buenos Aires acompañando la convalecencia de Nery Pumpido, Diego que se sometía a la dictadura voluntaria de sus propios horarios...

Lógico: el tobillo lo había transformado en un ser todavía más peculiar. Entonces debían dejarlo dominar su batuta personal según los embates del instinto.

El pie desahuciado era comidilla de todos.

-Salí descalzo, así ven que no mentís -le propuso Signorini.

Diego lo creyó apropiado. En la mayoría de los diarios blasfemaban su orgullo escribiendo que la lesión era un invento ventajero, que lo único que buscaba era distraer o despertar compasión.

Lo hizo de guapo, nomás. Sabía que los ojos de la muchedumbre -y más que nadie las cámaras de la televisión brasileña- apuntarían en primer plano a ese tobillo deforme y maquillado. Caminó como pudo hasta un costado de la cancha, donde se entrenaba el resto del plantel. Y cuando sus compañeros se marcharon hacia el vestuario, tomó una pelota e hizo jueguito sin usar la pierna izquierda, casi nada la derecha, más bien los hombros y la cabeza.

-¿Así vas a jugar contra Brasil, Diego?

-Así o enyesado, pero juego seguro.

Charló un rato con los periodistas de todo el mundo, acaso para enviar algún mensaje.

-Se ha llegado al límite de la mala educación.

-¿Por qué lo decís?

-Porque dudan de mi lesión o prefieren hablar horas enteras de la pelota que me rebotó en la mano contra los rusos en vez de decir que en el Mundial del Fair Play nos están desarmando a patadas... Ojo, nosotros tenemos que mejorar para ser el equipo que queremos. Yo no como vidrio: todavía no justificamos por qué estamos en Italia. Pero nos están asesinando a golpes.

La canchereó lindo durante el reconocimiento al estadio Delle Alpi. Jueguito para las fotos, dale y dale con la derecha y un par de zurdazos que le punzaron el alma, aunque haya optado por el disfraz de la sonrisa. Estaba decidido: jugaría infiltrado hasta los huesos. Algo imaginable, aunque ni siquiera se preocupó en ocultarlo.

La noche anterior habló por teléfono con el brasileño Careca -su compañero en el Napoli, su rival de la tarde siguiente- y se lo dijo sin rodeos.

-Mañana me infiltro hasta el alma, Antonio. No tengo alternativa. De entrada te voy a saludar como lo que sos, como un amigo, pero después te juego a muerte, ¿eh?

-Listo, Diego, es lógico. Descansá, ponete bien.

Los jugadores desconocían el dato, pero salieron a la cancha con



"¡Gracias, monstruo, me salvaste!", le dijo Diego a Goycochea antes de abrazarlo. El Vasco fue clave en la serie de penales ante Yugoslavia. Amanecía su hazaña.

"Desde mañana, acá no entra nadie. Ni periodistas, ni familiares, ni nada. Y si aparece el Papa, tampoco pasa", le ordenó Bilardo al guardia de Trigoria en la previa de Brasil.

treinta pasajes reservados en Iberia para el tramo Madrid-Buenos Aires del martes 26, dos días después. O sea: estaban condenados de antemano por sus propios dirigentes.

Un parto. Eso fueron los primeros 55 minutos. Bombardeo constante de los brasileños, tres pelotas en los palos, salvadas impresionantes de Goyco, sofocones, desmembramiento colectivo, muchas ganas, cero fútbol, pero la esperanza latente en el hombre de los tres tobillos: el derecho y los dos que se amontonaban en la pierna izquierda.

El dios terrenal forjó su obra maestra a los 79 minutos. Contraataque mágico, velocidad de relámpago, el pase exacto y la gambeta larga de Caniggia para desparramar a Taffarel y dormirla en la red.

Un golazo celestial. Indescontable, porque Argentina floreció con la ventaja, calibró los tiempos, jugueteó con los nervios y dio el gran golpe. El golpe por el que nadie daba ni un centavo.

El pitazo final recrudeció las injurias del público. Diego se arrodilló en la mitad de la cancha, juntó las manos, miró al cielo pronunciando una plegaria, agradeció...

Después corrió montado en su grandeza y alcanzó a Careca, que marchaba con los ojos sepultados en el césped. Lo abrazó, le gritó: "¡Sos el mejor!" y, antes de irse con los brazos en alto, se enfrascó en la camiseta de Renato.

En la conferencia de prensa se hizo el pícaro.

-Fue tanta la alegría en el vestuario que me olvidé de los dolores; al tobillo ni lo siento, es como si no tuviera nada... Ahora sí, ahora creo que estamos para retener el título. Si bajamos a este equipazo, somos capaces de todo.

En el micro le reservaron el lugar de siempre: primera fila, a la derecha. Y fue él, justamente, quien inició



El fusilamiento de los fotógrafos es apenas un símbolo de lo que significaba Maradona. Cada uno de sus movimientos era registrado con el máximo de detalle, generando una presión que Diego absorbía sin transferir un solo gramo de responsabilidad a sus compañeros.



Otra pincelada magistral del genio. Los yugoslavos, burlados por un nuevo amague de Maradona, parecen moverse a contramano de la jugada. Y así era, nomás. Sin estar en su plenitud física, el Diez era un imán insoslayable para todos sus adversarios.



Un momento dramático para Maradona. El arquero Ivkovik le ataja el penal en la definición, tal como lo había hecho un tiempo atrás cuando ambos estuvieron frente a frente en una instancia similar, pero por la Copa UEFA. Por suerte, luego apareció Goycochea.

"Me disgusta que ahora les pidan a los napolitanos que sean italianos y alienten a la selección, porque Nápoles siempre fue marginada y condenada al racismo más injusto."

el coro que enloquecía en la parte de "porque en Roma, la vuelta vamos a dar..." Felices, por primera vez.

Cuerpo y alma. Fusionados, indivisibles.

Clasificación a la Vasca

Diego lo vio venir y lo pensó al toque: "Éste me quiere apretar".

Estaba acomodando para patear un penal que podía determinar el pase a la siguiente ronda de la Copa UEFA. Uno de los dos: Napoli o Sporting de Lisboa.

La definición era en un San Paolo colmado, ahora sometido a un silencio reverencial porque iba a patear dios. Entonces escuchó clarito lo que le dijo Tomislav Ivkovik, el arquero yugoslavo al servicio de los portugueses.

-Cien dólares a que te atajo el penal, ¿de acuerdo?

-Trato hecho.

Tiró Maradona, atajó Ivkovik, las ejecuciones continuaron, se dio vuelta la taba y clasificó el Napoli. Pero Diego perdió cien dólares.

El sábado 30 de junio, en el estadio Comunale de Florencia, volvieron a cruzarse. Otros equipos, distintos objetivos, la misma situación. Argentina-Yugoslavia, cuartos de final de Italia 90.

Ciento veinte minutos de retroceso futbolero: el tiempo reglamentario y el alargue. La Selección con la pelota, pero sin ideas, sin un fútbol frondoso que permitiera trepar en la cancha. Exento de fantasía y viveza táctica para usufructuar la superioridad numérica durante 89 minutos del desarrollo.

Penales. A suerte y verdad. Y otra vez frente a frente los protagonistas de aquel desafío: Diego e Ivkovik. Esta vez sin palabras, sin apuesta. Sólo un duelo de miradas, de pícaros engaños visuales. La carrera de siempre, el zurdazo dócil, la intuición correcta y las manos que reiteran el sortilegio.

-¡Nooooo!

Quería morirse ahí mismo, con la camiseta azul de mortaja.

Pero estaba Goyco. Sergio Javier Goycochea. Una tapada a Brnovic, otra a Hadzibegic y el 3-2 irremontable.

Argentina semifinalista, locura sin corset, abrazos para Goyco, juramento de devoción eterna para la cábala -el Vasco orinaba agachado, antes de las ejecuciones, rodeado por sus compañeros- y una picardía típica de un chico inquieto de Fiorito...

-Aquella vez el yugoslavo me atajó el penal, pero el Napoli ganó. Y yo me lo acordaba patente, fiera. Entonces lo erré a propósito. Soy muy cabulero yo, soy muy cabulero, je...

En plena autostrada, desandando el trayecto de Florencia a Trigoria, Bilardo despotricaba porque el televisor del micro no sintonizaba bien Italia-Eire, el partido que definiría el rival en semifinales.

Andaba fastidioso el doctor, pero Ruggeri se animó a preguntarle.

-¿Y ahora, Carlos? ¿Ahora cuándo nos vamos?

-Nos vamos el 10. Si llegamos hasta acá...

El gran golpe

Había que ver los titulares de los diarios al día siguiente. No era Italia-Argentina, sino Italia-Maradona. "Ahora, Italia contra Maradona".

El alma de los napolitanos dudaba entre dos amores. Entre la razón y el sentimiento. Sobre todo, después de las declaraciones del Diez a los medios italianos.

-Me disgusta que ahora todos les pidan a los napolitanos que sean italianos y que alienten a la selección. Nápoles fue marginada por el resto de Italia. La han condenado al racismo más injusto.



Maradona dejó el alma en la final con los alemanes de Matthäus. Controló sus nervios ante el tendencioso arbitraje del mexicano Codesal, pero no alcanzó.

Cruel dilema para los napolitanos. La razón avalaba a Diego, el sentimiento los arrimaba a la camiseta azzurra. Y hasta fue necesaria una proclama oficial de Genaro Motuori, el capo de la Curva B, apodado Palumbella.

-Haremos fuerza para que gane Italia, pero respetando y aplaudiendo a los argentinos.

Y las banderas asomaron su veredicto no bien se abrió el ingreso, al mediodía del martes 3: "Diego en los corazones, Italia en los coros", "Maradona: Napoli ti ama, ma l'Italia e la nostra patria".

Bilardo era el más optimista dentro del vestuario. Incluso más que Maradona.

-¿Por qué tan tranquilo, Carlos?

-Porque éste es el partido más sencillo tácticamente. Está clarísimo. Ellos van a complicarse mucho con Cani y vos de punta. Son favoritos, están presionados, obligados a salir...

Hablando de salir... Aparecieron en la cancha a las 19.54. Y tres minutos después, lo que nunca: el Himno Argentino aplaudido de principio a fin. Diego apretó los puños, sonrió satisfecho, se estremeció por un escalofrío. Argentina atesoró la pelota, fomentó el toque y la circulación, tenía más volumen de juego. Pero en su mejor momento, la embocó Totó Schillaci.

-No pasa nada, Cani. Seguimos igual.

Eso: siguieron igual. Y en el segundo tiempo, con los primeros atisbos de desesperación, Caniggia la peinó al empate y la taba revirtió su designio.

En el alargue, Baggio teatralizó un roce y expulsaron a Giusti. El presagio era de lo peor, pero...

la deliciosa vendetta de Maradona. Había desperdiciado el penal contra los yugoslavos, pero ante los italianos no falló. Ni siquiera lo achicaron los intensos de la multitud. Abajo, otra postal histórica: cuando sonó el Himno Argentino, los italianos comenzaron a abuchearlo. Diego no pudo ni quiso reprimir el insulto, captado por las cámaras de la televisión y reproducido en el tablero del estadio. Una reacción más que entendible ante semejante falta de respeto.



El dolor inconsolable de Maradona, mientras se producía la coronación de Alemania. El profe Echevarría, mezclado entre los jugadores, trata de levantarles la moral, pero no hay consuelo posible. Todos tenían el alma desgarrada por el despojo.

Diecisiete minutos de resistencia heroica y tenaz, los penales tan temidos, las manos de Goyco frustrando a Donadoni, una caricia de Diego para quedar 4-3 y otra vez Goyco, quedándose con el tiro de Serena, con el pasaporte a la final, con el silencio de una tribuna pintada de drama, con el delirio del vestuario.

Antes de entrar, después del abrazo con Simón y Olarticoechea, Diego se quedó un minuto en el túnel, un minuto entero besando la camiseta, al lado del profe.

-¡Te quiero! ¡Te quiero! -gritaba, mientras la besaba y la besaba.

Adentro volaban las toallas y los gritos, los baldazos y los sueños... Y no importaba nada. Ni siquiera que ya hubiera cuatro bajas seguras por suspensión: Olarticoechea, Giusti, Caniggia, Batista...

Caliente, pero lo que se dice caliente, estaba Caniggia.

-No vale la pena hacerse mala sangre, fiera. Ya está.

-¿Pero cómo que no, Diego? Si ese francés me amonestó por una mano casual. No se lo voy a perdonar en la p... vida. Perderme la final es la frustración más grande de mi carrera.

Triste, pero lo que se dice triste, estaba Giusti.

-Tranquilo, Gringo.

-No, si yo estoy tranquilo... ¿Sabés qué me pasó, Diego? El tipo me había echado y yo me iba de la cancha medio resignado. Entonces miré la camiseta y en un segundo tomé conciencia de que era la última vez que la tenía puesta...

Maradona los consolaba a todos, hasta a los napolitanos.

-Lo único que oscurece este triunfo es la tristeza de ellos. Pero le demostraron al mundo que son lo mejor de Italia.

Quedaba Alemania. El mismo rival de cuatro años antes, el mismo escollo para mantenerse abrazado a esa copa tan dorada como la grandeza de Maradona.

Traición a la mexicana

Fue instantáneo, inmediato. Sonó el acorde inicial del Himno Argentino y el abucheo fue unánime, revulsivo.

Diego no se la bancó. Por la pantalla del estadio Olímpico de Roma tomaron su insulto desmedido en primer plano.

Los italianos lo silbaron en la premiación. No se apiadaron de él ni en la derrota.

Era un león herido, un gladiador asumiendo la bofetada inmerecida y el desafío renovado.

¿Importa detenerse en el partido? Poco, realmente.

Mejor Alemania, brindando una imagen de conjunto más utilitario que brillante.

Digna Argentina, absorbiendo las ausencias inevitables con una conmovedora cuota de entrega y amor propio.

Impresentable lo del árbitro Edgardo Codesal. Que acertó al expulsar a Pedro Monzón por una violenta falta sobre Klinsmann, pero después "se distrajo" cuando lo bajaron a Gabriel Calderón dentro del área. Penal claro, con las cinco letras.

-¡Penal! ¡Cobralo, hijo de p...! ¡Acá hay una mano negra, viejo! ¡Hay una mano negraaa!

Y faltaba lo peor. Ese exabrupto arbitral que facilitó el despojo. Una falta inexistente de Roberto Sensini sobre Rudi Vöeller, que el mexicano interpretó como penal. Un roce como tantos que, sorpresivamente, terminó con la sanción extrema, ésa que no pudo torcer la catarata de protestas impotentes.

Brehme -un especialista- ejecutó el penal con gran categoría, muy fino, contra el palo derecho de Goyco, al ángulo bajo donde es muy pero muy difícil llegar.

No quedaba tiempo, sólo entereza. No quedaban piernas, sólo dignidad.

Tristeza. Amargura. Corazones desgarrados. Maradona igual infló el pecho. Subió los cinco escalones del estrado azul e inclinó el cuello con dignidad. Creyeron que con esa medalla plateada lo estaban premiando...

Cuando elevó la frente, la cámara lo tomó y su semblante gallardo y dolorido se reprodujo en pantalla gigante. Una silbatina resentida, amarga y cruel le perforó el alma como un misil impiadoso. Los italianos no lo compadecían ni siquiera en la derrota más cruel.

Lloró con lágrimas de Cebollita y el espíritu en carne viva, impulsado por el alma inconsolable de un gladiador que demostraba lo que pocos creían. Que era humano. ■

CAPÍTULO 9

LA PESADILLA



Diego corre en el atardecer de Sevilla. Una etapa que comenzó teñida de esperanza y terminó empapada en amargura.

Nunca lo hubiera imaginado. Jamás.

Aquella mañana de septiembre, mientras desperezaba el hartazgo de la incertidumbre, iba a patear el tablero.

-¿Qué estoy haciendo acá? ¿De qué sirve todo este esfuerzo? -repetía en tono aguardentoso.

Aturdido, vencido. Así se sentía después de tanto para nada.

Luego de desafiar la oscuridad de un abismo desgarrador, doloroso como ese amanecer sin sol interior.

Ya era demasiado, no quería más. Le faltaba muy poco para convencerse de que no podía escapar de las trampas. Aquellas que le tendían los demás, aquellas que se tendió él mismo tropezando una y otra vez con errores privados e inconfesables.

El lujo de esa habitación de 780 dólares diarios ya le repugnaba. Pero ese papel doblado, aprisionado entre la alfombra y el borde inferior de la puerta, le activó la curiosidad. Era un fax: "To: Diego Maradona. From: Dalma y Gianinna Maradona. Papi: no vengas, esperanos que vamos para allá. Te queremos mucho. Dalma y Gianinna". Nunca lo hubiera imaginado. Jamás.

Aquellas líneas temblorosas, esos garabatos que pretendían ser dibujos, le devolvían el sentido a su vida. Le inyectaban el espíritu que ya no tenía.

Otra vez tomaría el bolso. Otra vez correría hacia la libertad...

Titanes en el ring

-Marcos, fijate si podés hacer algo. Este es un buen lugar para Diego. Acá no presionan, no piden campeonatos. Vale la pena...

El miércoles 8 de julio de 1992, Carlos Bilardo se comunicó con Marcos Franchi, el representante de Maradona. Había asumido como entrenador del Sevilla y soñaba despierto. Imaginaba otro equipo suyo monitoreado por Diego. Intuía que en esa ciudad tan subyugante por su belleza como por el relajado apasionamiento con que se degustaba el fútbol, el Maradona abatido podía reencontrarse con el espíritu lúdico del Pelusa.

El divorcio del Napoli prometía voladura de platos. Corrado Ferlaino se amparaba en el derecho que le otorgaba el contrato que vencía en junio de 1993. Y no le simpatizaba que el pueblo napolitano lo asociara como el villano que había dejado escapar alegremente la reencarnación de San Genaro.

El operativo de Franchi demandó kilómetros y kilómetros de fax. Para el Sevilla, para la AFA, para la FIFA, para el Napoli... Hasta que ocho carillas hirieron de muerte a los italianos.

"Por el dictamen profesional médico-sicológico realizado en Argentina, sería negativo someter a Maradona a enfrentar los hechos que han motivado su búsqueda de escapes no convencionales (...)"

"Ha sido un hábito llevar adelante difamación personal de Maradona. Uno de los ejemplos es el de Pietro Pugliese. Sin una prueba contundente -más aún, reconociendo públicamente que carecía de ella- pretendió involucrar a Maradona en una delirante historia vinculada a un supuesto caso de tráfico de drogas (...)"

"Si no hay solución, cerramos la FIFA", dijo Joseph Blatter cuando inició la intermediación oficial entre el Napoli y el Sevilla para destrabar la transferencia de Maradona.

Mucho lastre: la suspensión de la Federación Italiana, la detención en el departamento de la calle Franklin, los paseos constantes por el subsuelo de la depresión, la prisión preventiva dictada por la jueza Amelia Berraz de Vidal por tenencia comunitaria de sustancias prohibidas, una tibia incursión en el mundo de la compra y venta de jugadores, el espíritu carcelario que proclamaba el intransigente presidente del Napoli, y la insoportable novela de su transferencia al Sevilla.

Ya iban ochenta días de negociaciones, de reuniones aquí y allá, de llamadas en cualquier idioma, de amagues incumplidos. Y ahí, en la suite real del Andalusí Park Hotel, se sentía ridículo, off side en la vida, sin la polenta para afinar los músculos para la vuelta.



El lunes 28 de septiembre de 1992, en el estadio Ramón Sánchez Pizjuán, Diego debutó en el Sevilla enfrentando al Bayern Munich de su amigo Lotthar Matthäus.

"Fue propuesta una rescisión contractual ofreciendo una interesante cantidad de dinero (...) La incomprensión tuvo como resultado la firme intención de Maradona de no querer retornar, pues el retorno resultaría insalubre para su persona."

También se sensibilizó la epidermis rocosa de la FIFA. Desde Zurich se impulsó la alternativa de la mediación. Y cuando Diego ya estaba en Sevilla apurando las agujas de un reloj que parecía detenido, Joseph Blatter pronunció una frase determinante.

-Si no hay solución, cerramos la FIFA.

Desde Marsella, Bernard Tapie arrimó más leña al fuego. Disparó una oferta del Olympique, que se clavó como cuña en la negociación.

Pero Diego se embaló con el Sevilla desde la primera charla con Bilardo.

-Acá la vas a pasar fenómeno, Diego. La gente piensa igual que yo. Que tenés que jugar tranquilo y divertirte.

Y el sentimiento de pertenencia se fortificó desde el 13 de septiembre, el día que llegó a Sevilla junto a Claudia, Franchi, el abogado Daniel Bolotnicoff, y el psicoanalista Rubén Navedo, quien debía informar quincenalmente a la jueza Berraz de Vidal sobre su evolución psicológica.

A la tarde siguiente paseó por el exclusivo barrio Simón Verde.

Nada serio: ver casas, tantear los precios e imaginar qué tal se vería tomando fresco en los jardines hollywoodianos de la residencia de Espartaco, el torero más reputado de la región.

Caminando por las veredas arboladas le apretó la mano a Claudia y...

-¿Sabés? Estoy como cuando tenía quince años. Quiero correr, divertir a la gente... Necesito que me dejen jugar, gritar un gol...

-Esto es lindo, ¿no?

-Psé... Es más: este cielo me está motivando para buscar un Dieguito.

-¡Sacá la mano de ahí!

Todo a pulmón

-Fierita, sacame una foto de atrás, así Michael Jordan ve que corro con la camiseta de él.

Trotando por el césped del club de golf Las Minas -nombre que lo hacía matar de risa-, Diego se despachó con un pedido para el fotógrafo que lo seguía en un carrito.

-¿Y éste quién es?, va a decir Jordan. Ni idea debe tener.

Reía, Diego. Gozaba de la brisa tibia. Hasta que divisó a un camarógrafo italiano y lanzó un mensaje...

-Vení, tomame... Que Ferlaino vea que todavía soy un hombre vivo. ¡Tengo ganas de correr, Ferlaino! ¡No me obligue a dejar el fútbol!



Maradona, un fenómeno popular. Así en un partido oficial como en un entrenamiento en el estadio Sánchez Pizjuán.



El apretón de manos con el presidente Luis Cuervas sella el acuerdo con el Sevilla. Cuando todo era sonrisas.



El Narigón Bilardo se dio el gusto. Quería tener a Maradona en el Sevilla y lo tuvo. La relación comenzó diez puntos, pero terminó con un escándalo impensado.



Diego trota por el campo de golf Las Minas, mientras los camarógrafos lo siguen en los carritos: "Fácil lo de ustedes, fiera..."

A esa hora, la mesa oval de la FIFA era un hervidero de gritos y desplantes. Cuervas y Ferlaino, cara a cara y con un solo testigo: el grabador que Blatter dejó encendido tras el consentimiento de ambos.

-¿Cómo me van a ofrecer cinco millones y medio, si Franchi hablaba de nueve?

-¡¿Nueve?! ¿De dónde sacaron esa cifra? Nunca la mencionamos. Además, Franchi no nos representa.

Durante tres horas repitieron los mismos términos, pero con distintas palabras. Y en el cuarto intermedio, como haciéndose el distraído, Antonio Matarrese, presidente de la Federación Italiana, se le acercó a su par español, José María Villar, y le sopló la combinación que abriría el conflicto.

-Si ofrecen siete millones y medio, Ferlaino agarra viaje.

Bien lejos de allí Maradona y su gente compartían el almuerzo en uno de los salones del Andalusí Park.

Eran las tres menos cuarto de la tarde del martes 22 de septiem-



Un momento clave. Maradona insulta a Bilardo y arroja la cinta de capitán. Se había infiltrado en el entretiempo pero el Narigón lo sacó a los diez minutos...

Cierto. Después de 86 días, Ferlaino aceptaba la oferta, Napoli liberaba a Diego del cepo contractual. Tenía los pies libres para gambetear al tiempo y a las frustraciones.

Era un día de fiesta. Antes de partir hacia el centro aceptó una conexión vía satélite para el programa italiano L'Appello del Martedi y emitió su mensaje para el pueblo napolitano.

-Llevaré al Napoli en mi corazón y jamás lo enfrentaré, al menos que defraudar..."- y se topó con una gambeta.

-Mire, yo soy un agradecido de la vida. Por eso no creo que le haya fallado a mucha gente. Si me equivoqué, me equivoqué yo y pagué yo. Nadie más. Quería libertad para jugar y ahora que la tengo debo responder por eso ante mis dos hijas. Que no se haga una novela de mi vida. Sólo eso les pido. Un hombre que corre 52 minutos a 120 pulsaciones no está muerto ni hundido.

Y se volvió disparando al Andalusi. Había recuperado su identidad. Diego Maradona volvía a ser jugador de fútbol.

-Pero nada de jugador número uno, ¿eh? Ahora soy el diez mil.

Amor en el puerto

-Yo no sé de dónde sacás motivos para reírte tanto vos...

-¿Por? Si vas a jugar para nosotros.

-Sí, Cholito, pero no te das una idea de todo lo que vas a tener que correr para que yo juegue un ratito. Ni te lo imaginás.

Onda. Y de la buena. Maradona creta oposición, barnizado por el brillo de Lotthar Matthäus.

A las 21.02, persignándose y con el pie derecho, pisó la gramilla, levantó la vista y se le escapó el suspiro.

-No te puedo creer...

Allá arriba, en la división de la bandeja, flameaba una bandera argentina, española y boquense con la leyenda "Fuengirola es de Boca". Y desde los parlantes brotaba la voz de Fabiana Cantilo entonando "Mi enfermedad", el tema que lo sensibilizó durante los días de espera.

Al minuto y medio, cuando tocó la primera pelota, sintió el manto liviano de los aplausos cálidos. Que fueron explosión con los primeros pases-gol para Suker. Y que derivaron en un insólito "ishhhhhhh...!" cuando se preparó para ejecutar un tiro libre que estremeció el travesaño. Fueron noventa minutos de fútbol, de embelesamiento mutuo. Un 3-1 esperanzador, a la medida de las expectativas.

-Sentí una alegría comparable al nacimiento de mis hijas.

Diego no entendía la felicidad de Simeone por tenerlo como compañero: "Cholito, vos no tenés idea de todo lo que vas a tener que correr para que yo juegue un ratito...".

bre y a Daniel Bolotnicoff ya no le daban las manos para atender los llamados telefónicos de los periodistas italianos.

De repente, zafó. Esa llamada, no era para él. Era para Franchi. Marcos cruzó la sala y se metió en la cabina telefónica perseguido por todas las miradas. Habló poco, tres o cuatro palabras. Y volvió sobre sus pasos.

Sin cadenas sobre los pies

-Pibe, sos libre.

-No te creo, no me jodas...

-Te digo en serio: sos libre.

sea en una final. Los amo con toda mi alma, jamás olviden lo que ganamos juntos.

El Mercedes-Benz que le asignó el Sevilla lo acercó hasta un estudio de Radio Cope, donde realizaría una conexión con el periodista José María García. Allí le leyeron mensaje que lo conmovió: el de sus ex compañeros del Napoli, que seguían amándolo a la distancia: "Bienvenido al fútbol, y gracias a quienes lo hayan hecho posible".

Alguien le cruzó una zancadilla dialéctica -"Ahora no nos vaya a y el Cholito Simeone, los lugartenientes de Bilardo en la aventura del Sevilla.

Lunes 28 de septiembre de 1992. Treinta mil almas alborotando el estadio Ramón Sánchez Pizjuán, nuevo templo de la vieja mística, coliseo hambriento para los leones de la revancha. Un marco pictórico para el regreso de un artista: gorros y bufandas, cantos y bocinas, palmas y ovaciones...

Enfrente, el Bayern Munich. Un rival jerarquizado y amable para la presentación. Un partenaire de dis-

Tanto le echó el ojo a la mansión del torero Espartaco, que terminó alquilándola por diez mil dólares mensuales. Y tenía razón Bilardo: en Sevilla podía vivir en paz. Suficiente con decir que caminaba por sus calles sin sentir la asfixia de la fama.

Impulsado por su magnetismo sin fronteras, el Sevilla llegó hasta la Argentina para jugar dos amistosos contra Boca. El primero, en Córdoba, finalizó 3-1 para los españoles. Y la revancha... La revancha fue una fiesta ante treinta mil personas. Una fiesta que lo retrotrajo



Una imagen feliz en su paso por Sevilla. Maradona y la pelota, su fiel compañera de emociones.





25	4	0
PARTIDOS	GOLES	TÍTULO

La zurda mágica en acción, esta vez ante el Bilbao, el equipo más emparentado con sus broncas que con sus tardes gloriosas. Fue durante su primer partido oficial, el 4 de octubre de 1992. El arquero dio rebote y la metió un compañero.

a aquellas tardes doradas de 1981. Una fiesta que le permitió jugar el segundo tiempo con la camiseta de Boca y, de yapa, meter un lindo gol, aunque no alcanzara para equilibrar el marcador, otra vez favorable al Sevilla: 3-2.

Palpó el afecto de la gente, hizo los cálculos para la vuelta y se dejó llevar por el magnetismo de la piel boquense...

-Fue bárbaro, un volver a vivir.

-Hasta pareció que corriste más en el segundo tiempo que en el primero.

-Y claro, fiera, por la camiseta...

La hecatombe

Inmejorable. Imposible superar el arranque de 1993. Basile lo convocó para integrar la Selección.

-Es un orgullo.

AFA lo premió como el Mejor Jugador Argentino de Todos los Tiempos.

-Es un premio tan grande que me parece injusto. Le hubiese quedado a medida a un monstruo como Kempes.

Besó la diez en el amistoso que la Selección empató 1-1 con Brasil, celebrando el centenario de la AFA.

-Me pasé la camiseta y el roce de la tela ya me erizó la piel.

En Mar del Plata, otra vez con la Selección, levantó la Copa Artemio Franchi tras ganarle la definición por penales a Dinamarca, luego del 1-1 de los noventa reglamentarios.

-Cuando levanté la Copa me sentí el argentino más feliz.

Inmejorable, hasta que se produjo la hecatombe impensada. Minuto 8 del segundo tiempo en el Sánchez Pizjuán. Sevilla le gana 1-0 al Burgos, araña un lugar en la Copa UEFA, respira pese al andar tortuoso en el torneo. Bilardo piensa, repiensa y ejecuta.

-Vení, Pineda. Entrá por Diego.

-¡¿Por quién?!

-Por Diego.

Maradona vio la chapa con el diez por el rabillo del ojo. Y se transformó. En un instante se le cambió el semblante, mientras la cámara de televisión enfocaba el momento exacto de la dedicatoria visceral...

-¡Hijo de p... y la p... madre que te parió!

Diego se arrancó el brazalete de capitán y lo arrojó al piso, al tiempo que descargaba una segunda andanada de insultos contra Bilardo.

Los dirigentes del Sevilla contrataron detectives para seguirlo a sol y a sombra.

Las tribunas parecían la foto de un estadio en trance. Nadie hablaba. Nadie se movía. Nadie entendía lo que sucedía. Diego llegó al vestuario y pateó la puerta, boxeó con los armarios, vomitó maldiciones.

-¡Esto lo tengo que arreglar con Bilardo como hombre, si es que Bilardo es hombre!

Claudia no pudo calmarlo. Pero lo sacó de la tormenta y se lo llevó a la mansión de Simón Verde. El partido continuó -igualaron en uno- y el telón fue una silbatina espesa para Bilardo. ¿Qué había pasado? Diego tenía la rodilla a la miseria. Estaba para el cambio, pero en el entretiempo, el Narigón le pidió que se infiltrara para seguir. Se bancó tres jeringas infernales. Todo fuera por Bilardo, a quien se le ocurrió sacarlo... ¡a los diez minutos! Entonces estalló.

Bajo sospecha

Las pulsaciones bajaron. Descendieron al llano aconsejable. Y Diego comprendió que se había equivocado.

-No soy de pedir perdón, Carlos, pero sé que estuve mal. Estoy arrepentido por lo que pasó.

-Ya está, dejalo así. Mañana vení a entrenarte y asunto terminado.

Pero no fue. El dolor lumbar era un aguijón impiadoso, capaz de hundirlo en depresiones ilevantables. Diego quería, pero no podía. A los 32 años, el físico le pasaba facturas.

El entorno de Sevilla prefirió la intolerancia. Como si se tratara de un delincuente, los directivos contrataron el servicio de dos agencias de detectives -Walker's y Markus- para que lo siguieran por cielo y tierra. Para que confeccionaran un itinerario de sus escarceos públicos y privados.

Diego se percató, escuchó una frase del vicepresidente José María Nido -"No está ni para jugar al golf"- y...

-Se acabó, Claudia. Sevilla nunca más. El fútbol nunca más... más. Tengo más ganas de largar el fútbol que de volver a jugar. Prepará las cosas, nos vamos... ■

CAPÍTULO 10

EL ESPEJISMO



Un Maradona agradecido le arroja un beso a su gente el día del debut oficial con Newell's, en la cancha de Independiente.

Che, Gringo, esto es más aburrido que jugar al solitario...

Tenía razón la Tota Rodríguez. El amistoso de práctica entre Newell's y los paraguayos de Cerro Corá era pésimo. Un espanto. Si hasta los empleados del club habían optado por volver a sus puestos de trabajo antes que adormecerse con un partido que parecía solteros contra casados...

El Gringo Giusti, el socio de la Tota en esto de andar representando jugadores por el mundo, se quedó pensando en todo. En la frase, en el paisaje bucólico de esa cancha desierta, en la indiferencia de los hinchas de alma. Y se le prendió la lamparita.

-¿Sabés lo que le hace falta a este club? Un sacudón bien grosso. Yo conozco una sola persona capaz de dárselo.

-¿Quién?

-Maradona.

La Tota lo miró como si hubiera descubierto la fórmula de la vida eterna.

-Ya, ya mismo hay que decírselo a Cattáneo. ¡Ya!

-Pará, loco, pará que termine y bajamos al vestuario.

El Gringo lo encaró a boca de jarro, pero sin suprimir una sonrisa leve y ansiosa.

-Cattáneo, ¿no quiere que le traiga a Maradona?

El presidente pensó que era un chiste y le devolvió la pared en tono de broma, como asociándose a una broma que no alcanzaba a entender en toda su dimensión.

-Pero sí, Gringo, ¿cómo no voy querer? Traélo. Llamalo que va a venir corriendo.

-Le hablo en serio, Walter.

-¿Cómo que me hablás en serio? Vamos, Gringo.

-Sí, de verdad. Si usted me autoriza, yo lo tanteo. ¿Se imagina Newell's con Maradona? ¿Qué me dice? ¿Qué hago?

-Bue... bueno, hablalo...

Mientras ellos charlaban, los periodistas de todo el país tecleaban la novedad del día: "Maradona, a un paso de Argentinos". Eso parecía. Al borde de un colapso económico, la entidad de La Paternal acababa de acordar un acuerdo con un grupo empresario que se haría cargo del fútbol. Y que, además de dotarlo de refuerzos de categoría, mudaría la localía a la provincia de Mendoza. Era un proyecto revolucionario, innovador, en el que Diego encajaba como una frutilla tentadora sobre una montaña de crema recién batida.

Y un escalón debajo, aunque con mucha fortaleza, se recortaban las letras de San Lorenzo de Almagro, con el poderío económico que insuflaba la presencia del presidente Fernando Miele y con un costado afectivo netamente desequilibrante: el gran cariño que Maradona sentía por el Bambino Veira.

Giusti y Cattáneo sabían que Newell's no era el caballo del comisario, pero se anotaron en la carrera con argumentos también sólidos: una ciudad futbolera, un equipo competitivo, la contención necesaria para bordar una campaña convincente y -a partir de eso- un trampolín accesible para que Diego se reincorporara a la Selección.

No hubo rechazo inicial. Es más: floreció un insólito interés. Marcos Franchi armó una reunión entre Diego y el Indio Solari, por entonces director técnico de la Lepra, y el Diez quedó encandilado con el discurso. Enamorado.

-Llenó mi casa de fútbol. Es un fenómeno.

Lo decía un Diego delgadísimo, con 12 kilos rebajados mediante la dieta que le suministró en Uruguay el chino Liu Guo Cheng y los ejercicios de su nuevo preparador personal, Daniel Cerrini.

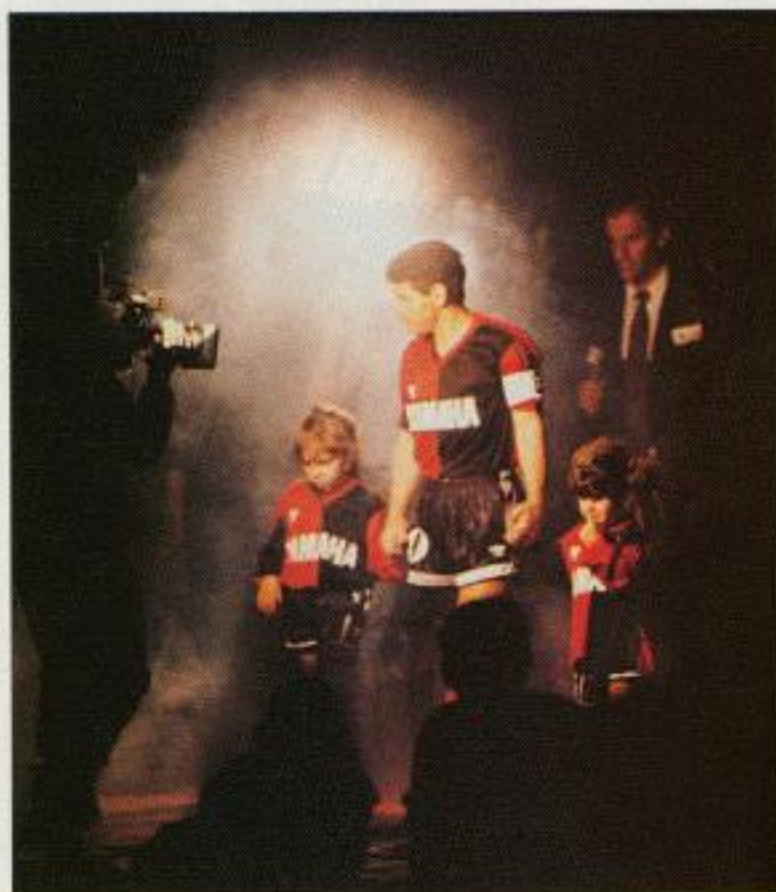
Por alguna razón indeterminable sospechó que esa oferta era más redituable, deportivamente hablando, que la insinuación de San Lorenzo y la firmeza de Argentinos. Un Argentinos que, para colmo, no concretaba las incorporaciones que él mismo había sugerido para arañar el nivel que le despertaba cierta confianza: el Beto Acosta, Alejandro Mancuso, el paraguayo Neffa, Blas Giunta...

El miércoles 8 de septiembre, Franchi recibió un llamado de Julio Grondona. El presidente de la AFA, así como al pasar, instauraba una voz de alerta.

-Ojo, Marcos, mirá que queda un día y medio para pedir el pase internacional de Diego. Después no hay derecho al pataleo.

Franchi no lo ignoraba. Esa misma noche, en el departamento de Maradona, los dos se reunieron a solas. Un platillo imaginario pe-

Cuando el acuerdo con Argentinos estaba abrochado, los barras le pidieron 50 mil dólares e insultarón a Claudia y a sus hijas. Entonces no lo dudó: arregló con Newell's.



Las nenas de la mano, la luz, el clima conmovedor. Diego entra para jugar su partido presentación ante el Emelec. Newell's ya era parte de su mundo.



Un momento conmovedor. Diego saluda a un estadio completo, a la multitud que se reunió sólo para verlo entrenarse por primera vez en Newell's.

saría las tres ofertas: Newell's, San Lorenzo y Argentinos. Tarde o temprano, deberían tomar una decisión.

No fue sencillo. Cada una tenía sus pro y sus contra. Hasta que Marcos hizo la pregunta clave.

-Olvidate de todo por un minuto. Olvidate de la quita, de los afectos, de la historia, de las hinchadas. Si vos repasás los nombres que integran los tres equipos, ¿dónde te parece que encajarías mejor?

-Y... en Newell's.

-¿Entonces?

Entonces fue eso: Newell's.



Maradona entra en la Bombonera, su segunda casa, para enfrentar a Boca. La Doce lo aclama con el amor de siempre y él devuelve el cariño con un saludo particular.

Con Diego no se juega

Más allá de ese análisis futbolístico, hubo otro episodio que inclinó la balanza sorpresiva, definitivamente.

El acuerdo con Argentinos no era verso. Ya estaba abrochado. Entonces un grupo de la barra brava del Bicho se apareció por la casa de Maradona, en Correa y Avenida del Libertador.

A los tipos no les importó que Diego estuviera con sus hijas. Lo encararon igual. Primero hablaron sobre trivialidades, sobre el volver a vivir, sobre los años que habían pasado desde que partió del club. Pero después, a boca de jarro, le pidieron 50 mil dólares porque alguien, según ellos, les había informado que el Diez se los iba a dar. Pero Diego les saltó como leche hervida.

-¿¡Cincuenta lucas!? Ustedes están de la cabeza, hermano. Esa quita se la doy a mi viejo, nada más. ¿Entendieron? Y, si es necesario, los peleo a todos ustedes juntos, por más pesados que sean. Si quieren quédense todo el día acá, paraditos en la vereda, que yo no les voy a dar un sope partido por la mitad. ¡Ma' qué promesa ni ocho cuartos!

Mientras Diego subía a dormir la siesta, los pesados prometían hacerle la vida imposible. Es más: al rato pintaron la leyenda "Maradona cagón" en la pared de enfrente. Y no contentos con eso, insultaron a Claudia y a sus hijas cuando salieron para hacer compras. Esa fue la gota que rebasó el vaso.

Obviamente, el secreto de ese episodio no se pudo guardar por mucho tiempo. No bien se levantó de la siesta se lo susurraron al pasar y estalló como sólo él sabía hacerlo. Con toda la furia.

-¡¿Putearon a la Claudia?! Ya van a ver esos desgraciados. ¿Así que ellos son pesados, así que se creen muy piolas? Yo también puedo serlo. Ya van a ver. Ni loco juego para Argentinos. ¡Ni loco!

Ahí nomás tomó el teléfono del living y llamó a Franchi, que se extrañó por la excitación de su tono de voz. Es que todavía tenía las pulsaciones al galope.

-Dale para adelante con Newell's, como habíamos quedado. ¿Sabés lo que hicieron los cabeza de termo de la barra? Putearon a la Claudia. ¿Qué se creen, viejo, que me van a llevar por delante? No, señor. No, señor. Con Maradona no se juega. ¿Y sabés la máxima? Querían quita. ¡Un vagón de quita! Yo les hubiera dado un mango para el vino, para algún sánguche, pero cincuenta lucas... Si no les di a los que viajaron para el Mundial. Arreglá con Newell's, Marcos. Arreglá con Newell's y que se jodan. Quedamos así.

El sabor del encuentro

-¿Con quién juega Newell's?

-Con nadie, loco...

-¿Cómo con nadie? ¿Y esa gente?

-Viene a ver a Maradona.

Desde el mediodía, las calles viboreantes del Parque de la Independencia vivían un rumor de domingo. Una procesión de gorros y banderas y camisetas y cornetas y cantos y gritos y emoción.

Por eso el sobresalto. Ese corazón detenido, a las 17.37 del lunes 13 de septiembre, cuando el Pelusa se asomó por la manga y vio que en las tribunas había 30 mil personas embanderadas sólo para verlo entrenarse, para seguirle el trote cansino con el buzo que en la espalda tenía bordadas las únicas tres letras del abecedario que importaban de verdad: N.O.B.

¿Se habrá acordado del San Paolo? Seguro. De aquella tarde en que se llenó un estadio sólo para verlo saludar y enhebrar un puñado de palabras bien aferrado al micrófono, como para que el aparato lo sostuviera a él...

El "Maradooo... Maradooo..." atronó como un grito tribal. Como un himno esperanzado y desafiante. Y voló sin alas. Voló lanzado por los jugadores y Solari. Tan felices como él, tan deslumbrados como él, tan niños como se sentía él.

El jueves 7 de octubre, ya de noche, el marco sería más conmovedor todavía. Casi una celebración pueblerina antes del amistoso de presentación con el Emelec ecuatoriano.

Un estadio en penumbras, un haz de luz que lo sigue, sus hijas del brazo, un mar de banderas rojas y negras que surcan el césped de una punta a la otra, un cartel de bienvenida en letras de fuego -"Diego, NOB es tu casa"- y un gol con la de palo, con la derecha, para inaugurar una ilusión, otra más.

Esa noche fue un gran día. Pe-

Treinta mil personas se juntaron en la cancha del Parque Independencia sólo para verlo entrenarse. No pudo evitar la comparación: se acordó de la presentación en el Napoli.

Felicidad. Esa es la palabra más apropiada para definir su primera tarde en Newell's, cuando el Indio Solari, sus compañeros y la gente lo recibieron de un modo espectacular. Hasta lo hicieron volar, como muestra la foto superior. Abajo, un mar de brazos saluda la salida de Diego de la cancha de Independiente, luego del partido debut. La popu del Rojo, conmovida por la vuelta, lo despidió con el mismo cariño que le hubiera regalado a Ricardo Bochini, un prócer de su historia. Conmovedor.

"Me fui de rosca cuando dije que Basile se había emborrachado con dos Copas América, pero el Coco tiene 'rioba' y me va a entender. Ya pasó. Quiero volver a la Selección."

ro más grande sería el domingo 10 de octubre de 1993. Porque ocho años, diez meses y ocho días después de su expulsión en Boca-Vélez del 2 de diciembre de 1981, Diego Armando Maradona volvía a jugar oficialmente para un club argentino y en la Argentina.

¿Dónde? En la cancha de Independiente, delante de esos escalones escuetos en los que alguna vez supo pararse para admirar la magia intangible de Ricardo Enrique Bochini, su ídolo de pequeño.

Ahora había otro ilustre en la tribuna, nada menos que Enrique Omar Sívori, El Cabezón, que era asesor eterno de esa Juventus donde había brillado como pocos. Un grande incrédulo ante la estampa de Maradona. Y lo exclamaba sin pruritos.

-Yo estuve en el Sánchez Pizjuán hace un año, cuando debutó en el Sevilla. Aquella vez me llevé la imagen de un ex jugador. Ahora, en cambio, estoy viendo a un jugador intacto, pleno, con ganas de demostrar que todavía tiene mucho para darle al fútbol argentino.

Dos rabonas, una salvada en forma milagrosa por el arquero Luis Islas adentro del área chica, que merecía ser gol. Diez, quince pases con su copyright exclusivo. Una docena de toques increíbles, miles de aplausos.

Dinámica, buen diálogo futbolero con sus compañeros, un saldo tremendamente optimista, pese al cachetazo del 1-3. Y una confesión de vestuario...

-Estoy viviendo en una nube. Ni yo puedo creer que me sienta tan pero tan bien. Mañana tengo que hablar con el Coco Basile. Sí, ya sé que me fui de rosca cuando dije que se había emborrachado con dos Copas América. Pero eso ya pasó. El Coco es como yo, bien de "rioba", y no necesita que le anden dorando la píldora. El Coco tiene todo claro. Me va a entender. Seguro que me va a entender.

-¿Y mañana qué le vas a decir?

-Que quiero ganarme un puesto en la Selección. Pero que no tiene que regalarme nada, ¿eh? Yo me lo tengo que ganar solito, sin ayuda de nadie.

El salvador de la patria

Desgranó los días rosarinos sin demasiado vértigo. Instaló el cuartel general en el hotel Riviera, medianamente alejado del centro de la ciudad. Quiso y se hizo querer. Y después, fiel al eslogan de los boys scouts, le dijo "siempre listo" a la Selección en una hora crítica y tormentosa.

Después de aquel 0-5 con Colombia en el estadio Monumental, que empujó al equipo por la pendiente de un repechaje para agenciarse del último pasaje para el Mundial 94. Dos partidos con Australia, a todo o nada.

Primero en Sydney, después en el Monumental. Y la presión al mango, triturando los nervios encrespados de todo un país que no cabía en su asombro.

-El único que nos puede salvar del desastre es Diego. ¿Quién si no?

El diagnóstico de la calle era lapidario. El hincha se había emocionado con esa Selección de Alfio Basile. Porque durante tres años el equipo del Coco había ganado dos veces la Copa América y había jugado bien de verdad. Pero, increíblemente, había trastabillado en una instancia clave. Y en la arena movediza de la crisis sólo había confianza para un hombre.

El Diez no estaba diez. Físicamente, parecía sentir el impacto de aquella dieta veloz, implacable. Los músculos cobraban su venganza por tanto esfuerzo en tiempo récord. Pero era la Selección, su gran amor, así que todo sacrificio era válido...

Diego jugó. Acá y allá. Metió el centro para que Abel Balbo clavara el cabezazo goleador en Sydney, el que posibilitó el 1-1 igualmente intranquilizante.

Y el 17 de noviembre condujo al equipo que abrochó la victoria mínima en el Monumental -aquel 1-0, con grito de Gabriel Batistuta- y logró la última plaza para el Mundial de Estados Unidos.

El salvador de la patria había cumplido. Estaba en paz, aunque lo aguardaba otra guerra...



La mueca dolorida, los médicos trabajando sobre la lesión rebelde, el hielo a punto de aterrizar en el gemelo. Se venía el final de su historia con Newell's.

El martirio

-¡Uyyyy!

Lo supo enseguida: estaba roto. El músculo estaba roto. Iban 35 minutos del primer tiempo del partido que Newell's jugaba contra Huracán, el jueves 2 de diciembre, en Parque Patricios. Iban 1-0 arriba -después empataría el Globo- y se lanzó en carrera para atrapar una pelota sin dueño. Una pelota como tantas.

El puntazo lo sorprendió en la máxima exigencia del tranco. Justo ahí, en el gemelo zurdo.

Venía bastante baqueteado. Sólo es cuestión de repasar su pe-

ripio para comprobarlo. Cuatro días después de enfrentar a Australia fue a Córdoba para jugar frente a Belgrano. Siete días después, con Boca. Y el jueves 2 de diciembre esa corrida, ese esfuerzo, ese grito que le partió el alma.

Mucha exigencia, mucha angustia, mucha presión ineludible para un físico que ya venía castigado de antes. ¿Por? Por el promedio del descenso, por la ida dolorosa del Indio Solari, por la llegada sin azúcar del profesor Jorge Castelli, por las versiones de un inexistente acuerdo para regresar próximamente a Boca.

-¿Justo ahora me tiene que pasar esto? ¿Justo ahora? Yo quería jugar para demostrarle a toda la gente de Newell's que quiero pelear para sacar al equipo de esta situación, pero no aguantó, Bocha, la pierna no aguantó.

Bochini casi nunca tenía palabras. Y en esa situación, menos. Estaba en la platea y bajó como un rayo para consolar a Diego. Se imaginó que su palabra podía servir de alivio para el Diez. Estuvo quince, veinte minutos junto a la camilla y se fue cuando el doctor Bóttoli pronunció el diagnóstico.

-Es un desgarro importante, complicado porque está sobre la cicatriz de un desgarro anterior. Diego tenía molestias en la otra pierna y estaba forzando la izquierda. Ésa debe ser la razón. Sobrecargó una para proteger la otra.

-¿Y ahora, tordo?

-Hay que parar un mes. Mínimo un mes.

Triste, solitario y final

El paréntesis del verano devolvió a un Maradona anímicamente devaluado. Sacudido, como otras veces, por un físico que ya se mostraba demasiado permeable a las



La rabona de Dios. Fue en su debut oficial con Newell's y obligó a esta tapada de Islas. El partido lo ganó Independiente 3-1.





Pasaba el tiempo, pero la calidad se mantenía inalterable. Como no podía ser de otro modo, este tiro libre ante Boca tuvo el copyright exclusivo de Maradona.

La pisada sutil ante Belgrano de Córdoba. En el pecho, sólo legible de cerca, una perlita: el nombre de sus dos hijas, Dalma y Gianinna.



El último segundo de Maradona como jugador de Newell's. Sale el Diez, entra Garay. Minuto 72 del amistoso con Vasco.

4	0	0
PARTIDOS	GOLES	TÍTULOS

molestias. Él mismo se digitaba los límites, con la Copa del Mundo a seis meses de distancia...

-Mi Mundial es Newell's. No pienso más allá porque las lesiones no me dejan volar más allá. Si no puedo hacer cosas por Newell's, si no puedo poner el hombro por Newell's, menos las voy a hacer por la Selección, que requiere una entrega suplementaria.

Vasco da Gama ya estaba en la ciudad. Había dos amistosos programados con el equipo carioca. Uno en Rosario y otro en Mar del Plata. Y hacia ellos apuntaba la mira a mediano plazo de Diego. Serían una buena prueba.

Venía remontando con soltura la cuesta del desgarro, pero en el entrenamiento del miércoles 12 de enero lo sorprendió una leve contractura en la cara posterior del gemelo derecho.

-¿Será posible, tordo? ¿Cuándo se va a cortar esta racha de m...?

-Serenate, Diego. Es una contracturita, nada más. No te pongas loco. Contra el Vasco vas a estar fenómeno. Ya vas a ver.

Estaba, nomás. Pero sucedió un imprevisto. Un episodio digno de una tragicomedia.

Rumbo a la cancha, trepando por la escalinata del túnel, Diego trastabilló y se resintió de la contractura. El Gringo Scoponi, que lo vio caer delante de sus narices, se desesperó y lo ayudó a levantarse con muchísimo cuidado. No podía creer lo que había visto, semejante infortunio.

-¿Y ahora qué vas a hacer, Diego?

-Voy a jugar. Estoy más para irme a mi casa que para entrar, pero tengo que salir igual. Mirá la gente que hay en la tribuna. No les puedo fallar...

Salió. Y se mordió la lengua durante 72 minutos de entrega conmovedora. En realidad, hubo un punto en que no alcanzó a discernir qué le molestaba más: si el dolor en la pantorrilla o las patadas.

Las limitaciones físicas le generaban impotencia. Quería jugar, pero no podía.

Los jugadores del Vasco le pegaban como si se tratara de un partido oficial, de una final de Copa Libertadores. Como si quisieran tomarse venganza por algún daño que el talento de Diego le había causado al fútbol brasileño en algún Mundial.

-¿¡Son tarados, ustedes!? ¿Por qué no se van a agarrar con los del Flamengo, que siempre les pasan el trapo?

Hablaba al montón, como para que lo escucharan todos, hasta que lo embocó de frente al zaquero Ricardo Rocha, a quien conocía por la amistad en común con Antonio Careca, su ex compañero de aventuras y hazañas en el Napoli de las hazañas.

-¡Hermanito, cómo pegan! Parecen karatecas...

-A mí no me mires, Diego, que hoy es mi debut en el Vasco.

-Entonces cuidate, porque te van a pegar a vos también...

Esa broma fue la última. Afuera esperaba Diego Garay para reemplazarlo.

Esa salida fue la última. Jamás lo volverían a ver en una cancha con la camiseta de Newell's adherida a la piel. Pero nadie lo sabía. Ni siquiera él.

¿Qué pasó? Una conjunción de factores. Ninguno tan poderoso como la impotencia que le generaban las limitaciones físicas. Pero todos importantes. Empezando por la fría relación con el profesor Castelli, a quien le costaba una enormidad dispensarle un tratamiento especial, como el que reclamaba su trayectoria y su condición. Y extendiendo los tentáculos desabridos a la distancia de su gente, al agobio de las presiones, a la necesidad de refugiarse en algún modo de escapismo.

La revancha con el Vasco era en Mar del Plata. Hacia allí viajó con el resto del plantel, pero la noche anterior desapareció para siempre. Se esfumó en el aire como una pompa de jabón.■

LA TRAICIÓN



Tranquilo, feliz, en paz, Maradona va al antidoping de la mano de una enfermera que se metió a buscarlo dentro del campo no bien terminó el partido con Nigeria. No imaginaba la que se le venía...

Diego, ¿qué vas a hacer cuando termine el Mundial?

-Me voy a tomar unas vacaciones con toda mi familia.

-¿Y dónde vas a ir?

-A un lugar donde nadie me conozca... Seguro que a Boston, je...

Divertido. Chispeante. Seguro de sí mismo. Luciendo el disfraz que la mayoría esquiva y que a él tan bien le queda. Un traje de salvador que el destino siempre pareció confeccionarle a medida.

Ese Maradona que regaba optimismo en la concentración del Babson College parecía un pariente lejano de aquel Maradona desencajado que había arrancado el año a balinazos limpios en su quinta de Moreno.

Ese Maradona que trotaba kilómetros interminables en las rutas tediosas y aburridas de la cinta de correr parecía un atleta sin conexión alguna con aquel Diego Maradona jaqueado por las lesiones musculares, hosco y huidizo, preso de permanentes ataques de nervios que se enraizaban en la impotencia.

Ese Maradona distendido a sus joviales 34 años, respiraba el aire plastificado de USA 94 con objetivos mensurables en términos históricos y humanísticos: convertirse en el primer argentino que participaba en cuatro mundiales, transformarse en el jugador con mayor presencia mundialista, iniciar en el mutismo a sus detractores crónicos y demostrarse a sí mismo que era capaz de todo. De todo.

Se empezó a convencer en Salta, la noche del 20 de abril. No por haber convertido un gol de penal, a los 55 minutos. Tampoco por la victoria previsible sobre Marruecos -un 3-1 y sin trastornos futboleros dignos de mención- ante un rival de segundo orden. Pero sí por la respuesta del cuerpo. De ese envase fibroso que en enero era un trapo de piso y ahora, apenas tres meses después, lucía como un retazo de la mejor seda.

Pensaba jugar sesenta minutos, sin embargo cuando el Coco Basile se paró al lado de la línea de cal para ordenar el cambio, lo encaró en seco, pero con amabilidad, porque el Coco era un tipo al que le tenía un cariño muy especial.

-Dejame un cachito más... Me siento fenómeno.

Quince minutos después, otro talento singular, el Burrito Ortega, se paraba en la línea de cal para tomar la posta. Y Diego se la transmitía con un mensaje sencillo y conmovedor...

-¡Rompela!

No hubo cristiano que pudiera trocarle el humor de allí a la concentración definitiva del 9 de mayo. Ni siquiera lo apartó del camino la discriminatoria determinación del gobierno japonés, que le negaba la visa por sus antecedentes vinculados con sustancias prohibidas.

La AFA tomó una determinación que pocos imaginaban: suspendió la gira por tierras niponas y programó los tres partidos previos al Mundial con Ecuador (0-1), la infaltable cábala con Israel (3-0) y Croacia (0-0).

Ese aval lo gratificó. Sintió que los directivos, de una vez por todas, se arrimaban al fogón de la comprensión. Que lo valoraban en su justa medida. Se lo confesó sin rubores a Claudia...

-Ahora me siento más fuerte, más confiado, con más control sobre mi cuerpo.

-Lógico. Signorini dice que con el peso que tenías antes, no podías jugar al fútbol.

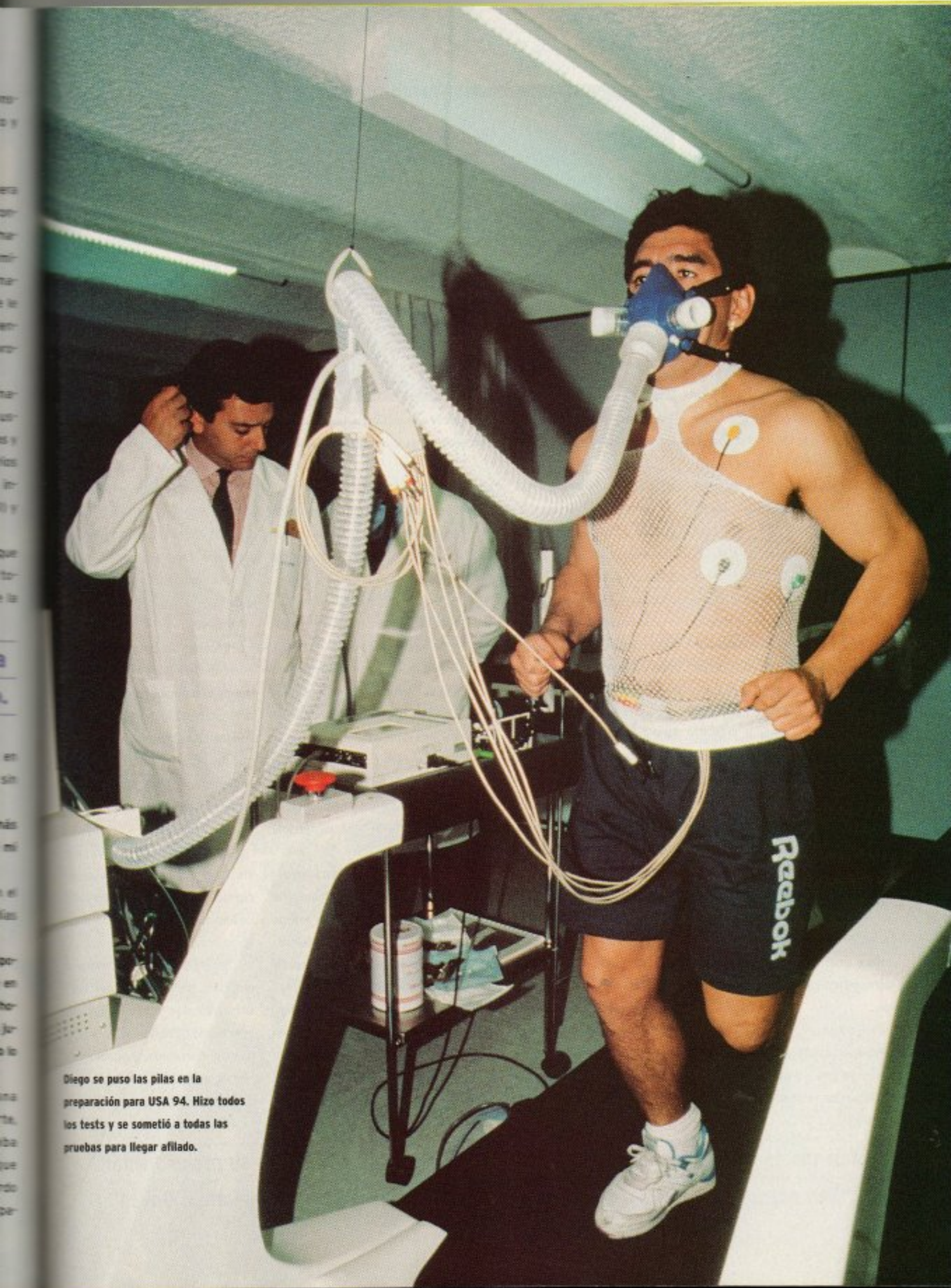
-Puede ser, puede ser... Pero tampoco veía a los demás con tanta fe en mis posibilidades como los veo ahora. Mirá los capos de la AFA... Se jugaron como nunca. La verdad, no lo puedo creer.

Pero la gira le devolvió una sensación funesta. Estaba fuerte, bastante sólido, pero se notaba lento. Sin la explosión del pique corto, sin ese arranque de petardo que dejaba a los contrarios mal pa-

En la previa del Mundial, los japoneses le negaron la entrada y la AFA tomó una medida que lo gratificó: suspendió el partido en Japón para respaldarlo. Después sería distinto.



Maradona bombero. Después del 0-5 con Colombia, Diego volvió de urgencia a la Selección y jugó el repechaje con Australia.



Diego se puso las pilas en la preparación para USA 94. Hizo todos los tests y se sometió a todas las pruebas para llegar afilado.

rados. Y tomó una decisión por su cuenta. Sin consultar –o sólo informándoselo– a Marcos Franchi, su representante.

-Le voy a decir a Cerrini que esté conmigo en el Mundial. No sé, Marcos, siento que lo necesito otra vez a mi lado.

A Franchi no le agradaba la idea. Más que eso: le sembraba una duda demasiado grande. La experiencia anterior distaba de ser feliz. Porque aquella delgadez aceitunada asomaba como la piedra basal de los desgarros crónicos. No compartía la idea, no le simpatizaba, pero igual hizo la gestión...

-Paciencia... Tomémoslo como el gesto transgresor que Diego siempre necesita...

La incorporación de Cerrini aceleró el ánimo del Pelusa. Tenía todo lo que necesitaba para afrontar el Mundial: el cariño cercano de Claudia y las nenas, el deambular silencioso de don Diego, las manos sabias de Salvatore Carmando para masajearlo cada mañana, Claudio Caniggia en el equipo, el paternalismo emocionante del profe Echevarría, un código común con Basile...

A propósito de Coco... Tuvo una sola charla semiconflictiva, un cambio de sugerencias en el ajetreado sendero preparatorio, casi en la inminencia del debut con los griegos.

-Hace unos días que tengo algo atragantado y se lo quiero decir, Coco...

-Dale, nomás...

-Veo que se está inclinando por Islas. Y yo prefiero que ataje Goyco, igual que los muchachos...



Una imagen inmortal, captada por las cámaras de la televisión norteamericana. El instante en que Diego, a su modo, celebra el gol a Grecia, un gol de resurrección.

-Bueno, Diego, es lógico que ustedes tengan una opinión y hasta que me la comenten, pero soy el director técnico y voy a tomar las decisiones. Para bien o para mal, pero las voy a tomar...

No quedó ni satisfecho, ni enojado. Le pareció una respuesta lógica, adecuada. Y siguió con su rutina de desayunos con avena, trotes en la cinta y suplementos vitamínicos...

El sueño

El martes 21 de junio de 1994, bendecido por la lluvia refrescante que caía sobre el Foxboro Stadium, Diego Armando Maradona pisó el césped con el pie derecho, se persignó como cuando era un Cebollita y se paró al frente de la Selección Nacional para jugar otro Mundial, el cuarto.

La vista al cielo grisáceo, la cinta blanca con la "C" azul bien apretada al brazo izquierdo, una pelota flamante entre las manos y el pecho inflado por el orgullo proclamado el día anterior...

-Yo sé que los argentinos merecen otro tipo de felicidad, pero yo les prometo ésta, la del fútbol, que es la que está a mi alcance...

Grecia era el rival. Un tal Tsalouchidis –un ropero con piernas– fingía ser su stopper. Y la magia se confabulaba con sus pies para deleitar sin derroches exagerados, apenas al tranquito. Un amague, una gambeta, un foul provocado, un pase milimétrico, decenas de engaños para el pobre ropero, un casi gol en complicidad con Batistuta, el alma volviéndole al cuerpo...

Le cambiaron el marcador para el complemento: Marangos. Pero a esa altura, Maradona estaba lanzado. Pleno. Potente. Derrochando imaginación de potrero. Y a los 60 minutos consumó otra obra inmortal. Se juntó con Redondo, Balbo y Caniggia, toquetearon de lo lindo, quedó perfilado en el umbral del área y despachó un zurdazo sin mordaza al ángulo superior derecho... La red todavía se está moviendo.

Le apuntó a la cámara como si fuera el ángulo. Fue derechito hacia ella. Y hundió la cara en la lente, los ojos abiertos al máximo, las venas hinchadas, la boca trabada en el grito...

-¡Goooooooooooool! ¡Gooooooool...! ¡Acá estoyyyyyyy...!

A los 38 minutos y 17 segundos del complemento, Coco Basile le hizo un obsequio. Otra vez, como aquella noche inolvidable de Salta, Orteguita se paró junto a la línea.

Diego caminó sereno, ganador, musicalizado por un aplauso generoso. Le tendió la mano al árbitro Arturo Angeles, dejó la cinta de capitán en las manos seguras del Cabezón Ruggeri y encaró al Burrito Ortega con el mismo grito de guerra...

-¡Rompela!

Después apretó los dos puños, elevó la vista al cielo nuboso y algunos minutos después, con el 4-0 ya grabado en la historia, supo encontrarle un apodo al agradecimiento.

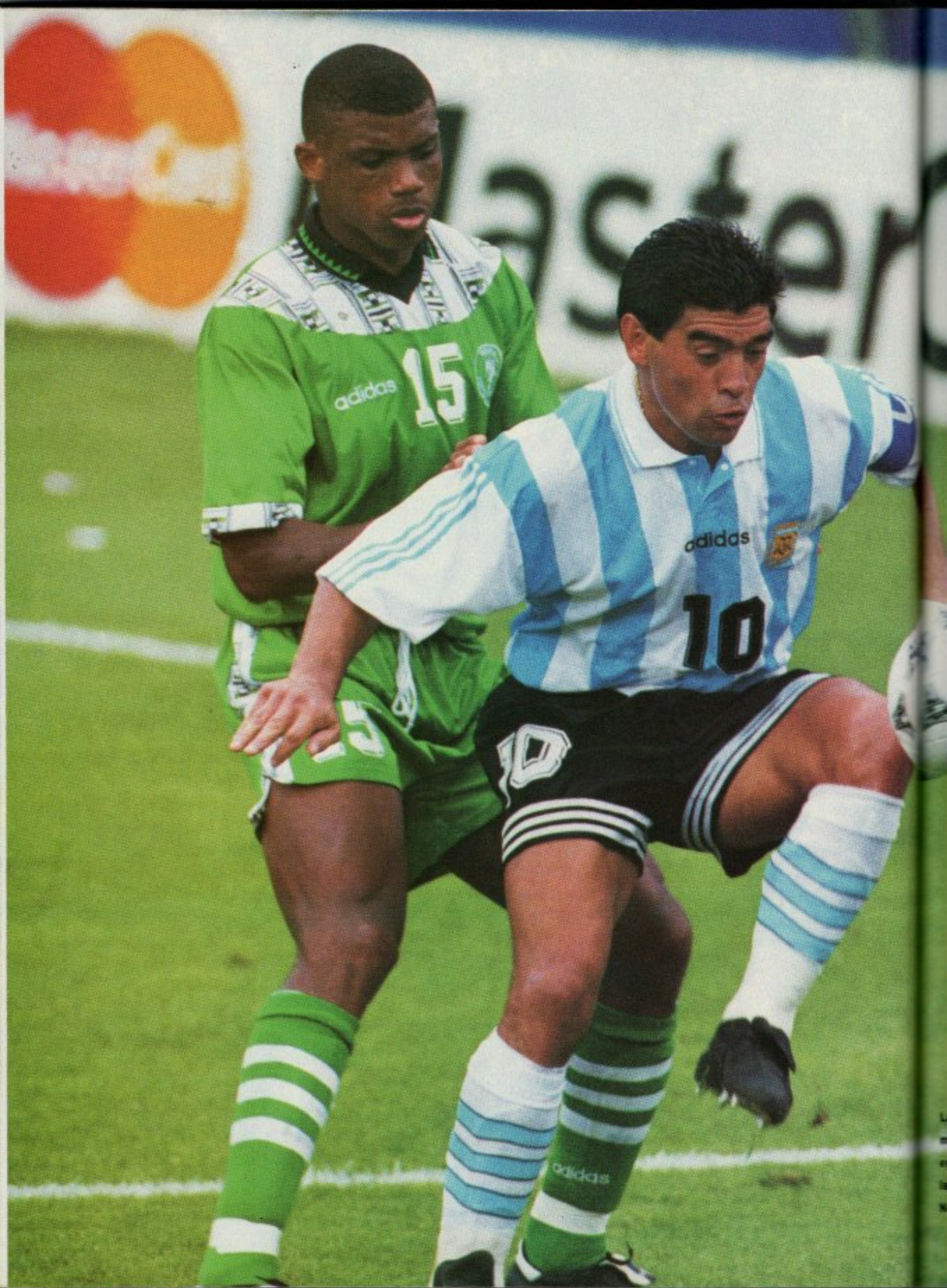
-Agradezco a todos, pero especialmente al Barba, al de arriba, que me ayudó mucho.

El mundo del fútbol se conmovió. Tuvo que archivar el escepticismo. Porque pocos creían en él. Le habían puesto una lápida antes de empezar.

Pronto llovieron los conceptos elogiosos, las frases sorpresivas y sorprendentes. Como las del alemán Bernd Schuster, ex compañero en el Barcelona, verdadero talento que ahora era comentarista de la televisión de su país...

Cuando se venía el debut, Maradona encaró a Basile y le trasladó su preocupación: "Veo que se está inclinando por Islas, pero nosotros queremos que ataje Goyco".

Arriba, el gol de Maradona a Grecia, el 21 de junio de 1994, en el Foxboro Stadium. Un gol histórico, porque fue el último de Diego en una Copa del Mundo. Abajo, una toma de su reacción instintiva. Corrió hasta la cámara de televisión y se zambulló en la lente para que el mundo supiera que estaba de vuelta. Después, sí, giró y se abrazó con sus compañeros, que lo habían perseguido como pocas veces. Para ellos también era un gol especial, un gol que abría el camino de otra esperanza.


adidas
15
adidas
10

“Si Diego fuera alemán, no jugaría este Mundial. Sólo alguien con la mentalidad de un argentino es capaz de esto”, dijo Schuster.

-Si Diego fuera alemán, no jugaría este Mundial. Sólo alguien con la mentalidad de un argentino y la genialidad de Maradona es capaz de intentar esta locura a su edad, después de tantas y tantas batallas...

El sábado 25 de junio, ante Nigeria, se tejerían nuevas muecas de incredulidad.

Esta vez jugó los noventa minutos y fue, literalmente, el dueño del partido. La manija temperamental y futbolística de un partido que ingresó en zona de turbulencia por el 2-1 apretado, pero terminó a cielo despejado por el concierto embriagante de su zurda.

La puso bajo la suela, la escondió de la enjundia de los morenitos, generó un par de desbordes clínicamente maradonianos y se la guardó juntó al botín enguantado hasta el segundo final, hasta que una enfermera de la organización le interrumpió el festejo para llevarlo de la mano.

Se fue de la cancha como si esa joven regordeta fuera su novia y la estuviera paseando por un jardín de rosas. A paso lento, saludando a la tribuna que bramaba su apellido, sonriendo con una tranquilidad que invitaba a soñar con otro título, con otro campeonato, porque esa Selección plagada de talentos había dejado la sensación térmica de tener pasta de campeón, de campeón del mundo...

Lo decían todos: ex futbolistas devenidos comentaristas, históricos del fútbol, observadores imparciales, dirigentes de los cinco continentes, miembros de la organización... Esa Argentina de Basile, esa Argentina de tantos jugadores al servicio de la creación, tenía todo para beberse la gloria.

Diego estaba feliz con ese planteo, con esa idea. Estaba feliz porque en la cancha se había plasmado lo que el Coco les había anticipado antes de empezar el campeonato.

-Yo me la juego por ustedes, muchachos. Los pongo a todos juntos, por más que me digan que estoy loco. Si nos ordenamos, si tenemos el mínimo de sacrificio para que uno sea sombra del otro cuando perdemos la pelota, si somos un cachito solidarios, yo creo que podemos hacer la diferencia. Vamos a intentarlo, porque me parece que pode-



Las caras son elocuentes. Caniggia acaba de convertir el segundo ante los nigerianos, luego de un pase angelizado de Maradona. El equipo superaba un escollo durísimo y se anotaba en la difícil carrera por el título. No parecía imposible...

La zurda genial fue clave para mantener las riendas del trámite en el partido con Nigeria. Diego la guardó hasta el pitazo final. No se la pudieron quitar.

"Los médicos de la Selección Nacional desconocíamos que Maradona estaba tomando una medicación. Si lo hizo, fue por su cuenta", descargó el doctor Ernesto Ugalde.

mos hacer roncha. Yo les tengo una fe ciega.

Diego estaba bárbaro, pleno como cuando era Cebollita. No se la veía venir.

La pesadilla

-¡Me rompí el c...! ¿me entendés? ¡Me rompí el c... y me viene a pasar esto! ¿Por qué, Dios?

El pobre de Salvatore Carmando jamás lo había visto así. Y ojo que el masajista del Napoli ya tenía una década al lado suyo, compartiendo las angustias íntimas, los pesares intensos, algún secreto inconfesable, siempre hundiendo sus dedos aceitados en fibras sedientas de respiro.

Pero coexistían ingredientes inéditos en esos gestos inconsolables, en las frases viscerales de Diego. Reacciones mínimas, computables sólo desde el tamiz de la sensibilidad, que permitían presumir inocencia.

Porque la reacción de Maradona no acarreaba culpa. Semejaba el volcán espontáneo de quien había sido traicionado en su buena fe. De alguien engatusado por un destino absolutamente digitado.

Dos horas antes, nomás, se había paseado con Dalmita repartiendo sonrisas a los cuatro vientos. Si hasta había bromeado con los periodistas...

-Después de Grecia te pusiste un seis con cincuenta. ¿Mejoraste contra los nigerianos?

-Claro, maestrito. Jugué para un seis, cincuenta y cinco...

Dos horas antes, nomás, sólo le ensombrecía la existencia que Gianinna anduviera con unas líneas de fiebre, producto de un resfrío inesperado. Y nada más.

Pero ahora, en las entrañas incandescentes de la habitación 127 del Babson, Diego parece poseído por una tormenta de los mil demonios.

-¿Cómo me puede pasar esto a mí? -dijo antes de llorar toda la noche del martes 28. La noche entera.

Una decena de minutos antes, Marcos Franchi había recibido la comunicación definitiva de parte del presidente de la AFA, Julio Grondona.

Don Julio no quiso hablar hasta la nochecita, pero el teléfono de su habitación había sonado a las 10.32 de la mañana.

Era el suizo Joseph Blatter, el secretario general de la FIFA.

-Lo siento mucho, Julio, pero tengo que darte una noticia muy triste para todos: el análisis de Maradona dio positivo. Mañana se hace la contraprueba.

Mientras tanto, todo el plantel -incluyendo a Maradona- se trasladaba a Dallas para afrontar el partido con Bulgaria.

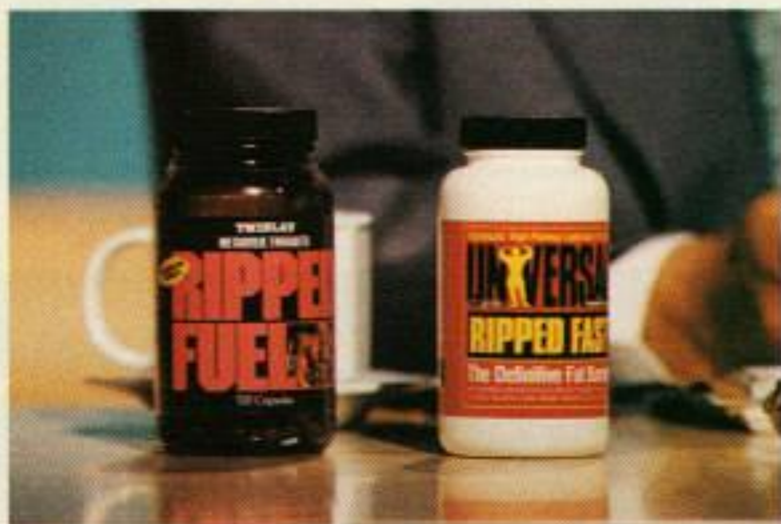
Por la tarde haría un reconocimiento de la nada en el estadio Cotton Bowl. El grupo, atomizado por el campo, caminó la cancha con la vista perdida, cuchicheando palabras inaudibles para quien estuviera más allá de dos metros de quien la pronunciara. Era muy fácil adivinar el tema de conversación. Muy fácil.

Diego estaba con ellos. Ensayó una sonrisa de cara a la platea principal, tiró algún beso, pero no era el mismo. Sin dudas. Tenía un volcán en el alma.

De repente, sus pasos sin destino lo depositaron dentro de un arco, enganchado en la red. Sólo Dios sabe lo que pasó por su cabeza en ese instante que pareció desgarrador.

Al rato coincidieron en el arco el Gringo Scoponi, Islas, Ruggeri, Simeone, Bati... Hablaron sin pronunciar palabra, cruzaron miradas, gobernados por un halo de tangible pesimismo.

Al mismo tiempo que el equipo se desplomaba por la gramilla del Cotton, la FIFA soltaba un comunicado admitiendo que un futbolista del partido Argentina-Nigeria había dado positivo.



Los frascos del error irreparable. Daniel Cerrini se confundió de medicamento y ese desliz fue fatal para la suerte de Maradona. La FIFA no tuvo piedad de él.

No mencionaba ningún apellido, pero los cronistas recordaban perfectamente quiénes habían concurrido por Argentina: Sergio Vázquez y Diego Maradona.

Dejaron la cancha sin hablar. Pero la cintura política de Grondona no quiso gambetear la marea de periodistas que le contaban los pasos y dejó escapar la información imprescindible. El jugador y la sustancia. Maradona y efedrina. Un mazazo terrible.

Cuando Diego se zambulló en la privacidad candente de su habitación del Sheraton Central Park se barajaba un endeble antecedente de salvación, aquel del español Calderé, castigado con una fecha por consumir efedrina durante México 86.

Endeble porque aquella vez el médico español había proclamado su culpabilidad al no incluir un medicamento en la planilla. Esta vez, en cambio, el doctor Ernesto Ugalde se desembarazó públicamente de cualquier responsabilidad. Como dirían en la calle, se lavó bien las manos.

-Quiero que esto quede bien claro para todos: los médicos de la Selección Nacional desconocíamos por completo que el jugador Maradona estaba tomando medicación alguna. Si lo hizo, fue por su cuenta, no por prescripción de este cuerpo médico.

A la mañana siguiente, Daniel Cerrini, el hombre más buscado y acusado del planeta, llegó desde Boston.

-Yo voy a poner la cara, viejo. Me hago responsable de lo que sea. No quiero que Diego paque por algo que

Arriba, un Maradona pensativo recorre el área del estadio de Dallas, a la espera de que le comunicaran la decisión oficial sobre su caso. En ese arco, varios referentes del plantel estuvieron elaborando el duelo con él durante el reconocimiento del campo. Abajo, una prueba del cariño que le tuvieron los nigerianos en el partido que derivó en la suspensión. No fueron tan duros como los cameruneses en Italia 90, pero igual le dejaron marcas en la piel. Dolores que parecieron pequeños al lado del gran dolor.



88	33	2
PARTIDOS	GOLES	TÍTULOS



El abrazo interminable con Claudia, su mujer. Desde que se conoció el caso, Maradona lloró horas enteras abrazado a ella.

no le corresponde.

Ni falta que hacía. Daniel Cerrini no pertenecía a la lista oficial que obraba en poder de FIFA. Para los registros oficiales, no existía como integrante de la delegación argentina.

Además, en el lobby ya estaba el dirigente riverplatense David Pintado leyendo, en nombre de la AFA, un comunicado que delineaba la línea de acción de la asociación argentina.

Retiraban a Diego de la competición "para permitir el más cómodo trabajo de la FIFA en la resolución del caso". Esto es: para que la sanción al jugador no salpicara la marcha del equipo en el resto del campeonato.

Con Maradona excluido, Argentina mantenía los puntos ganados frente a los nigerianos, se garantizaba el pasaporte a la fase posterior y se mantenía en el campeonato como si nada hubiera pasado.

Esa noticia cayó como una bomba neutrónica en la habitación de Diego.

-Me cortaron las piernas y, encima, no me dejan defender. ¿Para qué habló el doctor Ugalde? ¿Por qué no cerró la boca? ¿No se da cuenta de que la máquina se pudo haber equivocado? Pero no, no les importa, me dejan solo... Quiero tener el derecho a defenderme porque no me drogué, no sé qué pasó... Juro que no me drogué, pero veo que no les calienta. Total, acá el único que se hunde es Maradona...

Sus compañeros fueron desfilando uno a uno por la pieza del Diez. Abrazos, mares de lágrimas, pésames acordes con una sala de velatorios.

La procesión fue interminable hasta que los muchachos debieron marcharse al estadio.

Diego se quedó. Con su gente, pero solo. A la hora señalada se sentó en el piso alfombrado de la habitación 640, delante de un televisor que mostraba el inicio de Argentina-Bulgaria.

"Me cortaron las piernas", alcanzó a decir Maradona, asfixiado por el dolor.

Era la primera vez en dieciséis años que veía por televisión un partido de la Selección en una Copa del Mundo. Siempre había estado ahí, sobre el césped que ahora le parecía un paño extraño y hostil. Miraba sin ver. Sin hablar. A los diez minutos, tal vez antes, se le desbarrancaron las lágrimas. Aguantó 25 minutos y se levantó. Ni siquiera alcanzó a ver que Claudio Caniggia, su amigo del alma, abandonaba la cancha con un desgarro.

Partió hacia su habitación, la 714, soñando que al Cani le traería buena suerte la bandera argentina que él le había regalado antes de partir. La bandera que sus hijas habían traído para alentarlo en su cuarto Mundial.

Las horas posteriores despejarían nubarrones, pero no alejarían la furiosa tormenta interna. No tuvo consuelo. ¿Cómo tenerlo en un marco así?

Comentó para Canal 13 la eliminación con Rumania.

-Los muchachos estaban destruidos, perdieron la alegría. Y eso me mortifica más, porque sé que sufrieron por mí...

Después conoció la certeza del error. Habían comprado un suplemento vitamínico equivocado en una tienda americana: en vez de Ripped Fast, adquirieron Ripped Fuel, que contenía otros elementos, como diuréticos y efedrina. Un error letal.

-Ahí está, no me drogué, fue un error. Pero ya no le importa a nadie. Ni siquiera a mí, porque me quitaron la ilusión...

Y dejó picando la pelota de su amargura, descorriéndole el velo a una incertidumbre contagiosa y temeraria.

-No sé... No sé qué voy a hacer con mi vida.

De veras que no sabía.■

CAPÍTULO 12

LA DESPEDIDA



El grito visceral, el gol que se escapa por cada poro, por esa mueca instintiva e incontenible. Maradona otra vez en Boca, su casa.

No sé qué voy a hacer con mi vida...

Ésa fue la frase póstuma tras el sinsabor Mundial de USA 94, desde ese momento y para siempre un sinónimo indisoluble de tormento para la mente de Maradona.

Pocas veces más sinceras sus expresiones. Más ajustadas al ánimo de piltrafa que le recorría el cuerpo de punta a punta, sojuzgándolo cruelmente.

Sus hijas eran un remanso. El refugio cálido para el invierno de la desorientación.

Era un hombre sin brújula, una hoja sometida al viento tempestuoso de un destino con cartas marcadas. Porque la espada asesina lo atravesó de lado a lado, sin piedad.

No bastó con la exclusión del Mundial. No se saciaron los instintos malignos con el comprobado error en la adquisición del medicamento que provocó la catástrofe. Habría más...

Nada contó, en definitiva, a la hora de la sanción de la FIFA. Quince meses. Quince meses alejado de la pelota, que fuera juguete, que fuera instrumento de trabajo, que fuera su vida...

Algo podía destrabarle la pesadilla.

-¿Sabés que me gustaría, Claudia? Me gustaría acostarme a dormir y, mágicamente, despertarme dentro de quince meses para jugar en Boca. Para volver a la Bombonera y sentir el grito de esa hinchada. Mirá que pasé momentos lindos en el fútbol, ¿eh? Pero como la vibración de la cancha de Boca no hay, Clau, no hay...

-Hay que tener fe, Diego.

-Sí, ya sé, pero no te creas que es fácil. Tengo un bombo retumbando en la cabeza: "Quince meses, quince meses". No sé si voy a aguantarlo.

Estaba en pie de guerra. Con Grondona, con la FIFA, con Passarella, con ese mundillo futbolero que le daba la espalda sin asco, atado a un resentimiento que causaba vergüenza ajena.

Boca era el horizonte lejano. El amanecer rojizo que ya vendría. Mientras tanto...

Terapia alternativa

-Diego, ¿vos podés venir mañana a las nueve?

-Ehhh... Dígame una cosa, con todo respeto: ¿No le parece un poquito temprano?

-Es que a otra hora no puedo, tengo la agenda al tope...

-Bueno, presidente, no se preocupe. Quedamos así.

Roberto "Tito" Cruz, el controvertido presidente de Mandiyú de Corrientes, cortó la comunicación en el living de su lujosa casa de Ramos Mejía y le clavó la mirada a su mujer.

-Si llega a las nueve en punto, le doy el equipo.

A las nueve menos un minuto del primer lunes de octubre de 1994, Diego Armando Maradona tocaba el timbre de la residencia del tal Cruz. En la lista de candidatos estaban el Pato Fillol, el Indio Solari y Rodolfo Motta, pero el Pelusa ya les había sacado un cuerpo de ventaja.

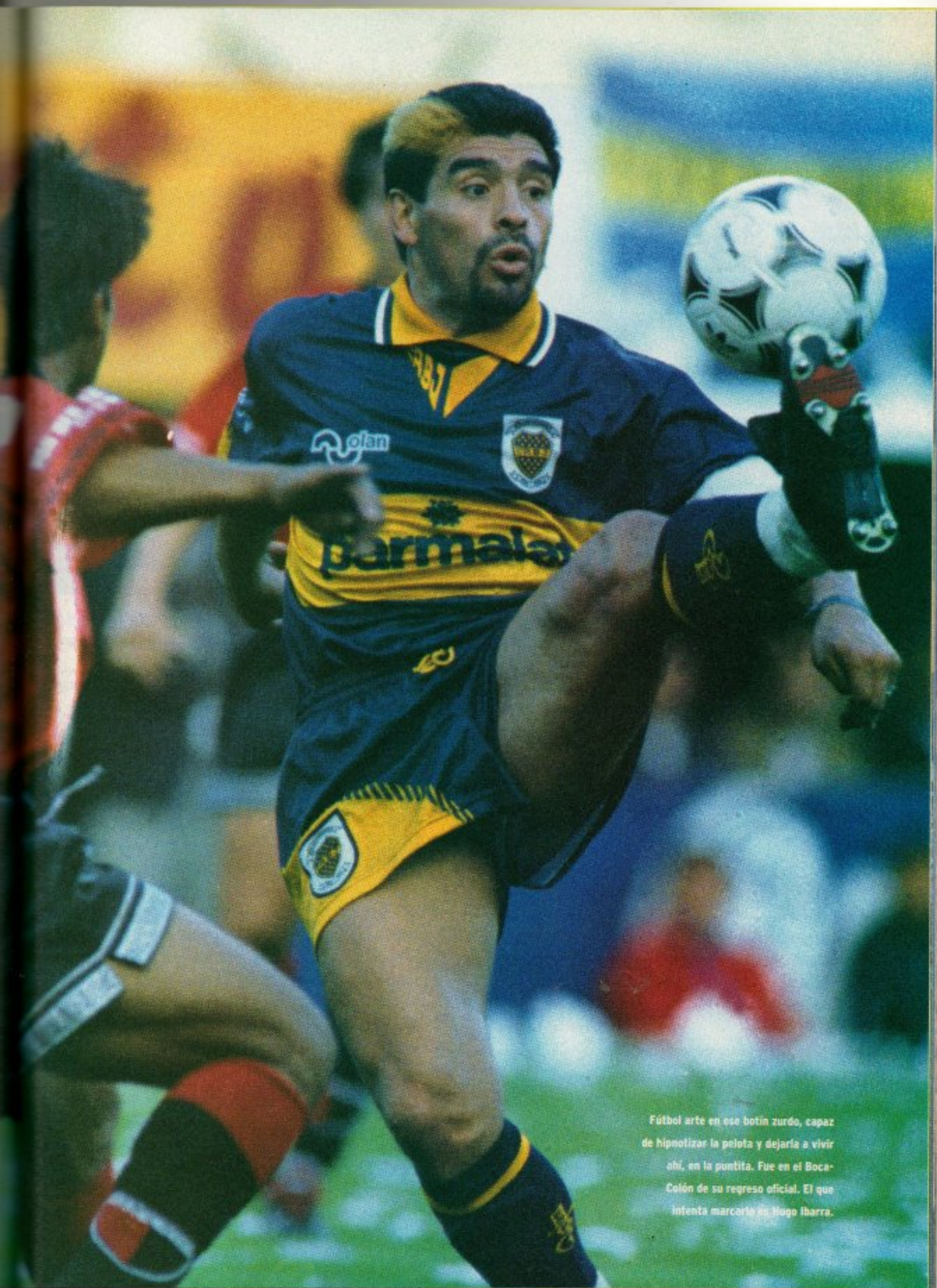
Hombre de reciente vinculación al Ceamse y ex diputado peronista, Cruz fue definido por un hábil periodista de actualidad como "un político con lenguaje de entrenador de fútbol".

Por encima de todo, era un individuo con ilimitadas ansias de figuración. Capaz de encarar la empresa más imposible con tal de mantener su llama personal en el candelero.

Por supuesto, el acuerdo con Diego y su ayudante de campo, Carlos Fren, fue inmediato. Maradona quería reintegrarse al medio vital. Necesitaba asumir una responsabilidad de algún tipo. No podía continuar con esa navegación turbulenta por la incertidumbre más encrespada. Y la relación se



Sus hijas, Dalma y Gianinna lo sorprendieron en la emotiva fiesta de bienvenida. Aparecieron en el campo de juego adentro de una caja sorpresa. Fue conmovedor.



Fútbol arte en ese botín zurdo, capaz de hipnotizar la pelota y dejarla a vivir ahí, en la puntita. Fue en el Boca-Colón de su regreso oficial. El que intenta marcarlo es Hugo Ibarra.



Golazo de tiro libre a Argentinos Juniors, en la cancha de Vélez. Fue el 15 de octubre y sirvió para abrochar el triunfo por la mínima diferencia. Fue, también, el primer gol desde su vuelta al fútbol argentino, tras una docena de años por Europa. Había dudas sobre cuál sería su rendimiento, pero también certezas sobre sus ganas.

acordó de palabra, sustentado en un feeling que parecía sólido, aunque no lo fuera.

Tito Cruz no desperdició la oportunidad para poner la cara ante los cientos de camarógrafos, ante miles de flashes. Era, aunque no lo confesara, lo que estaba esperando...

-Contratar a Maradona es una idea mía. Una gran decisión en el momento justo. No hicimos ningún análisis porque no correspondía. ¿Cuál puede ser la contra de tener a Maradona de técnico? Ninguna, obviamente...

-No se crea. Una contra puede ser su inexperiencia como entrenador, por ejemplo...

-Mire, tener a Maradona es como salir con Kim Basinger. ¿Me entiende? Lo tengo que disfrutar, no puedo ser tan imbécil de ponerme a pensar que en un momento se va a cortar la relación...

Diego era inexperto, pero veía al fútbol redondo como una pelota. Sabía que ese equipo modesto no estaba para las hazañas desmedidas. Que era, paradójicamente, lo que imaginaba el noble pueblo correntino, el pueblo de su propia sangre.

-Jugaremos a no perder y trataremos de hacernos fuertes en nuestra cancha.

Trabajó con humildad pueblerina en las canchitas del barrio Yecoá y aguardó el debut ante Rosario Central con la ansiedad de un juvenil debutante. Pero observar desde la platea -carecía de autorización para sentarse en el banco- le resultó más complejo que convertirle aquel gol mítico a los ingleses.

Sentado al lado de su hermano Lalo, gritó, pataleó, insultó, se comió las uñas, se ahorcó con su propia corbata y zapateó la bronca de la derrota: 1-2.

Rescató el primer punto al partido siguiente, visitando a Gimnasia en el bosque platense, y luego sobrellevó con flameante estoicismo una seguidilla de derrotas y empates, apenas salpimentadas por el orgullo de un 2-2 emblemático ante River, en el estadio Monumental.

Diego se sentía capaz de domesticar el veneno de los resultados y la pesadez de una función que lo inmiscuía en los asuntos del fútbol, aunque sin la inyección del divertimiento.

Pero no toleraba la relación con Cruz, descascarada hasta el día del adiós sin retorno, luego de una campaña de doce partidos, producto de un triunfo, seis empates y cinco derrotas.

Ni bueno, ni malo. Digamos regular, por ponerle un calificativo. Digamos lo que se podía esperar de acuerdo a la comprobada cate-

"Tener a Maradona es como salir con Kim Basinger. Lo tengo que disfrutar, no puedo ser tan imbécil de ponerme a pensar que en un momento se va a cortar la relación", dijo Cruz

goría futbolística del plantel.

Un portazo, la experiencia en la mochila y la promesa de volver a intentarlo...

Dos grandes en apuros

Otro llamado telefónico inesperado. Una propuesta coincidente. Una propuesta decente.

-Diego, ¿podés venir mañana a las nueve?

El inicio de la conversación le causó gracia. Sinceramente, no lo podía creer. Hacía tan poco que otro señor del fútbol lo había llamado para hacerle la misma e insólita pregunta...

Maradona y Racing. Dos grandes desesperados. Diego, por reactivar el romance. El club, por asomar la cabeza tras 28 años de oscurantismo.

El viernes 6 de enero de 1995, a las 18.22, pisó el césped de la cancha. Lo acompañaba Carlos Fren, su fiel escudero, el presidente Juan De Stéfano y las cámaras de América 2, el sponsor de la nueva cruzada.

Subió al micro y a la una de la mañana estaba descendiendo con el plantel en el Hotel Golf Internacional de Santa Teresita para iniciar la pretemporada.

Fue un enero intenso, con el tilde de la voluntad acentuando el trabajo. Pero febrero lo estancó en la depresión de los dolores lumbares, en la necesidad de un escapismo que parara ese martirio y la depresión de ser de palo, de mirar de afuera.

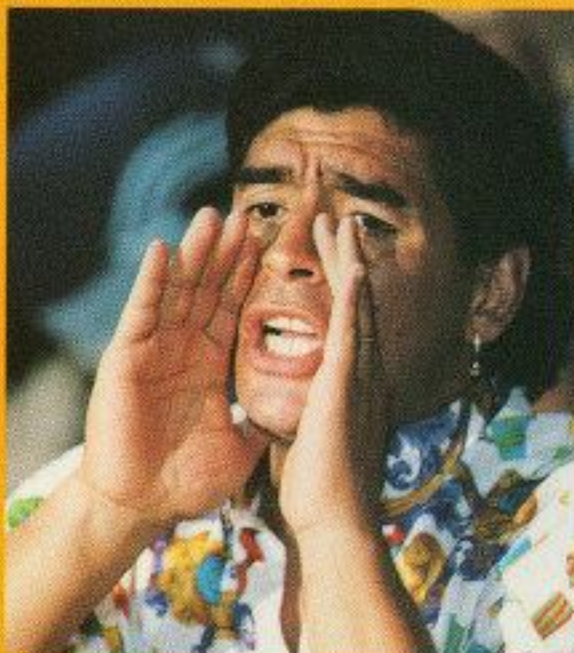
¿Estaría él en el debut? Sí, claro que sí.

Cancha de Ferro. Domingo 26 de febrero. Marea académica en los tablones ondulantes, atmósfera festiva, esperanza, excitación y algo más...

-¡Soltame, carajo! ¡La intención



El Gran DT, parte 1. Maradona se come las uñas desde la platea, dirigiendo a Mandiyú ante Central. Fue su primera vez...



Desde afuera sufría más que adentro. Se ponía loco: gritaba, protestaba, hacía gestos poco convenientes a las tribunas...



Y tan mal se portaba que a los árbitros no les quedaba otra alternativa que expulsarlo. Eso sí, lo sacaban con custodia.



El Gran DT, parte 2. Maradona en Racing, durante la pretemporada en Santa Teresita. Se fue Juan De Stéfano y se fue él.



Íntimamente, Diego se puso contento cuando De Stéfano perdió las elecciones en Racing. Era la excusa perfecta para irse y prepararse para volver a vestir la camiseta de Boca.

Sánchez! Lo que vale es la intención... ¡Soltameee!

Casi un sketch. Un cuadrito en blanco y negro rescatado de Abott y Costello. Ángel Sánchez entendió que una opinable mano de Michelini era penal, Diego saltó del banco como un resorte y a Carlos Fren no se le ocurrió nada mejor que detenerlo manoteándolo... ¡de la corbata!

Racing perdió 1-0, sin merecerlo. Y Maradona sufrió como un paciente al que le quitan la muela del juicio sin anestesia. Por la inoperancia del equipo, por un supuesto ánimo conspirador de los árbitros, por el nudo de la corbata, por ese dedo mayor mostrado irreverentemente a los plateístas de Ferro, por el hastío general del pez que no está en el agua...

Era el principio. Pero también el principio del fin.

-Muchachos, discúlpenme, pero ayer jugué al paddle en Mar del Plata y hoy no me puedo mover, la cintura me está matando. Yo me quedo en la cama, pero con ustedes va Fren. Denle para adelante que hoy ganamos el primer partido de visitante, ya van a ver...

Había pasado un empate-triunfo con Independiente, se venía Huracán en el Parque Patricios, pero ya quería tirar la toalla. No aguantaba. Ésa era la única verdad. El profesor Fernando Signorini ya lo sabía, se lo adelantó mientras tomaban un café...

-El martes renuncio. La mafia es muy grande. Los árbitros nos perjudican por mi culpa, tenemos el Tribunal en contra...

En realidad, el Tribunal lo multó en 3.660 pesos por aquel famoso dedito a la platea. El resto era más que discutible. De Stéfano le puso un freno.

-Pibe, vos de Racing no te vas porque yo al equipo lo veo bien y a vos mejor todavía.

Hábil para disimular, Juancito. Pero con las urnas no hubo labia ni disimulo que valiera. Los socios académicos le dieron la espalda, perdió la chance de ser reelecto y Diego se tropezó con la coartada perfecta, después de once partidos, dos victorias, seis empates y tres derrotas. Digamos que una campaña regularcita como aquélla de Mandiyú.

-Si Juan se va, me voy yo. A partir de este momento, soy un desocupado más...

A partir de ese preciso momento, la mira estaba en el 15 de septiembre. No era un día más. Era el día que vencía su suspensión como jugador...

Otra vuelta, compañero

Desde su habitación del Tower Hotel se veía la silueta caótica de Seúl, envuelta en una bruma tenue. Se sentó al lado de Caniggia -el pelo prolijo, la franja dorada reluciente- y comenzó a ejercer el magnetismo mágico del liderazgo. Encaraba un nuevo desafío y quería que todos se subieran al barco. Todos.

-Acá somos todos grandes, muchachos. No hay pibitos que puedan decir "no, yo no tengo la culpa". Al contrario. Somos grandes y quien más, quien menos, ha pasado por situaciones límite. Está el Cani, está el Mono, está el Beto... todos grandes. Entonces no le podemos echar la culpa al técnico. Que tendrá su cuota, pero que no nos avala a nosotros para escondernos detrás de él. A Boca lo pusimos nosotros en esta situación. Y nosotros tenemos que salir...

Un Diego Maradona genuino. Auténtico. Arengando a su tropa, aunque ese sábado 30 de septiembre sólo hubiera por delante un amistoso con Corea del Sur. El amistoso de su vuelta a Boca para ensayar la hazaña del campeonato esquivo.

Muy temprano, a eso de las siete, lo desperto su séquito con una bandera y una torta que compartía la leyenda: "Merde".

Se dejó afeitar por Tony Cuozzo y después asistió al agasajo oficial que le había preparado el presidente de la Nación, Carlos Saúl



Una típica ocurrencia maradoniana. Se apareció por la Bombonera conduciendo un camión... Obviamente, en el entrenamiento se armó un revuelo espectacular, un revuelo como sólo es capaz de armar Diego Armando Maradona.

"Estaba cansado de que mi vieja fuera al supermercado o a la panadería y le gritaran: ¡Efedrina!", le confesó al presidente Carlos Menem antes de jugar en Corea del Sur.

Menem, en el hotel Hyatt. Al principio charlaron sobre anécdotas en común, sobre los encuentros que solían tener cuando él estaba en Argentinos y Menem recorría las calles de Buenos Aires como el excéntrico gobernador de la provincia de La Rioja. Después fueron al punto...

-Estoy re feliz, Presidente.

-Yo también, los argentinos también, Diego...

-¿Sabe qué pasa? Ya estaba cansado de que mi vieja fuera al supermercado o a la panadería y le gritaran: "¡Efedrina!". Fue un año y medio muy duro, muy jodido de soportar. Por mí y por toda mi gente. Yo digo que los argentinos somos buenos cuando queremos ser buenos, Presidente, pero muy pero muy hijos de p... cuando queremos ser hijos de p...

-Estarás muy feliz de jugar con Caniggia...

-¡Qué le parece! Ya le dije que cuando haga un gol, le voy a partir la boca de un beso...

-Va a salir corriendo.

-¡Qué corriendo! Lo corro hasta las tribunas si es necesario. Se lo doy, le juro que se lo doy.

Jugó, fue figura, celebró el 2-1 como un campeonato, le dedicó la vuelta a Fito y a Charly, a doña Tota y a Claudia, a don Diego y a las nenas, a Gasalla y a Perciavalle, a Fidel Castro y al doctor Lentini, al Loco Montenegro y a Ernesto Sabato...

Y volvió a cruzarse con un Menem dicharachero, súbdito de una preocupación ficticia...

-Jugaste tan bien, que tengo miedo por River...

El sábado 7 de octubre Maradona volvió oficialmente. En el templo hirviente de la Bombonera, asumiendo sin complejos esa deidad proclamada por una bandera que flamea en la tribuna: "¿Con la diez? Dios".

Salió a la cancha envuelto en bengalas azules y amarillas, barnizado por un mar de papelitos, impulsado por una tribuna rugiente. Y se sorprendió cuando vio avanzar una caja blanca sobre el césped. Una caja que se abrió delante de sus ojos. Adentro estaban sus pequeñas hijas, con un cartel en el que le agradecían por hacerles vivir ese momento. Se le aflojaron las piernas. Se le ablandó el corazón. Ya estaba para irse a casa. Con esa muestra de amor era suficiente. Pero todavía le faltaba jugar el partido. Nada más y nada menos que el partido.

Enfrente, Colón. La resistencia tenaz y heroica de Colón, hasta que en el último instante, en el último centro del Kily González, se eleva Darío Scotto y clava el 1-0 que elevó la fiesta al cielo de la locura total.

Boca empezaba su campeonato en la novena fecha del Clausura. Las ocho anteriores no importaban, valía el sprint final, ése para el que Diego se había preparado en las playas de Punta del Este con la ferocidad de una atleta de alta competencia.

-¿Volviste a vivir? -le preguntó un periodista radial cuando salió del antidoping, pintado con la camiseta sabalera que había cambiado con el uruguayo Marcelo Saralegui.

-No, si yo nunca estuve muerto, maestro...



Diego lo había amenazado durante la semana y cumplió: el 14 de julio de 1996, cuando le ganaron a River con tres goles de Cani, le partió la boca de un beso.

Un poco de esperanza

El Marashow deslumbró fecha a fecha. Vino el golazo de tiro libre para ganarle a Argentinos, después de 13 años y 11 meses sin marcar en la Argentina. Pasó el empate trascendente con el San Lorenzo puntero. Siguió la victoria determinante en Jujuy, ante Gimnasia. Y quedó una conclusión obvia: Diego era el alma del equipo, el motor insustituible, el emblema que todos esperaban.

Las secuencias posteriores parecieron imaginadas por su propia mente. Fiesta en las calles y en las tribunas, el físico okey, más victorias, la punta tan soñada, la fortificación de la mística, el viaje para dar una charla a Oxford, crecientes presagios de vuelta olímpica, de fantasma con la sábana a medio sacar, seis puntos de ventaja sobre el segundo...

-Me parece que se nos da Claudia. ¡Se nos da!

Pero el maquillaje de las victorias disimulaba las grietas insolubles. Faltó Diego contra Rosario Central y el equipo se desintegró muy fácilmente. Se cayó como un castillo de naipes. No pudo avanzar sin su lazarillo.

Y algo sucedió después del empate en cero con River, que acercó a Vélez a dos puntos. Cierto mecanismo depresivo se confabuló con fantasmas que parecían extinguidos.

Durante la semana previa al crucial clásico con Racing, se lo tragó la tierra. Apareció para ju-



Diego fue galardonado por los universitarios de Oxford y después hizo una producción al tono.



La magia de Maradona daba para todo, incluso para hacer jueguito con el agua mineral. Se había ilusionado con lograr el campeonato, pero recibió un cachetazo.

gar. Y jugó como los dioses, aunque no alcanzó para esquivar una cachetada histórica: 4-6 en la Bombonera, Vélez un punto arriba, el sueño hecho pesadilla, la barranca oscura aguardándolo impiadosamente, sin revelar el abismo de su profundidad...

Fue el tiro de gracia para la ambición moribunda. Vélez fue campeón dirigido por Carlos Bianchi, Boca se desangró internamente, imaginó un futuro mejor con Mauricio Macri, también con Carlos Bilardo, y el crash fue inevitable, necesario...

Jugó el inútil 2-2 con el Deportivo Español, elevó la vista hacia la popular extrañamente desértica y leyó las banderas. Una negra, con letras irónicas: "Gracias por el campeonato".

Otra amarilla, con letras azules, enorme: "¡Hasta cuándo! Basta de jugar con la hinchada. Basta de camarilla. Basta de llenarse los bolsillos sin ganar campeonatos".

Se sentía una basura, el peor tipo de la Tierra. Los había defraudado.

De ilusión también se vive

Frío. Distante. De otro palo. Así lo veía Diego a Macri. Sobre todo, después de una frase-símbolo del presidente flamante...

-Boca ya no es Rico Mac Pato.

A la distancia, desde Punta del Este, padeció los instantes embrionarios del ciclo de Bilardo. Una revolución de hombres y estructuras.

A Maradona lo acorralaban intuiciones contradictorias.

¿Qué Bilardo encontraría? ¿El genio que lo deslumbró durante México 86 o el entrenador puntilloso que lo desequilibró como pocas veces en el Sevilla?

¿Qué Boca encontraría? ¿El del trato campechano y paternal de Antonio Alegre o el de la frialdad computarizada del ricachón Mauricio Macri?

Pero volvió, claro. Porque el azul y amarillo le tira más que una yunta de bueyes. Contra todos los pronósticos, aun bancándose los malestares físicos y algunos silbidos impensados cuando jugó el amistoso con Armenia.

Enero fue sinónimo de un calvario de pulseadas dialécticas con Macri y Bilardo. Un rosario de dolores, agudizados por dos derrotas inesperadas en los clásicos veraniegos.

Pero en febrero, cuando se sumó al grupo que trabajaba en San Carlos de Bariloche, ya era el Maradona de las pilas a tope.

El Diego que pasaba facturas.

-Argentina es el país de la duda eterna. Se duda de todo. Yo sé que tuve un desgarro y no tengo que comprobárselo a nadie. Lo tuve y se acabó.

El Diego que se ilusionaba.

-La Brujita Verón es un jugador espectacular, va a dar que hablar en poco tiempo más.

El Diego con una broma en la punta de la lengua.

-Che, ¿saben cómo le dicen al camerunés Tchami acá, en Bariloche?

-No. ¿Cómo le dicen?

-Nahuelito, porque es negro, pero no saben bien qué es.

El Diego que radiografiaba la realidad y hasta sonreía comprensiblemente con las cábalas interminables de Bilardo con los fotógrafos de El Gráfico.

-Sacame así, de costado, igualito que en México 86.

Contame que me gusta

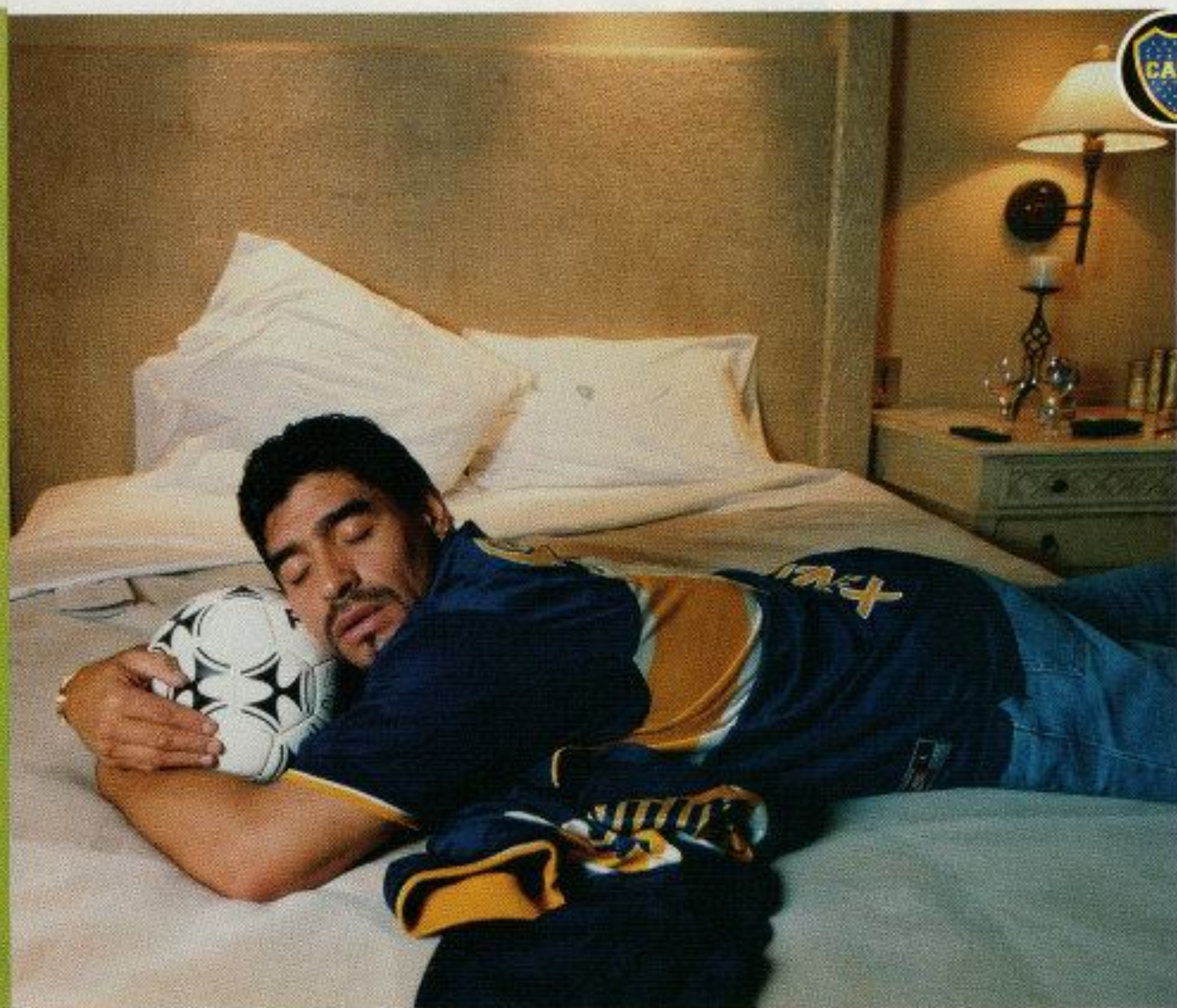
En aquella época, a Diego le encantaba compartir la habitación de la concentración con Caniggia. Hablaban de sus cosas, de bueyes perdidos, de sus familias, de cuando eran pibes...

Diego siempre tenía una anécdota querible para detonarle una sonrisa al muchacho de Henderson, al Hijo del Viento, al tipo con el que había vivido emociones intransferibles con la camiseta de la Selección.

-Yo era muy vivo, Cani. Muy vivo. Cuando estábamos en Fiorito tenía caladas todas las goteras de la casa. Y cuando nos íbamos a dormir,

La primera frase de Mauricio Macri que no le cayó bien fue: "Boca ya no es Rico Mac Pato". De allí en adelante, jugador y presidente no se llevarían muy bien que digamos...

El domingo 25 de octubre de 1997 quedó en la historia como el día en que Maradona dejó de jugar oficialmente. En el Monumental, Boca le ganó 2-1 a River y Diego jugó los primeros 45 minutos, en los que mantuvo un duelo futbolístico con Leonardo Astrada. Abajo, los once de Boca en aquella tarde. Parados: Solano, Bermúdez, Córdoba, Fabbri, Arruabarrena y Diego, pidiendo que no se olviden de Cabezas. Agachados: Palermo, Toresani, Cagna y Vivas. Su reemplazante fue otro genio: Juan Román Riquelme.





29	7	0
PARTIDOS	GOLES	TÍTULOS

Dulces sueños con dos cositas que ama: la pelota y la camiseta de Boca. Dos cositas que lo hicieron inmensamente feliz.

yo me acostaba esquivándolas. Mis hermanos, que no tenían ni idea, se mojaban. Yo no. ¿Querés otra?

-Sí, dale...

-El día que debuté en la Primera de Argentinos no tenía pilcha, ¿viste? Me citaron para concentrar y hacía un calor bárbaro. Era primavera, pero parecía pleno verano. Y no tuve alternativa... Me puse el único pantalón que tenía, uno de corderoy celeste. Me morí de calor, pero la cara no me daba para mangarle un pantalón a alguien...

Puntos suspensivos

Hubo un amanecer luminoso. Goleadas, Caniggia en nivel de Selección Nacional, otra vez la punta de la tabla. Pero en la sexta fecha se hartó el gemelo izquierdo de Diego. Hizo crack. Otro desgarro trapero. Otro parate. Otra depresión profunda...

-¡Me quiero matar! ¿Siempre me tiene que tocar a mí? ¿Qué hice yo para sufrir tanto?

No había intersticios para el consuelo. Tampoco lo tendría en las semanas siguientes. Boca, su Boca, sufriría su máxima derrota en la Bombonera: 0-6 con Gimnasia, bailando al ritmo de los mellizos Barros Schelotto. Y la ruta del campeonato volvería a diluirse para siempre, por más que él volviera y se cargara todas las mochilas al hombro.

Podía convertir golazos como contra Belgrano, pero jamás enyesar las fisuras sin la respuesta global del conjunto. Pronto comprendería que estaban edificando un castillo en el aire...

Fue una catarata de decepciones: relación tensa con Macri, endeblez física, menos feeling con Bilardo, cinco penales desperdiciados en forma consecutiva, un amague de retiro, el oasis de las victorias con River...

Maradona nunca imaginó que el clásico contra River sería su último partido.

Cuando el destino le gritó el "¡No va mássss...!" a Bilardo, un viejo conocido le reactivó los resortes de la motivación: el Bambino Veira. Le pulsó ese botoncito oculto que le aceleraba el orgullo, las ansias de trascender su tiempo, como si hiciera falta...

¿Hace falta reseñar los capítulos finales? No. De ninguna manera. Es historia demasiado reciente, pintura fresca.

Bastará con repasar su felicidad renovada, las rabietas crónicas, el trato preferencial y entendible, el desenfreno del polémico beso a Caniggia y la despedida sin aviso previo en el clásico con River, un 25 de octubre de 1997 que, por ahora, permanece anotado en el último renglón de la historia...

Una despedida sin aviso porque Diego jamás imaginó que ese día sería el último. Que en ese cambio le estaba entregando a Juan Román Riquelme -otro con pasta de genio- una posta histórica. Por ahora, es el final.

Por ahora... Porque nunca se sabe con este mito viviente del fútbol argentino. Con este Cebollita de las piruetas mágicas. Con este Pelusa de la emoción latente. Con este Diego prestidigitador de fantasías. Con este Maradona genio y figura, sueño de barrilete y barrilete cósmico, mano de Dios y pie de terciopelo, Quijote in eternum de los molinos de viento.

Nunca se sabe con el monarca de la gambeta. Con el espíritu inquieto del pibe pobre de las glorias ricas. Con el muchacho rebelde de los embrujos dulces.

Entonces no se justifica el punto final. El the end definitivo.

Mejor que el corazón escriba un gracias totales, maestro. Y que floten los puntos suspensivos...■

En el hombro de Maradona vive tatuado el Che Guevara, uno de sus referentes ideológicos.

LAS CIEN REFLEXIONES

(FRASES MARADONIANAS A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS)

1 "Si de algo soy consciente es que a la gente no debo defraudarla nunca, porque se divierte con mi juego y olvida alguna de sus penas."

2 "La pobreza es mala. Difícil. Yo la conocí bien. Uno quiere un montón de cosas y se tiene que conformar con soñarlas. Por eso sería lindo que hubiera más justicia, más compensación. Que los que tienen mucho tengan un poquito menos y los que tienen poco, tengan un poquito más."

3 "Recuerdo los retos que me daba mi vieja cuando me compraba zapatillas y al día siguiente ya se me escapaban los dedos porque las rompía jugando a la pelota. En esa época soñaba con ser conocido como Rojitas o el Chivo Pavoni."

4 "Nunca le voy a perdonar a Menotti que me haya dejado afuera del Mundial 78. Mi casa era un velorio. Lloraban mi mamá, mis hermanas, los primos... Fue un drama, algo imborrable. Ojo, que no tengo ningún problema ni nada parecido con Menotti. Al contrario, él hizo muchas cosas por mí. Lo respeto y lo quiero muchísimo. Pero de aquello no me podré olvidar nunca."

5 "Yo represento, para la mayoría de las personas que van a ver fútbol, el pibe que les hubiera gustado ser."

6 "Soy un privilegiado, pero únicamente porque lo quiere Dios. Porque Dios me hace jugar bien. Me hizo nacer la habilidad. Por eso me persigno siempre que entro a una cancha. Me parece que estaría traicionándolo si no lo hiciera."

7 "Jamás pienso en sacar conejos de la galera, como dicen los periodistas. Los conejos no se tienen que buscar, vienen solos. Prefiero hacer un gol a un costado del arquero que tirarle un caño. Cambio un gol por diez túneles. Creo en mi habilidad a muerte, pero quiero ganar siempre."

8 "Ni por cien millones de dólares dejaré de ser argentino. Ser argentino es un sentimiento, y los sentimientos no tienen precio."

9 "Mi viejo siempre hablaba poco, porque no necesitaba hacerlo. Yo lo miraba y sabía lo que tenía que hacer. No le hacía falta hablar para explicarme las cosas. Con mi madre fue distinto. Charlamos más y nos contamos las cosas."

10 "Político no voy a ser nunca. Lo que siento, lo digo y basta."

11 "Nunca me agrandé. Los que me conocen saben que soy siempre el mismo. En mi vida sólo cambiaron las responsabilidades. Me llegaron otros problemas y tuve que asimilarlos. Cuando no era nadie y tenía una actitud incorrecta, no pasaba nada. Pero ahora es diferente. Un gesto mío que no le gusta a la gente y ya salen a decir que estoy agrandado, que la fama me cambió. Pero me río de eso: soy el mismo de siempre."

12 "Las críticas que más tengo en cuenta son las de mis hermanos. Es difícil que ellos se equivoquen."

13 "Lloro, pero de felicidad. A mí se me caen las lágrimas por todo lo lindo. Por ejemplo, cuando mi hermano viene a darme un beso a la pieza creyendo que estoy dormido y yo lo siento. O cuando veo reír a mis viejos de felicidad. Ahí lloro y le doy gracias a Dios por tanta alegría. Cuando me atacan no lloro. Me da bronca, el corazón me late de rabia, pero no lloro."

14 "La noche nos gusta a todos. Más a los jugadores de fútbol, porque tenemos facilidad de movimiento con el cuerpo y somos, justamente por eso, muy buenos bailarines. Ésa es la razón por la cual a la mayoría de los que jugamos fútbol nos agrada salir. Con equilibrio, una salida no le hace mal a nadie. Pero eso sí, personalmente no cambio la noche por un partido."

15 "Tengo enemigos, pero no dan la cara. No los conozco porque nunca se tiraron de frente conmigo."

16 "De todos los apodos que me han puesto, el que más me gusta es Pelusa, porque me vuelve a la infancia. Me acuerdo de Fiorito, de los arcos de caña, de los Cebollitas, de cuando jugaba por el sandwich y la Coca. Aquello era más puro."

17 "Lo más importante es mi familia. Con ellos me río del Maradona estrella. En casa, los reyes son mis viejos y mis hermanos. Puedo quedar mal con cualquiera, pero no con ellos."

18 "Si Boca no puede terminar de pagar mi pase, me muero. Se me derrumbaría todo porque me hice muchas ilusiones con Boca. Ahora sé lo que vale esta camiseta. En esa posibilidad no quiero ni pensar, sobre todo porque Corigliano me aseguró mil veces que me voy a quedar en Boca hasta que me jubile como jugador."

19 "En el Mundial 82 se cometieron muchos errores. También hubo errores en el 78, pero como se ganó el campeonato nadie dijo nada. Yo no soy vigilante, pero el triunfo hace olvidar."



El encuentro entre Maradona y Pelé, en Río de Janeiro, propiciado por El Gráfico. Ocurrió el 9 de abril de 1979, antes de que Diego fuera campeón mundial juvenil.


PUMA



A Diego nunca se le escapa nada... Menos que menos, la oportunidad de sacarse una foto con la cantante Lía Crucet.

20 "Yo noto más agresividad en los contrarios desde que estoy en Boca. Agresividad física y verbal. Algunos me dicen: '¿Y vos valés diez millones de dólares?'. Otros me menosprecian porque salí de la villa. Se creen que diciéndome 'villero' me van a ofender. Pobre de ellos..."

21 "Muchas veces me aconsejaron que pegara. Pegué una patada -contra Brasil, en el Mundial 82- y me expulsaron. Todavía hoy me arrepiento. Y aprendí a valorar más lo que pienso: hay que jugar al fútbol. Jugar y jugar. Algunos me dicen que soy un fenómeno porque no reacciono cuando me pegan. Para otros soy un miedoso. Pero no les hago caso. Yo juego."

23 "El fútbol no me fastidia, sino su entorno. Me fastidia que haya dirigentes que trabajan más para la foto que para el club. Que en mi país no haya instituciones que puedan bancar a Maradona, a Fillol, a Passarella. A veces me hablan del fútbol de antes y yo digo que sí, que puede ser que hayan existido grandes jugadores, pero éstos le dieron a la Argentina dos títulos del mundo y a mí me gustaría que nunca se fueran del país."

24 "Lo malo que tenemos los argentinos es la facilidad para desprestigiar lo nuestro. Parece que el deporte nacional es hablar mal de los de adentro, aunque ahora se está haciendo muy común hablar mal de los otros. En eso se tendría que cambiar. Si tengo algo contra alguien, voy, se lo digo en la cara y listo."

25 "Núñez es vivo, pero no tiene sentimientos. Va a los papeles y manda abajo del carro a cualquiera, quiere liderar como sea. Además, ve un flash y se tira de cabeza. Cuando se hizo lo del Napoli, le dije: 'Yo me voy, quédese con el club, con Barcelona, con Cataluña, con todo'".

26 "No me banco a los comunistas con Mercedes-Benz."

27 "Mientras muchos catalanes no entendían lo que era para mí la amistad y me definían como el jefe de un clan, que no era tal, Serrat, que es más catalán que nadie, dijo públicamente que se avergonzaba de que se refirieran a mi familia y a mis amigos como 'sudacas'. Cuando me lo encontré, le di un beso en la frente."

28 "Napoli me tomó como una bandera y quiero ser la bandera de ellos, porque sé todos los problemas que tienen. Esa gente hace sacrificios para comprar la entrada, para sacar los abonos... Pero están, siempre están. Eso me hizo identificar con ellos desde el primer día. Creyeron en mí. Me dieron todo sin conocerme y eso no se puede olvidar. Sería ingrato de mi parte."

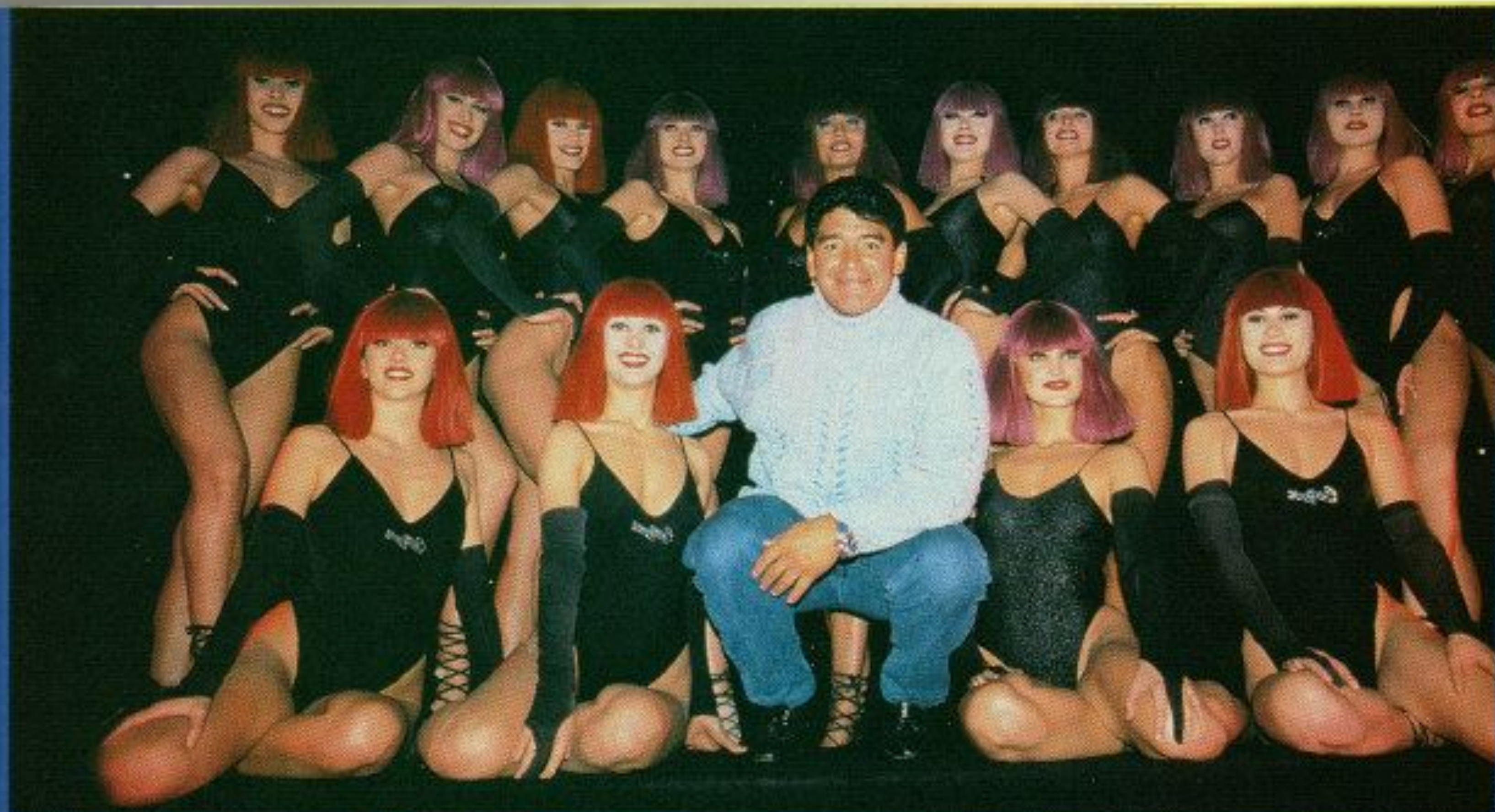
29 "Cuando me dicen que soy Dios, respondo que sólo soy un jugador del Napoli. Pero no puedo negarlo: me siento hijo de Nápoles."

30 "Es mentira que para jugar bien al fútbol haya que tener hambre. El que siente pasión por jugarlo no necesita tener hambre. En mi colegio había pibes que preferían dejar de ir al Ital-Park para prenderse en un picado. Y jugaban tan bien como yo, que ni siquiera conocía el Ital-Park."

31 "Si Bernardo Neustadt, como periodista, tiene derecho a elegir a sus entrevistados, yo tengo derecho a decir que no quiero ser entrevistado por un tipo como él."

32 "No puedo entender cómo hay jugadores a los que lo felicitan porque hicieron un buen trabajo sin pelota."

22 "De no ser futbolista me hubiera gustado seguir la carrera de contador. Pero nació el fútbol, y gracias a Dios, lo juego bastante bien..."



El Pelusa de Fiorito en el Lido de París... Maradona recién comenzaba su carrera europea, pero ya era famoso y las chicas querían tener un recuerdo de él.



¿Alguien duda de que Guillermo Cóppola es el amigo del alma de Maradona? Un clásico de Diego: el piquito con aquellas personas a las que se siente unido entrañablemente. Como Cóppola, como Caniggia...



Varias veces jugó a ser actor para juntar dinero para los chicos con pocos recursos. Obvio: también la rompió.



¿Hoy se arrepentirá de haber lucido esa remera de agradecimiento al ministro de Economía?

33 "Lo que más me dolió de la suspensión en Estados Unidos fue que me quitaron la última ilusión deportiva de mi vida. Quería ser otra vez campeón con Argentina."

34 "Tenemos que luchar por un gremio fuerte, porque la gente no va a la cancha por los dirigentes. Grondona no puede patear una pelota ni con los dos pies juntos."

35 "No perdí la sonrisa. Prefiero guardármela para mi casa. Allí hay toda gente de confianza y sé que no van a malinterpretar mi estado de ánimo."

36 "¿Se acuerdan de lo que dijo Obdulio Varela, el capitán de Uruguay en el Mundial de 1950? 'Cumplidos, solamente si somos campeones'. Esa frase me rondó durante toda la permanencia en México. Íntimamente quería eso. Siempre me guió eso. Nosotros demostramos que éramos honestos y capaces de no defradurar. Por eso me dio bronca cada vez que nos quisieron matar. Pero también digo que, por ser campeones, no tenemos derecho a tirarle el título por la cabeza a nadie."

37 "Dios me ayudó muchísimo en México, los únicos que creíamos éramos nosotros y el técnico. Siempre hablé de lo importante que iba a ser ese mes juntos, Bilardo también. Y los hechos nos dieron la razón. Antes era imposible. Un día me presentaban a Borghi, otro a Almirón... Fue sorpresa, pero más que nada porque vivimos dándoles manija a los demás, a Francia, a los rusos, a Dinamarca. ¿Nunca vamos a valorar lo que tenemos en casa?"

38 "Antes del partido con Inglaterra, todos declarábamos que el fútbol no tenía nada que ver con la guerra de Malvinas. ¡Mentira! En nuestra piel estaba el dolor de todos los pibes que habían muerto allá. Yo jugué ese partido pensando en Malvinas. Sentimentalmente, hice culpable a todos los jugadores ingleses de lo que había sucedido. Y mis goles tuvieron un sabor diferente. El primero fue como meterle la mano en el bolsillo a un inglés y sacarle una plata que no era para ellos. Y el segundo tapó todo..."

39 "Para que las cosas anden bien en un plantel hay que decirse todo en la cara. Y si es necesario, agarrarse a las piñas."

40 "¿El primer gol a Inglaterra? Fue la mano de Dios."

41 "El título del mundo se lo dedico a todos los que nos mataron sin piedad y a todos los niños del mundo."

42 "El día que mis hijos se pregunten por algún ejemplo de un hombre grande, pero grande de verdad, no voy a dudar un segundo en decirles Bilardo."

43 "El Mundial lo tomé como una obligación. Quería hacer goles, distribuir juego, tirarme a los pies, ordenar, marcar... Me lo prometí como un deber, no lo hice para que dijeran que Maradona era una estrella. Lo hice porque soy parte de un equipo y para que Argentina fuera campeón."

44 "Quise llegar a ser el número uno del mundo para servirle al equipo. Agradezco que me consideraran el mejor jugador del Mundial, pero yo triunfé con Argentina, no gané solo."

45 "Después que largue el fútbol, se acabaron los negocios para mí. Me dedicaré a la familia, a disfrutar de los hijos. Viviré en algún lugar tranquilo, lejos de la ciudad. Quisiera ser un ciudadano más y no andar de acá para allá, de negocio en negocio. Sería lindo volver a jugar por el sándwich y la Coca."

46 "Soy completamente izquierdista: de pie, de fe y de cerebro."

47 "Este país no tiene solución. En la Argentina hasta Mandrake se muere de hambre."

48 "No estoy en contra de los homosexuales. Me parece bien que existan, porque de esta manera dejan más mujeres libres para los que somos machos de verdad."

49 "Jamás me imaginé que un día iba a salir al balcón de la Casa de Gobierno a saludar a la gente que estaba en la plaza, como me ocurrió al volver del mundial de México. En ese momento me sentí el presidente del país."

50 "Y sí, soy cabecita negra. Y a mucha honra. Nunca renegué de mis orígenes."

51 "Me cortaron las piernas, me las cortaron..."

52 "Una persona que entra en la droga debe tener conciencia de que la batalla hay que pelearla día a día. No podés levantarte y decir 'fui'. No podés. Tenés que despertarte y decir: 'Hoy vuelvo a luchar contra el infierno de la droga'. Sólo así podés luchar e intentar salir."



Cuando sus hijas eran muy pequeñas visitó a Fidel Castro en Cuba y quedó encandilado con su personalidad. Hoy se considera uno de sus amigos selectos.

Las sensaciones extremas siempre le gustaron, tanto dentro de la cancha como fuera de ella. Una prueba es la foto superior, tomada recientemente, durante sus vacaciones: el Diego volador. Abajo, un Maradona casi adolescente, jugando un papel de divo que luego adquiriría con el correr del tiempo, casi sin proponérselo. Como él mismo dice, fue de Villa Fiorito hasta la cima del mundo sin escalas, instantáneamente, con todo lo que eso implica social y psicológicamente.



¿Descubrieron a Diego? Está ahí, en medio de la platea de Boca, gozando como loco con un gol de su equipo del alma. Cerca de él anda don Diego, el que le inculcó el amor por los colores. Y a su izquierda, semitapado, el actor Carlín Calvo.

53 "No entiendo nada. Me preparé como nunca y ahora escucho que todos hablan de efedrina. No sé, quiero salir a correr, quiero volar... Siento que me cortaron las piernas, que me dan un golpe en la cabeza justo cuando estaba levantándome."

54 "A Cerrini no lo puedo matar por haberse equivocado, por haber comprado otro frasquito. ¿Qué quieren que haga? ¿Que lo ahorque?"

55 "A veces me reprocho no haberles dado más felicidad a mis viejos y no haberle dado un poco más de bola a mi vida. Pero también fui feliz, ¿eh? Y lo sigo siendo con Claudia y mis hijas."

57 "Yo no me siento héroe de nada. Los que me hicieron embajador lo decidieron solos. Cuando vino la mala, me pegaron por todos los costados."

58 "El premio de France Football al mejor jugador me emocionó y me entristeció al mismo tiempo. Me gustó que me lo dieran, pero me encantaría un reconocimiento en mi país. No quiero que me traten como al general San Martín, pero creo que algo hice dentro del fútbol."

59 "A la droga no la manejás nunca, te maneja a vos. El que dice 'yo la manejo', miente. O se cree el Richard Gere de la película, se cree el Tom Cruise. O se autoengaña. Porque engañarse es la única forma de permitirse seguir en eso. Y también jura que la maneja para decirles a los amigos 'yo la manejo, no ves que dormí, ahora me levanto y está todo bien. No pasa nada'. Todo mentira. Está desesperado por ir a buscar la droga."

60 "Algunos se creen que las cosas sólo les pasan a los demás. El que no estuvo a mi lado, allá en el Everest, no puede hablar como lo hacen algunos periodistas que ni siquiera transmitieron un partido. Yo acá no creo más en nadie. ¿Para qué hablar de Menem o De la Rúa si no cambia nada? En Santiago del Estero te matan de hambre, a Tucumán fue Palito y no pudo ni cantar."

61 "Por qué siempre me gusta luchar contra los poderosos? Muy simple: porque me repatea el hígado la injusticia. Y en este mundo, incluido el mundo del fútbol, hay excesos de injusticias".

62 "La imaginación es lo más barato en la Argentina, lo más desarrollado."

63 "Sueño con ser el técnico de la Selección."

64 "En mi libro no estoy vigilanteando a nadie. Si alguien cree que lo estoy vigilanteando, que me venga a buscar a casa. Y ahí agarro el bate de béisbol."

65 "Estoy cansado de que Ruggeri se oponga a lo que yo hago o digo. El les hace controles antidoping a los chicos de las inferiores, pero que conmigo no se meta. No soporto más que me dé consejos. Que se preocupe por él, que perdió dos palos en una inversión con el hermano. A Ruggeri le voy a mandar una nota sobre la concentración de Trigoria, en el Mundial 90, y sobre una señora, la Mamma Dora. Le va a doler."

66 "A la página Web de João Havelange la llamaría 'ladrón.com'"

67 "Si me dan la posibilidad de jugar un partido oficial con la diez de la Selección, sería el tipo más contento del mundo. Pero no soy tan soberbio como para pedir que retiren la camiseta número diez."

56 **"Yo tengo dos hijas legítimas, Dalma y Gianinna. Los demás son hijos de la plata o hijos de la equivocación, y me importa un carajo lo que diga la Iglesia."**



68 "La camiseta de Boca es azul y oro. No azul, blanca y oro. Esa camiseta, la que nos quieren dar, es la del Michigan State."

69 "Los argentinos somos muy ingratos. Cuando nosotros dejamos de jugar en los Cebollitas, a Francisco Cornejo lo echaron de Argentinos como si nada. Nunca le dieron un peso de los pases de los jugadores que descubrió. Se la quedaron toda los dirigentes. Hoy Argentinos está casi quebrado y Cornejo sigue sin trabajar."

70 "Bielsa no puede hacer un homenaje y dejar afuera a un jugador en actividad. Porque los que están jugando ahora, los que se sacrifican, los que no ven a la mujer porque están concentrados, podrían tomarlo como una falta de respeto."

71 "Yo jugaría a los 80 años para la Selección, pero no podría hacer lo que hice a los 20."

72 "A Fidel Castro se le puede achacar un montón de cosas, pero no la bandera en el pecho y en la frente, no cómo defiende a su país. A nosotros nos mataron 30 mil y los indultamos. Es muy distinta la historia."

73 "Me gustaría hablar de mi problema en las escuelas y no en las radios, donde los estúpidos que no tienen ni idea se ponen a hablar sin saber porque en la Argentina no hay cultura de drogas."

74 "Quiero acostarme y despertarme jugando en la Selección."

75 "Nadie cumple todos sus sueños. Yo todavía tengo, siempre quiero algo más. ¿Saben con qué sueño? Con seguir siendo jugador profesional, con estar adentro de una cancha. Pero ya no puedo. Quiero jugar y no puedo."

76 "En la Argentina no hay cultura de la droga. Hicieron campañas con muñecos y los muñecos no toman droga. Si quieren robarse la plata, róbensela. Pero no jodan a mis hijas, que ya bastante las jodo yo. Si van a la tele a hablar contra la droga y tienen el sobrecito en el bolsillo..."

77 "Cuando yo estaba muerto, o mejor, cuando me dieron por muerto, me trataron como a un perro. Que se acuerde la gente que dijeron 'las puertas de la Selección están abiertas'. Y cuando volví de Cuba no me llamó nadie de los que allá llamaba todo el tiempo. Ni Grondona, ni Deluca, ni nadie. El partido de despedida es mi sueño, pero no me voy a entregar con eso. Porque a mí no me gusta que me traten como a los perros."

78 "Dicen que Pelé tiene cuatro campeonatos del mundo. Basta con eso, viejo. Por qué no dicen que en Chile no jugó, que en Inglaterra lo cagaron a patadas y jugó un partido y medio. Queda mal que lo diga yo, pero ya me tienen podrido con eso de que jugó cuatro mundiales. Que digan que la rompía, que tenía más elasticidad que yo por el hecho de ser moreno, que saltaba a cabecear y parecía que se suspendía en el aire... Escuchame: él no le hizo el gol a Inglaterra, él no jugó 12 años en Europa. Ojo: yo no lo voy a discutir al negro. Pero yo hubiese tenido la misma posibilidad que él si Menotti me ponía en el 78. A mí el Flaco me dijo 'pibe, usted tiene mucho tiempo'. Y yo le contesté: 'Yo quiero jugar ahora'. Y me fui llorando desde José C. Paz hasta mi casa."



Una vez sorprendió volviendo de Europa enfundado en un tapado blanco. Causó una verdadera conmoción, tanto en los medios como en la opinión pública.

79 "En mi casa tengo un premio que no me lo va a sacar ni la FIFA ni la AFA: el Olimpia al mejor deportista de mi país. Eso no me lo puede quitar ni Havelange, ni Blatter, ni Pelé, ni Beckenbauer."

80 "Cuando Havelange venía a la Argentina nos robaba en los mundiales e igual lo trataban como un señorito. El tipo podía decir lo que quisiera de nuestro país, mientras nosotros no podíamos decir nada. Ahora resulta que los mismos diputados brasileños lo investigan por tráfico de drogas y de armas. Hasta por tráfico de pelotas de waterpolo."

81 "Hoy los clubes poderosos prefieren pagar 10 millones de dólares por un jugador y no apostar a las inferiores. Todos hablan de las inferiores de Boca, pero ni Macri ni Griffa hicieron a Riquelme. Ni siquiera a Coloccini hicieron..."

82 "La mejor Selección fue la de Basile. Era campeona del mundo. La del 86 se hizo partido tras partido. En el 94, en cambio, sabíamos de antemano que podíamos ser campeones."

83 "La primera vez que me drogué fue en Europa, en el 82. Tenía 22 años y fue para creerme vivo."

84 "Muchas veces me he dado un saque, he querido agarrar la pelota y no he podido. Le quería pegar de una manera y no podía. Mi cerebro daba órdenes y mi cuerpo no las cumplía. No podía alcanzarles un vaso de agua a mis hijas."



Otra locura maradoniana, esta vez en un hotel de Amsterdam, ya envuelto en el frenesí de su segunda etapa en Boca.

85 "Mi pequeña revolución es defender a la gente, no como héroe, no como un Dios inalcanzable, sino como un simple jugador de fútbol."

86 "Los argentinos somos muy desmemoriados. Antes que el homenaje a Francescoli o a Maradona hay que hacerle uno a Kempes. ¿Cómo puede ser que tenga que ir a laburar a Bolivia, a Afganistán, a Marruecos, mientras acá hay técnicos cobrando de tres clubes distintos? Por eso me caliento cuando sale alguno y dice 'yo estoy en la vereda de enfrente' (por Passarella). ¿De qué vereda de enfrente me hablás? Si yo a vos te vi en el vestuario y tenías los ojos saltarines. Y no me hagas controles antidoping a los pibes de la Quinta, que no tienen para comer. ¿Qué me venís a contar? Yo no inventé lo que ellos quieren que la gente crea. Ya estaba inventado cuando yo llegué: en el fútbol argentino, en la Selección y en todos los lugares donde jugué. Entonces, que no se hagan los soldados contra la droga. Acá no existen los gentlemen."

87 "Un día Macri va a querer que el fútbol se juegue con un dado. ¿Y yo lo voy a tener que aceptar?"

88 "Si me equivoco de nuevo y por hache o por be tomo cualquier sustancia que no sea buena, automáticamente paso a integrar una terna con Juan Manuel Fangio y Carlos Gardel."

89 "Que mi país se cure de los malos funcionarios antes que yo del corazón."

90 "Basta de mentira en el fútbol argentino, viejo. Dicen 'yo amo a mi bandera' y después van y dirigen a otro país, como Passarella. El gran capitán de la Selección argentina dirigiendo a Uruguay. Me parece que eso es escupir la Bandera, lisa y llanamente. ¿Es el gran capitán o el gran desertor? Por favor... El gran capitán fui yo."

91 "Viví 40 años que valen por 70. Me pasó de todo. De una patada fui de Villa Fiorito a la cima del mundo, al Everest, y ahí me tuve que arreglar solito, porque nadie me explicó cómo era, cómo se actuaba en esos casos..."

92 "Estuve y siempre estaré contento con el gol que les hice a los ingleses con la mano. Les ofrezco mil disculpas a los ingleses, de verdad, pero volvería a hacerlo una y mil veces. Les robé la billetera sin que se dieran cuenta, sin que pestañearan. Los argentinos están orgullosos porque nadie me vio. Se identifican con eso."

93 "A Cuba le faltan cosas por el bloqueo, que no sólo no les permite comer, sino que también deja a los chicos ciegos. Había chicos que necesitaban unas vacunas para no quedarse ciegos, pero como no se las dieron, perdieron la vista. Pero eso sí, que quede bien clarito: los norteamericanos no fueron, porque ellos nunca son..."



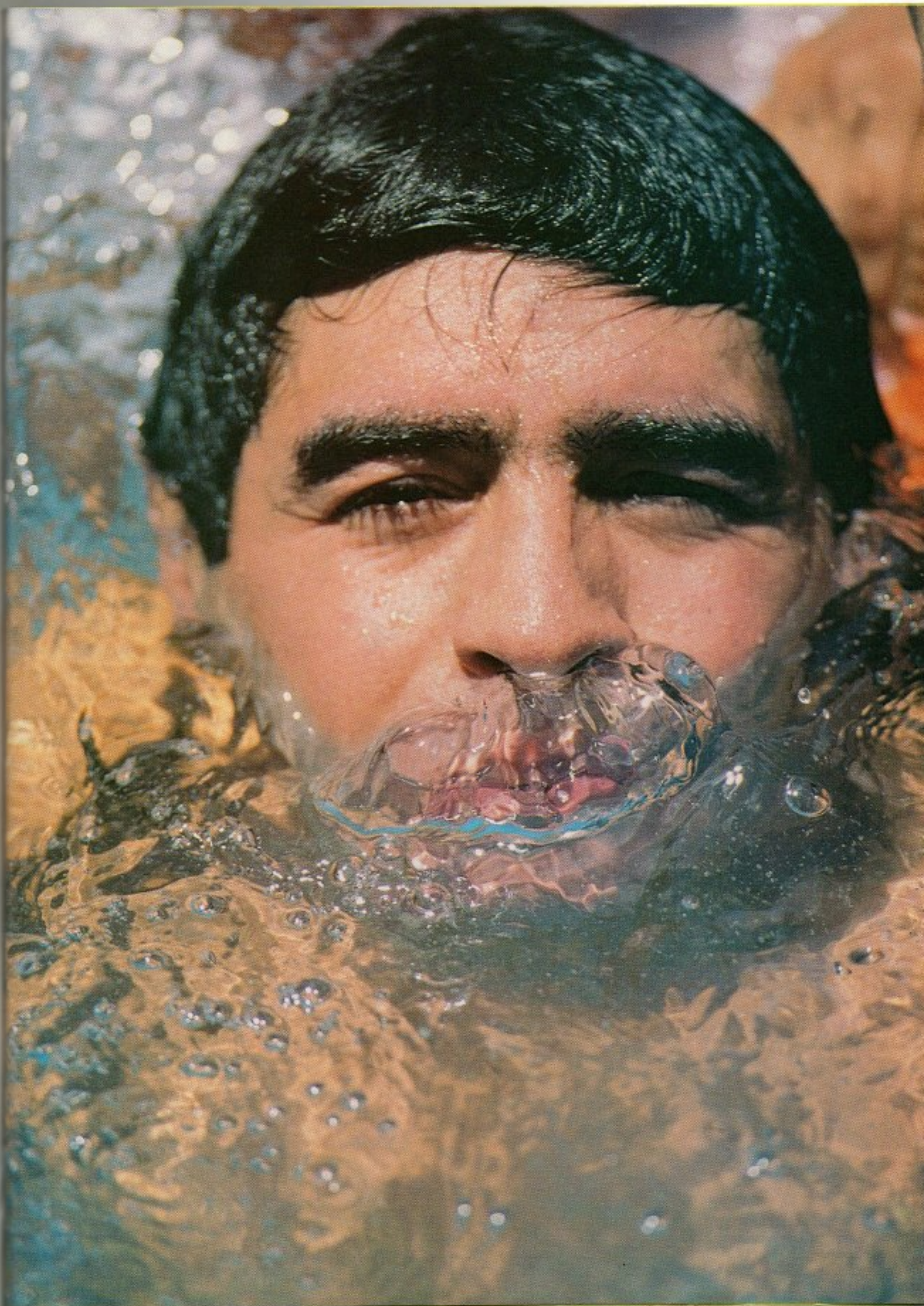
Pasó el tiempo y Maradona sorprendió con otro tapado, esta vez negro. Fue para el casamiento del Cholito Simeone, su compañero en la Selección y en el Sevilla.

94 "No tengo nada contra el pobre de Mirko Saric, pero el que se suicida es un cagón."

95 "Cuba me aplacó, me sedó. Digan lo que digan de Fidel, él defiende a su país. El verso de los derechos humanos es una cosa increíble, porque a tipos como De la Rúa, al mismo Chacho Álvarez y a los políticos se les escapó la tortuga renga con este tema."

96 "Yo viví una década en Europa, tenía un contrato de la puta madre. Me moría porque sabía que me iban a llamar de la Selección y cuando estaba en la lista de los convocados parecía que se me inflaba el pecho de orgullo. Si esto no les pasa hoy a los jugadores argentinos, y si les quebraron la muñeca por dinero, es muy triste para mí y para todos los que alguna vez jugamos con el tobillo roto o con desgarros. Si yo creyera que les quiebran la muñeca con plata los mandaría ya saben dónde. Pero no creo que sean los jugadores."

97 "Dios es algo que está dentro de mí. No creo en el Papa, pero sí creo en Dios porque él no va a hacer negocios con el Banco Ambrosiano; no va a vender drogas; no va a vender armas; no duerme debajo de un techo de oro; no me va a pedir un pedestal de tres millones de dólares para que la gente crea en mí."





98 "La gente cree que los argentinos tenemos un solo drogadicto en el país y que es Maradona. Eso no es verdad. Hay demasiados drogadictos y hay demasiadas cosas que están mal. Por ejemplo los doctores, que se llenan los bolsillos de plata teniendo a un adicto por muchos años para seguir cobrándole la recuperación. Creo que la droga no me privó de nada en lo deportivo, porque fue como la ventaja que le di a mis rivales. Pero sí me privó de ver despertar a mis hijas un montón de veces y de haberle dado a mi mujer más días de sol y no tanta oscuridad."

99 "Defiendo a muerte mi premio como Deportista del Siglo. Lo defiendo con todo lo que hice en veinte y pico de años. A los que hablan de Fangio les digo que no vieron una sola carrera de él. Además, todos tenemos miserias o debilidades. Y Fangio las tenía; también le tomó la leche al gato. Yo corrí durante millones de minutos en todas las canchas del mundo. Y si Fangio hizo cosas por la Argentina, yo hice más. Me acompañó la televisión y cualquier chico puede hablar con conocimiento de causa de Maradona porque lo vio. A los que quieren armar polémica, que pasen por casa que les muestro los trofeos."

100 "Alguien dijo que yo era la vergüenza de la Argentina. Y yo digo que no lo soy. Así como no le cobré los goles a nadie –simplemente les arranqué una sonrisa a través de mis goles y de mis gambetas–, yo no soy la vergüenza porque no le meto a nadie la mano en el bolsillo y porque cada vez que hablo digo las cosas con el corazón. Con el poco corazón que me queda..."■

Alto

La pasión...
La emoción...
El sueño...



de ver al 10 jugando para vos

Locos X el fútbol y ***El Gráfico***

sortean 10 camisetas de la Selección Argentina autografiadas por Diego y 80 entradas para que puedas ir a verlo el 10 de noviembre en el partido homenaje. Vení. Participá. Cada $10 de consumo tenés una chance. LxF • Vicente López y Uriburu • Recoleta















Sin obligación de compra. Promoción válida desde el 10/10/01 hasta el 7/11/01 inclusive , en la República Argentina excepto en la Provincia de Córdoba. Ver bases y condiciones en el local de Locos x el Fútbol.